

*¿CREES EN  
LAS ALMAS  
GEMELAS?*

LA ISLA DE LO  
ETERNO

CRISTINA ROSWELL

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2017

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, octubre 2017

© 2017 Cristina Roswell

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Tamara Bueno

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores...

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

Copyright

Nota del Editor

PRÓLOGO (Del autor)

1: Corazones y sueños rotos

2: Un ataúd, dos corazones y un secreto

3: Sisters Trip

4: Comienza el viaje

5: Menú de recuerdos

6: Ni siquiera la Muerte

7: Silencios rotos y leyendas inmortales

8: Eilean Donan

9: Entre dos mundos

10: La cruda verdad

11: De fantasmas y recuerdos

12: Preguntas sin respuesta

13: Promesas cumplidas y compromisos rotos

14: Decisiones drásticas, mentiras y noches eternas

15: Viejos amigos

16: Pasando el punto de no retorno

17: Nuevos comienzos

18: Un pozo de confesiones y lamentos y promesas

19: Caminando sin red

20: Estrechando lazos

21: El fin de la calma latente

22: Cambios y asuntos pendientes

23: Reencuentros inesperados y antigüedades de inestimable valor

24: Un último intento

25: Libre

26: Confesiones y atardeceres en Edimburgo

27: Una primera y última cita

28: Hasta siempre, mi amor

29: Una carta desde el otro lado

30: Hasta que la muerte...

Epílogo

Agradecimientos

*«As brighter ladies do not count it strange,  
for love, to give up acres and degree,  
I yield the grave for thy sake, and exchange  
my near sweet view of heaven, for earth with thee!».*

*«Así como damas más cultas raro no ven,  
por amor abandonar tierras y pedigrí,  
yo renuncio a mi tumba y cambio también  
mis vistas al Cielo, por la Tierra junto a ti».*

**ELIZABETH BARRETT BROWNING**

# PRÓLOGO

## (Del autor)

Querido lector:

Tienes en tus manos mi cuarta novela publicada, pero la primera de temática romántica y una de las más especiales de las escritas hasta ahora.

La idea de *La Isla de lo Eterno* surgió a finales del año 2012 y fue el motivo que impulsó mi primera estancia prolongada fuera de España, concretamente en Escocia.

Siempre he creído en las almas gemelas, en la existencia de una persona especial para cada uno de nosotros. También en la importancia del Destino para ayudarte a dar con ella. Sin embargo, antes de ir a documentarme a Escocia yo no había encontrado a ese alguien especial, y realmente creía que nunca lo haría. Fue así como empecé a pensar en el argumento de *La Isla de lo Eterno* : asumiendo que de verdad exista esa única persona en el mundo perfecta para ti, ¿qué pasaría si por alguna razón fuera imposible encontrarla? Estamos rodeados de casos de personas que mueren sin conseguirlo que nos podrían llevar a cuestionar esa creencia de que hay alguien para cada uno de nosotros. ¿Qué ocurre en esas situaciones en las que la persona que está destinada a estar contigo se va antes de que os encontréis o viceversa? ¿Qué sucede si habéis tenido la mala suerte de vivir separados por siglos?

Todo esto nos lleva al personaje más especial de la novela.

Si sois lectores habituales de mis obras habréis notado que en ellas, aunque intente hacerlas realistas, siempre hay un elemento paranormal o de fantasía. En este caso no podía ser distinto, pero aquí, a diferencia del resto, el ente paranormal en cuestión es uno en cuya existencia sí que creo: el fantasma.

Los espíritus siempre me han llamado la atención de manera especial precisamente por ser los únicos «seres» paranormales que pienso que son reales. Creo en la existencia de la vida tras la muerte y en la posibilidad de que algunas almas puedan quedar «atrapadas» en nuestro mundo una vez

muere el cuerpo.

*La Isla de lo Eterno* es la historia de un amor que va más allá de la muerte, de un amor paciente que sobrevivió el paso de los años hasta dar con la persona adecuada. También es un relato sobre la esperanza. Esperanza en que ya sea en este mundo o en otro, todos acabamos encontrándonos con esa persona con la que estamos destinados a dar. Lo dice alguien que marchó a Escocia para escribir una historia de amor que comienza en un castillo... y acabó iniciando también la suya en él :)



# 1

## Corazones y sueños rotos

Hacía apenas unas horas que Ariadna se había convertido en hija única. De la mañana a la noche despertó con las risas de su hermana pequeña al otro lado del teléfono, y se acostó junto a la fría soledad de una cama vacía ocupada por un recuerdo demasiado reciente.

Ari llevaba meses rechazando la invitación de su hermana para acudir a visitarla a Edimburgo, ciudad a la que se había mudado hacía ya un año y en la que vivía junto a su chico, un escocés llamado Beathan. Ahora ya no podría visitarla nunca más, ni allí ni en ningún otro sitio, y eso era algo que la estaba consumiendo por dentro. ¿Cuántas veces le había pedido la pequeña Iveth, suplicado incluso, que fuera a pasar unos días con ella? ¿Cuántas imágenes de tentadores paisajes escoceses había compartido en su muro de Facebook con la esperanza de lograr convencerla?

¿Y en cuántas ocasiones había ella rechazado la propuesta, excusándose en que tenía que trabajar o que no podía permitírselo en aquel momento?

Pero no podía imaginarse que el destino pudiera llegar a ser tan despiadado. No había forma de saber que su hermanita, que apenas acababa de cumplir los veintiún años y aparentaba aún menos, no llegaría a vivir ni un cuarto de siglo.

Al final, Ariadna había cumplido sus deseos y viajado a Escocia, aunque solo fuera para despedirse de un cascarón vacío, de una perfecta Blancanieves de pelo azabache y nívea tez que nada tenía que ver ya con su piel mediterránea. Su príncipe estaba allí cuando Ari llegó, sentado junto a ella, aferrando su mano derecha entre las suyas como si pensara que pudiera traspasarle parte de su vida si lo intentaba con todas sus fuerzas. Beathan la miraba con tanto cariño, desbordando tal cantidad de amor a través de sus ojos, que las lágrimas de Ari casi se derramaron antes por él que por su hermana, y ni siquiera lo conocía. Pero Iveth, donde quiera que estuviera, ya no tendría que preocuparse de nada, y a ellos les dejaba con el amargo

recuerdo de quien fue y no volvería a ser. Era el corazón de Beathan el que yacería enterrado vivo en aquel ataúd. Era él quien tendría que aprender a sobrevivir con el alma rota.

En el mundo real el poder de un beso no era suficiente para devolver la vida.

Ari se acercó al cuerpo inerte de su hermana. Tras su primer encuentro no sabía qué decir al hombre sentado a su lado, pero Beathan ni siquiera pareció reparar en ella. Cuando Ari miró el cadáver, el impacto fue suficiente para hacerla retroceder un paso; era ella, su hermana, la que parecía dormir en el ataúd, pero al mismo tiempo no lo era. Lo que allí quedaba no guardaba más relación con la original que una figura de cera con el personaje al que representa, y eso tan solo si se ignoraban las heridas y contusiones que los de la funeraria habían intentado disimular. Iveth ya no estaba allí, y Ari se sintió como cualquiera de las veces en las que de pequeña había sido arrastrada a una iglesia para rezarle a una estatua. Esa no era su hermana, solo una representación de ella.

Sin cruzar la mirada con Beathan y mientras se enjugaba las lágrimas para poder dar con la salida, se dirigió al exterior y allí se desahogó sentada en un banco, esperando sin saber muy bien qué. Tenía que volver a hablar con él con más calma.

Lo único que Beathan le había dicho al llamarla por teléfono era que su hermana había sufrido un accidente y que tenía que ir a Edimburgo con urgencia. Ari le había pedido que no avisara a su madre, le había mentado diciendo que ella lo haría, y había cogido sola el primer vuelo hacia la capital escocesa. Para cuando llegó a la ciudad fue demasiado tarde (hacía un par de horas que su hermana había muerto en quirófano), y la soledad se abrazó a sus entrañas al descubrirse en el hospital de una ciudad desconocida, en un país desconocido, a varias horas de avión de su España natal y a unos metros de distancia del cuerpo sin vida de una de las personas más importantes para ella.

Iveth había muerto de manera tan absurda, por un hecho tan fácilmente evitable, que todavía le costaba creer que aquello estuviera ocurriendo, que no se tratara de un mal sueño. Cuando se encontró con Beathan en el hospital

comprobó que, al haberlo presenciado todo, el shock de lo acontecido todavía seguía adueñado de él. Tuvo serias dificultades para entenderle en inglés con ese acento tan marcado y la precipitación con la que relataba lo acontecido. Para empezar solo comprendió que Iveth había sido atropellada por un coche mientras hacía fotos, y algo acerca del sentido de conducción británico. Ariadna necesitó agarrar sus hombros, como si fuera un niño a pesar de que solo tuviera un par de años más que su hermana, y pedirle a gritos que hablara más despacio. Beathan respiró hondo y, como pudo, le explicó lo ocurrido, que aprovechando las últimas luces del día, Iveth tomaba fotos de la catedral de St. Giles en la Royal Mile. Hacía una semana que había empezado a llenar un álbum sobre la ciudad para enviarle a su hermana y pensó que aquella debía ocupar una de las últimas páginas. Lo que no podía saber era que en realidad sería la última instantánea que tomara. Centrada en comprobar en la pantalla de su cámara los resultados obtenidos, y presionada por la llamada apremiante de Beathan que la esperaba al otro lado de la calle, volvió a olvidar el lado correcto al que mirar antes de cruzar la carretera. Para cuando lo hizo, el conductor no tuvo tiempo de evitar el choque.

En ese instante, tras escuchar lo ocurrido, Ari había odiado con todas sus fuerzas a aquel hombre. Le había golpeado e insultado con todas las palabras hirientes que conocía en español y en inglés. ¿Cómo podía haber dejado que su hermana terminara así? ¿Por qué no había estado a su lado para evitarlo? Pero la reacción de Beathan la tomó por sorpresa, y cuando el chico (tan alto y de complexión tan fuerte a pesar de no ser más que un veinteañero) rompió a llorar, comprendió que no estaba increpando a un adulto por una negligencia con un niño, sino culpando a un enamorado de la muerte de la persona que lo significaba todo para él, de una muerte que, por increíble y absurda que pareciera, solo había sido fruto de la imprudencia, de un estúpido despiste que no tenía por qué haber desembocado en algo tan grave. No había culpables, solo víctimas.

Ari se apartó de él, deseando dar con alguien a quien odiar por lo ocurrido para poder así, por lo menos, aliviar un poco aquel dolor, aquel peso que sentía sobre su corazón. Pero no podía odiar a nadie más que a sí misma por no haber acudido antes a Edimburgo, por posponer ese viaje tantas veces.

Quizá no hubiera cambiado nada que ella hubiera estado allí, probablemente no, pero como mínimo habría podido pasar más tiempo con su hermana, conocer a Beathan en mejores circunstancias, comprobar si era tan feliz con él como aseguraba en sus mensajes y vídeo-llamadas.

Ahora, allí en Edimburgo solo quedaban lágrimas, y corazones y sueños rotos.

## 2

### Un ataúd, dos corazones y un secreto

El entierro de Iveth se celebró en Edimburgo, pero a él solo acudieron Ariadna, Beathan y los amigos de la pareja allí en Escocia.

Ari se sintió culpable por no avisar a nadie de su familia en España, ni siquiera a su madre, pero esta había perdido recientemente a su marido, el padre de Iveth, y dudaba que su corazón pudiera aguantar otra pérdida, y menos de la magnitud de aquella.

Desde que Iveth se mudara a Edimburgo, tras la muerte de su padre, había perdido bastante el contacto con su madre, era Ari quien se encargaba de mantenerlas informadas de las novedades de cada casa. Teresa sabía que las llamadas internacionales eran caras y, preocupada por la economía de su hija en aquellas tierras, se conformaba con saber de ella a través de Ariadna. Pero una cosa era comentarle las dificultades de Iveth para comunicarse con su nivel de inglés, y otra muy distinta anunciarle que se quedaría a vivir en Escocia para toda la eternidad, que jamás volvería a verla ni a hablar con ella, que ya no le quedaba nada de su difunto marido.

No, aunque ya sentía la presión de la decisión que acababa de tomar, la más dura de toda su vida, y esta amenazaba con ahogarla, se convenció a sí misma de que era lo correcto y aceptó la responsabilidad de cargar con ella. Ariadna todavía podría con un peso así... o eso quería creer.

Beathan, por su parte, no estuvo tan de acuerdo con la decisión.

—¡Es su hija! No puedes ocultarle algo así a una madre —la increpó en inglés, haciendo considerables esfuerzos por cuidar su pronunciación y la velocidad de las palabras que se agolpaban en su boca para que Ari pudiera seguirlas—. Tiene derecho a saber qué ha pasado y despedirse de ella.

—Si le digo que su hija pequeña ha muerto, se morirá también.

—No va a morirse por algo así, no deberías subestimar su fuerza.

—Tú no la conoces, no tienes ni idea de cómo es, así que no me digas lo que mi madre puede o no aguantar. Ya ha pasado por mucho más que tú y yo

juntos.

—Sé lo que Iveth me contó de ella. Y precisamente porque ha pasado por mucho sé que podría con esto.

Ari negó con la cabeza.

—Esta noticia acabaría con ella.

—Si no se lo dices por miedo a perderla, estás siendo aún más egoísta.

Beathan se arrepintió de sus palabras nada más pronunciarlas, sobre todo al ver la mirada fulminante de Ari: acababa de acusarla de ser egoísta por no querer perder a su madre tras perder a su hermana. Sin embargo, mantuvo una fachada de serenidad, aunque por dentro se sintiera como una inestable montaña de escombros a punto de caer.

—No voy a contarle nada.

—Algún día tendrás que hacerlo. Algún día querrá hablar con ella, ¿qué le dirás entonces?

—Cuando llegue ese día, ya pensaré algo. De momento no voy a decírselo, y más te vale mantener la boca cerrada también. —Beathan negó con la cabeza, visiblemente disconforme con la decisión—. Te juro que como le digas algo... —lo amenazó.

—No es asunto mío. Creo que estás cometiendo el mayor error de tu vida, pero no es asunto mío, así que... tú sabrás lo que haces.

—Exacto. Lo sé muy bien.

Ariadna dio media vuelta y llamó a un taxi que la llevaría al cementerio para el entierro. Durante todo el camino permaneció en silencio, reprimiendo las lágrimas, usándolas para que los secretos y las mentiras se deslizaran con más facilidad hasta algún lugar recóndito de su interior. No quería que su madre muriera, por supuesto, pero a la vez habría deseado que no viviera lo suficiente como para echar de menos a su hermana y querer verla. Sabía que eso era improbable, pero habría preferido que no descubriera la verdad de su muerte hasta que ambas se reunieran en ella. Quería pensar que su hermana habría hecho lo mismo de haberse girado las tornas, de haber sido ella la que hubiera estado en el ataúd, pero sabía que no era así, que Iveth jamás le habría ocultado algo semejante a su madre. Nunca había sido muy buena guardando secretos, incluso de pequeña siempre terminaba reconociendo su

culpabilidad cuando realizaba alguna travesía; aunque nada apuntara a que fuera a ser descubierta, el remordimiento podía con ella. Pero debía comprender que, en esta ocasión, ocultar la verdad era mejor que compartirla, y que en realidad no se trataba de mentir, solo de esconder información...

Mientras observaba cómo enterraban el féretro de su hermana sintió un escalofrío, y de repente se encontró disculpándose en precipitados susurros, como si necesitara decir todo lo que tenía pendiente antes de que el ataúd desapareciera de su vista.

—Siento no haber venido antes... —Notó que los ojos se le empañaban—. Siento no haber podido realizar contigo ese viaje por Escocia... —añadió—. Y siento mucho que mamá no esté aquí, pero...

Dejó la frase en el aire al reparar en que Beathan tenía la mirada fija en ella. Se giró hacia el lado contrario, dándole la espalda, y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano. Necesitaba alguien que la sostuviera, allí, rodeada de tantos rostros desconocidos mientras el único que le importaba desaparecía en una caja de madera. Necesitaba que alguien...

Oyó el sonido de unos pasos amortiguados por el césped húmedo que se acercaban a ella, y antes de poder girarse, un brazo rodeó sus hombros con suavidad y cierta duda. Giró el rostro para confirmar que se trataba de Beathan y se abrazó a él sin decir nada, permitiendo que las lágrimas corrieran libres por su rostro. Beathan tampoco habló, cualquier palabra habría sonado vacía entre los muros de aquel lugar de descanso eterno. Ari solo levantó la mirada hacia los árboles, contemplando los cuervos que los observaban desde ellos, y luego más arriba, hacia el cielo gris. No sabía adónde iría el alma de su hermana, tal vez volvería a España, pero su cuerpo descansaría para siempre en Escocia, la región que había sacado lo mejor de ella, que le había regalado los mejores años de su corta vida... y también su muerte.

# 3

## Sisters Trip

Iveth le había hablado innumerables veces del «Sisters Trip» (como a ella le gustaba llamar al «viaje de hermanas») que quería realizar cuando fuera a visitarla a Escocia. Lo que Ari desconocía era que tenía todo planificado por escrito: los días que duraría el viaje, los lugares que visitarían, los Bed & Breakfast en los que pasarían la noche... Todo eso y algunos detalles más que hicieron que se estremeciera, como recordatorios que debía hacerle sobre ropa de abrigo y calzado que echar al hacer la maleta. Todo estaba cuidadosamente anotado en una libreta que guardaba a modo de diario.

Beathan la dejó sola en la habitación que una vez perteneciera a su hermana pequeña. Ambos habían compartido piso, así era como se habían conocido después de que un amigo común los pusiera en contacto. Aunque habían empezado a hablar antes de que ella se mudara (a través de Facebook y, sobre todo, Skype), solo hacía un mes que se conocían cuando Iveth llegó a la capital escocesa. Sin embargo, la atracción surgió al instante: lo que había empezado con unos mensajes y algo de coqueteo a través de la web-cam, terminó con ambos conviviendo como una pareja que llevara años de relación en cuanto ella, siguiendo la costumbre española, depositó un par de besos sobre las pálidas y frías mejillas del escocés. Aunque no tardó mucho en volver a dejar disponible la habitación libre de Beathan, Iveth la había mantenido como un estudio privado, y todas sus cosas estaban ahora allí.

Ari paseó entre los recuerdos y la visión se le volvió a empañar al pensar que eran muchos, pero, a la vez, escasos; desde luego no los suficientes. Debería haber tenido la oportunidad de acumular muchos más, durante más tiempo. Era injusto. Se preguntó qué iba a hacer ahora con todo eso. No quería deshacerse de ellos, pues era todo cuanto le quedaba de su hermana, pero tampoco podía llevárselos consigo a su pequeño piso... ni enviárselos a su madre.

Cogió el diario y suspiró mientras se sentaba en la cama. Al ver



asomarse a Beathan, cerró la libreta y lo miró.

—¿Qué vas a hacer con todo esto...? —le preguntó en inglés.

Él se encogió de hombros.

—Todavía no me había parado a pensarlo...

Ariadna sintió una repentina punzada de culpabilidad; acababan de enterrar a su hermana y ya estaba planeando qué hacer con sus cosas, pero solo quería centrarse en algo para no tener que pensar en la brutal realidad de no volver a verla nunca.

—Si quieres llevarte algo a España... —continuó él—. Supongo que tendrás que irte pronto.

—Sí, debería... Tengo trabajo... —Y, además, no quería que su madre sospechara nada. Se levantó sin soltar el diario—. De momento me llevo solo esto...

Beathan le dedicó una mirada que escondía cierto reproche. Ari supuso que no veía con buenos ojos que leyera algo que su hermana nunca había compartido con nadie, algo tan personal, pero si ella no podía leer una cosa así, con la relación tan estrecha que siempre habían tenido, ¿quién podía? Además, Iveth ya no iba a avergonzarse de nada que pusiera en su diario... Ni a avergonzarse, ni a molestarse, ni a entristecerse, ni a nada. Pero aunque estuviera allí, en algún lugar, dudaba que le pudiera preocupar lo más mínimo lo que pensarán de ella.

Ariadna salió de la habitación evitando volver a mirar sus paredes: demasiados recuerdos. No los suficientes, pero sí los justos para hacer sangrar las recientes heridas abiertas en su corazón.

—Me alojo en un hotel de Princes Street —le comunicó—. Estaré allí hasta el lunes, mientras termino de arreglar todo el papeleo...

—Si quieres, puedes... —Beathan miró hacia el estudio de Iveth pero no terminó de formular la invitación: la mirada de Ari le dio la respuesta. Lo último que le apetecía era pasar la noche rodeada de objetos que le recordaran a su hermana.

—Te llamo mañana y vengo a echar un vistazo más a fondo a sus cosas —añadió antes de marcharse.

Una vez en el hotel, Ariadna se tumbó en la cama y abrió el diario de su

hermana. Se sintió un poco incómoda, consciente de que invadía su intimidad, pero era cuanto le quedaba de ella. Aquellas palabras constituían su único enlace restante con Iveth, al leerlas adquirirían su voz dentro de su cabeza: eran la única forma de volver a oírla.

Acabo de hablar con Ari y he vuelto a pedirle que venga a Escocia, aunque sabía que me diría que no. Entiendo que esté ocupada con su trabajo, pero a veces me da la impresión de que eso es lo único que le importa. Se pasa el día en el periódico redactando noticias sobre personas que no conoce de nada, y parece que le interesen más que su propia familia.

Ari frunció el ceño.

—Eso no es justo, Iv... y tampoco es cierto —susurró. Pero no pudo evitar volver a sentirse culpable, porque en el fondo sabía que, en parte, sí lo era, al menos lo de que dedicaba más tiempo al trabajo que a su familia.

Beathan dice que no se lo tenga en cuenta, que puede que tema perder el trabajo, tal y como están las cosas, y no quiera darles motivos para que prescindan de ella. Pero ¿qué es lo peor que podría pasar?, ¿que tuviera que buscarse otro? En mi opinión debería hacerlo, debería buscar algo que le quitara menos tiempo aunque ganara menos, ¿para qué quiere el dinero si de todas formas no puede disfrutarlo? Es absurdo. Pero claro, si se lo digo se cabrea...

Resopló.

—No todas podemos seguir viviendo de becas y a costa de un novio —

murmuró ofendida por las palabras de su hermana. ¿Qué sabía ella de la vida? Solo tenía veintiún años.

Al instante se sintió mal; no sabía nada y tampoco llegaría a saberlo ya. Tal vez fuera mejor así, la vida no hacía más que complicarse de manera proporcional a los años que se sumaban.

Iveth continuaba quejándose durante toda la página siguiente del diario, por lo que la sensación de culpabilidad fue en aumento. Ari ignoraba que se sintiera tan mal por que no hubiera ido a verla a Escocia desde que se mudara allí; tampoco es que hubiera pasado tantísimo tiempo ni estuvieran tan cerca... Pero se habría mentado a sí misma si hubiera dicho que tenía pensado ir a visitarla en un futuro próximo: no era así. Las palabras de Beathan estaban cargadas de razón: temía dar un motivo a su jefa para deshacerse de ella si le pedía unos días para irse de viaje, y sus vacaciones las solía aprovechar para adelantar trabajo. Sin embargo, si hubiera sabido que su hermana se sentía así... Y sobre todo, si hubiera sabido que le quedaba tan poco tiempo...

Se apresuró a secar una lágrima que acababa de precipitarse sobre el diario y empezaba a deshacer las palabras, y pasó las páginas hasta llegar a las que describían el viaje que a Iveth le habría gustado realizar con ella.

¡Será tan genial! Tengo muchísimas ganas de visitar las Highlands; no he querido hacerlo con Beathan porque él ya ha estado y yo quiero compartir esa primera experiencia con Ari. Siempre me había llamado mucho la atención Escocia (la gris Edimburgo con sus edificios de cuento es maravillosa), pero lo que más conocía de ella antes de venir era esa parte del norte, la que más suele salir en películas, con sus enormes espacios abiertos ocupados solo por montañas (¡y vacas peludas!), con un verde casi irreal, con esos

juegos de luces y sombras tan dramáticos y esos castillos medievales impresionantes.

Como diría Ari: «Paciiiiiiiiencia, el mundo no se va a terminar mañana».

¡Pero a este paso me haré vieja esperando!

No pudo evitar romper a llorar. La Razón intentó convencerla de que no había forma de saber lo que iba a pasar (los accidentes lo son porque nadie cuenta con ellos), pero aquello no aliviaba su dolor porque había ocurrido y ya no podía dar marcha atrás.

Iveth, como ya había visto de pasada en casa de Beathan, parecía tener aquel viaje planeado al milímetro. A lo largo de cinco páginas describía todo lo que quería ver: la ciudad de Stirling con su monumento a William Wallace y el puente en el que libró la batalla contra los ingleses, el parque nacional del lago Lomond y los Trossachs, el valle de Glencoe, el archiconocido Lago Ness, y el destino que, por la cantidad de espacio que le dedicaba y las veces que lo mencionaba, más ganas parecía tener de visitar: el castillo de Eilean Donan, el más famoso de toda Escocia. Después, la isla de Skye ponía el colofón final a aquella aventura.

Junto a toda la información sobre los lugares y posibles alojamientos, también había pegado fotos que lo ilustraban todo, imágenes espectaculares de lugares que a Ari también le habría gustado ver en persona, pero que, sin embargo, nunca habían formado parte de sus prioridades inmediatas.

Nunca, hasta aquel momento.

De repente sintió que se lo debía, que si su hermana había muerto sin ver todo aquello era por su culpa, ella misma lo había dicho en su diario: no quería ir con Beathan, aunque él la habría llevado sin dudar en cuanto se lo hubiera pedido. Quería ir con ella y solo con ella. Ella era la responsable de que nunca fuera a conocer ya aquellos sitios que tanto ansiaba que visitaran juntas. Pero aunque Iveth no fuera a poder verlos, ella sí podía.

Y eso decidió hacer: seguiría la ruta que su hermana había planeado para ellas con tanto cuidado, a la que tanto tiempo había dedicado. Y por ella

dejaría a un lado lo que siempre había dado a entender que más le importaba: su trabajo y el dinero. Porque si algo tenía claro era que las lágrimas que había derramado durante esos últimos días no las derramaría nunca por ningún trabajo, ni por todas las riquezas del mundo.

## 4

### Comienza el viaje

Cuando Ariadna le comunicó a Beathan su decisión de realizar a solas el viaje que su hermana había planeado para ambas, él no supo cómo tomárselo. En un primer momento llegó incluso a molestarle: esa mujer había pasado de su hermana y el viaje todo aquel tiempo, ¿y ahora que había muerto quería realizarlo? Pero tras pensarlo comprendió que, con total seguridad, Ari debía de sentirse culpable, y aquella era la única forma que había encontrado para, de algún modo, cumplir los deseos de su hermana, aunque fuera de manera póstuma.

—¿Quieres acompañarme?

La pregunta también lo pilló desprevenido; creía que seguía culpándole de lo sucedido aunque no hubiera vuelto a sacar el tema.

—Yo... no sé si podré, tendría que pedir unos días en el trabajo.

—Bueno, no pasa nada, supongo que sabré manejarme sola con el transporte público; no me fío de mi capacidad de conducción por el lado contrario.

—¿Cuántos días?

Ariadna se encogió de hombros.

—Iveth había pensado en una semana, pero quizá con menos de tiempo a verlo todo.

Beathan frunció el ceño levemente.

—¿Lo haces por cumplir y quitártelo de encima o de verdad quieres hacer el viaje?

—¿Qué? Yo no he dicho...

—Porque estoy seguro de que tu hermana entendería que cogieras el avión de vuelta a España mañana mismo y todo terminara aquí; al fin y al cabo, estaba acostumbrada a encontrarse tras tu trabajo en tu lista de prioridades —continuó atropelladamente, molesto.

—En primer lugar: habla más despacio o no hay forma de seguirte con

ese acento tan... —buscó sin éxito la palabra más adecuada— escocés. — Beathan enarcó las cejas—. Y en segundo lugar: tú y yo nos conocimos hace nada, así que no me hables como si lleváramos toda la vida tomando el té juntos; no tienes ni idea de cómo soy.

—Vale...

—Vale.

Tras unos incómodos segundos de silencio que Ari aprovechó para apurar su café, Beathan continuó.

—¿Por qué quieres que te acompañe yo?

Ariadna pensó la respuesta unos instantes. Podría haberle mentido diciéndole que simplemente prefería ir con alguien que conociera la zona y pudiera llevarla en coche, pero optó por terminar con aquella rencilla inútil.

—Porque mi hermana quería que te conociera, y si a ella le gustabas tanto debía de ser por algún motivo. Me gustaría descubrirlo.



Ari llamó por teléfono a su madre y le dijo, como si todavía siguiera en España, que se iba a Edimburgo para pasar unos días con Iveth. Podía no haberle dicho nada, pero Teresa solía llamarla al trabajo de vez en cuando y lo último que quería era que se enterara de que estaba allí por Sara, una de sus compañeras y mejor amiga, o por su jefa. Tampoco quería decirle que ya estaba allí y arriesgarse a que le pidiera que la pasara con Iveth.

Cuando Teresa le preguntó, sorprendida, por el motivo de su viaje, notó un cierto tono de alarma en su voz. La conocía demasiado bien, sabía de su quasi-obsesión por el trabajo y que todas las veces que le había sugerido que fuera a ver a su hermana le había puesto excusas. Ariadna la tranquilizó diciéndole que llevaba semanas adelantando trabajo para poder darle una sorpresa a Iveth, que quería ir para su cumpleaños, pero había pensado que en invierno el tiempo en Escocia sería mucho más duro. Habría preferido no tener que dar tantas explicaciones, pero una vez empezó a mentir, los nervios se apoderaron de ella y, simplemente, no pudo parar.

No estaba segura de haber resultado del todo convincente, pero lo cierto era que su madre deseaba creer sus palabras, y se obligó a hacerlo.

Beathan logró que le dieran libre el fin de semana y pidió a uno de los

compañeros del pub en el que trabajaba que le sustituyera durante el lunes y el martes siguientes. Ari era lo más cercano a Iveth que le quedaba. Si bien no se parecían en cuanto al físico, ya que la primera era alta, de compleción fuerte y pelo largo y oscuro, y la segunda era algo más baja, delgada y siempre lucía el pelo corto o con extensiones y del color que le apetecía hasta que se cansaba, él había compartido con ella sus últimos dos años, pero su hermana había tenido los restantes. Tendría tantos recuerdos para compartir con él... Y recuerdos era lo único que había ya de ella. Sería como volver a pasar unos últimos días con parte de Iveth.

El viernes partieron en el coche de Beathan a primera hora de la mañana. Era otoño y los días empezaban a ser más cortos, por lo que tenían que aprovechar bien la luz. Las primeras horas de viaje y sus primeras paradas fueron bastante incómodas, repletas de largos silencios y de palabras que no encontraban la forma de materializarse. Había demasiado que decir, demasiadas preguntas, sobre todo por parte de Beathan, y demasiados recuerdos para un dolor tan reciente.

Cuando hicieron la primera parada, en la ciudad de Stirling, los dos se limitaron a caminar, siguiendo como autómatas el camino sugerido por Iveth en su diario. Aunque paseaban juntos, cada uno permanecía encerrado en su propio mundo, lo que los alejaba como si estuvieran a kilómetros de distancia y únicamente unidos por el puente del recuerdo común de Iveth. Ambos la imaginaban caminando junto a ellos mientras fotografiaba con su entusiasmo infantil cualquier cosa que llamara su atención, reclamando sus miradas cada dos por tres, hablando sin parar, como si temiera al silencio. El mismo silencio que ahora llenaba el hueco dejado por ella.

Ari empezó a pensar que quizá no había sido tan buena idea pedirle a Beathan que la acompañara; comenzaba a arrepentirse. Él se preguntaba si debía simular una llamada de emergencia del trabajo como excusa para regresar. Pero decidieron darse, por lo menos, el resto del día. Por Iveth...

Sin embargo, cuando llegaron a Glencoe, sin saber cómo ni por qué, sus defensas se precipitaron al suelo, sobre la hierba marrón que cubría aquellas montañas redondeadas a modo de una kilométrica alfombra. Aquel lugar era mágico. Beathan se encontró sonriendo con cierta nostalgia al reconocer en el



rostro boquiabierto y maravillado de Ari el de su hermana pequeña. Levantaba la mirada hacia las cumbres de las montañas como si no sintiera las gotas de lluvia que resbalaban por su rostro y el frío que empezaba a colorear sus mejillas, algo pálidas pese a venir de una región de tanto sol.

—Esto es... precioso —susurró.

—Tendrías que verlo en verano, la hierba toma un color verde súper intenso.

Ari miró a un lado y a otro, hacia arriba, a su espalda... Todo era valle y montañas, el único rastro de civilización lo constituían una cabaña de madera, la carretera por la que circulaban y algunos postes de electricidad que salpicaban aquel manto parduzco. Se trataba de la naturaleza en su estado más puro. Marcaba su lugar y el de ellos: dos pulgas entre gigantes de hierba y musgo.

—A Iveth le habría encantado esto —susurró, agradeciendo que la lluvia disimulara sus lágrimas.

Pero Beathan notó cómo su voz se quebraba. La miró y, ahí de pie, tiritando por el frío y con el corazón igual de roto que el suyo, le pareció tan vulnerable que se sintió mal por algunas de las cosas que le había dicho, e incluso por las ocasiones en las que la había odiado antes de conocerla solo por enturbiar la felicidad de Iveth cada vez que rechazaba sus invitaciones. Saltaba a la vista que, pese a que pudiera parecer lo contrario, Ari quería muchísimo a su hermana, y sentirse culpable durante el resto de su vida por no haber cumplido los que ahora podían considerarse sus últimos deseos, ya iba a ser suficiente penitencia para ella.

—Yo creo que está aquí disfrutándolo con nosotros... —Advirtió la sonrisa sarcástica de Ari al oír sus palabras—. No, hablo en serio. Sabes cómo era tu hermana, ¿de verdad crees que, fuera a donde fuera tras morir, la habrán podido retener en un sitio concreto? A la primera oportunidad se habrá escapado del Cielo, o de donde quiera que estuviera, para no perderse su viaje.

Ari sonrió con cierta nostalgia; le gustaba cómo sonaba aquello y podía ver a Iveth actuando así, pero no estaba tan segura como él de que su hermana, ni los abuelos que ya había perdido, estuviera «viviendo» en algún

otro sitio. Era un pensamiento bonito y esperanzador, pero no muy racional.

—Sí. Quién sabe... —Asintió limpiándose la mezcla de lluvia y lágrimas de su cara.

—Dime, ¿nos recomienda Iveth algún sitio para comer? —preguntó refiriéndose a los apuntes del diario—. Porque mis tripas empiezan a protestar...

—Creo que no decía nada en concreto.

—Bueno, en ese caso volvamos al coche antes de que te congeles y busquemos algo al otro lado del valle —sugirió.

Ella asintió. La lluvia paraba en ese instante, pero el viento era gélido y no podía dejar de tiritar. Lo siguió dentro del vehículo y retomaron el camino en un ambiente un poco más distendido.

## 5

### Menú de recuerdos

El alto para comer lo hicieron en Fort Augustus, un pequeño y pintoresco pueblecito atravesado por el canal de Caledonia y situado en el extremo sur del famoso Lago Ness. La lluvia se había presentado de manera intermitente durante todo el recorrido, alternándose con el sol la mayor parte del tiempo, solapándose a él a veces, pero los recibió cuando bajaron del coche, así que decidieron ir a un restaurante para comer a cubierto en lugar de comprar algo para llevar. Mientras esperaban la comida, Ari echó un vistazo al diario de su hermana. Notó la mirada de Beathan y reparó en que en ningún momento le había pedido leerlo.

—¿No quieres saber lo que dice de ti?

Beathan la miró ligeramente contrariado.

—Lo que quisiera que escuchara seguro que ya me lo dijo en algún momento. Si no lo hizo es que no quería que lo supiera.

—Quizá hubiera algo que no se atreviera a decirte o que le diera vergüenza...

—Si ese fuera el caso, ¿por qué iba a leerlo yo ahora?

—Porque está... Porque ya no está y ya no le importará.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Que no está o que no le importará?

—Ambas cosas.

Ari esbozó la misma media sonrisa sarcástica que Beathan había vislumbrado antes, en Glencoe, pero tuvo la prudencia de no decir nada. Aunque a ella le costara creer en aquellas cosas, no era nadie para lanzar por tierra las creencias de otros. Si a él le hacía bien pensar que Iveth seguía a su lado, que lo hiciera. En el fondo envidiaba esa fe. Le habría gustado poder conseguir un poco.

—¿Quieres ver fotos de nuestras últimas escapadas por Escocia? —le preguntó algo inseguro, no sabía si sería una buena idea con las heridas aún

tan frescas. Para su sorpresa, Ari asintió con una sonrisa. Una parte de ella no quería hacerlo, sabía que no podría retener las lágrimas, pero sintió que era su obligación, que era parte del motivo de aquel viaje. Quería ver cómo había estado su hermana con él.

Mientras Beathan se inclinaba para sacar el móvil del bolsillo del pantalón, Ari se acercó un poco a él, preparándose interiormente para volver a ver a Iv. Sintió el corazón palpitándole con violencia contra el pecho y su respiración se aceleró hasta que en la pantalla del dispositivo apareció el rostro sonriente de su hermana. Entonces contuvo el aliento.

—Esta es de poco después de que llegara a Escocia —empezó a explicarle él—. Sé cómo suena, y puedes reírte, pero creo que me enamoré de ella en cuanto la vi aparecer por la puerta de *Llegadas* del aeropuerto —le confesó sin apartar la mirada de la foto, como si, en realidad, estuviera sincerándose con la propia Iveth—. Fui a recibirla junto al amigo que nos presentó por Internet, y en cuanto la vi acercarse con el pelo despeinado del viaje, la ropa arrugada..., me pareció el ser más adorable del mundo.

Ari sonrió para sí pensando en lo exagerados que sonaban los enamorados. Beathan prosiguió sin darse cuenta, demasiado centrado en las imágenes que continuó enseñándole mientras hablaba.

—Reconozco que al principio me aturdió un poco. Cuando se emociona... *emocionaba* —se corrigió—, hablaba muy rápido y me costaba entenderla. Yo permanecía mirándola absorto, intentando descifrar sus palabras, y cuando terminaba y le confesaba que no había entendido nada, se enfadaba y me empujaba con su fuerza de pulga.

Ari rio.

—¿Fuerza de pulga?

Beathan sonrió.

—Eso le decía cuando quería picarla. —Suspiró al recordar y siguió pasando las fotos, aumentando un poco la velocidad cuando el camarero apareció con la comida.

Ari alternaba su mirada entre las fotos y la cara de Beathan; el rostro se le iluminaba y los ojos parecían brillarle al hablar de su hermana. Sus palabras irradiaban tanto amor que por un instante llegó a sentir celos.

¿Existiría alguien en el mundo capaz de enamorarse así de ella? ¿Cómo podía quien había amado tanto y perdido a su amor vivir el resto de su vida sin la persona a la que había entregado su corazón de aquella forma? En ese sentido se alegraba de no haber encontrado a su «alma gemela»; no quería tener que sufrir de aquel modo. Aunque eso supusiera desconocer lo que se sentía al ser amada de verdad...

«No te enamores nunca», recordó las palabras de su madre. «Nunca quieras a nadie demasiado, porque cuando lo pierdas desearás morir».

Eran unas palabras muy duras y habían sido pronunciadas en pleno luto por la muerte de su segundo marido, el padre de Iveth, pero Ari las había hecho suyas porque, tras ver la sombra en la que se había convertido su madre, sabía que eran ciertas.

Beathan terminó de enseñarle las fotos, observando las últimas con nostalgia, y guardó el móvil para comer. Mientras degustaban un plato de salmón, Beathan continuó hablándole de Iveth y, al ver que Ari se animaba a comentar con él algunas anécdotas de aquella, reunió el valor para preguntarle él mismo cosas de su pasado, de los años anteriores a que se conocieran.

La conversación transcurrió como una montaña rusa de emociones. En un primer momento, Ari sintió que todo se le hacía cuesta arriba, le costó arrancar y empezar a compartir con aquel cuasi extraño los recuerdos que hasta entonces solo les habían pertenecido a ella y a su hermana. Conforme hablaba, notó que la carga se hacía más ligera, las anécdotas discurrían con fluidez de su boca. Pero, entonces, cuando el volumen de las memorias empezó a aumentar, sintió cómo se precipitaba de nuevo cuesta abajo, arrastrada por su peso. Se disculpó ante Beathan con la excusa de una visita al aseo y desapareció de allí antes de que pudiera decirle algo.

En el baño volvió a derrumbarse. ¿Cuántas veces le había pasado desde que llegara a Escocia? ¿Cuántas más tendría que aguantar antes de volver a sentirse bien o, por lo menos, normal? Abrió el grifo y se lavó la cara. La temperatura del agua era tan baja que parecía que estuviera hundiéndola en la nieve, pero eso la hizo sentirse más despejada, así que repitió el proceso un par de veces más. Luego miró su reflejo en el espejo y pronunció en voz alta

unas palabras que su abuela solía decirle cuando algo la preocupaba, y que ella había adoptado a modo de mantra para las situaciones más difíciles. No recordaba de dónde provenían, pero por lo habitual eran eficaces.

—Esto también pasará... —le dijo al reflejo que la miraba con ojos hinchados y llorosos. Como no le resultó convincente, lo repitió más despacio y marcando bien las palabras—: Esto... también... pasará...

Pero ¿cuándo?

## 6

### Ni siquiera la Muerte

El crucero de media hora por el Lago Ness les permitió descansar la mente un rato. Un guía iba explicándoles en inglés la historia del mito del monstruo mientras surcaban el *loch*, y aunque en un primer momento Ari atendió a sus palabras, durante los restantes veinticinco minutos desconectó su chip inglés-español-inglés y se dedicó a observar las montañas y árboles, las ondas que el barco producía en el agua y la pantallita del sonar que mostraba el fondo del lago (el relieve, la presencia de peces y su profundidad) conforme avanzaban.

Beathan iba sentado a su lado y alrededor de ambos se extendía una gran multitud de turistas que reían con las explicaciones del guía u observaban el lago y hacían fotos con la vega (aunque nunca del todo abandonada) esperanza de poder ver a la mítica escurridiza criatura. Ariadna no terminaba de creer en la existencia de aquel ser, pero tampoco la descartaba por completo. Tal y como el guía había explicado: en aquel lago existían multitud de galerías subterráneas, algunas de las cuales llegaban a comunicar con el mar, por lo que la posibilidad de que alguna criatura marina desconocida se hubiera colado allí desde el océano podía no ser tan descabellada.

Fuera mentira o verdad, lo que sí era cierto es que navegar por un lago teniendo presente la posibilidad de que una criatura prehistórica enorme buceara por debajo del barco era emocionante, y Ari comprendió por qué su hermana había incluido en su viaje aquella parada pese al regusto turístico que la impregnase. Creer en la probabilidad de que existieran misterios, cosas que el ser humano era incapaz de explicar, era algo alentador.

El crucero transcurrió sin incidentes, tal y como era de esperar, y cuando regresaron al muelle, Beathan y Ari se dirigieron al coche y pusieron rumbo a Inverness, la capital de las Highlands.

—¿Ha habido suerte?

Ari lo miró sin comprender y él, ante su silencio, apartó los ojos de la

carretera un instante para mirarla.

—Nessie...

—Ah. —Ari sonrió y negó suavemente con la cabeza—. Nada. Quizá sea tímido...

—Quizá...

—¿Tú crees que existe? —preguntó.

—¿Qué clase de escocés sería si no creyera en mis propias leyendas?

—¿Uno sensato?

Beathan rio.

—Vaya, si la señorita tiene sentido del humor...

—Es como Nessie, solo sale cuando nadie se lo espera.

Beathan sonrió y continuó conduciendo con toda su atención fija en la carretera; discurrían por un carril bastante estrecho que bordeaba el Lago Ness y lo único que los separaba de este era un terraplén de varios metros y los árboles que lo ocupaban.

—Sobre tu pregunta —continuó el chico—, creo que existe la posibilidad de que alguna vez, o veces, haya aparecido en el agua algo que los de por aquí no estuvieran acostumbrados a ver, pero no creo que fuera ningún dinosaurio ni nada así; más gente lo habría visto...

Ariadna permaneció observando el lago mientras avanzaban por una carretera de aspecto interminable. Ambos guardaron silencio durante lo que les pareció una eternidad, parecían haberseles terminado las palabras vacías, pero al cabo de casi una hora llegaron a la «boca del Ness», o Inverness, como la mayoría la conocía.

Una vez allí se dirigieron al Bed & Breakfast que habían reservado, donde un matrimonio anciano los recibió con los brazos abiertos. A Ari, la mujer le recordó a su abuela, y sintió una punzada de culpabilidad al pensar en su familia, sobre todo en su madre y lo engañada que estaba viviendo desde hacía un par de días. De repente la mentira empezó a pesarle más que su maleta mientras seguía a la anciana hasta la habitación en la que pasaría la noche. Tras dejar su equipaje en el suelo fue a darse una merecida ducha de agua caliente durante la que se obligó a dejar la mente en blanco y no pensar en nada. Sin embargo, el calor reconfortante de la ducha no fue suficiente



para garantizarle una rápida conciliación del sueño una vez se tumbó en la cama. Comprobó que cada vez que cerraba los ojos, los recuerdos de su hermana se hacían más intensos, las imágenes más nítidas, y no podía evitar pensar en ella viva y, sobre todo, y lo que era peor, muerta. Aunque abriera los ojos, la imagen de su cadáver níveo seguía allí en cuanto volvía a cerrarlos, como el fotograma congelado de una película en pausa.

Decidió encender la televisión para mantener la cabeza ocupada y esperar a que fuera el cansancio quien la arrastrara hacia el sueño, pero cuando por fin empezó a sentir que este se apoderaba de ella, un repentino golpe en la pared y unos sollozos terribles la hicieron despabilarse del todo de nuevo. Se incorporó y siguió el sonido hasta comprobar que provenía de la habitación de Beathan, contigua a la suya; era él quien lloraba.

—No me hagas esto, Beathan, maldita sea —murmuró sintiendo cómo los ojos se le llenaban de lágrimas. Había estado haciendo verdaderos esfuerzos por no llorar (o por hacerlo lo menos posible) durante todo el día, durante todo el tiempo que llevaba en Escocia, luchando por no desmoronarse del todo. Por lo general era buena reprimiendo sus sentimientos... siempre y cuando no tuviera a su lado a alguien que sí llorara. Cuando eso ocurría era como si la presa de lágrimas de sus ojos reventara; se volvía incapaz de contenerlas.

Intentó ignorarlo elevando el volumen de la televisión, pero no podía hacer oídos sordos al sufrimiento de aquel chico; nada podía apagar eso. Limpiándose en vano las lágrimas que parecían no tener intención alguna de darle tregua, salió de su habitación y llamó a la puerta de Beathan. Este le abrió al poco, con los ojos hinchados y la mirada cargada de dolor. Desde la muerte del padre de Iveth, Ari no había vuelto a ver un rostro tan triste y destrozado. Lo abrazó sin decir nada mientras lo empujaba suavemente hacia el interior de la habitación y cerraba la puerta tras ella. Él la abrazó con fuerza sin dejar de sollozar y Ari se vio incapaz de volver a controlar las lágrimas. Aun así, abrió la boca para intentar decir algo que pudiera consolarle un poco, pero Beathan se le adelantó.

—No la siento...

—¿Qué?

—A Iveth... —sollozó. A Ari le partió el corazón oír a aquel hombre, que se había mantenido en apariencia tan sereno hasta entonces, incluso bromeando horas antes ese mismo día, balbucear como un niño—. Se supone que debe de estar conmigo, Ari, pero no la siento aquí... No sé si todavía... todavía sigue... ahí... si está... —añadió entre hipidos antes de romper a llorar de nuevo.

Ariadna, por primera vez en su vida, no supo qué decir. ¿Qué se suponía que debía responder a eso? ¿Qué era exactamente lo que Beathan quería sentir? ¿El fantasma de su hermana? Aquello era tan surrealista que habría pensado que se burlaba de ella de no ser porque se le veía destrozado. Hablaba en serio.

—Beathan, yo... —Respiró hondo, luchando por controlar el temblor de su voz y dar con las palabras más adecuadas—. Yo no sé dónde está Iveth —susurró acariciando su espalda—, pero lo que sí sé es que si ella estuviera aquí ahora mismo... —Se enjugó las lágrimas y volvió a tomar aire—. Si ella estuviera aquí ahora, la destrozaría verte así. Sabes que era muy sensible.

—Lo sé...

—Pues entonces... Intenta calmarte. Hazlo por ella, Beathan.

Él asintió limpiándose las lágrimas, aunque siguió sollozando con suavidad, y la miró.

—¿Dónde crees que está? —susurró.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Nadie puede saber eso...

—Ya, pero... ¿tú qué crees?

—¿Yo? —A Ari le sorprendió la pregunta, suponía que a Beathan ya le habría quedado claro que le costaba creer en fantasmas, pero lo cierto era que, pese a todo, aquello era algo que ella misma se había preguntado alguna vez desde la primera ocasión en la que perdió a alguien cercano, más aún ahora, siendo su hermana. ¿Dónde estaba Iveth? ¿Estaba, siquiera, en algún sitio? Ignoraba la respuesta y le parecía absurdo perder el tiempo buscándola, pues solo podían conjeturar, pero la forma en la que Beathan la miró, suplicándole con la mirada que le respondiera... Esa vulnerabilidad hizo que no pudiera negarse—. Yo creo que tanto si estuviera aquí como en otro sitio, el Cielo o como quieras llamarlo, no lo sabríamos. Así que pienso que... que

el hecho de que no puedas sentirla o verla no significa que no esté aquí contigo. Su cuerpo... Su cuerpo era lo que podíamos ver y tocar, y eso ya no lo tiene, pero su alma, su esencia o como lo llaméis aquí... eso podría estar en cualquier sitio sin que lo supiéramos.

Beathan cerró los ojos con fuerza, derramando unas últimas lágrimas mientras volvía a abrazarla.

—Si te quería tantísimo como me parece —continuó Ari—, sin duda debe de seguir a tu lado. Yo no dejaría que nadie ni nada, ni siquiera la muerte, me separara de alguien a quien quisiera con tanta intensidad.

# 7

## Silencios rotos y leyendas inmortales

Al día siguiente el cielo amaneció ojeroso y desapacible, a juego con los rostros y ánimos de Ari y Beathan.

Ariadna había pasado con él buena parte de la noche, consolándolo primero con palabras y luego con su silenciosa presencia, hasta que se quedara dormido, rendido al cansancio. Se había sentido extraña por ser la encargada de imponer la calma cuando también compartía su dolor; después de todo, era su hermana quien había muerto. Se preguntó si finalmente algo se habría roto en su interior. ¿Por qué no era ella la que lloraba sin parar? ¿Por qué era ella quien conseguía mantenerse más tranquila, lo suficiente al menos para intentar serenar los ánimos de Beathan? Si bien era cierto que desde que se fue de casa para estudiar en la universidad, cuando Iveth tenía unos diez años, su relación con ella se había hecho más distante, siempre habían estado en contacto y siempre había ejercido a la perfección su papel de hermana mayor. Cuando su madre se casó con el padre de Iveth tras divorciarse del de Ari, y un año después tuvo a su hermana, ella temió que la nueva niña fuera a sustituirla frente a su madre, al igual que el padre de Iveth había sustituido al suyo. Pero cuando tuvo en sus brazos a aquel bebé regordete se dio cuenta de que la situación no era la misma, pues su madre seguía siéndolo, de ella no podía divorciarse, y el bebé no era como el nuevo marido; esa cosita era su hermana, llevaba parte de su sangre.

Ella todavía era una niña cuando Iveth nació, por lo que los cuidados del bebé recayeron sobre su madre y el padre, pero siempre había sido la encargada de vigilar a su hermana, de cuidar que nada malo le ocurriera en casa o en el colegio, y cuando se fue a estudiar a la universidad a otra ciudad, siguió cuidando de ella a distancia, ejerciendo de confesor telefónico de todas las cosas propias de la edad que preocupaban a Iveth y que para su madre ya quedaban demasiado lejanas.

Ari respiró hondo mientras guardaba las cosas de aseo y el pijama en la

maleta y la dejaba lista para llevarla de vuelta al coche tras desayunar. Al salir y ver a Beathan, que justo en ese instante cerraba la puerta de su habitación con expresión abatida, se le ocurrió que quizá la razón por la que no reaccionaba como él era, precisamente, por la reacción de él. Apenas tenía un par de años más que su hermana y necesitaba a alguien en quien apoyarse. Los momentos en los que ella reaccionaba de manera más adulta eran aquellos en los que él se comportaba de forma, en teoría, más infantil. Sus muestras de debilidad despertaban en Ari su instinto protector, hacían salir a la «hermana mayor». Debía ser fuerte por él y porque así, centrándose en tener fortaleza por otro, también se prohibía a sí misma derrumbarse.

—Buenos días —lo saludó, esbozando una leve sonrisa.

—... nos días —murmuró Beathan mirándola de pasada mientras se dirigía hacia el comedor. Recordaba lo sucedido la noche anterior y se sentía un poco avergonzado por que Ari le hubiera visto en aquel momento de debilidad.

Ariadna entendió su reacción, aunque le pareció que Beathan olvidaba que ella también había llorado a su lado. Pero prefirió darle espacio y tiempo para no hacerle sentir peor y buscó otro tema que les hiciera olvidarse un poco de aquello.

—No sé tú, pero yo estoy hambrienta, deseando probar un contundente desayuno escocés —afirmó, esforzándose por hacer su sonrisa más creíble esta vez. Consiguió arrancar solo un amago de la de Beathan, pero dada la situación, le pareció suficiente.

Entraron en el comedor donde la propietaria les sirvió un desayuno al que Ari, como había supuesto, no estaba acostumbrada. Mientras luchaba sin éxito por hacer hueco a los champiñones, las salchichas, la tostada, el huevo frito y las tiras de beicon, observó que la mujer estaba bastante pendiente de ellos, en especial de Beathan, que llevaba varios minutos untando de mantequilla una tostada.

—Si vas a poner más, deberías darle la vuelta y seguir por la otra cara; en esa ya no te cabe nada —propuso Ari.

Beathan pasó la mirada de ella a la tostada y reaccionó al reparar en lo que estaba haciendo.

—Oh, vaya... —Arrugó la nariz en un gesto de asco mientras comprobaba que podía hacerse un surco de casi un centímetro en la mantequilla.

Ari sonrió.

—Trae... —Le quitó parte de la mantequilla con un cuchillo y se la puso en otra tostada que luego se comió.

—Te has levantado con hambre —comentó Beathan sonriendo, esta vez sí.

—Nos espera un día largo, así que ya sabes, aplícate el cuento que eres el conductor.

Él rio y solo entonces su anfitriona se atrevió a acercarse a preguntar si necesitaban algo más. Ari pensó que habría oído los llantos de la noche anterior y por eso estaba tan pendiente.

—No, gracias. Todo está bien ya.

Terminaron de comer entretenidos por una conversación trivial acerca de la gastronomía escocesa y sus diferencias con la española, evitando así rozar el tema tabú de la noche que habían pasado allí. Una vez en marcha todo pareció volver a la normalidad momentáneamente, como si al dejar atrás la casa pudieran también hacer lo mismo con los malos recuerdos de lo acontecido en ella.

Aún quedaban muchas cosas que, en el fondo, Beathan quería preguntar a Ari sobre su hermana, pero ese día o, por lo menos, en ese instante, no se sentía con fuerzas para hacer las preguntas ni para oír las respuestas. Todavía les quedaba tiempo de convivencia, por lo que ya hablarían más de Iveth en otro momento.

Ari, por su parte, agradeció ese silencio relativo a su hermana; no estaba segura de poder soportar tan pronto otra situación como la vivida horas atrás. Sin embargo, tampoco le gustaba el silencio, pues la llevaba a pensar, y los únicos pensamientos que le llegaban eran crueles, con el mismo rostro y las mismas escenas: todas las imágenes que más deseaba borrar de su mente.

—¿A qué te dedicas? —preguntó—. Es decir, sé que trabajas en un pub, pero...

—Soy barman.

—Ah.

Beathan sonrió.

—Supongo que esperabas que te dijera que soy un reputado chef o algo con un poco más de caché.

—Bueno, con tu edad, el hecho de que buscaras compañero de piso y que hayas tenido que pedir a un amigo que haga tus turnos, ya me imaginaba que no serías el propietario de una cadena de restaurantes.

—No, ese es mi padre. —Ante la expresión sorprendida de Ari, se apresuró a aclararlo—. Bueno, propietario de una cadena no, solo del pub en el que trabajo. Pero a mí no se me dan muy bien los números ni el exceso de responsabilidades, así que prefiero servir bebidas y atender mesas. Me gusta tratar con el público. Iveth iba a... —Hizo una pausa al oír su nombre, como si no se lo esperara pese a haberlo dicho él mismo. Ari notó cómo los nudillos se le ponían blancos al apretar el volante, pero respiró hondo y al poco los relajó.

—Iba a trabajar allí este invierno para ganarse algo de dinero extra —terminó Ariadna, intentando echarle una mano—. Sí, ahora recuerdo que me lo comentó.

—Sí, bueno... Pues eso es lo que hago... ¿Y tú? Periodista, ¿no? —lanzó su pregunta antes de que ella pudiera decir nada más, tratando de alejar el tema de él y su Iveth tanto como fuera posible.

—Sí, trabajo en un periódico.

—¿Te gusta?

—Sí. Bueno... Es un trabajo bastante absorbente, como ya sabes —dijo recordando las críticas de Iveth en su diario—. Pero es entretenido; conoces gente e historias de lo más curiosas.

—Mira, en eso nuestros trabajos coinciden: no sabes la cantidad de gente rara que entra al pub, sobre todo durante los festivales de agosto.

Ari esbozó una sonrisa.

—¿Por eso queríais traerme durante ese mes? ¿Para que me sintiera como en casa?

Beathan rio.

—Bueno, no lo decía de forma despectiva, en general es gente

interesante. Pero lo mejor es lo llenas de vida que están las calles; es revitalizante si lo comparas con el resto del año, sobre todo otoño e invierno.

Ari asintió, lo entendía. Una de las cosas que Iveth más añoraba de su ciudad en España, como siempre le decía, eran el sol y la cercanía de la gente; poder incluso pasar el día en la calle con los amigos sin tener que limitarse a ir de local en local. Pero ella era distinta.

—A mí, en cambio, me gustan más los días grises y quedarme en casa o ir al cine —dijo ella.

—Pues entonces igual deberíamos intercambiarlos los pisos —bromeó Beathan.

Ari sonrió para sí, ¿mudarse ella a Edimburgo? Mentiría si dijera que nunca había pensado en vivir fuera de España, pero aquello supondría dejar atrás toda su vida. Podría encontrar otro trabajo allí, y tampoco tenía una vida social tan desarrollada como para que supusiera una gran pérdida, pero precisamente ahora no creía que pudiera dejar sola a su madre, no tras lo ocurrido. Al menos cuando se enterara de ello...

Y sin embargo, tras lo acontecido era cuando sentía que más necesitaba un cambio. La muerte de su hermana había hecho que empezara a pensar en lo frágil que era la vida, en que cualquier día podía ser el último o que, como mínimo, te acercaba un poco más al final. ¿Estaba preparada ella para ese final? Sentía que todavía le quedaba mucho por vivir, mucho por ver, mucho por experimentar... Al pensar en ello le fue inevitable reparar en que todavía no había conocido a nadie que supusiera para ella lo que Beathan había supuesto para su hermana y lo que ella había significado para él. Pese a su actitud en apariencia sensata y racional, en el fondo siempre había conservado en su interior ese romanticismo propio de libros y películas. Aunque no había encontrado a su «alma gemela» y empezaba a dudar que existiera, en el fondo siempre había guardado encendida una llamita de esperanza. La llamita se iba consumiendo, haciéndose más pequeña con el paso de los años, pero seguía ahí.

Pero ahora, tras todo lo sucedido, mil preguntas ocupaban su mente: ¿existiría alguien para ella? El destino había hecho que Beathan e Iveth, personas de diferentes países que no tenían por qué haberse encontrado



nunca, lo hicieran. Sin embargo, también había conseguido que, poco después de encontrarse y cuando más felices eran, se separaran para siempre. El destino podía ser muy cruel y quizá lo que a ella le tenía reservado era, directamente, que nunca pudiera encontrar a su «media naranja». Cualquiera se fiaba ya de ese cabrón...

—Te has quedado muda de repente. —La voz de Beathan la arrancó de sus pensamientos.

—Solo admiraba el paisaje... —mintió mientras se fijaba en él por primera vez, pese a haber estado mirándolo mientras pensaba.

Hacia un rato que habían dejado atrás Inverness y el lago Ness y ahora atravesaban una llanura salpicada de otros lagos mucho más pequeños. La lluvia caía de manera intermitente, como había sido su costumbre todos los días anteriores. En el exterior no se veía a nadie ni nada más que algunas vacas y ovejas, pero el tiempo tampoco animaba al senderismo.

Beathan encendió la radio y The Fray se ofreció a hablar por ellos:

*Don't talk, don't say a thing.*

*'Cause your eyes, they tell me more than your words.*

*Don't go, don't leave me now.*

*'Cause they say the best way out is through. <sup>1</sup>*

Beathan apretó un botón que Ari pensó que apagaría la radio, pero en lugar de eso activó la reproducción de un CD de música celta.

—Más acorde con el paisaje —comentó Beathan.

*Y menos con la situación*, pensó Ari. La letra de la anterior había ido directa a por ellos, a traición. Sin duda debían de haber hecho algo para cabrear al destino.

Ariadna continuó mirando a través de la ventanilla, observando cómo las llanuras daban paso a las montañas y el espacio entre ellas se estrechaba convirtiéndose en un valle, el lugar más hermoso que había visto desde Glencoe. Se sentía tan minúscula y a la vez tan protegida entre aquellas gigantes de cimas redondeadas. No sabía si se debía a la situación, si por ello le daba tanto valor a todo cuanto estaba viendo que era nuevo para ella, pero lo guardó a buen recaudo en su memoria y se permitió sorprenderse como

una niña y disfrutar de cada rincón, cada lago, cada riachuelo, cada cascada que aparecía ante sus ojos, como si fueran cosas desconocidas para ella. Sentía como si con la muerte de su hermana hubiera renacido un nuevo «yo», un yo que haría que cada minuto y cada momento contara.

—¿Dónde estamos? —preguntó mientras tomaba el diario de su hermana y buscaba entre las fotos y el recorrido.

—Glenshiel.

—Me recuerda un poco a Glencoe...

—Glen es el nombre que se le da en Escocia a los valles profundos de las Highlands —explicó—, los típicos valles glaciares en forma de U.

—Me siento como si estuviera de vuelta en el colegio.

Beathan esbozó una media sonrisa.

—Entonces me guardo la información sobre la batalla que se libró aquí, con españoles incluidos.

—¿Españoles?

—Ah, ahora no te importa estar de vuelta en el colegio, ¿eh?

Ari rio.

—Yo no me he quejado, solo fue un comentario...

Beathan, aún con una sonrisa en los labios, bajó un poco el volumen del reproductor y carraspeó.

—No soy muy entendido en Historia así que no me pidas detalles, pero en este valle se enfrentaron algunos clanes jacobitas de las Highlands y el gobierno británico. Al parecer, puesto que los españoles habíais perdido muchas colonias y vuestro lugar como principal potencia marítima tras la firma del Tratado de Utrecht, pensasteis que si ayudabais a recuperar el trono a Jacobo III, contaríais en él con un aliado que os devolvería parte de vuestro poder perdido.

Ari lo miró mientras trataba de asimilar toda la información.

—Y eso que no eras muy entendido en Historia.

—Wikipedia ayuda.

Ariadna le dedicó una mirada suspicaz mientras esbozaba una sonrisa.

—Así que los españoles apoyaron a los escoceses para luchar contra el gobierno británico y que el rey Jacobo les debiera una si recuperaba el trono

—resumió.

—En líneas muy generales, sí.

—¿Y qué pasó?

—Bueno, siento decirte que no tuvisteis mucha suerte.

—No me digas. ¿Otra Armada Invencible vencida? —Chasqueó la lengua negando con la cabeza—. No aprendemos...

—Pues de hecho, en parte fue algo así. España envió un par de barcos a Escocia para atraer hacia aquí a las tropas británicas mientras la flota principal se dirigía al sur de Inglaterra, pero esa flota fue dañada antes de llegar y los soldados que ya estaban aquí, en las Highlands, se quedaron abandonados a su suerte, sin posibilidades de vencer solos a las fuerzas del Gobierno.

—Pues vaya putada.

Beathan rio ante la expresión.

—Sí. Sobre todo porque los soldados que se quedaron aquí, además, no encontraron tanto apoyo de los clanes como esperaban.

—Ya me imagino a los pobres españoles preguntándose qué diablos se les había perdido a ellos aquí, con este tiempo encima... —Miró hacia el cielo gris y las montañas que se perdían en las nubes—. ¿Y qué pasó luego?

—Unos cuantos soldados se quedaron en el castillo de Eilean Donan, donde vamos ahora, mientras que el resto se dirigió al sur para intentar reunir más apoyo de los escoceses. Cuando se enteraron de lo ocurrido a la flota que iba a ir por el sur, decidieron intentar atacar por sí solos con la ayuda de los clanes que habían conseguido que se les unieran. ¿Te suena el nombre de Rob Roy?

Ari asintió.

—De la película.

—Él participó también en la batalla de Glenshiel, del lado de los jacobitas, pero fue gravemente herido y sus hombres se retiraron para ponerlo a salvo. Al poco les siguieron otros clanes y al final tus compatriotas quedaron en un número demasiado pequeño como para poder hacer frente a las tropas del Gobierno.

—¿Se los cargaron?

—No. Se retiraron hacia lo alto de una colina que desde entonces se conoce como Peak of the Spaniards, y terminaron rindiéndose. Los escoceses supongo que huyeron para evitar que se los acusara de traición y acabar muertos.

—Pues vaya viaje en balde que echaron desde España.

—Bueno, eso no podían saberlo cuando salieron. Ellos pensaban que tenían posibilidades, solo que los planes no resultaron según lo esperado. Tuvieron mala suerte con la tormenta que se encontró la flota del sur; quizá de haber podido llegar a Inglaterra, como esperaban, todo hubiera sido distinto.

—Quizá...

Miró al exterior observando con atención la cañada de Glenshiel. ¿Se habrían sentido los españoles tan pequeños como ella en esos momentos, entre aquellas montañas cuyas laderas se levantaban de forma tan repentina? La orografía desconocida junto con la más que probable lluvia y su consecuente barro, y el caos de gritos y disparos de la batalla debieron de ser, sin duda, un gran aliciente psicológico a favor de las tropas británicas.

Ari volvió a mirar el diario y reparó en uno de los nombres que su hermana había destacado.

—¿Y las Cinco Hermanas?

Beathan miró un instante a su alrededor, al paisaje, inclinando un poco la cabeza para tener una visión completa de las montañas.

—Creo que esa es una de ellas.

Ari siguió la dirección que marcaba su dedo.

—¿Conoces la historia? —le preguntó.

—Era una de las preferidas de tu hermana... —Evitó pronunciar su nombre. Había reparado en que de esa forma le resultaba un poco más sencillo hablar de ella, como si así estableciera cierta separación entre ellos.

—Sí, me la contó...

Recordó la leyenda. Siete hermanas que vivían con sus padres. Cuando dos hermanos fueron a desposar a las más jóvenes, el padre les dijo que solo podrían casarse con ellas cuando las otras cinco hubieran encontrado marido. Los hombres le aseguraron que tenían otros cinco hermanos a los que

enviarían allí para desposar a sus hijas cuando llegaran a casa. El padre los dejó marchar con sus dos hijas más jóvenes con esa condición, pero los supuestos cinco hermanos nunca llegaron. Las cinco hermanas, al ver que el tiempo pasaba y no había noticias de ellos, acudieron a un brujo local que las transformó en esas cinco montañas para que conservaran su belleza hasta que los hombres que tuvieran que desposarlas aparecieran.

Le parecía una historia bonita y triste al mismo tiempo. Las hermanas que no perdieron la esperanza de encontrar el amor que nunca hallaron, pero que, sin embargo, ahora permanecían inmortales y eternamente admiradas por los viajeros que cruzaban junto a ellas. No le parecía un mal final si la alternativa era envejecer y morir sola...

—La verdad es que son increíbles, no me extraña que conquisten a hombres y mujeres —comentó Ari—. ¿Y quién se acuerda de sus otras dos hermanas ahora? —Sonrió.

Beathan sonrió también, asintiendo mientras observaba un instante la montaña. Poco después aparecieron las otras hermanas, igual de impresionantes, y el chico sintió cierta nostalgia. Nostalgia al pensar que nunca podría compartir aquellas vistas, aquella experiencia, con su Iveth, y que no había montaña, ni río, ni valle a los que amar en su honor, solo un trozo de mármol con un nombre y un montón de recuerdos que se negaban a permanecer sepultados bajo él. Habría dado lo que fuera por conocer a aquel brujo y pedirle que a él lo transformara en uno de los árboles bajo los que su amada descansaba para siempre, para poder velarla el resto de la eternidad.

---

1 &#9;No hables. No digas nada.

&#9;Porque tus ojos me dicen más que tus palabras.

&#9;No te vayas. No me dejes ahora.

&#9;Porque dicen que la mejor forma de salir de un sitio es atravesándolo.

## 8

### Eilean Donan

Ari había oído hablar tanto y visto tantas imágenes del castillo de Eilean Donan que reparó en que, conforme se aproximaban y se hacía consciente de su cercanía por la apariencia del paisaje, sus nervios aumentaban. Nunca había estado allí, pero sabía que el castillo se encontraba en una isla cerca de una de las orillas de un lago, y también que era la parada del viaje que seguía a Glenshiel, por lo que cuando dejaron atrás las montañas del valle y vio cómo estas eran reemplazadas por el agua, supo que la aparición de su destino en el horizonte se hacía inminente.

Conocía el aspecto exterior del castillo tan bien como si ya lo hubiera visitado. Lo había visto no solo en fotografías, sino en el cine y la televisión, pues había aparecido en gran cantidad de películas y anuncios, así que aunque tenía ganas de verlo en directo, no esperaba que su visión la sorprendiera en exceso.

Se equivocaba.

Cuando reconoció su silueta a lo lejos se removió en el asiento mientras sentía un extraño cosquilleo en su interior. Al tomar el desvío de la carretera principal para acercarse al aparcamiento y tras bajar del coche, su corazón comenzó a palpar con más velocidad. Ni siquiera reparó en el intenso viento que ralentizaba su paso. Finalmente, el castillo apareció ante sus ojos a unos cuantos metros de distancia, en una pequeña isla al otro lado de un puente de piedra, y Ari, sin darse cuenta, contuvo la respiración. Allí estaba, majestuoso y mágico como ningún otro lugar que ella hubiera visto antes: el castillo de Eilean Donan.

—¿Es como te lo imaginabas? —Beathan cerró el coche y fue a su lado mientras se subía el cuello de la cazadora.

—Mejor aún...

Ariadna se acercó más, asomándose desde uno de los miradores del aparcamiento. Desde allí tenía una imagen completa del castillo y del puente

de piedra que se erguía sobre unos arcos por encima del lago, uniendo la isla a la orilla. Era el único punto de acceso a pie al castillo. La única otra forma de llegar habría sido por el agua: nadando o en una embarcación.

—Es sorprendente lo bien que se conserva... —comentó Ari.

—Creo que no es el original —aclaró Beathan—. Me parece que fue reconstruido, precisamente por el enfrentamiento con los españoles cuando vinieron. Los barcos del Gobierno dispararon sus cañones contra él.

—Aun así, debe de tener tiempo... y desde luego, historia. Es... Tiene mucha fuerza —susurró mientras caminaba hacia la puerta de acceso al puente, sin apartar la mirada del edificio.

—Voy a sacar las entradas, ¿vale? —se ofreció Beathan. Ari asintió sin mirarlo y lo esperó de pie en la entrada al puente.

El viento seguía soplando con fuerza y su intensidad aumentó cuando atravesaron el viaducto. Soplaban en su contra, como si alguna fuerza sobrenatural quisiera dificultarles el acceso u obligarles a retroceder y desistir en su intento por alcanzar el castillo. Ari siguió el ejemplo de Beathan y, tras envolverse el cuello con una bufanda, subió la cremallera de su cazadora y se puso los guantes. Así, más protegida, pudo detenerse a echar un vistazo al lago que se perdía en el horizonte hacia derecha e izquierda, antes de continuar caminando hacia el castillo. Había pocos turistas en ese momento, solo veía un par de personas que regresaban del edificio en ese instante.

Cuando pisaron tierra firme, la tierra de la isla de Donan, al final del puente, las nubes cubrieron el sol por completo, trayendo una repentina oscuridad que, unida al intenso viento, logró estremecer a Ariadna. No obstante, la atracción del castillo sobre ella se impuso a aquella sensación de desasosiego, y apretó el paso para dirigirse al interior.

Beathan la siguió, y tras cruzar la primera puerta se encontraron con una pequeña exposición donde, a través de textos y maquetas, se explicaban las distintas fases por las que había pasado el castillo a lo largo de los siglos. Ari descubrió que el edificio original databa del XIII y había pasado por varias manos hasta que en el XVIII fuera destruido por las fuerzas del Gobierno en su lucha contra los españoles, tal y como Beathan le había contado. A partir de ese momento había permanecido en ruinas hasta principios del siglo XX.



La puerta de salida de aquella habitación los llevó al patio interior del castillo. Era un espacio descubierto y aunque los muros de la construcción ocupaban la mayor parte, el resto del patio estaba formado por un mirador que daba al lago y otorgaba al viento vía libre para circular. Decidieron alejarse del mirador y dirigirse hacia el interior del castillo, resguardados del aire y de la lluvia que volvía a visitarles.

Beathan subió los peldaños de la escalinata que conducía al interior de la torre principal y Ari lo siguió sin dejar de contemplar aquel gigante de piedra que se elevaba varios metros sobre su cabeza. Al fijar su mirada en una de las ventanas de las plantas superiores, no obstante, se encontró con el inesperado rostro de un hombre que parecía observarla con la misma atención que ella al castillo. La distancia era demasiado grande como para distinguir sus rasgos, pero estaba segura de que la miraba a ella; allí abajo no había nadie más. Ariadna siguió subiendo los escalones, más despacio ahora, y al advertir que el desconocido seguía su avance con atención, se sintió obligada a levantar la mano derecha a modo de saludo. Él, entonces, hizo un gesto que la sorprendió, pues en lugar de responder del mismo modo, levantando su mano, inclinó la cabeza levemente mientras se llevaba los dedos a la frente un instante, a modo de saludo militar. Ari frunció el ceño, extrañada, pero esbozó una leve sonrisa al ver que el desconocido seguía mirándola sin moverse; qué persona tan rara... Luego entró al castillo tras Beathan.

El interior del edificio era bastante acogedor, la calefacción estaba encendida y las habitaciones se encontraban decoradas con muebles de madera de principios del siglo XX, armas, artefactos de todo tipo relacionados con el clan Macrae, cuadros, fotos..., parecía una mezcla entre un museo y un castillo restaurado que funcionara como casa familiar. Un guía les informó de que el castillo era en la actualidad propiedad de la familia Macrae, desde que compraran la isla en 1911. Por aquel entonces el castillo estaba en ruinas, así que lo hicieron reconstruir y en 1932 el castillo fue reabierto y empleado por la familia como residencia de verano. En la actualidad, todavía era usado a menudo por muchos miembros de la familia Macrae.

Beathan y Ari caminaron por el interior, sin prisa, saboreando cada

rincón. Solo habían visto a otro turista por detrás de ellos y lo dejaron adelantarles para poder disfrutar a solas de aquel lugar. En las zonas cubiertas por suelo de madera, este crujía bajo sus pies, y eso, unido al sonido del agua del lago y la lluvia, que golpeaban contra el castillo en el exterior, les daba a veces la sensación de encontrarse en el interior de un barco.

Mientras Beathan observaba los objetos expuestos en el salón de banquetes, Ari siguió curioseando; cruzó una puerta estrecha y entró a una habitación de tan solo un par de metros de ancho. Al asomarse por la ventana y ver el patio interior, recordó la figura masculina que había visto desde abajo; por la situación calculó que aquella podía ser la habitación en la que aquel extraño se encontraba cuando se habían saludado. Permaneció unos segundos admirando las vistas (desde allí podía ver no solo el patio, sino también el lago por encima de los muros del castillo), hasta que de repente sintió una corriente fría que la obligó a recolocarse la bufanda alrededor del cuello. Advirtió entonces que no estaba sola al sentir una mirada fija en ella, y en el cristal de la ventana vio otro reflejo aparte del suyo: el de un hombre.

Se giró esperando encontrar a algún turista, pero descubrió entonces que allí, para su sorpresa, no había nadie aparte de ella. Confusa, volvió la vista a la ventana para confirmar a su cabeza que, en contra de lo que creía que le habían mostrado sus ojos, no había señal de ningún hombre, pero se llevó una segunda sorpresa al reencontrarse con el mismo reflejo. Sin embargo, tras ella, como volvió a comprobar, seguía sin haber nadie.

—¿Qué narices...? —murmuró.

Observó el reflejo con atención. No era una imagen nítida, parecía más bien un efecto de luces y sombras, pero creyó reconocer en él al extraño personaje del saludo militar. Se acercó más a la ventana para intentar, en balde, distinguir más detalles de aquella figura. Movi6 la mano para comprobar su propio reflejo en el cristal, y este devolvi6 su imagen. Pero entonces el reflejo tambi6n se movi6 y Ari observ6, sin acabar de creerlo, c6mo el due6o de aquella silueta, el hombre que deba de haber estado situado tras ella pero que no lo estaba, estiraba su propia mano para agarrarla a ella. Ariadna permaneci6 inm6vil, expectante, hasta que sinti6 un hormigueo en el hombro derecho, justo donde se suponía que el extraño la

tocaba.

De inmediato, retrocedió asustada y volvió sobre sus pasos hasta reencontrarse con Beathan en el salón principal. Él seguía examinando una de las colecciones de las vitrinas sin percatarse de nada, pero al verla más pálida que de costumbre, se alarmó.

—¿Te encuentras bien?

Ari asintió.

—Sí, claro... —mintió.

¿Qué se suponía que iba a decirle?, ¿que había visto un reflejo de alguien que no estaba y luego había sentido cómo ese ser invisible le tocaba el hombro? Se alejó de él fingiendo interesarse por lo que había dentro de la vitrina expositora que tenía al lado, pero no podía dejar de pensar en lo que había visto... o no visto.

—Ya llegan... Abandonad el castillo mientras podáis.

Una voz masculina susurró a su oído haciendo que Ari se sobresaltara. Retrocedió precipitadamente, chocando con violencia contra una de las sillas de madera que rodeaban una mesa a su espalda. Tanto Beathan como el vigilante de aquella habitación se acercaron a ella.

—Ari, ¿qué ocurre?

—¿Está bien, señora?

Miró a su alrededor sin entender nada.

—¿Quién ha dicho eso?

—¿Decir qué?

Pasó la mirada de Beathan al vigilante; había visto a los dos acercarse, por lo que estaba claro que ninguno de ellos se encontraba tan cerca de ella como para susurrarle algo al oído. Pero allí no había nadie más.

—Me... Me pareció oír algo.

Intentó recordar las palabras exactas: «ya llegan, abandonad el castillo mientras podáis». Miró al vigilante.

—¿Van a cerrar ya?

Él negó con la cabeza, algo extrañado.

—El castillo no cierra a mediodía, está abierto hasta las seis de la tarde.

—Ari, ¿qué ocurre? —insistió Beathan, visiblemente preocupado.

—Nada... No ocurre nada —repitió mientras se precipitaba fuera del salón, cruzaba el sótano que daba a la salida y escapaba del castillo al patio interior; necesitaba aire y un espacio abierto. Al llegar al patio buscó un lugar resguardado de la lluvia y se metió debajo, intentando comprender lo que había pasado y por qué estaba tan alterada. Primero había visto el reflejo de un hombre que no estaba allí y luego una voz masculina de alguien que tampoco veía, tal vez la misma persona. Lo primero, lo del reflejo, podía haberlo imaginado, incluso el hormigueo que sintió en el hombro cuando, supuestamente, aquel extraño la tocó, pero no había explicación alguna para la voz. Si no era ni de Beathan ni del vigilante, ¿quién había susurrado a su oído aquellas palabras?

—¿Ari?!

Beathan apareció de repente cruzando por delante de ella.

—Aquí...

—Creía que habías regresado al coche. ¿Qué ha pasado ahí dentro? Parecías asustada —comentó—. De hecho, aún lo pareces...

—Creo que las pocas horas de sueño empiezan a pasarme factura...

—¿Quieres que nos vayamos?

—No. Solo necesito un rato... Un rato para mí.

*Como mínimo para encontrar una explicación a lo ocurrido o inventarme alguna convincente .*

Beathan la miró a los ojos y dio por hecho que todo aquello tenía que ver con lo de su hermana, así que asintió.

—Quédate por lo menos dentro, aquí fuera hace frío.

—Prefiero quedarme aquí —le aseguró. Luego se obligó a esbozar una sonrisa para animarle a dejarla sola—. Entraré en unos minutos... Si no nos encontramos, nos vemos a y media en la cafetería, ¿vale?

Beathan miró el reloj, quedaban tres cuartos de hora para eso.

—De acuerdo... —accedió, no sin ciertas dudas. No le gustaba abandonarla así, lo había dejado preocupado, pero a él también le vendría bien estar un rato a solas.

## 9

### Entre dos mundos

Las nubes se habían disipado un poco, lo suficiente para permitir que la luz del sol volviera a filtrarse entre ellas, quitando el tenebrismo al patio en el que Ari permanecía sentada, perdida en sus pensamientos. El viento también había amainado, lo que agradeció.

Desde donde se encontraba podía observar a la gente que pasaba, pero permaneciendo oculta ante ellos, por lo que no se extrañó cuando advirtió que un hombre se acercaba al mirador del muro, apenas a un par de metros de ella, y se apoyaba sobre él sin decirle nada. Lo que le llamó la atención fue la indumentaria que presentaba: pese a no poderla identificar, le recordó a un uniforme militar antiguo, de hace un par de siglos como mínimo. Llevaba una casaca blanca con un pañuelo blanco al cuello, calzas con medias y zapatos negros, y en la cabeza un tricornio negro sobre una peluca blanca recogida con un lazo en la nuca. Incluso iba armado con una espada o sable a la cintura. Era, definitivamente, el último vestuario que Ariadna habría podido esperar; sin embargo, en un lugar tan turístico como aquel, lo único que le sorprendió fue que no estuviera vestido con un kilt, como era común por aquellas tierras. ¿A quién representaría aquel hombre en el castillo? Sin duda, su atuendo tenía que estar relacionado con él.

Permaneció observándolo con curiosidad durante unos instantes, olvidándose por un momento de todo lo acontecido en el castillo. Se trataba de un hombre alto, de tez algo más bronceada de lo que hasta entonces había visto por Escocia. Si no hubiera sido por el uniforme militar, habría supuesto que se trataba de un turista, no de alguien que viviera por la zona. Tenía una nariz grande pero proporcionada, pómulos bastante marcados y una mandíbula fuerte cubierta de la barba de un par de días. El pelo no podía vérselo a causa de la peluca. Pese al atuendo, a Ari le pareció bastante atractivo.

Cuando el extraño levantó la mano, Ariadna reparó en que llevaba en

ella un objeto. Al verlo situarlo ante uno de sus ojos comprobó que se trataba de un catalejo. El desconocido miró con atención hacia un punto del lago, despertando la curiosidad de Ari, que enseguida se incorporó para acercarse y ver qué había atraído su atención. Sin embargo, apenas se hubo puesto en pie, el hombre levantó la mano izquierda, sosteniendo el artilugio con la diestra sin dejar de mirar a través de él, y dio una orden en una lengua que, aunque a sus oídos sonó a castellano antiguo, pudo entender sin problemas.

—Mantened vuestras posiciones. Permaneced alerta pero no disparéis. Repito: no abráis fuego hasta que dé la orden.

Mantuvo la mano en alto, como en un intento por reafirmar con ella sus palabras, y Ari se asomó con curiosidad para ver a quiénes iban dirigidas. Al comprobar que se encontraba solo, se acercó hasta él, confusa.

—Hola... —saludó, intentando empezar una conversación.

El hombre apartó la atención del catalejo de inmediato y la miró con tal sorpresa que Ariadna pensó que ni la visión del monstruo del Lago Ness le habría sorprendido tanto.

—¿Quién sois vos y qué estáis haciendo aquí?

—¿Perdón? —Ari frunció el ceño sin comprender.

—Es una pregunta sencilla, señora.

—Yo... estoy visitando el castillo.

—¿Visitándolo? —preguntó incrédulo, como si fuera la explicación más disparatada que podía haberle dado. Entonces miró de nuevo a su espalda—. De acuerdo, ¿quién ha traído a esta mujer? Y más vale que el responsable salga rápido; esas fragatas no van a esperar.

Ari miró en la misma dirección que él, pero en el patio del castillo solo estaban ellos dos.

—¿Nadie? —continuó el desconocido, dirigiéndose a un público invisible a ojos de Ari. Luego resopló y guardó el catalejo—. Está bien, ya hablaremos de esto, señores. Teniente, no pierda de vista a esos condenados casacas rojas. Acompañaré a esta mujer a un lugar seguro.

—¿Con quién habla? —preguntó ella, sin dar crédito al surrealismo de la situación. Pero el extraño la ignoró.

—Acompañadme, señora, este lugar no es seguro para vos.

Ari sonrió, estaba claro que se metía bien en su papel. Decidió seguirle la corriente.

—Lo lamento, pero eso no va a ser posible; estoy esperando a un amigo. El hombre la miró, extrañado.

—¿Un amigo decís? ¿Y cuál es su nombre?

—Beathan.

—No le conozco, ¿vive por la zona?

—En Edimburgo.

—¿Y qué hace tan lejos de casa? —preguntó, suspicaz—. ¿Se unirá a la revuelta?

—Pues no lo creo, la verdad... En el trabajo solo le han dado dos días libres. —Mientras hablaban, Ari accedió a acompañarle por el puente.

—¿Para qué?

—Para venir aquí.

—¿Para visitar el castillo?

—Entre otras cosas. Hemos estado por Glencoe, el Lago Ness, Inverness, Glenshiel...

—Un viaje tremendamente largo —admitió, abriendo los ojos con sorpresa, pero enseguida cambió su expresión a una suspicaz y la miró con gravedad—. ¿Huís de alguien?

Ariadna esbozó un amago de sonrisa.

—Más bien cumplimos una promesa que le hicimos a una persona.

Él pareció meditar sus palabras unos instantes, mientras avanzaban por el puente, pero enseguida miró hacia el castillo que habían dejado unos metros por detrás, como si acabara de recordar qué hacía allí.

—No hay tiempo para más conversación. —Volvió la vista hacia la verja de metal que había al final del puente, donde debían entregarse los tickets para visitar el castillo—. Corred a tierra y seguid el camino hasta el pueblo; allí estaréis a salvo.

Ari sonrió educadamente, pero se preguntó hasta cuándo pensaría seguir con aquella actuación.

—Sí, entendido. —Asintió sin moverse, esperando que él se diera la vuelta y regresara al castillo.

Pero no lo hizo. Por el contrario, se quedó mirándola, expectante.

—Daos prisa, señora, las fragatas llegarán enseguida.

—Sí, sí, lo entiendo —le siguió el juego ella—; en cuanto mi amigo vuelva, nos alejaremos de inmediato.

Se sentó en uno de los bordes de piedra del puente, pero aquello, por alguna razón, exasperó al hombre.

—Me temo que no comprendéis la gravedad de la situación. ¿Pensáis que esto es un juego? ¡Vuestra vida está en peligro! Resguardaos al final del puente, yo traeré a vuestro amigo.

—Oiga, en serio, le felicito, representa muy bien su papel, pero estoy algo cansada y le agradecería que lo dejara ya, por favor... —pidió Ari. Aquel personaje estaba terminando con su paciencia.

El extraño la miró, claramente confuso, y durante unos segundos no supo cómo reaccionar, pero luego se llevó la mano a la empuñadura del sable que llevaba colgado.

—Está bien. Os ruego que me perdonéis, pero si no queréis obedecer por las buenas, tendrá que ser por las malas. Debo regresar con mis hombres y no voy a permitir que vuestra falta de cordura me haga responsable de vuestra muerte.

Ari enarcó las cejas sin saber si aquel hombre tan raro hablaba en serio o seguía empeñado en interpretar su papel hasta el final, por lo que no se movió. Él, sorprendido por la falta de respuesta de la intrusa, dudó por un instante; no podía amenazar con su arma a una dama, por rara que esta fuera, pero había dado por hecho que su farol daría resultado y la haría caminar.

—De acuerdo.

Al ver que no era así, decidió arrastrarla él mismo. De todas formas, la perspectiva del inminente ataque de las fragatas era tan desalentadora que a su lado la más que probable reacción negativa de una mujer ante un contacto no deseado se le antojó insignificante. Así que alargó una mano, cogió la de aquella desconocida y tiró de ella para llevarla fuera del puente, caminando hacia tierra firme.

Ariadna observó alarmada cómo el hombre caminaba por el puente en dirección a la entrada, con su brazo derecho estirado y el puño cerrado



alrededor de una mano que no estaba ahí en realidad: la de ella. El extraño había hecho ademán de cogerle la mano y apartarla del borde del puente, donde estaba sentada, pero nunca llegó a hacerlo. Cuando su mano había, supuestamente, tocado la suya, lo único que Ari había sentido había sido el mismo hormigueo que un rato antes en el castillo, al ver a través del cristal de la ventana cómo el reflejo de un hombre la agarraba del hombro. La mano del desconocido había traspasado la suya como si fuera de aire, pero él lo había ignorado alejándose como si la asiera de ella.

Ariadna se asustó, pero no tanto como cuando, justo después, oyó el sonido del primer cañón disparándose, el del primer impacto contra el castillo, y los gritos de dolor de algunos hombres alcanzados bajo las almenas derrumbadas.



Ari miró hacia el castillo, boquiabierto; el cañonazo había abierto un agujero en el ala suroeste, haciendo que el techo se desplomara y una nube de polvo empezara a inundar todo ese lado. Entonces vio los barcos, aquellas fragatas que el desconocido no había dejado de mencionar. Eran enormes, de amplias velas, y sus cañones relucían bajo los escasos rayos de sol que se filtraban entre las nubes. Sin duda, el castillo no tenía ninguna posibilidad de resistir a su ataque.

Se dio cuenta en ese momento de lo irreal de la situación: ¿barcos con cañones atacando el castillo de Eilean Donan en pleno siglo XXI? ¿Qué pasaba allí? Aquello tenía que tratarse de algún truco, muy elaborado, pero un truco. ¿Estarían rodando alguna película?

Se giró para buscar al extraño al final del puente, pero allí no había nadie, de hecho, el puente mismo comenzaba a desvanecerse ante sus ojos.

—¿Qué está pasando aquí? —se preguntó alarmada mientras retrocedía de vuelta al castillo.

El puente iba desapareciendo progresivamente, sin detenerse. No se derrumbaba, solo se desintegraba como un holograma que fuera fundiéndose con el fondo. Ari podía ver con nitidez, sin nada que se lo impidiera, el agua que discurría bajo ella y que hasta entonces había permanecido oculta por las piedras del puente. No sabía si aquello era real, si cuando el puente

desapareciera bajo sus pies, caería al agua. La lógica le decía que no, pero no pensaba quedarse para averiguarlo.

En ese momento pudo escuchar otro cañonazo, y en unos segundos la enorme bola del cañón se estrelló en el lago a escasos metros de ella, provocando que una gran columna de agua se levantara y le cayera encima. Para su sorpresa, no se mojó ni un ápice, pero enseguida volvió a escuchar la voz del desconocido, gritándole.

—¡Volved aquí, señora! ¡Venid al castillo!

Ari no se lo pensó. No sabía si aquello era real o algún truco, pero la voz del hombre denotaba angustia, y si le decía que se acercara al castillo no iba a pararse a preguntar por qué... ni tampoco cómo había podido regresar hasta allí sin pasar por su lado en el puente. Corrió hacia el extraño, que la esperaba con un brazo extendido hacia ella mientras volvía la mirada hacia el interior del castillo y, levantando su sable con la mano derecha, gritaba a alguien de allí.

—¡¡Cesad los disparos!! ¡Maldita sea, Teniente, haga que dejen de disparar! ¡Es una orden! ¡Reducirán a polvo el castillo y a nosotros con él! — Entonces volvió a mirar a Ari—: ¡Apresuraos, señora!

Cuando llegó a su lado, la dejó pasar delante y ambos se dirigieron al patio interior. Él le pidió que se quedara en el centro del patio, alejada de los muros, y fue a reunirse con sus hombres, a los que Ari pudo ver por primera vez. Se trataba de unos veinte soldados ataviados de forma similar a él, a excepción de algunas partes de la indumentaria que diferenciaban sus distintos rangos. ¿De dónde habían salido? Hasta ese momento no había visto a nadie en el castillo y por el puente no habían pasado.

—¿Quién ha dado la orden de disparar?! —El extraño seguía discutiendo con el resto de los soldados, intentando en vano que el ataque cesara—. ¿Teniente?!

—¡No fui yo, señor!

—¡ENTONCES DEJAD DE DISPARAR! ¡ALTO EL FUEGO! ¡No podemos hacer frente así a tres fragatas!

Algunos pararon, pero no todos, y el soldado tuvo que encaramarse a uno de los muros exteriores para apartar de allí a los que seguían disparando

sus armas desde aquella posición.

—¿Está sordo?! —gritó a un soldado que ni siquiera al verlo llegar se detuvo—. ¡Alto el fuego o juro que se arrepentirá!

Pero en ese momento una nueva bola de cañón cayó a un metro de donde los hombres se encontraban, y Ari contempló cómo el desconocido caía desde lo alto, de espaldas, al suelo del patio. Gritó y se agazapó con las manos en la cabeza, intentando protegerse de los trozos de piedra que la bombardearon.



—¡Ari! Ariadna, ¿estás bien?

Se sorprendió al oír su nombre, pero no reaccionó hasta sentir unos brazos rodeándola, ayudándola a ponerse en pie. Al abrir los ojos vio el rostro de Beathan, y al mirar a su alrededor comprobó, confusa, que todo estaba en perfecto estado, tal y cómo se lo habían encontrado al llegar juntos al castillo. Los muros seguían intactos, no había humo, ni gritos, ni rastro alguno de aquellos hombres o del desconocido. Al mirarse el cuerpo vio que ni tenía heridas ni le dolía nada, pese a haber visto cómo parte del muro caía sobre ella. No cabía duda: o estaba perdiendo la cabeza, o en aquel lugar ocurría algo muy extraño.

# 10

## La cruda verdad

Mientras comían en la cafetería situada cerca del aparcamiento de Eilean Donan, Ari relató, como supo, todo lo que le había ocurrido, empezando por el reflejo de la ventana en la habitación del castillo, siguiendo por la frase susurrada a su oído por alguien invisible y terminando por su encuentro con aquel hombre disfrazado y el posterior bombardeo del castillo. Beathan la escuchó en silencio y con atención. Ariadna parecía convencida de lo que había visto y oído, aunque no comprendiera por qué o cómo había ocurrido, y aunque a él le costaba entender todo lo que le iba diciendo, en el fondo quería que fuera cierto.

—Sé cómo suena lo que te estoy diciendo, pero te juro que es lo que vi.

Beathan asintió, la expresión aterrorizada que Ari tenía cuando la había encontrado encogida en mitad del patio del castillo era para él una prueba suficiente de que había presenciado algo extraño.

—No digo que no hayas creído ver y oír todo eso, pero quizá... tal vez... todo se deba al estrés y al cansancio por haber dormido poco estos últimos días.

—¿Voy a tener alucinaciones por haber pasado un par de días sin dormir? Estoy acostumbrada a dormir poco; siempre me acuesto tarde y me levanto temprano.

—Es la única explicación racional que se me ocurre, Ari. El castillo está en perfecto estado, ya lo has visto, no hay muros o tejados derruidos... y desde luego no hay ninguna fragata lanzando cañonazos.

Ella suspiró.

—Lo sé. Si lo sé. Pero todo era tan real...

—Tal vez te quedaste dormida.

—¿En mitad del patio y en cuclillas? Ni que fuera un periquito.

—No... —Beathan tuvo que reprimir una carcajada ante la comparación—. Pero es posible que te quedaras dormida cuando estabas sentada junto al

mirador, lo soñaras, y te despertaras asustada y confusa pensando que todo era cierto. —A él esa explicación le parecía tan extraña como que hubiera visto todo lo que decía, pero no se le ocurría otra.

Ariadna negó con la cabeza.

—Creo que sabría distinguir entre un sueño y la realidad una vez despierta.

—¿Y entonces?

—Quizá sí que hubiera algún grupo de figurantes en el castillo actuando para alguna cosa...

—¿Y yo no los vi? ¿Se esfumaron cuando aparecí?

—Pues...

—Y aunque supongamos que había gente vestida de época, ¿qué hay de los cañonazos y los muros destruidos? El castillo no ha sufrido ningún daño.

Ari respiró hondo, Beathan tenía razón; lo que había presenciado no había tenido lugar realmente. Pero, entonces, ¿qué había sido todo eso?

—El castillo fue destruido por el ataque del gobierno británico cuando los españoles estaban aquí, ¿no? —preguntó ella.

—Sí.

—Esa es la única vez que se conoce en que haya sufrido tantos daños.

—Creo que sí...

—Y según decía en la exposición que vimos a la entrada del castillo, los soldados británicos iban en tres fragatas cuando atacaron con sus cañones.

—Quizá soñaste con eso.

—Es posible...

Ari estaba convencida de que no había sido un sueño, pero sabía que aquella discusión no les llevaría a ningún lado mientras no tuviera otra explicación más razonable, así que prefirió dejar el tema por el momento.



Una vez hubieron terminado de comer, se dirigieron al pueblo más cercano, Dornie, a unos pocos metros de allí. La idea inicial había sido alojarse en la isla de Skye, pero Ari pidió quedarse un día más con la excusa de poder, así, ver el castillo entero. Lo que no le dijo a Beathan fue la verdadera razón por la que quería permanecer allí (para encontrar una

explicación a lo que había presenciado) y tampoco que no iba a esperar al día siguiente para regresar al castillo.

A solo unos minutos a pie de Eilean Donan, a orillas del Loch Long, encontraron un Bed & Breakfast con habitaciones libres y quedaron para dar una vuelta por los alrededores y cenar unas horas después. Pero cuando Beathan desapareció en el interior de su habitación, Ari dejó su maleta en la suya y se encaminó de vuelta al castillo.

Ya en los alrededores, Ariadna lo observó preguntándose qué hacía allí. No sabía qué esperaba encontrar, pero sentía que algo la arrastraba hacia el edificio y no podía ignorar aquella sensación. Tenía la impresión de que esa isla y la construcción que la ocupaba eran algo más que una bonita postal. Y sobre todo, necesitaba encontrar una explicación a lo que había presenciado allí, en ese puente y dentro de los muros del castillo, y, en especial, averiguar quién era aquel hombre.

Al pensar en él se dio cuenta de que su rostro se le había quedado grabado. Puede que presentara un aspecto algo ridículo con aquel atuendo de otra época, y que su forma de hablar resultara... bueno, anticuada. Pero bajo toda aquella fachada se escondía un hombre del que quería saber más, y pocas veces había dado con alguien que le produjera esa sensación.

Ariadna cruzó con su entrada la puerta que daba paso al puente y caminó por encima de él con precaución, como si temiera que pudiera derrumbarse de un momento a otro; al fin y al cabo, eso era lo que había creído presenciar horas antes. Miró hacia el final, donde se levantaba el castillo, y buscó a lo lejos a aquel desconocido, pero no pudo encontrarlo ni en ese momento ni una vez hubo cruzado al otro lado. Tampoco dio con él en el patio interior, así que finalmente entró a la torre principal y caminó hasta la sala de banquetes, donde había tenido lugar aquel primer «encuentro» con la voz del desconocido susurrando a su oído. De camino a allí se encontró con el mismo vigilante que horas antes la había visto chocarse contra la silla, asustada.

—Ha vuelto —dijo con una sonrisa. Ari asintió, devolviéndosela—. ¿Ya se encuentra mejor?

—Sí —afirmó algo avergonzada—. No quería irme sin ver todo el castillo...

—¿De dónde viene?

—De Edimburgo. Aunque, bueno, yo vivo en España —aclaró mientras observaba con recelo la vitrina junto a la que se encontraba cuando escuchó el extraño susurro.

—Española, ¿eh? Pues es raro entonces. Según se dice, Carlos respeta a los turistas españoles.

Ari apartó la mirada de la vitrina y fijó su atención en el vigilante, Scott, según decía la identificación que llevaba en la chaqueta.

—¿Perdón? ¿Quién es Carlos? —preguntó extrañada.

—Oh, nuestro fantasma residente. No me diga que no conoce la historia. —Scott esbozó una gran sonrisa, como si estuviera deseando que alguien le preguntara por ella. De hecho, así era.

—Pues la verdad es que no.

—Carlos, según se dice, es, o fue, uno de los soldados españoles que se enfrentaron a las tropas británicas en el castillo.

—¿Y murió? Quiero decir, ¿murió en el castillo en el bombardeo?

—Eso dicen. Los libros, sin embargo, no recogen que nadie muriera aquí en aquella época. Así que depende de lo que cada uno prefiera creer. —Sonrió—. Yo nunca lo he visto, pero dicen que se pasea por esta sala con su cabeza bajo el brazo. —Rio ante la mueca de asco de Ariadna—. ¿Fue eso lo que vio? —preguntó divertido.

—No, no, afortunadamente... —Ari volvió a mirar hacia la vitrina—. En realidad, solo me pareció oír algo...

—¿En serio? ¿El qué?

Ari hizo memoria.

—Algo como que debíamos abandonar el castillo porque estaban acercándose.

—¿Quiénes? —El vigilante parecía genuinamente interesado. Ariadna supuso que no debían de recibir muchos turistas que afirmaran oír voces.

—Eso no lo mencionó.

—Hmm... —Scott meditó sus palabras unos segundos antes de llegar a la conclusión a la que ella ya había llegado horas atrás—. Podría referirse a las fragatas británicas.

—Supongo que sí... —Pensó que debía de estar loca para plantearse con seriedad todo aquello, pero prefería encontrar una explicación, por paranormal que fuera, que dar por hecho que estaba perdiendo la cabeza—. ¿Y lo de que solo respeta a los españoles?

—Es lo que se dice. Carlos tiene fama de incordiar a todos los turistas excepto a sus compatriotas. A vosotros os deja visitar el castillo sin molestaros, o solía hacerlo; parece que con usted ha hecho una excepción. — Sonrió.

—Qué suerte la mía...

—Mírelo por el lado positivo: tiene que agradecer que no se le haya aparecido con la cabeza fuera de sitio.

Ari rio suavemente y se despidió tras agradecer la información, pero tras oír aquello, la idea de continuar la visita en solitario no le pareció tan buena. Nunca había creído en fantasmas con total convicción, pero tampoco descartaba la posibilidad de su existencia. Es decir, si la energía era lo que daba vida a todo en el mundo, quién sabía lo que pasaba con ella tras morir, quizá siguiera existiendo fuera del cuerpo y eso fuera lo que diera lugar a los espíritus.

No pudo evitar pensar en Iveth. Los últimos acontecimientos habían logrado que dejara de acordarse de ella durante unas horas, pero en ese momento, tras razonarlo todo y considerar la probabilidad de que en aquel lugar existiera algo sobrenatural, su hermana volvía a la ecuación. La noche anterior había convencido a Beathan de que Iveth seguía ahí con él. Ella no lo tenía tan claro, pero tampoco se negaba a creerlo, porque pensar que Iveth todavía podía verlos y oírlos y saber lo que estaban haciendo por ella, y que la querían y la echaban de menos, era una idea que le gustaba y la consolaba. Y mentiría si dijera que no le había hablado en voz alta en la soledad de su habitación, aunque no hubiera recibido respuesta.

Sin embargo, una cosa era creer o barajar la posibilidad de la existencia de los fantasmas, y otra muy distinta querer encontrarse con uno. Ni siquiera aunque ese uno fuera su propia hermana. No estaba segura de poder contener a su corazón y no morir de un infarto si aquello ocurría. Y desde luego, si no quería ver al fantasma de su hermana, mucho menos le apetecía encontrarse



con la aparición de un hombre desconocido sin cabeza.

Por todo eso, continuó visitando el castillo con ciertas reservas, animada por la presencia de otros visitantes pero recelosa, pensando que en cualquier momento podía volver a oír aquella voz.

Y sus temores se cumplieron pasados unos minutos.

Ari caminaba por el exterior de la parte superior de la torre, entre las almenas, observando el puente que se extendía ante el castillo, cuando el viento le trajo una voz conocida.

—Creí haberos dicho que abandonarais el castillo, señora.

Ariadna se giró inmediatamente hacia su derecha, al lugar del que procedía la voz, pero ahí no había más que el vacío. Miró a su izquierda, pero allí tampoco había nadie.

—Es solo mi imaginación... —se dijo en voz alta.

—No, no lo es, os puedo asegurar que os lo dije alto y claro. ¿Vais a fingir también no verme? —Ari se giró de nuevo y, esta vez sí, ahí estaba el propietario de aquellas palabras. Y de algún modo esperaba que fuera justo él, aunque hasta ese momento no hubiera relacionado del todo las voces. Ante ella se erguía de nuevo aquel hombre vestido de época—. ¿Habéis bebido, señora? —añadió el desconocido.

—¿Qué?

—Perdonad mi atrevimiento, pero no se me ocurre ninguna otra razón para que insistáis en permanecer en el castillo en un momento como este.

—¿Trabajas aquí? ¿Quién eres? —preguntó ella.

—Capitán Carlos Vásquez. Respecto a lo de trabajar... hemos sido destinados aquí, si es a eso a lo que os referís. ¿Y vos sois...?

—Ari...

—¿Ari? —Frunció el ceño y Ariadna notó cómo hacía esfuerzos por no sonreír.

—Ariadna —aclaró.

—Oh, mejor, me habría costado llamaros como si me dirigiera al perro.

Ella esbozó una sonrisa falsa.

—Para dártelas de caballero, tienes muy poco tacto...

—Para ser una dama instruida, tenéis muy poco sentido común.

—¿Y eso por qué? —inquirió, deseando oír la respuesta que temía. Como le repitiera lo del ataque al castillo le iba a dejar las cosas claras.

—Es peligroso estar en el castillo, ya os lo dije; se acercan los casacas rojas.

Ari inspiró profundamente, no tenía ganas de continuar con aquel juego, y menos aún ahí afuera; no tardaría en oscurecer y el frío aumentaba de manera progresiva. Seguía sin entender cómo había podido presenciar todo aquello del ataque al castillo, pero estaba segura de que, de forma directa o indirecta, hubiera sido algún truco visual o fruto de su imaginación a causa del estrés acumulado, ese hombre tenía su parte de culpa en todo eso.

—Mira, Carlos Vásquez, estoy cansada, estos últimos días están siendo muy largos: mi hermana murió hace poco y lo último que me apetece es andar jugando. Entiendo que estés interpretando tu papel, pero yo no estoy de humor, así que por favor, déjalo ya...

Ari advirtió la confusión en su rostro y supuso que por fin había logrado hacerlo entrar en razón, aunque en realidad sus ojos parecieran más buscar respuestas que haberlas encontrado. Carlos frunció el ceño y Ariadna llegó a pensar que quizá había sido demasiado brusca; al fin y al cabo, el carácter de la gente de por allí era más suave.

Apartó la mirada fijándola en la puerta de entrada a la torre.

—¿Me dejas pasar? Empieza a hacer demasiado frío... —le apremió. El espacio allí junto a las almenas era demasiado estrecho para que dos personas pudieran caminar juntas por el mismo hueco.

—Esperad —pidió Carlos—. Estoy confuso. Lamento lo de vuestra hermana y siento haberos ofendido, pero no comprendo lo del juego ni lo de mi papel. Me da la impresión de que pensáis que me río de vos, cuando lo único que intento es protegeros, señora.

Ari resopló, exasperada al ver que no había conseguido nada con sus palabras.

—Déjame pasar, por favor.

—No, esperad. Respondedme...

La insistencia de aquel hombre en continuar hablando de vos terminó con la poca paciencia que le quedaba y decidió pasar por su lado a la fuerza,

apartándolo ella misma. Sin embargo, cuando puso la mano sobre su pecho para abrirse paso, sin saber cómo, acabó trastabillando y su brazo se precipitó contra la fría piedra de una de las almenas. Ari gimió de dolor al golpearse la muñeca y miró a Carlos sin entender qué había ocurrido; ni siquiera lo había rozado y ya lo había dejado tras ella, logrando pasar por el estrecho espacio.

Carlos parecía igual de sorprendido, más incluso; el miedo se reflejaba en sus ojos.

—¿Cómo habéis hecho eso? Ni me habéis rozado al pasar...

—No lo sé...

—¿Sois un espectro? ¿Una bruja?

—¿Qué?

Alarmada, Ari observó cómo el soldado cogía la pistola de pedernal que llevaba sujeta del cinturón y la apuntaba con ella mientras retrocedía.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Aparta eso!

Hizo un amago de separar la pistola de ella, pero cuando intentó empujar el cañón a un lado, su mano se deslizó a través del arma como si estuviera compuesta de aire. Esta vez fue ella la que retrocedió hasta que su espalda dio contra la piedra del muro. Él, por su parte, soltó la pistola como si le quemara, se llevó la mano a la empuñadura del sable que colgaba de su cadera, aunque sin desenvainarlo, y la observó expectante, como si esperara que de un momento a otro la mujer que tenía delante se transformara en un ser sobrenatural. Pero Ari estaba tan desconcertada como él y lo único que intentaba era dar con una explicación que justificara lo que acababa de ocurrir. Miró a los muros del castillo, buscando algún proyector o cualquier cosa que pudiera estar dando origen a aquel hombre y, por añadidura, a la escena histórica presenciada aquella mañana. A su mente regresó la idea del supuesto rodaje de una película, que habría explicado la presencia de las fragatas vistas con anterioridad, pero si ese hombre no estaba allí de forma física, tal vez se debiera a algún tipo de realidad virtual instalada en el castillo para...

¿Para qué?

Negó con la cabeza descartando esa posibilidad. Aquello no era una atracción de feria, no se trataba de un parque temático tipo Disneyworld, solo

de un monumento histórico, por allí no había aparatos de proyección, ni luces especiales, ni nada que pudiera explicar lo que había visto. Y mucho menos al hombre que permanecía delante de ella como si se preparara para enfrentarse al mismísimo demonio; parecía aterrado.

Ariadna respiró hondo una vez más, sobreponiéndose a las ganas de regresar al interior del castillo y huir de allí para no volver; la curiosidad y todas las opciones descabelladas que se había empezado a plantear aquel mismo día la hicieron permanecer allí y tratar de dar con la solución de aquel acertijo.

Así, se acercó despacio a Carlos, quien a su vez retrocedió todo lo que pudo hasta que comprobó que no había más espacio tras él.

—No os acerquéis —pidió, haciendo verdaderos esfuerzos para que no le temblara la voz, pues al fin y al cabo era un capitán; sus hombres le ridiculizarían si vieran que temía a una mujer, sobrenatural o no.

—Solo quiero comprobar algo...

Ariadna se acercó hasta la pistola que Carlos había dejado caer al suelo y volvió a intentar tocarla. Nuevamente, su mano solo encontró aire primero y el suelo después. Sin embargo, la imagen del arma seguía ahí, tan nítida como si fuera real. Volvió a comprobar que no había ningún tipo de proyector, ninguna fuente de luz que pudiera crear una imagen a modo de holograma. Nada. Aquel arma estaba ahí por sí sola, y a la vez no lo estaba.

—¿Cómo hacéis eso? —inquirió Carlos mientras daba un par de pasos dubitativos hacia ella. La curiosidad también se estaba imponiendo sobre él.

—No lo sé —admitió Ari. Luego lo miró—. Pero también pasó esta mañana, cuando me cogiste de la mano... o lo intentaste.

—¿Qué queréis decir? Os cogí...

Ariadna negó con la cabeza.

—No. Yo no sentí nada.

Carlos terminó de recorrer el espacio que le separaba de ella, con su diestra aún apoyada sobre el puño del sable, y cuando la tuvo al alcance de su mano, estiró el brazo hacia el de ella.

—¿Me permitís...?

Ariadna asintió con los ojos fijos en la mano del hombre mientras la

acercaba hasta tocar su muñeca. Sin embargo, el contacto no se produjo como habría sido de esperar, pues la mano de Carlos atravesó la piel de Ari como si fuera un espejismo. Ella, no obstante, sí que sintió algo: aquel hormigueo que ya había notado en dos ocasiones ese mismo día. Le pareció como si una levísima corriente eléctrica le recorriera el brazo, como una especie de escalofrío unido a una leve brisa.

—No sois real... ¿Sois un espíritu? —volvió a preguntar él, aunque a Ari le sonó más a afirmación—. Dios mío, lo sois...

—Claro que no —respondió ella con cierto recelo; no podía afirmar lo mismo de él.

—¿Y cómo explicáis esto? —Carlos volvió a intentar tocar el brazo de Ariadna y volvió a atravesarlo. Luego intentó tocar su cabeza con el mismo resultado. Ella cerró los ojos al sentir aquel hormigueo por su pelo. Cuando volvió a mirarlo, Carlos mostraba tal expresión de terror que casi la hizo sentirse culpable.

Ambos quisieron correr, alejarse del ente paranormal que cada uno representaba para el otro, pero una parte de ellos temía que aquella magia, terrorífica en parte pero magia al fin y al cabo, desapareciera si se perdían de vista.

—¿Qué eres?

—¿Qué sois?

Las preguntas se solaparon y ellos se encontraron compartiendo una sonrisa fugaz.

—¿Sois real? —insistió Carlos. Ella asintió, pero para dar mayor validez a sus palabras extendió un brazo y pasó la mano sobre una de las almenas. Carlos intentó el mismo gesto, pero sus dedos atravesaron la piedra como si fueran de humo—. Oh, Jesús bendito... —susurró—. Soy yo...

Ari estaba tan sorprendida como él. Su parte racional aún se negaba a creer que lo que sus ojos habían visto fuera real, pero lo había sentido (o no sentido), y si alguna vez en su vida había estado convencida de que ver era creer, aquella era la prueba que necesitaba... una prueba de que ese hombre era una aparición, fantasma o como quisiera llamarlo. O de que ella había perdido la cabeza irremediabilmente, tal vez fruto de los recientes

acontecimientos.

El supuesto fantasma miró a su alrededor, a los alrededores del castillo, y luego la observó a ella de arriba abajo, como si la viera de verdad por primera vez.

—¿En qué año estamos? —preguntó. Acababa de reparar en los extraños objetos plateados de colores que se apilaban unos junto a otros en el lugar que para cualquier otra persona habría sido un simple aparcamiento, y en los extraños ropajes que aquella mujer llevaba. ¿Por qué vestía como un hombre?

—2017...

—¿Dos mil diecisiete? —preguntó con los ojos muy abiertos.

Ari asintió.

—Año 2017, siglo XXI.

Carlos la miró incrédulo, entrecerrando los ojos.

—¿Bromeáis?

Ariadna negó con la cabeza y él supo por la seriedad de su rostro que decía la verdad. Se quedó en shock, sin saber qué hacer o decir. ¿Cómo había podido pasar? Si esa mujer era sincera, y así lo creía, él debía de haber muerto hacía más de doscientos años.

—Disculpe, vamos a cerrar el castillo ya.

Ari miró hacia la puerta de entrada a la torre y reconoció a Scott; por un momento se había olvidado de dónde se encontraba. Asintió.

—Sí. Perdone. Ya entro... —El vigilante desapareció de nuevo en el interior y ella miró a Carlos—. Tengo que...

—No, no os vayáis, os lo suplico —rogó angustiado.

—El castillo va a cerrar.

—No podéis venir aquí, mostrarme que estoy... que soy... —Sacudió la cabeza, negándose a pronunciar las palabras—. No podéis dejarme así ahora.

—Ven conmigo... —susurró insegura. ¿Le estaba diciendo realmente a un... fantasma que la acompañara?

—¿Ir con vos? Pero yo no... no puedo... vos sois... y mis hombres... los soldados del Gobierno...

Ari lo miró a los ojos.

—Eso pasó hace años, Carlos. El castillo está vacío y no hay fragatas ni

ninguna otra amenaza.

¿Se encontraba ahora discutiendo con un fantasma? ¿Tranquilizándolo? Tal vez debiera de haber continuado sus estudios de psicología, ahora podría matar dos pájaros de un tiro: consulta doble, a aquella... aparición y a sí misma.

—Tengo que irme —repitió en un susurro, más para intentar autoconvencerse que para ser educada. Se giró y cruzó la puerta de vuelta al interior del castillo.

—¡Esperad!

Miró hacia atrás y pudo ver a Carlos corriendo tras ella, pero el vigilante aguardaba a su lado y tuvo que fingir que no había ningún fantasma persiguiéndola. Entrecerró los ojos al ver cómo Scott cerraba la puerta justo cuando Carlos iba a cruzarla, pero él la atravesó como si estuviera hecha de aire en vez de madera.

—Espero que haya disfrutado su visita. Que tenga un buen viaje —se despidió el vigilante justo antes de indicarle la salida.

Ari le dio las gracias ignorando a Carlos mientras este reparaba, aparentemente por primera vez dada su sorpresa, en que Scott no advertía su presencia, y puso rumbo a la salida.

—¡Esperad, os lo ruego!

El supuesto fantasma (aún se resistía a pensar en él como tal) corrió tras ella, siguiéndola hacia el exterior del castillo.

—No puedo hablar contigo aquí —susurró Ari—. Nadie puede verte. Creerán que estoy loca.

*Y no estoy segura de que no sea así...*

—¿Dónde os alojáis?

—En Dornie...

—Sé que es una proposición extremadamente osada y entenderé que la rechacéis, pero... ¿podría acompañaros hasta allí?

Ari lo miró confusa, aunque no sabía si debido a su concepto de «proposición extremadamente osada» o al hecho de que un supuesto fantasma le estuviera pidiendo permiso para pasear con ella. Al final accedió: no tenía claro que llevarle la contra a un espíritu fuera la mejor idea o que

podiera hacerlo siquiera; al fin y al cabo, si estaba muerto podría ir a donde deseara.

Continuó caminando, oyendo los pasos de Carlos tras ella. Él permanecía en silencio, absorto en cuanto le rodeaba, como si lo viera todo por vez primera (y en parte así era), confundido, sintiendo que su cabeza le iba a estallar a pesar de que en realidad ya no existiera. No entendía nada. Se sentía como si acabara de despertar repentinamente de un sueño y todavía no supiera si estaba despierto o dormido. Cuando llegaron al exterior y cruzaron el puente (*¿siempre había habido uno?* ), Carlos se volvió para contemplar el castillo y se sorprendió al advertir que este había cambiado, que no era tal y como él lo recordaba. Era el mismo, pero, a la vez, no lo era, como si lo hubieran derribado y vuelto a construir como mejor le pareciera al constructor.

Y tal y como Ariadna le había asegurado, no había rastro de fragatas alrededor; todo estaba en calma.

Volvió la vista hacia ella, observando cómo aquella extraña mujer vestida de hombre cruzaba la verja de salida, pero cuando intentó seguir sus pasos comprobó que le era imposible. Sintió como si su cuerpo perdiera consistencia, como si sus piernas desaparecieran, y se vio incapaz de seguir avanzando, quedando suspendido en el aire.

—¡Señora! ¡Esperad! ¡Ariadna!

Volvió a intentar avanzar, pero fue inútil, como uno de esos sueños en los que quieres correr, pero no consigues hacerlo por más que lo intentas. Y su voz se perdía, desapareciendo como sus extremidades ya lo habían hecho. Continuó gritando en balde, pues aquella mujer no parecía oírle aunque se había girado y miraba extrañada hacia allí, como buscándolo. Al final se dio la vuelta y Carlos observó cómo se alejaba por un camino, dejándolo solo como nunca en su vida, ni en su muerte, se había sentido.



# 11

## De fantasmas y recuerdos

Cuando Ari llegó al pueblo de Dornie tras un corto paseo en el que no había dejado de pensar en Carlos, se encontró con que Beathan no estaba en su habitación. Al ver que no le abría la puerta fue a preguntar a la dueña del Bed & Breakfast, quien le confirmó que lo había visto salir hacía alrededor de una hora.

Extrañada, Ari abandonó el local y miró a ambos lados de la calle, preguntándose hacia dónde habría ido. El pueblo era diminuto, pero hacía demasiado frío y estaba anocheciendo ya. Decidió llamarlo por teléfono y Beathan le indicó, de mala gana y con cierta dificultad según le pareció a ella, cómo llegar al pub en el que se encontraba. Aunque este solo estaba a unos cuantos metros por delante, en dirección al castillo, Ari dudó si ir o no; le había parecido que llevaba algunas copas de más y lo que necesitaba era aclarar su mente, no enredarla más con otros problemas. Pero ahora que sabía, o intuía, cómo estaba, no sería capaz de dejarlo solo sin sentirse culpable por ello.

Tal y como suponía, Beathan se había pasado bebiendo. Se encontraba en una mesa de madera en un rincón de un típico pub británico, amparado por la parcial oscuridad que imponía la tenue iluminación del local. Se apoyaba en la mesa con un codo y su mejilla descansaba sobre una mano mientras la otra acariciaba un vaso de cerveza sin mucho entusiasmo. Ari respiró hondo, convenciéndose de que cogía fuerza además de aire, y se acercó a Beathan, sentándose luego a su lado.

—¿Llevas mucho aquí? —preguntó tras unos segundos eternos al ver que Beathan no parecía tener intención de decir nada.

—Una hora tal vez... O tal vez más... o menos..., no lo sé, no he mirado el reloj desde que nos despedimos —susurró.

Se le trababa un poco la lengua y Ari tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para entender su inglés.

—Ya veo...

Decidió acompañarlo con otra cerveza, pensando que eso facilitaría la salida de las palabras, pero ni siquiera así le resultó fácil encontrar las apropiadas. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tenían? No había nada que pudieran arreglar, no existían argumentos suficientes ni con el poder necesario para paliar el dolor que Beathan sentía. Las únicas palabras que habrían servido de algo en ese momento habrían sido aquellas formuladas por alguien que ya no podía ser escuchado... ¿o sí?

De repente, Ari se encontró planteándose una posibilidad que le habría parecido una locura hasta esa misma mañana, cuando había conocido a Carlos. Aún había una parte de ella que se negaba a creer que de verdad fuera lo que parecía ser, pero si era un espectro y podían comunicarse, ¿por qué no iba a suceder lo mismo con su hermana? ¿Debía compartir su «secreto» con Beathan o revelárselo solo le haría más daño? No quería insuflarle falsas esperanzas, pues si Iveth fuera también un fantasma, ¿acaso no se habría presentado ya ante alguno de ellos? ¿Por qué iba a ser capaz de ver a un hombre desconocido y muerto siglos atrás y no a su propia hermana?

Pero Beathan parecía tan destrozado... Ahí, con la mirada perdida en su pinta de cerveza, tal vez identificando la silueta de su amada en la espuma como quien adivina figuras en las nubes. No tenía derecho a abrir su mente a una posibilidad tan remota como era la de poder contactar con Iveth, pero sabía que tampoco se sentiría bien ocultándole la existencia de esa esperanza.

Además, necesitaba hablar de Carlos con alguien, aun a riesgo de que la tomara por loca. Las únicas opciones que tenía con quien comentar el tema eran Beathan y Scott, el vigilante del castillo, y algo le decía que este último, pese a sus conocimientos sobre el fantasma, se tomaba el tema más como una forma de entretener a los turistas que como algo serio.

Decidió lanzarse al vacío y que pasara lo que tuviera que pasar.

—Mientras estabas en la habitación regresé a Eilean Donan —susurró.

Beathan levantó la vista de su bebida y la miró extrañado.

—¿Por qué? —Ari enarcó las cejas, como invitándole a adivinarlo. Lo cierto era que prefería que lo dijera él mismo. No sabía cómo empezar a hablar de ello de forma que sonara coherente—. ¿Por lo que crees que viste?

—se aventuró él. Ariadna asintió, provocando un profundo suspiro en Beathan.

—Sé cómo suena todo, y puedes llamarme loca o reírte o lo que quieras...

—Yo no he dicho nada.

—Pero sé que lo piensas. También sé que no es el mejor momento para hablar de esto, pero si estuvieras en mi lugar... si hubieras visto lo que yo he visto y hablado con él, también considerarías la posibilidad de que fuera real.

Beathan la miró a los ojos, como intentando leer en ellos, y volvió a tener la sensación de horas antes, la impresión de que ella estaba convencida de lo que había visto. No tenía más opción que actuar como si aquello fuera cierto, aunque no pudiera aún creerlo del todo, y continuar la conversación dando por hecho la veracidad de cuanto Ari le decía. Además, ¿qué posibilidad le estaba planteando?, ¿que los fantasmas existieran? La chica de la que estaba enamorado había muerto, ¿cómo iba a negarse a creer en la posibilidad de que siguiera ahí, junto a él, de algún modo?

—Nada me gustaría más que creer en fantasmas ahora mismo, Ari... —susurró Beathan, sintiendo que no había sido más sincero en toda su vida.

Ella asintió, consciente de la veracidad de su afirmación. Por una parte se sintió aliviada de poder confesar aquello a alguien que no la tomara por loca con la simple mención de la palabra «fantasma», pero por otro lado sabía que precisamente por estar tan dispuesto a creer debía ser más cuidadosa. Podía hacerle mucho daño si no lo manejaba con tacto, pues el tiempo era lo único que podía calmar el dolor que ambos sentían por la pérdida de su hermana. El tiempo, que iría alejando los recuerdos y distanciando el apego... Pero si abría ante Beathan una segunda puerta, la que hacía posible a su razón que Iveth lo acompañara durante el resto de su vida de manera invisible, puede que nunca pudiera dejar atrás ese recuerdo y mirar hacia adelante.

—Bueno... no estoy afirmando que los fantasmas existan, Beathan. — Mejor empezar cerrando la puerta desde un primer momento y limitarse a abrir un poco una ventana—. Yo solo te digo lo que yo he visto... Tal vez me lo esté imaginando, pero para mí está siendo real.

Él asintió, meditando su respuesta unos segundos antes de continuar.

—¿Y qué te ha...? ¿Qué te dijo esta vez? —Sintió que le costaba menos de lo que creía hablar de «él» como si fuera una persona de verdad, pero lo atribuyó al efecto del alcohol.

Ari le relató su nuevo encuentro entre las almenas del castillo, cómo el fantasma, llamado Carlos según el vigilante le comunicara y él mismo confirmara, se había asustado al comprobar cómo el cuerpo de ella podía atravesar el suyo, y viceversa, e irónicamente la había acusado a ella de ser un fantasma. Le contó también su reacción posterior, cuando Ari le había demostrado que no era ella sino él quien podía atravesar los muros, y le había indicado que llevaba en el castillo mucho más tiempo de lo que él pensaba, puesto que no estaban en el siglo XVIII. Terminó explicándole cómo había tenido que abandonar el castillo y cómo Carlos la había seguido hasta la puerta de salida.

—¿Y no le has visto u oído más desde que te fuiste? —preguntó Beathan, con más curiosidad de la que Ari pensaba encontrar en él. Había permanecido en silencio durante toda la narración, escuchándola con tanta atención que casi se había sentido culpable, porque era obvio que lo estaba creyendo todo y sabía por qué quería hacerlo.

—No... No he vuelto a oírlo ni verlo desde entonces. Lo escuché llamarme a gritos desde el otro lado de la puerta, pero había un grupo de trabajadores a unos metros y no podía quedarme ahí hablando al aire.

—Entonces... —continuó Beathan— si damos por hecho que lo que viste es real, y que lo que te contó ese tal Carlos también lo es, ¿hablamos del fantasma de uno de los soldados españoles que estaban en el castillo cuando las tres fragatas británicas lo atacaron?

—Eso parece.

—Y el vigilante mencionó su nombre antes de que el fantasma te lo dijera.

—Sí, pero Carlos también me dijo su apellido y eso no me lo había dicho el vigilante —explicó, consciente de lo que quería implicar—. Además, aun suponiendo que lo del nombre me lo hubiera inventado yo a partir de lo que Scott me había dicho, ¿qué hay del resto de la historia?

—Todo lo de las fragatas y los enfrentamientos con los soldados españoles ya lo sabías...

Ari suspiró. Era cierto que todo lo que le había dicho Carlos hasta el momento ya lo sabía de antes, pero se negaba a creer que su imaginación fuera tan creativa como para idear toda aquella historia del fantasma, y menos aún para haberlo proyectado haciéndolo aparecer ante sus ojos.

—¿Y qué me dices del vestuario? Puedo describirte ahora mismo cómo iba vestido y no tengo ni idea de lo que llevaban exactamente en aquella época. La peluca, el sombrero, las botas, la casaca, la camisa, el sable, la pistola... Vale que hay películas de época en las que salen, pero ¿cómo iba a recordar con exactitud cómo vestía un capitán del ejército español en ese siglo? Incluso los colores del vestuario. Es imposible, Beathan, te aseguro que esos conocimientos no los tenía en mi cabeza antes de verlo.

Beathan pensó en lo que estaba diciendo y supo que tenía razón, o sonaba lógico al menos.

—Lo único que podría asegurarnos que ese fantasma es real sería que le hicieras preguntas sobre cosas que tú no supieras, cosas de su época que luego pudieras confirmar en libros o Internet.

—Supongo, pero tampoco se me ha ocurrido coger libreta y boli y empezar a entrevistarlo.

—Bueno, te dedicas a eso, sería un buen artículo —bromeó.

Ari sonrió sin ganas; el repentino recordatorio, aunque fuera de manera indirecta, de que tenía un trabajo y una vida a la que pronto tendría que regresar, le encogió el estómago. Todavía no estaba preparada para hacer frente a su madre...

Apuró el resto de su cerveza y respiró hondo.

—¿Entonces me crees? —preguntó sin rodeos.

Beathan le mantuvo la mirada.

—Sí, claro...

*Por qué no*, pensó. No tenía ningún sentido discutir por un tema así, ¿cómo podría nadie acusarla de no ver lo que ella creía ver? Si resultaba ser mentira o una ilusión, por el momento creer en ella no les hacía ningún daño. Y si todo era cierto... Beathan dejó escapar un suspiro. Si era cierto que los

fantasmas existían, que había algo después de la muerte, Iveth debía de estar con él aunque no pudiera verla. Y eso le reconfortaba en cierto modo.

Sí, quería creer las palabras de Ari, necesitaba creerlas y, por tanto, lo haría.



Ya de vuelta en sus respectivas habitaciones, después de cenar y habiendo acordado regresar al castillo al día siguiente, cada uno de ellos se dedicó a pensar en lo que implicaba la posibilidad de que el contacto con el Más Allá fuera un hecho. Durante la cena habían procurado evitar el tema hablando de cosas superfluas como el intenso frío que hacía en aquella parte de Escocia, al que Ari no estaba acostumbrada, o la gastronomía típica de aquel lugar. Sin embargo, en su interior, ninguno de ellos era capaz de apartar sus pensamientos de la conversación principal; cualquier otro tema resultaba trivial en comparación con el de la posible existencia de la vida tras la muerte y el contacto con ese mundo.

Beathan, tumbado en la cama, hablaba con Iveth en susurros, provocándola primero para que se atreviera a aparecérselo, y suplicándole después que lo hiciera. Pero solo el silencio respondió a sus peticiones hasta que, entre lágrimas, se dejó vencer por el sueño.

Ari, por su parte, descansando también sobre su cama, no dejaba de dar vueltas a todo lo acontecido, rememorando los momentos compartidos con Carlos ese día. Dando ya por hecho que fuera un fantasma, la intrigaba lo mucho que parecía haberle sorprendido llegar a la conclusión de que era un espectro, ¿cómo no se había dado cuenta en tres siglos de que estaba muerto? Recordó entonces cómo había creído tomarla de la mano aquella mañana, aunque en realidad no lo había hecho; por algún motivo Carlos había estado convencido de seguir encontrándose en el mundo de los vivos hasta su encuentro en las almenas. Y pese a que al descubrir la verdad había parecido visiblemente sorprendido y afectado, había preferido quedarse en el castillo antes que ir con ella para continuar hablando de todo aquello. ¿Por qué? ¿Por qué no la había seguido hasta allí? ¿O lo había hecho y en realidad se encontraba con ella en esos instantes?

Aquel pensamiento le provocó escalofríos, pero en el fondo deseó que

fuera cierto. Quería volver a hablar con él.

—¿Carlos...? —susurró. No quiso levantar más la voz porque, en parte, aquello le parecía una locura; en la habitación solo estaba ella, ¿no?—. No estás aquí, ¿verdad? —añadió.

Sintió que el corazón le latía con fuerza y a gran velocidad mientras escuchaba el silencio en busca de cualquier respuesta en forma de palabra o de ruido, pero se calmó con la misma rapidez al comprobar que nada ni nadie le contestaba; hasta el viento del exterior parecía guardar silencio ahora.

Suspiró y se acurrucó en la cama pensando qué excusa podría poner al día siguiente a los trabajadores del castillo, que se extrañarían de que volviera por tercera vez y segundo día consecutivo. Se le ocurrió que, dada su profesión, lo más socorrido sería decir que estaba escribiendo un artículo sobre castillos encantados. Se imaginaba que serían muchos los escritores que se acercaran por allí con la excusa de documentarse para sus creaciones (por allí y por toda Escocia, dado que parecía ser una especie de cuna de lo paranormal, algo así como lo que podía ser Transilvania para los amantes de lo vampírico). Sí. Iría allí, pondría la excusa de la escritura de un artículo e intentaría averiguar más sobre la historia de aquel soldado.

¿Y luego qué?

Recordó que solo le quedaban unos días más, concretamente tres, antes de que Beathan tuviera que regresar a Edimburgo. Todavía no habían completado el viaje planeado por Iveth, quien quería visitar también la isla de Skye, pero en esos instantes no podía pensar en hacer turismo, por mucho que en un primer momento hubiera querido cumplir los deseos de su hermana. Lo que ahora tenía entre manos era algo muchísimo más importante, ya que si se confirmaba como algo real y no fruto de su mente, también tendría que ver con Iveth, podría llegar a involucrarla a ella. Ariadna se sorprendió al darse cuenta de que no sabía si querría que su hermana fuera como Carlos. Él era un desconocido al que no le ligaba ningún lazo afectivo, podía soportar el hecho de que estuviera muerto, de no poder tocarlo, abrazarlo, tenerlo a su lado como a cualquiera de los vivos, pero con Iveth sería distinto. Sabía que Beathan quería que aquello ocurriera, que daría cualquier cosa por reencontrarse con ella aunque fuera de manera incorpórea, y puede que esa

fuera la razón de que la hubiera creído, o quisiera creerla, pero Ari no estaba tan segura de poder soportar encontrarse cara a cara con su hermana, saber que era un fantasma y que estaba condenada a vivir el resto de los días viendo a sus seres queridos, pero sin poder estar con ellos. No. Saber que Iveth seguía existiendo en algún lugar la reconfortaría, pero solo si ese lugar estaba en otro sitio y era mejor que el mundo «real». No podía desear para su hermana un destino como el de Carlos, no podía imaginar lo terriblemente sola que se sentiría en ese caso, como debía de haberse sentido él durante trescientos años.



# 12

## Preguntas sin respuesta

Al día siguiente, una vez más, Beathan amaneció como si hubiera pasado la mayor parte de la noche en vela. No quiso decírselo a Ari, pero lo cierto era que así había sido. No había podido quitarse de la cabeza la idea de que Iveth siguiera ahí con ellos y que fuera posible comunicarse con ella. Evitó contárselo porque no quería preocuparla o hacerle sentir culpable, pero a Ariadna no le fue difícil intuir la razón de su aspecto cansado, y se le despejaron todas las dudas ante la insistencia de Beathan por acompañarla al castillo.

Una vez allí, Ari volvió a sentir el cosquilleo que recorrió su estómago la primera vez que vio Eilean Donan el día anterior, solo que esta vez la intensidad de la sensación se duplicó. Se encontró recorriendo con la mirada el puente antes de atravesarlo e inspeccionando las ventanas y cada rincón del patio del castillo nada más poner un pie en la construcción. Beathan percibió su inquietud y no necesitó preguntarle para saber que estaba buscándolo a él, a aquel supuesto fantasma. Le llamó la atención la forma en la que parecía contener el aliento cada vez que giraba una esquina, para luego soltarlo con evidente desánimo al ver que allí no había nadie aparte de los turistas de turno. También la forma en la que se recolocaba el pelo detrás de las orejas y se mordía el labio con evidente nerviosismo. Era obvio que quería volver a ver a ese hombre, y algo le decía que su interés no se limitaba a lo paranormal del asunto. Le costaba imaginarse a alguien más deseoso de encontrarse con un espectro que Ariadna, si no se le contaba a él...

—¿No lo ves? —se decidió a preguntar ya dentro del castillo, aunque estaba seguro de la respuesta. Ari negó con la cabeza—. Igual incluso los fantasmas tienen un horario... —sugirió intentando quitar algo de importancia a la situación.

Por un lado quería que lo encontrara y estar presente para comprobar si notaba algo que le confirmara la presencia de aquel ente o que Ari,

efectivamente, lo veía, pero por otro no podía evitar sentirse algo inquieto. Ariadna lo miró sin saber si la sugerencia iba en serio o era parte de su humor escocés.

—No creo que uno tenga la agenda muy llena en el otro mundo, la verdad.

—Ya, pero se trata de fantasmas, no de Dios, no creo que sean omnipresentes. Quizá haya salido o esté en alguna de las habitaciones del castillo que no se pueden visitar.

—Quizá... —concedió Ari mientras entraba en el salón de banquetes, el lugar en el que había oído a Carlos por primera vez.

—¿Y si le llamas?

—No voy a ponerme a llamar a un fantasma, es de locos.

—Bueno, el hecho en sí de estar buscando espíritus ya es algo bastante fuera de lo normal...

—Shhhh... Baja la voz —susurró, observando de reojo las miradas divertidas de alguno de los turistas que les rodeaban. Decidió alejarse un poco de ellos.

—Habéis vuelto.

Ari se giró de manera tan repentina que todos los ojos de la sala (los del vigilante, los de Beathan y los de los turistas) se fijaron en ella. Inmediatamente, elevó la mirada al cuadro que colgaba de la pared que tenía delante, en un gesto que pretendía resultar casual, pero que, dada su brusquedad, quedó como lo que era: un intento de conseguir que dejaran de prestarle atención fingiendo no haber reparado en que todos la miraban.

—¿Me oís, señora? —insistió esa voz que a Ariadna no le parecía que tuviera nada de fantasmal. Pero tampoco es que hubiese conocido a otros espectros...

Ella asintió, alargando un poco el movimiento vertical de su cabeza para camuflarlo con un momentáneo estiramiento de cuello.

—¿Has visto algo? —susurró entonces Beathan.

—Oído... —respondió Ari sin apartar la mirada del cuadro. ¿Estaría Carlos a su lado?

Al final se decidió a bajar la cabeza y descubrirlo. Y sí, allí, apenas a un

metro de ella, se encontraba aquel soldado espectral, mirándola como si llevara desde el día anterior, o desde hacía siglos, esperándola.

—Buenos días, Ariadna. Temí que no regresarais...

Ariadna pasó la mirada de él a Beathan, pero este la miraba con las cejas arqueadas, sin duda esperando alguna aclaración.

—¿Está aquí? —le preguntó con una mezcla de incredulidad y curiosidad.

Ari asintió mientras comprobaba que el vigilante, aunque apartó la mirada al cruzarse con la suya, seguía pendiente de ellos.

—Señora, tenemos que hablar, es imperativo que lo hagamos. Os lo ruego —insistió Carlos, ignorando por completo a Beathan y al vigilante. Parecía tener ojos solo para ella.

—Aquí no —susurró Ariadna intentando controlar el temblor que se había apoderado de su voz. Luego miró a Beathan—. Ven.

Abandonó el salón y caminó por el pasillo hasta dar con una habitación vacía. Se trataba de un dormitorio con chimenea y una larga ventana que se abría en horizontal en un espacio aparte, sobre-elevado de la misma habitación y ocupado por dos bancos, uno frente a otro. Ari subió el escalón que separaba ambos espacios y se situó de espaldas a la ventana. Beathan la siguió. Ahí, en aquel apartado dentro de la misma habitación, se encontraban fuera de la vista de cualquiera que pasara por delante de la puerta, ocultos tras una esquina del cuarto.

—¿Podemos hablar ya? —volvió a insistir Carlos.

—¿Qué ocurre? ¿Está aquí? —inquirió Beathan.

—Preferiría que habláramos a solas, si no os importa. —El fantasma miró a Beathan con cierto recelo.

—Ari...

Ella levantó las manos pidiendo silencio.

—Por favor. Callad un momento.

Beathan la miró confuso pero no dijo nada, esperando a que se explicara. Ariadna se dirigió a él en primer lugar.

—Carlos está aquí —admitió en voz baja, casi en un susurro—. Pero quiere hablar conmigo, y si me habláis los dos a la vez esto es un caos.

—De acuerdo... —susurró Beathan algo inseguro. Nadie le había avisado de cómo actuar en presencia de un fantasma. Verla hablando al vacío y en un idioma casi desconocido (pues Iveth no había tenido tiempo de enseñarle más que un puñado de frases y palabras en español) se le antojaba algo entre escalofriante y estúpido. Era una sensación muy extraña.

—Carlos... —empezó Ari, titubeando un poco. Aunque ella sí podía verlo, le resultaba raro hablar con alguien a quien nadie más podía percibir—. Este es Beathan, es un amigo. —El fantasma lo examinó de arriba abajo, con cierta altanería—. Pero no puede verte ni oírte, así que no hay necesidad de pedirle que se marche.

Carlos pareció dudar, pero al final asintió, consintiendo su presencia.

—Creía que no vendrías más —confesó—. No os hacéis una idea de lo horrendamente larga y angustiada que se me ha hecho la espera. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Solo... solo unas horas —respondió algo aturdida y confusa por sus palabras—. Me fui ayer por la tarde y llegué hace un rato.

—Es increíble —susurró Carlos con la mirada perdida en algún punto, visiblemente afectado por la afirmación—. Siento como si hubieran pasado semanas desde nuestro último encuentro... —Ariadna negó con la cabeza y Carlos fijó los ojos en los suyos—. Gracias por regresar.

A ella el agradecimiento se le hizo palpable no solo en sus palabras, sino también en su mirada; sin duda se alegraba de que hubiera vuelto.

Beathan observaba la escena sin saber qué hacer. Por un lado se sentía tonto por estar observando a una mujer hablar, en apariencia, sola; por otro, se sentía un intruso al pensar que estaba espiando, aunque fuera de forma unilateral, una conversación ajena. Decidió apartarse un poco y vagar por la habitación aprendiéndose cada rincón como si fuera un simple turista más, intentando olvidar que allí, técnicamente, solo estaban ellos dos.

—No entiendo lo que está pasando —continuó Carlos—. Yo no debería estar muerto... Es decir, si estuviera muerto lo sabría, ¿no?

—No lo sé...

Carlos estiró la mano hacia el brazo de Ariadna, pero esperó a que ella lo extendiera hacia él antes de decidirse a intentar rozarlo. Al igual que había

ocurrido el día anterior, la mano del espectro lo atravesó. Carlos frunció el ceño en un gesto de angustia, moviendo sus dedos, intentando en vano asirla, pero lo único que sintieron fue aquel conocido hormigueo.

El soldado se apartó, enojado, y dio una patada a uno de los bancos, o por lo menos lo intentó, ya que su pie lo atravesó.

—¡Esto tiene que ser un mal sueño, una pesadilla! ¡No puede ser real! —gritó mientras volvía, sin éxito, a intentar golpear el banco con el pie y luego la pared con los puños—. ¡¡Maldita sea!! —Se apartó dirigiéndose junto a la ventana y miró a través de ella, vuelto de espaldas a Ari—. Esto no puede ser real... —repitió al vacío en un murmullo.

Ariadna lo miró sin saber qué decir, intentando imaginar lo que sería estar en su lugar, pero se le hacía tan complicado entender cómo era posible que Carlos no hubiera sabido que estaba muerto hasta el día anterior... Si al parecer no podía coger cosas, ni tocar nada, ni nadie podía verlo. ¿Cómo no había reparado en todo eso antes? Pero no le cabía duda de que acababa de enterarse de todo, por extraño que pareciera, era evidente la angustia que le había embargado. Casi podía sentirla.

—Debéis ayudarme —añadió de repente. Ari lo miró extrañada y Carlos se giró y buscó sus ojos al no escuchar respuesta—. Ariadna, os lo ruego, debéis ayudarme. —Su tono de súplica la cogió totalmente desprevenida.

—¿Cómo voy a ayudarte? Estás muerto...

—No digáis eso, por favor... —volvió a suplicar. De haber tenido lágrimas que derramar, lo habría hecho.

Ella suspiró y lo miró enternecida, se le veía tan desesperado... asustado, incluso. No pudo evitar estremecerse al volver a pensar que aquello también le hubiera sucedido a su hermana, que tras morir hubiera aparecido convertida en un fantasma, incapaz de ser vista ni oída por nadie.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó, aunque estaba convencida de que no había nada en el mundo que ella pudiera hacer. No había cura para la muerte.

—No lo sé. Quizá... —Miró a su alrededor sintiendo que los muros del castillo se le echaban encima. ¿Por qué tenía que estar ocurriéndole todo eso? ¿Por qué tenía que haber aparecido allí aquella mujer, trastocando toda su

percepción de la realidad? Volvió a fijar sus ojos en ella—. ¿Qué me habéis hecho?

La pregunta sonó más a una acusación que a la cuestión que se suponía que era, y Ari no supo qué responder, por desconocimiento y por lo intimidante que resultaba que la creyera culpable de su situación.

—Yo...

—Hasta ayer vivía tranquilo pensando que hacía mi trabajo —continuó Carlos—. Tenía que liderar y proteger a mis hombres y plantar cara a esos casacas rojas. Defender el castillo y aguantar hasta que llegaran refuerzos. Eso era todo. Luego encontraría un lugar donde vivir aquí, lejos de mi tierra natal, un sitio en el que empezar una nueva vida... —Volvió a mirar a través de la ventana, al lago que rodeaba el castillo—. Esas condenadas fragatas eran mi único problema... pero tuvisteis que aparecer vos.

—Yo no he hecho nada —se defendió ella, apenas en un susurro. Por algún motivo que escapaba a su comprensión estaba consiguiendo que se sintiera culpable por algo que sabía que no era culpa suya, o que por lo menos no había provocado voluntariamente.

—¿Que no habéis hecho nada? ¡Habéis puesto mi mundo patas arriba! Ya no sé qué hago aquí, qué se supone que debo hacer si estoy... si estoy... —Cerró los ojos unos instantes, mientras luchaba por calmarse, y volvió a abrirlos al poco—. ¿Qué se supone que debo hacer ahora, en un mundo que no es el mío, en un lugar que no necesita de mi ayuda, donde nadie me recuerda, ni me conoce, ni me echa de menos? Decidme, ¿qué sentido tiene mi vida ahora que estoy muerto?

—Lo siento...

Esas fueron las únicas palabras que se le ocurrieron a Ariadna tras oír su exposición. Sabía que no era responsable de la muerte de aquel soldado, pero sí que había sido la causante, aunque fuera sin pretenderlo, de hacerle consciente de ella. Y de que por eso ahora se encontrara así.

Carlos respiró hondo, o por lo menos hizo un gesto que a Ariadna se le asimiló a eso.

—Ayer intenté seguiros, pero no pude —añadió él, prefiriendo cambiar de tema—. Creo que estoy... que de algún modo soy prisionero de este lugar.

—¿No puedes abandonar el castillo?

—El castillo sí, pero solo permaneciendo en los alrededores. No pude seguirsos más allá del puente.

Ari confirmó entonces por qué no había vuelto a verlo tras dejar el castillo y por qué no había ido tras ella después de cruzar la verja de la entrada.

—Lo siento —repitió—. No podía quedarme. Iban a cerrar el castillo y había gente alrededor...

Carlos volvió a mirar a través de la ventana y guardó silencio durante unos instantes.

—El mundo parece haber cambiado tanto... —susurró segundos antes de volver la vista a ella y recorrer con la mirada su cuerpo, desde los pies hasta la cabeza—. Es curioso... Cuando llegué aquí me sorprendió que los hombres vistieran con faldas, como mujeres, y ahora las mujeres vestís como hombres. —Fijó la mirada en los vaqueros de Ari.

—Bueno, lo de que los hombres lleven falda nos sigue extrañando en el resto del mundo, en España sigue sin ser habitual.

—Es un alivio saberlo. —Esbozó una leve sonrisa que enseguida se desvaneció—. Esperad, ¿habéis dicho España? ¿Sois española?

—Pensaba que lo habrías deducido por el idioma.

—No... —admitió extrañado—. Ni siquiera había reparado en ello.

—Pues sí, lo soy. Del este. ¿Y tú? —De repente recordó aquello en lo que había quedado con Beathan: debía sacarle información sobre su vida y su época para poder contrastarla en Internet y averiguar si era real o... fruto de su imaginación. Pero lo cierto era que cuanto más hablaba con él, menos dudas le quedaban sobre su existencia; para ella era tan real como Beathan o cualquiera de los turistas del castillo.

—Del norte, pero mis padres se mudaron allí desde...

—Ari...

Miró a Beathan al oírle decir su nombre y Carlos enmudeció, siguiendo su mirada con cierto fastidio por haber sido interrumpido. Beathan miró entonces hacia la puerta y entendieron su llamada de atención: en la habitación había entrado una pareja de turistas. Ari disimuló fingiendo mirar

por la ventana mientras oía a la pareja hablar a su espalda. Beathan aprovechó para acercársele.

—¿Sigue aquí? —preguntó en un susurro.

—Sí...

—¿Qué te ha dicho?

—No es nada caballeroso preguntar por conversaciones privadas — murmuró Carlos al oído de Beathan. Ariadna lo miró con una media sonrisa.

—Nada importante.

—Espero que ahora estéis mintiendo... —comentó el soldado de nuevo, mirándola de reojo.

—¿Sigue aquí? —inquirió Beathan.

—Sí, pero ya se iba. Es un caballero y sabe que sería indecoroso escuchar conversaciones ajenas.

Carlos captó la indirecta y, con una mueca airada, dio un par de pasos atrás dejándoles privacidad. Beathan retomó la palabra:

—Si vais a seguir hablando, creo que yo esperaré en la cafetería. Me resulta un poco incómodo estar aquí de pie observándote mantener una conversación con alguien a quien no puedo ver ni oír y sin saber lo que dices porque hablas en español...

—Sí, lo siento.

—No. No te lo estoy reprochando —aclaró—. Es solo que... esto es muy raro y no... todavía no lo he asumido. Prefiero que todo esto del... — bajó la voz mirando de reojo a la pareja de turistas a un par de metros de ellos — contacto paranormal lo hagas sola.

—Lo entiendo.

—Estaré en la cafetería, ¿vale? Si necesitas algo, llámame al móvil. Aprovecharé para buscar información sobre la época y lo que ocurrió exactamente aquí, fantasmas incluidos...

En cuanto Beathan salió de la habitación, Carlos regresó junto a Ariadna, pero todavía no estaban solos; aunque la pareja de turistas ya se había marchado, un tercer visitante entró en su lugar.

—¿Qué información tiene que buscar? —inquirió el fantasma.

Ari miró al hombre que había entrado en la habitación, estaba distraído



observando la decoración, pero lo suficientemente cerca para escucharla si respondía a Carlos. Optó por sacar su móvil y llevárselo al oído para simular hablar con alguien.

—Creía que habías dicho que no era caballeroso preguntar por conversaciones ajenas —susurró entonces en respuesta.

—A menos que la conversación esté relacionada con uno mismo... ¿Qué es eso? —preguntó mirando el teléfono con curiosidad.

—Ya, claro. Qué conveniente.

—Si queréis saber algo de mí, lo mejor es que me preguntéis.

—Bien, eso haré... pero aquí no. —Miró al desconocido de la habitación, esbozando una breve sonrisa cuando sus miradas se encontraron, luego salió de allí seguida de Carlos. Caminó por el pasillo sin apartar el móvil de su oreja, no había mucha gente dentro, pero el silencio que impregnaba el castillo facilitaba que los pocos turistas que lo visitaban pudieran oírla con facilidad desde donde estuvieran—. ¿Hay algún sitio en el que podamos hablar sin que nadie nos escuche? —susurró al teléfono.

Carlos la miró extrañado, preguntándose qué sería aquel objeto que sujetaba contra su cabeza.

—Hay... Hay varias habitaciones cerradas, pero imagino que vos no podréis entrar en ellas...

—Salgamos al exterior entonces —sugirió ella mientras localizaba la salida a las almenas de la parte del muro que daba al puente, el lugar en el que habían descubierto la naturaleza paranormal de Carlos el día anterior. Él la siguió.

El cielo seguía de un gris profundo, pero afortunadamente el viento había disminuido, transformándose en una leve brisa, y el frío no era tan intenso a esas horas de la mañana.

—¿Podéis explicarme qué es ese objeto? —volvió a preguntar Carlos sin apartar los ojos del móvil que Ariadna se disponía a guardar.

—¿Esto? —Lo sujetó en la mano para que Carlos pudiera verlo más de cerca. Él se acercó con curiosidad—. Es un teléfono...

—¿Un teléfono?

—Sí... ehm... —Ari hizo memoria para recordar en qué siglo se había

inventado el teléfono: el XIX, si su memoria no le fallaba. Y Carlos había vivido durante el XVIII, por lo que no llegó a conocerlo—. Sirve para hablar con personas que están en otro sitio y que tienen otro aparato igual. Por ejemplo, Beathan está caminando ahora mismo por el puente, ¿lo ves? Pues si quisiera decirle algo, solo tendría que pulsar aquí —encendió la pantalla del móvil—, buscar el número de su teléfono, y entonces podría hablarle y escucharle por el mío, y él me oiría y me respondería por el suyo.

—¿Bromeáis?

—No, hablo totalmente en serio —afirmó divertida.

Carlos miró el móvil, asombrado por lo que acababa de oír. ¿Cómo un artefacto tan pequeño podía hacer que su voz viajara tan lejos?

—No quisiera que me malinterpretarais, no pretendo cuestionar vuestra palabra, pero...

—¿Quieres comprobarlo?

Carlos esbozó una leve sonrisa.

—Me encantaría.

Ariadna buscó el número de teléfono de Beathan ante la atenta mirada del soldado, cuya expresión no podía ser de mayor expectación, y pulsó para realizar la llamada.

—Míralo... —le sugirió, señalando con un dedo a Beathan, quien todavía caminaba por la mitad del puente en dirección a la salida.

Carlos siguió sus indicaciones y pudo ver cómo aquel chico se llevaba una mano al bolsillo de su pantalón y sacaba algo de él. Debido a la distancia no pudo distinguir lo que era, pero dedujo que se trataría de otro artilugio de esos que Ariadna había llamado «teléfono», ya que él también repitió el gesto de llevárselo a la oreja.

Ari activó el altavoz y en ese momento ambos pudieron oírlo.

—¿Ari? ¿Qué ocurre?

Beathan sonaba sorprendido, pero su nivel de sorpresa no fue nada comparado con el del fantasma.

—¿Es él? —preguntó maravillado. Ella asintió.

—Nada, no te preocupes. Solo quería decirte que si prefieres irte a algún otro sitio, puedes hacerlo. Me sabe mal que estés solo en la cafetería,

esperándome —dijo, buscando rápidamente una excusa para la llamada; cualquiera sería mejor que admitir que estaba poniendo al tanto de las últimas tecnologías a un fantasma del siglo XVIII.

—Ah, no. Tranquila, estaré bien. Tampoco es que me apetezca mucho ir de turismo.

—Lo entiendo.

—¿Sigues dentro del castillo?

—En las almenas del muro frontal, de hecho. Te estoy viendo en el puente.

Beathan se giró entonces buscándola con la mirada y Ari levantó un brazo para saludarlo. Al poco, él la localizó y le devolvió el saludo.

—Es increíble... —murmuró Carlos sin salir de su asombro. Ari sonrió.

—Hasta luego, Beathan.

Se despidió y cortó la llamada y Beathan continuó su camino hacia la cafetería.

—Es... Parece cosa de magia... —Carlos miraba el dispositivo como si lo paranormal fuera eso y no él mismo, y Ari no pudo reprimir una breve carcajada—. No os riais... —la reprendió. Si hubiera tenido sangre para ruborizarse, lo habría hecho.

—No me río de ti, simplemente me ha hecho gracia —le aclaró—. Entiendo que a ti te resulte asombroso, pero a mí me parece más increíble estar explicándole a un hombre del siglo XVIII el funcionamiento de un teléfono móvil.

—Supongo que sí...

Ariadna se guardó el teléfono y permaneció callada mirando a aquel cuasi desconocido. Costaba mucho creer que estuviera muerto. Parecía tan real... En las películas se solía representar a los fantasmas como entes semitransparentes, ya que técnicamente eran solo un rastro de lo que fueron en vida, una imagen, y no contaban con un cuerpo. Pero Carlos, invisible como era a todos los demás, aparecía a sus ojos como cualquier otra persona. No podía tocarlo, eso era cierto, pero tampoco ver a través de él, y su cuerpo y sus rasgos estaban tan definidos como los suyos propios, hasta el punto de que lo único que indicaba a simple vista que no estaba en realidad allí era el

hecho de que ni su ropa ni su pelo se movieran un ápice cuando soplaba el viento.

—¿Qué ocurre?

La pregunta la arrojó de vuelta a la realidad y apartó la mirada de inmediato. ¿Cuánto tiempo llevaba mirándolo fijamente?

—Nada. Solo pensaba. Todo esto es raro para mí también. —Guardó silencio, pero al ver que ahora era él quien no dejaba de mirarla, se apresuró a retomar la conversación—. ¿Cómo es posible que no supieras durante todos estos años que estabas...? —Buscó la forma de sortear la palabra «muerto»—. ¿Que los años pasaban y tú seguías aquí dentro?

—Llevo preguntándomelo desde que os marchasteis ayer y todavía no he encontrado una explicación —reconoció.

—¿Qué sueles hacer aquí cada día?

—Pues... —Carlos fijó la mirada en un punto del horizonte mientras buscaba la respuesta, pero pronto reparó en que no era capaz de encontrarla y aquello volvió a traer a su mente la angustia de la incertidumbre—. Lo último que recuerdo es... estar con mis hombres haciendo frente a los soldados del Gobierno, a esas fragatas...

—¿Cuándo?

—Ayer... —susurró volviendo a mirarla a los ojos.

—¿Antes de nuestra última conversación aquí? —Carlos asintió—. Pero sabes que no hay tales fragatas ni soldados del Gobierno atacando el castillo. Mira a tu alrededor...

Lo hizo y volvió a comprobar que el lago estaba prácticamente vacío. Había alguna pequeña embarcación, pero ni rastro de barcos de guerra.

—Ayer estaban... Vos misma los visteis, no lo neguéis. Os vi en el patio del castillo intentando protegeros del ataque, ¿no es cierto?

—Sí... —se vio obligada a reconocer.

—¿Y cuál es vuestra explicación a eso?

—Aún no la tengo... —admitió mientras volvía la mirada al puente, varios metros por delante de ellos. Aprovechó entonces para hacerle la pregunta que más se repetía en su cabeza—. ¿Recuerdas cómo fue tu muerte? —Habría sido incapaz de formularla mirándolo a los ojos, era una pregunta

algo surrealista y, de algún modo, le parecía que también muy íntima. Pero Carlos guardó silencio durante unos segundos interminables que al final la obligaron a mirarlo. Mantenía la vista fija en el mismo punto en el que la había tenido ella hasta entonces, pero su mente parecía encontrarse a kilómetros de allí.

—No estoy seguro... —susurró. Una repentina ráfaga de viento hizo que a Ari se le hiciera complicado escucharlo, y se vio obligada a pegarse un poco más a él. Tuvo cuidado de no rozarlo a pesar de que, en realidad, no había nada que rozar—. Recuerdo el acercamiento de las fragatas, su posterior ataque después de que alguno de mis hombres abra fuego en contra de mis órdenes, y cómo intento que dejen de disparar... Entonces, en cuestión de segundos, todo se convierte en un infierno: el castillo, lo único que se interpone entre nosotros y aquellos barcos, empieza a volar en pedazos, y no puedo dejar de pensar en que tarde o temprano las bolas de los cañones derrumbarán los muros, sepultando la pólvora y todo lo que intentábamos proteger. Finalmente obligo a mis hombres a obedecer el alto el fuego, pero los navíos no parecen dispuestos a detener el ataque hasta haber reducido a ruinas todo el castillo, por lo que intento encontrar una forma de hacerles parar. Subo hasta el muro oeste, hasta allí —se movió hacia la derecha y señaló un punto cerca del patio interior del castillo—, e intento usar mi pañuelo como una bandera de tregua. Pero entonces... —Cerró los ojos—. Entonces uno de los cañones alcanza el muro y abre un boquete bajo mis pies, derrumbando parte y arrojándome al suelo del patio. —Carlos volvió a mirarla pasados unos instantes—. A partir de ese momento todo es bastante confuso, los recuerdos del castillo se entremezclan. Supongo que debí de morir aquí, pero no estoy seguro de que fuera durante el bombardeo...

Ari asintió.

—No importa, imagino que es normal. En realidad ocurrió hace casi trescientos años y yo ni siquiera recuerdo lo que comí ayer, así que... —Sonrió un poco intentando animarlo. Él le devolvió la sonrisa.

—Aún no sé qué hacéis vos aquí. —Cambió de tema sin levantar la voz—. ¿Solo vinisteis a visitar el castillo? —Ari asintió—. ¿Hicisteis todo el camino desde España solo para ver un castillo? —inquirió incrédulo.

—No, no... Eso no... —se apresuró a corregirlo.

—¿Entonces? —Carlos la miró con genuino interés. No era una pregunta educada en respuesta a su contestación, sentía verdadera curiosidad. Creía recordar que había mencionado algo sobre estar allí para cumplir una promesa, pero no podía asegurarlo y se resistía a pecar de atrevido si ella no sacaba el tema.

No obstante, Ariadna no estaba segura de encontrarse preparada para tratar asuntos tan personales con un desconocido. Ni siquiera con uno muerto.

—Estoy de turismo... —Se trataba de una verdad a medias. Le pareció mejor que inventarse una mentira como la que había preparado para justificar su vuelta al castillo.

—¿Turismo? —La miró extrañado y Ari pensó que, al igual que había ocurrido con el teléfono, desconocía el significado de esa palabra. Pero enseguida continuó—: ¿Estáis de tour? ¿Viajando por placer? Debéis de provenir de una familia bien acomo... —se interrumpió reparando en la implicación de sus palabras—. Perdonadme, el nivel económico de vuestra familia no es asunto mío... y salta a la vista que sois una dama inteligente y bien preparada.

Ariadna sonrió, tanto por sus palabras como por su palpable azoramiento.

—Gracias... Y sí, es un viaje de placer.

Carlos asintió apartando la mirada, sintiéndose un auténtico bocazas, pero no podía evitarlo, esa mujer le ponía algo nervioso. Muerto o no, no estaba acostumbrado a mantener conversaciones con mujeres sin contar con la presencia de más personas alrededor. Era algo que en su época y estando vivo jamás se le habría ocurrido hacer, ni a él ni a ningún otro caballero honorable, a menos que entre los dos se diera una situación de parentesco, hubieran contraído nupcias o... o la mujer se dedicara profesionalmente a intimar con otros hombres, y aquel no correspondía a ninguno de esos casos. Sin embargo, sentía que no se trataba solo de eso.

—Espero que estéis disfrutando del viaje.

—Sí, bastante...

—¿Y os quedaréis mucho tiempo?

—No... Dos o tres días más.

*¿Solo tres días?*

—Entiendo... —Carlos sintió un extraño peso en el estómago (o por lo menos le dio esa sensación) al oír sus palabras. Ahora que sabía lo que le ocurría, lo último que quería era quedarse solo allí.

A ella también le pareció que la respuesta se le atragantaba, y el mismo peso se instaló en su estómago al pronunciarla. No era solo el hecho de que no quisiera volver para no enfrentarse a su madre y tener, finalmente, que contarle toda la verdad; no deseaba volver a su ciudad, a su país, a su vida cotidiana... No tan pronto. Había tantas preguntas a la espera de ser respondidas en aquella isla, recuerdos tan intensos a pesar de los pocos días que llevaba allí... Sentía como si su vida hubiera estado dirigida por el piloto automático hasta el momento en el que había recibido la noticia de la muerte de su hermana, cuando había tomado las riendas de verdad. Y era irónico que lo que hubiera puesto en marcha los engranajes de su vida hubiera sido la muerte, y lo que estuviera haciendo que se planteara quedarse en Escocia, un fantasma.

Ariadna se cruzó de brazos y hundió la barbilla en la bufanda que rodeaba su cuello. Aunque no hacía ni de lejos el mismo frío que el día anterior, al estar quieta lo notaba con mayor intensidad. Carlos, aunque no podía sentirlo, reparó en ello por sus gestos.

—¿Queréis que regresemos dentro? —sugirió.

—Dentro no podremos seguir hablando...

—Si os congeláis, tampoco. —Sonrió levemente.

—Podemos ir al patio... hay una zona cubierta, como un almacén. No está cerrado del todo, pero por lo menos sí más resguardado, y no creo que muchos turistas se entretengan allí.

Carlos accedió mientras se obligaba a repetirse mentalmente que debía dejar de guiarse por los formalismos de su vida pasada. Ocultarse de la vista de los demás en un lugar a cubierto y junto a una mujer era algo que solo había hecho en dos ocasiones: en la primera no quería pensar, era poco más que un adolescente entonces y se había dejado llevar por sus amigos; la segunda, sin embargo, había sido con la única mujer que había conquistado

su corazón por completo en toda su vida...

De hecho, tampoco quería pensar en esa ocasión.



En el camino hasta el almacén ninguno dijo nada. Ari evitó cruzar su mirada con la del resto de vigilantes; no recordaba si eran los mismos del día anterior. Scott, por lo menos, no estaba, y no sabía qué opinión tendrían los demás acerca del tema del fantasma. Aunque ahora acabara de convertirse a la fuerza en una fiel creyente de lo paranormal, sabía que la mayoría de la gente se guardaba sus creencias para no ser mirada como un bicho raro.

—Estáis muy callada de repente.

Ari reparó sorprendida en que ya se encontraban en el patio. No se había dado cuenta hasta aquel instante, absorta como estaba en sus pensamientos. ¿Cuánto tiempo llevaban de pie en el interior de aquella especie de almacén? ¿Y cuánto tiempo llevaba Carlos mirándola con esa intensidad, como si intentara leer sus pensamientos?

—Lo siento, solo pensaba.

—¿Puedo preguntar en qué?

—En... fantasmas. En tu situación. Supongo que debe de haber alguna razón para que sigas aquí. Se suele decir que los fantasmas son personas que han dejado asuntos pendientes. ¿Podrías tener tú alguno? —Ari tomó asiento en un rincón del frío suelo de aquel lugar mientras esperaba su respuesta.

Pensativo, el soldado reajustó su cinturón para acomodar el sable sobre el suelo mientras se sentaba frente a ella. A Ariadna aquel gesto le resultó un poco extraño teniendo en cuenta que aquel arma no existía de verdad, pero aunque para ella fuera inmaterial, no era así para él.

—¿Además del que desempeñé aquí, decís?

—Bueno, el castillo ya no necesita protección, como ves...

—No defendíamos el castillo, más bien lo que guardábamos en él. —Ari lo miró con curiosidad—. Pólvora, armas... —aclaró—. El castillo era como nuestro almacén-fortaleza a la espera de refuerzos.

—Vale... —Meditó la respuesta—. Pero ese material no sigue en el castillo, ¿no? —Negó a la vez que él—. Por lo que ya no habría aquí nada que defender ni aunque las fragatas fueran a atacar de verdad.



—Supongo que no...

—Entonces, ¿qué es lo que te liga a este lugar?

# 13

## Promesas cumplidas y compromisos rotos

Habiendo dado por hecho que existiera un motivo por el que Carlos estuviera ligado al castillo basándose, únicamente, en lo que «se decía» de los fantasmas (algo que Ari había dotado hasta entonces del mismo valor que cualquier otra teoría «paranormal», como la de que los vampiros se matan con estacas o que los zombies comen cerebros), ambos permanecieron charlando durante el resto de la mañana, intentando descubrir qué podía estar reteniendo a aquel soldado difunto en el mundo de los vivos.

Barajaron todas las posibilidades, tomando como tales las cosas que Ari recordaba de películas o libros de ficción, sus únicas referencias documentales por el momento. En ellas los «asuntos pendientes» eran hechos importantes que la persona en cuestión no había tenido la oportunidad de realizar o concluir antes de morir, y estos podían involucrar a terceros, es decir, estar relacionados con personas que siguieran con vida. Teniendo en cuenta que Carlos había muerto hacía casi trescientos años, se podía descartar la posibilidad de que necesitara enviar algún mensaje a algún conocido.

Se quedaron sin ideas poco antes de que Ari reparara en la hora gracias al sonido de sus tripas. Se cruzó de brazos en un intento de ahogar el gruñido, esperando que hubiera pasado desapercibido, y aprovechó para mirar el reloj de su móvil.

—Lo siento, pero... debería de irme ya... —se disculpó mientras se incorporaba y desentumecía sus huesos. Tenía el trasero congelado.

—¿Tan pronto? —Carlos se incorporó con agilidad, casi a la vez que ella, y la observó con una mezcla de decepción y, lo que a ella le pareció, angustia.

—En realidad llevamos hablando varias horas...

—Sí, pero...

—He quedado con Beathan, y lo cierto es que tengo un poco de hambre...

—Sí... Sí, claro, lo entiendo. Perdonadme, no había pensado en ello...  
—Ari sonrió levemente, no se acostumbraba a aquella extrema caballerosidad y no quería hacerle sentir mal—. ¿Volveréis tras la comida?

No pudo contener una nueva sonrisa ante la pregunta. Habían estado hablando durante toda la mañana, hacía tiempo que Ari no hablaba tanto, ni siquiera con sus amigos o familia, y aún quería continuar.

—Lo intentaré... —No sabía cómo estaría Beathan y no quería dejarlo solo si se encontraba mal.

Carlos estuvo tentado de insistir, pero no quiso parecer descortés ni excesivamente interesado, por lo que pese a que no podía soportar la idea de pasar el resto del día solo en aquel castillo, tuvo que aceptar y confiar en que aquella mujer, que se había convertido en su único enlace con el mundo de los vivos, regresaría. La acompañó hasta el final del puente en un silencio que ninguno de los dos interrumpió, sumidos como estaban en sus respectivos pensamientos. Todo aquello habría sido demasiado para asimilar incluso aunque hubieran tenido semanas para hablar sobre el tema, y solo habían pasado un par de días.

Cuando llegaron al final del puente, Ariadna miró hacia su izquierda con disimulo, intentando no parecer una loca ante el vigilante de la puerta de acceso principal, y buscó la mirada de Carlos. Este pareció reaccionar de repente, como si acabara de reparar en que habían llegado al final del trayecto. Frunció el ceño en un gesto de preocupación y entreabrió los labios, pero Ari se adelantó, intuyendo sus pensamientos, y se situó de espaldas al guardia para que no la viera hablar al vacío:

—Volveré. Te lo prometo —le aseguró.

Carlos pareció respirar aliviado, lo que no cesaba de chocarle teniendo en cuenta que no tenía ninguna necesidad de hacerlo, pero aquel acto reflejo parecía continuar bien impreso en él.

—¿Puedo confiar en vos?

Ariadna sonrió.

—Realmente no tienes otra opción... —Carlos esbozó una breve y triste sonrisa—. Pero sí, puedes hacerlo. Una no conoce a un fantasma auténtico todos los días... —añadió en un susurro.

Caminó hacia la puerta y, tras cruzarla, se giró como si mirara al castillo, aunque en verdad sus ojos siguieran fijos en el soldado espectral que mantenía su mirada en ella. Le dedicó un leve movimiento de su mano como despedida y él respondió inclinando la cabeza caballerosamente.



Cuando Ariadna entró en la cafetería buscó con la mirada a Beathan y lo localizó en un rincón, mirando hacia el castillo por una de las ventanas del fondo. Había estado observándola mientras se despedía de Carlos.

—Deberías tener cuidado, pareces un poco... ya sabes... Hablándole al aire y eso...

—¿Un poco loca?

—La verdad es que sí.

—Ya procuro tener cuidado...

—Hay una *webcam* que enfoca a la entrada del castillo, ¿lo sabías?

Ariadna palideció al oír aquello, ¿significaba eso que cualquiera podía haberla visto hablando sola?

—No tenía ni idea... ¿Dónde está?

—Enfoca justo hacia la puerta de acceso al puente y hacia el lado derecho de la muralla. —Se giró hacia la ventana para indicarle el lugar—. O sea que si quieres hablar con tu caballero invisible en privado será mejor que os vayáis a aquel rincón de la izquierda.

—Mi «caballero invisible» no puede ir más allá del puente, así que no puede cruzar la puerta —replicó a la defensiva. No le gustaba el tono con el que había pronunciado esas dos palabras, pero no sabía si había sido ironía, incredulidad, molestia o qué.

—Vaya... es un fantasma bastante limitado entonces, eso le quita ventajas al tema de la invisibilidad. ¿Solo puede vagar por los pasillos del castillo y alrededores de la isla?

—Eso parece.

—Interesante...

—¿De verdad?

—¿Qué?

—Que si de verdad te parece interesante o solo me sigues la corriente.

Porque aún no sé si te has creído algo de todo este tema o solo finges hacerlo.

Beathan la miró con una expresión seria e indescifrable, pero cuando Ariadna estaba a punto de disculparse por si había malinterpretado sus reacciones, se decidió a responder.

—Te creo... o intento hacerlo. Cuando pienso en ello... bueno, ¿por qué ibas a inventarte algo así? Iveth no te tenía por ninguna mentirosa, siempre te describía como una persona muy madura, así que me cuesta plantearme la posibilidad de que estés inventándote todo esto. —Ariadna asintió—. Pero...

—¿Pero...?

—Pero por otro lado... Antes de llegar aquí... ya sabes, aquella otra noche... —Ari asintió asumiendo que se refería a la noche en la que él se había derrumbado—. Bueno, tras todo aquello que te comenté sobre lo de no poder sentir a Iveth, tú intentaste animarme diciendo que seguro que ella estaba aquí con nosotros, así que...

—Espera, espera... ¿Piensas que me estoy inventando todo esto para hacerte sentir mejor? —No podía creer lo que estaba oyendo, pero Beathan la miró a los ojos respondiendo con su silencio—. ¿En serio crees que llegaría tan lejos, hasta el punto de inventarme en un par de días todo un cuento sobre un soldado fallecido en una batalla hace casi trescientos años, y de hablar sola por los rincones fingiendo conversaciones con él? Aunque tuviera tanta imaginación, sinceramente y aunque pueda sonar duro: antes te recomendaría acudir a un psicólogo que invertir tanto tiempo en hacerte creer en fantasmas. O, ya puestos, pagaría a alguna médium para que fingiera ella por mí.

—¿Entonces no...?

—¡Por el amor de Dios, Beathan! No estoy inventándome nada. ¡Ojalá fuera así!

—Está bien, está bien, te creo... —Miró a su alrededor, consciente de que algunas cabezas se habían girado ante los gritos y los miraban—. O lo haré... Solo necesito algo de tiempo para asimilarlo.

Ariadna suspiró y, por un instante, por su cabeza cruzó la idea de olvidarse de todo y, simplemente, regresar a España. Si se ponía a pensar... bueno, era todo demasiado surrealista. Pero incluso mientras barajaba la idea de marcharse de allí sabía que no era una opción, por lo menos no aún. De

volver a su país no podría dejar de pensar en Carlos, e incluso en el propio Beathan, sería como si solo hubiera ido allí para presenciar cómo enterraban a su hermana en un país extraño, conocer al chico con el que vivía tan feliz allí y dejarlos a todos atrás, como si solo fuera un mero trámite. En realidad, le daba igual donde descansara Iveth, la tierra era tierra en cualquier sitio, la madera del ataúd, madera sin más; daba igual donde se quedara. Pero Beathan... a él era más difícil dejarlo atrás, técnicamente había formado parte de su familia a través de su hermana aunque fuera durante poco tiempo, sentía que merecía algo más que un simple «encantada de haberte conocido. Cuídate». Él había sido importante para Iveth, no podía cortar aquel lazo sin más.

—¿Qué tienes pensado hacer hoy? Supongo que no querrás continuar el viaje... —comentó Beathan, sacándola de sus pensamientos.

Ariadna lo miró a los ojos y meditó la respuesta. No sabía qué decirle. No podía obligarlo (ni aunque fuera indirectamente, por hacerle compañía a ella) a quedarse allí, en ese pueblo, y continuar enfrentándose a la idea de que los fantasmas existen, a la posibilidad de que alguien cuyo cuerpo ha dejado este mundo pueda seguir habitándolo de otra forma. Beathan necesitaba asimilar que la chica de la que estaba enamorado se había marchado y nunca regresaría, para así poder pasar página. Era algo que ella misma necesitaba, pero puesto que a ella iba a resultarle imposible dejar atrás el tema, al menos por el momento, lo único que podía hacer era preocuparse por que Beathan sí que lo hiciera.

—Pues en realidad tenía intención de quedarme aquí, pero... podemos acercarnos a Skye si quieres. No está lejos, ¿no?

—No, pero si de verdad quieres ver algo de la isla, deberíamos quedarnos a dormir allí; no se puede ver en un día y en esta época del año no nos quedan muchas más horas de luz...

Ariadna miró hacia el castillo. Carlos había abandonado el puente, pero sabía que la esperaba en algún lugar del edificio. No estaba segura de qué hacer. No quería dejar solo a ninguno y algo la atraía más hacia Carlos, pero pensar en dejar de lado a Beathan por alguien que físicamente no existía la hacía sentirse culpable; un vivo debía de necesitar más apoyo que un muerto,

¿no? Al fin y al cabo, este tenía todo el tiempo del mundo...

—No tenemos por qué seguir con esto —añadió Beathan al ver que parecía dudar—. Puedo esperar en el pueblo o incluso regresar a Edimburgo y ya está...

—No, no.

—De verdad, no me importa... Tú puedes quedarte y coger un autobús o tren de vuelta...

—Que no, Beathan. —Lo miró con una sonrisa para confirmar sus palabras—. Vamos a Skye. También me apetece ver la isla, y hemos venido para eso.

—¿Y... Carlos? —Seguía pareciéndole un poco raro referirse a él como si fuera alguien a quien conociera.

—Estará bien... Es decir, si lleva en el castillo cientos de años, no pasará nada por esperarme uno o dos días... —Se obligó a sonreír, en el fondo sí que le preocupaba cómo pudiera reaccionar; ya le había echado en cara el hacerle consciente de su situación y ahora iba a tener que pasar solo un par de días más...

Beathan esbozó una breve sonrisa.

—Sí, bueno, eso es cierto.

Ariadna asintió de nuevo, intentando aparentar más decisión esta vez.

—Comemos algo y nos vamos, entonces.

Miró una última vez hacia el puente mientras Beathan ojeaba el menú de la cafetería. Ni rastro de Carlos, afortunadamente. Verlo allí de pie en el puente, esperándola, solo lo habría hecho todo más difícil.



Tras terminar de comer y recoger las maletas del Bed & Breakfast, Ariadna y Beathan dejaron Dornie. Ari se acercó a Eilean Donan con la intención de despedirse de Carlos y decirle la razón por la que no aparecería por allí en unos días, pero al final no lo hizo. Habían cerrado el castillo a turistas por una boda y, aunque en otras circunstancias habría aguardado hasta que los invitados se fueran, Beathan la esperaba a ella. Se convenció de que Carlos pensaría que había tenido que ir a hacer algo, rezó por que fuera así y partió rumbo a la isla de Skye.

La carretera hasta el puente que unía la isla de Skye con la isla principal de Gran Bretaña discurría de forma paralela a la costa del Loch Alsh. Al otro lado se internaba en la isla entre diversas colinas con una mezcla de colores pardos, rojizos, marrones y verdes. Portree, el destino final de aquel viaje, se encontraba a una hora hacia el norte de la isla.

Durante los primeros minutos, Ariadna y Beathan permanecieron en un tenso silencio que solo se veía interrumpido ocasionalmente por alguna exclamación de sorpresa cuando las nubes permitían a los rayos del sol alcanzar las cuasi inmóviles aguas de algún lago, arrancándole brillos de plata, o recorrer las colinas iluminándolas por partes, como si de los focos de un escenario se trataran. Ariadna se dijo que la luz de Escocia era mágica: hacía especiales paisajes que tal vez bajo el sol de otro lugar, como el de España, parecerían bonitos sin más. Allí, en las Tierras Altas, la luz modificaba el mismo paisaje no solo cada día, sino dentro de cada hora, como si algún indeciso gigante etéreo se dedicara a jugar con pinturas, probando con distintos colores según su voluble estado de ánimo.

Pero aun pese a la belleza del paisaje, que ninguno de los dos, ni siquiera Beathan, se cansaban de admirar, llegó un momento en el que las palabras volvieron a reclamar su sitio, haciéndose escandalosas en su silencio. Se hacía imposible no pensar en todo aquello que pedía ser comentado. Ambos tenían claro que sus pensamientos se encontraban, en realidad, en otro sitio, y los dos se debatían entre el futuro y el pasado: el primero los acabaría separando irremediablemente en un par de días, y el segundo los iba a mantener unidos para siempre.

—¿Sigues sin querer decírselo a tu madre? —Beathan se arrepintió de realizar la pregunta antes incluso de terminar de formularla, y deseó poder retroceder unos segundos en el tiempo y cerrarse la boca cuando vio la expresión de Ariadna. Ella había hecho lo imposible por no pensar en ese tema, por lo menos hasta que tuviera que volver a España, y no le gustó que Beathan lo sacara a relucir, estropeando un viaje que ya por sí mismo se tambaleaba sobre una débil cuerda.

—De momento... —murmuró Ariadna. Iba a dejar esa respuesta como la única, pero ante la posibilidad de que Beathan insistiera, prefirió



completarla zanjando el tema de manera más contundente—. Ya veré lo que hago cuando llegue a España.

Ese día no había vuelto a acordarse de aquello, ni siquiera al pensar en los pocos días que le quedaban a aquel viaje. Pero ahora que él lo había mencionado, sintió que el estómago se le encogía y se le aceleraba el pulso, llegando incluso a preguntarse a sí misma cómo en algún momento había podido parecerle una buena idea ocultarle a su madre la muerte de su propia hija. Tarde o temprano iba a tener que decírselo y entonces la iba a odiar, estaba segura. Jamás entendería que solo trataba de protegerla, de ahorrarle más dolor. Pero ya estaba hecho, ya no había nada que pudiera hacer para arreglar aquello, ¿o sí? ¿Cambiaría algo que la llamara ya, antes de que pasara más tiempo? Se enfadaría de todas formas, pero quizá menos...

*Lo único que podrías hacer ahora para evitar que se enfade sería evitar que se enterara...*

—¿Cuánto queda para Portree?

—Media hora o así.

*¿Todavía?*

Ariadna pensó en sacar el diario de su hermana para continuar leyendo hasta entonces, por lo menos así ambos estarían ocupados haciendo algo y las palabras se harían innecesarias. Pero mientras lo buscaba recordó que Beathan lo consideraba una invasión de su intimidad y, al no encontrarlo en su mochila, donde creía haberlo guardado, decidió abandonar la búsqueda.

—¿Necesitas algo?

—No... solo... No recuerdo dónde guardé el diario de Iveth; quería consultarlo para leer lo que quería ver en la isla y...

—Quería ver sobre todo el norte: Quiraing, Neist Point, Old Man of Storr, Kilt Rock...

—Ah...

—Está todo al norte de Portree. Una vez encontremos alojamiento allí podemos empezar con algunos sitios, pero no dará tiempo para todo hoy, antes de que se vaya el sol.

—Me parece bien...

—Podemos quedarnos un par de noches en Portree y volver el martes

por la mañana. —Ari fracasó en su intento de mostrar indiferencia ante la noticia de pasar dos noches lejos de Dornie—. O podemos volver mañana mismo por la noche si lo prefieres. Supongo que nos dará tiempo de verlo todo... —añadió Beathan.

—No, no... Me parece bien lo de las dos noches... —No sabía si podría centrarse en lo que quiera que hicieran teniendo en la cabeza todo el tema de Carlos, pero tendría que intentarlo.

Siguieron la carretera hasta que llegaron a Portree, un par de horas antes del anochecer. Con las maletas ya en las habitaciones de un B&B de la ciudad, realizaron una breve escapada hacia el norte, visitando alguno de los lugares anotados en el diario de Iveth (que Ariadna aún no había conseguido encontrar).

Mientras contemplaban las vistas al mar desde el acantilado de Kilt Rock, sentados en una roca, Ariadna aprovechó que Beathan tenía la mirada perdida en el horizonte y lo observó detenidamente. Sus ojos debían de tener una tonalidad parecida a la del mar bajo un día soleado, su nariz ligeramente achatada y sus labios carnosos incrementaban el aspecto aniñado que su edad no le había permitido abandonar aún. Pese a no tratarse del tipo de hombre por el que Ariadna se giraría en la calle, tenía que admitir que era mono, y su mirada nostálgica volvió a despertar en ella la ternura de aquella primera noche de viaje juntos. Se acercó más a él, hasta que sus hombros se rozaron, y entrelazó su brazo con el suyo.

Beathan, como si acabaran de despertarle, reaccionó de súbito.

—¿Qué...?

—Nada. —Sonrió un poco. Él le devolvió la sonrisa y entonces se alegró de no haberlo dejado de lado por Carlos, por muchas ganas que tuviera de saber más de él. Eran momentos como aquel, en los que veías que con un simple gesto podías ayudar a alguien, hacerle sentir mejor, los que devolvían un poco de color a la vida y hacían que todo el caos cobrara un poco de sentido.

Beathan suspiró, cerró los ojos unos segundos e imaginó que era su dulce Iveth quien se encontraba a su lado compartiendo aquel atardecer. Ariadna se limitó a guardar silencio y a hacer algo similar. Sin cerrar los ojos,

simplemente fijando su vista en el horizonte, fantaseó con la idea de que el hombre junto al que estaba sentada fuera aquel que en algún lugar del mundo soñaba con tenerla a su lado.

Cuando la temperatura bajó tanto que ni siquiera la ropa de abrigo fue suficiente para protegerles del gélido frío y la humedad, regresaron al pueblo. Esa noche ambos, en sus respectivas camas, continuaron fingiendo que junto a ellos no descansaba una almohada solitaria: Beathan soñando con el amor que creía encontrado y perdido, Ariadna con aquel que le parecía imposible de hallar. Ninguno había creído nunca que el verdadero sentido de la vida residiera en amar y en ser amado, pero, de ser así, ¿qué podían esperar aquellos a los que, por distintas razones, se les negaba ese propósito?



Mientras Ariadna y Beathan intentaban conciliar el sueño, unos kilómetros más al sur alguien más habría dado lo que fuera por ser capaz de dormir. En Eilean Donan, Carlos había estado esperando lo que le parecía una verdadera eternidad a que aquella extraña mujer, la única capaz de verlo, regresara al castillo, tal y como le había prometido que haría. Siempre se había considerado un hombre paciente, pero conforme pasaban los minutos y se hacía consciente con la llegada de la noche de que aquella visita no se produciría, notaba cómo empezaba a perder los nervios, si es que se le podía llamar así tratándose de un espectro. Paseando por el puente, recorriéndolo una y otra vez, el soldado barajaba todas las causas que podían haber impedido a Ariadna (a quien a pesar de sus extraños atuendos creía poder considerar una dama) presentarse a su cita. Le había dado su palabra, le había asegurado que volvería tras el almuerzo y, sin embargo, por ahí no había rastro de ella.

—Dónde estáis, maldita sea... —Carlos se detuvo en mitad del puente de piedra y dirigió la mirada hacia el lado derecho del mismo, donde se encontraba el pueblo en el que ella le había dicho que se alojaba—. ¿Y si me ha mentado y no vuelve? —se preguntó a sí mismo en voz alta. Y solo plantearse esa posibilidad hizo que sintiera como si aquel mundo que tan extraño le era se derrumbara a su alrededor—. No puedo vivir aquí solo eternamente. No ahora que sé la verdad...

Continuó caminando a lo largo del puente hasta que advirtió la llegada de una pareja de turistas. Se trataba de un hombre y una mujer que, abrigados hasta las cejas, se habían acercado a tomar fotos del castillo iluminado. Carlos había comprobado ya que Ariadna parecía ser la única capaz de verlo, pero al pensar en la posibilidad de que aquellas personas fueran la última compañía que recibiera aquel día, se encontró desesperado por hacerse oír, por hacerles conscientes de su presencia. No podía soportar la idea de volver a pasar una noche solo en aquel sitio.

Mientras el hombre sacaba su cámara de fotos e indicaba a su pareja dónde situarse, Carlos se acercó hacia ella por su espalda.

—¿Podéis oírme? —le preguntó. Pero la mujer permaneció inmutable. Todo cuanto llegaba a sus oídos era el sonido de las leves olas del lago acariciando la orilla.

Carlos repitió la pregunta situándose frente a su rostro, prácticamente gritando en esta ocasión, pero ella continuó sin reaccionar, mirando a través de él, en dirección a su acompañante. Este sacó una foto.

—Espera, ha salido un poco borrosa, haré otra —informó.

—Date prisa, Liam, hace frío... —se quejó ella.

Mientras tanto, Carlos seguía intentando, en vano, contactar con ellos.

—¡Por favor! ¡Debéis oírme! —gritó con todas sus fuerzas, con su cara a solo un par de centímetros de la de la chica. Ante la falta de respuesta de esta, que a ojos del soldado parecía ignorarlo, Carlos empezó a exasperarse. Las quejas de los turistas no ayudaban.

—No lo entiendo. Toda la foto sale bien excepto tú, solo tu cuerpo sale un poco borroso... —comentó Liam.

—Trae, déjame probar a mí. —La mujer se acercó hacia él y, al hacerlo, atravesó a Carlos por el camino. Aunque sus cuerpos no chocaron, sí que tuvo una extraña sensación, como un levísimo escalofrío que recorrió su cuerpo en una fracción de segundo e hizo que se estremeciera brevemente—. Dios, el frío de aquí te cala hasta los huesos.

Carlos se dio la vuelta y observó cómo ella se alejaba y se acercaba su compañero. Cuando estuvo justo delante de él volvió a probar suerte, gritando su nombre, pero este pareció ignorarlo igual que la mujer y se giró

dándole la espalda. Mientras ella sacaba una nueva foto, el soldado siguió intentando hacerse oír.

—Ya está, ¿ves? Perfecta. Va a ser problema de ese pulso de cirujano que tienes —se burló.

—O que le gusto más a la cámara que tú —bromeó él.

—¡Callad! ¡Guardad silencio y escuchad! ¡Es imposible que no oigáis nada! —Carlos no podía comprender que no lo oyeran en absoluto, estaba desgañitándose; hasta un sordo habría captado su voz.

Pero la pareja siguió hablando ajena a sus peticiones y eso terminó de enfurecerlo. Las carcajadas de aquellos desconocidos, sus flirteos, esas sonrisas risueñas justo delante de él, como si no les importara lo más mínimo su sufrimiento...

No pudo aguantarlo más.

—¡Malditos seáis! —Golpeó la cara del hombre con el puño sin poder evitarlo, con toda la fuerza que fue capaz de reunir, y aunque no llegó a sentir ningún contacto con la piel de Liam, este se llevó la mano al rostro y cambió su semblante, que se tornó en una mueca de confusión.

—¿Qué coño...? —Liam se giró mirando a su alrededor y por un momento un rayo de esperanza iluminó a Carlos, pero se desvaneció tan pronto como advirtió que sus ojos no se fijaban en él.

—¿Qué pasa? —Ella lo miró extrañada.

—Nada... No sé... Vámonos y ya está, hace frío —dijo mientras se alejaba de Carlos en dirección a la puerta de entrada al puente. No habría sabido explicar lo que había sentido, algo parecido a una repentina brisa de aire gélido, como si alguien hubiera soplado un puñado de nieve contra su rostro.

—Pero yo aún no me he hecho una foto decente...

Carlos siguió al hombre. Había notado el cambio en su rostro y aunque no pudiera verlo, sabía que había sentido algo.

—Volveremos mañana un poco más temprano... —Liam aceleró el paso y Carlos corrió para alcanzarlo antes de que abandonara el puente y saliera de su alcance. Una vez a su lado volvió a intentar golpearlo, pero lo único que logró fue hacerle sentir unos incómodos escalofríos que solo consiguieron

que recorriera el puente con más rapidez.

—No, házmela ahora, si no mañana tendremos que quedarnos hasta la noche... —volvió a insistir ella.

El hombre resopló, pero se detuvo.

—Está bien, pero rápido.

Cuando la mujer volvió al puente, Carlos, a su espalda, siguió intentando hacerse sentir, pero todo cuanto logró fue hacerla tiritar. Cruzada de brazos, apremió a su compañero a hacer la foto.

—Ya está —afirmó este rápidamente.

—¿Seguro?

—Seguuuuro. Además, se está quedando sin batería.

—¿Ya? Si la terminé de cargar hace una hora...

Se acercó a él, abandonando el puente y a Carlos tras ella, y fijó su mirada en la pantalla de la cámara digital. Frunció el ceño, confusa, al reparar en que, en efecto, la batería estaba casi agotada. Pero enseguida esbozó una sonrisa al ver la foto:

—Ahora sí, perfecta.

Carlos observó cómo la pareja guardaba la cámara y se alejaba de allí.

—No, por favor...

Se dejó caer de rodillas sobre el suelo del puente, rindiéndose al menos por ese día. Sentía que había estado cerca, muy cerca de conseguirlo, pero a la vez sabía que eso no era cierto, que no había forma de hacer ver lo invisible, de que alguien tocara algo que realmente no estaba ahí. Y lo peor de todo era que ni siquiera tenía lágrimas para poder desahogar aquel terrible dolor, para consolarse en esa soledad. Quería llorar y llorar hasta que el cansancio le hiciera caer dormido, y que luego el sol de un nuevo día lo confortara e hiciera ver las cosas con más optimismo, pero vivía en un día eterno; no había sueño que pudiera reparar aquella aparentemente interminable pesadilla a la que había despertado desde que esa maldita mujer apareciera en su vida... o en su muerte.

# 14

## Decisiones drásticas, mentiras y noches eternas

Carlos no recordaba haber vivido nunca una noche peor que aquella.

Después de que los turistas desaparecieran en su coche, dejándolo solo en mitad del puente, el soldado permaneció de rodillas un buen rato, cuestionándose el sentido de todo aquello. En la oscuridad nocturna solamente interrumpida por la iluminación del castillo, la única fuente de luz sobre el agua del lago, Carlos trató de dar con alguna explicación que pudiera justificar el hecho de que siguiera allí tras haber muerto. ¿Era así con todos? ¿Todo el mundo que moría se convertía en un ente invisible para quienes lo rodeaban? ¿Habría entonces más personas como él? ¿Podría verlas?

Y, lo que era más importante, ¿cuánto iba a durar eso? ¿Se trataba de algo pasajero o el hecho de que siguiera allí haciendo casi tres siglos de su muerte significaba que jamás se iría a ningún otro lado?

Se incorporó y miró a su alrededor. Pasado el puente la oscuridad era casi total alrededor de la cafetería y el aparcamiento del castillo, pero sobre todo más allá, en las montañas y en el lago.

—Oh, Dios... Nunca en toda mi vida he sentido tal soledad... — Retrocedió lentamente, de vuelta al castillo—. Es una sensación terrible, aterradora... Temo perder la cabeza si esta situación se prolonga demasiado —suspiró—. Para empezar, ya estás hablando solo —se reprochó—. Pero mi voz es la única compañía que tengo aquí y es mejor que este atronador silencio. —Carlos se giró hacia el castillo—. Será mejor entrar —se dijo. Incluso sin sentir el frío ni haber nada que temer, o eso suponía, se le helaba la sangre en aquella negrura.

Caminó hacia el interior con paso decidido, pero se detuvo al llegar ante el gran portón de madera que se levantaba en la entrada principal. Dubitativo, alargó un brazo y acercó la mano a la puerta para intentar empujarla, sin embargo, el intento se quedó tan solo en eso, pues sus dedos atravesaron la madera tan pronto como se situaron sobre ella.

—Ya... Por supuesto... —Era la primera vez desde que estaba muerto, que él recordara al menos, que permanecía fuera del castillo hasta que este cerraba sus puertas, y normalmente prefería usarlas, aunque solo fuera por costumbre—. Esto es tan extraño... —Terminó de atravesar la puerta con el resto del brazo y luego cruzó con premura el resto del cuerpo hasta aparecer dentro del castillo. Se dijo a sí mismo que no volvería a hacer aquello si podía evitarlo.

El interior permanecía en una oscuridad casi total, quebrada solo por los pequeños avisos iluminados de las salidas de emergencia. Carlos recorrió con premura las escaleras y salas de la primera y segunda planta, subió hasta lo más alto de la torre principal y se dirigió a su habitación preferida. Allí se asomó por la ventana desde la que podía ver, a lo lejos, el pueblo de Dornie.

—¿Dónde estáis, Ariadna? —susurró—. No podéis dejarme aquí solo. Por favor, os lo ruego... —Miró hacia el cielo nocturno, que se le antojó una extensión de la soledad y el vacío que sentía allí dentro, aislado del resto del mundo—. Os lo suplico, Señor, no permitáis que se aleje de mí, por lo menos no hasta que haya encontrado una razón para esto y, a ser posible, una solución. Sé que no soy vuestro seguidor más acérrimo, que es probable que merezca lo que me está pasando. Mi alma hace tiempo que fue condenada, pero nunca hice nada malo por interés propio, solo movido por el deber. Las veces que arrebaté vidas fue siguiendo órdenes. Mi voluntad solo se impuso cuando amé... y en tal caso me entregué por completo. Bien sabéis que di mi vida por ello. Así pues, ¿no soy merecedor de vuestro perdón? Llevo años pagando en este purgatorio que parece no tener fin, ¿cuándo saldará mi deuda? ¿No he recibido ya suficiente castigo? —Carlos se sentó y volvió a dirigir la vista hacia las luces del pueblo de Dornie—. Por favor, Señor, os lo suplico, que vuelva... Que vuelva a mi lado... Sé que estoy siendo egoísta, que no hay nada aquí para ella más que yo, pero juro que haré cualquier cosa por esa mujer si regresa conmigo. Juro que la ayudaré en lo que necesite si está en mi mano. Y, al fin y al cabo, fue ella quien me hizo consciente del purgatorio en el que me veía sumido; alguna razón debe de haber para eso. ¿O es tan solo una parte más de este castigo? Os lo suplico, dadme alguna respuesta, indicadme lo que debo hacer, pues estoy perdido y no logro



encontrar el sentido a tanta miseria. —Carlos, frustrado, se levantó de nuevo mientras se pasaba una mano por el rostro—. ¿Qué queréis de mí? ¡¿Qué debo hacer?! ¡¿Por qué no me dejáis descansar en paz?! —Dio una patada a una mesa cercana, pero solo la atravesó y aquello no hizo más que acrecentar su desesperación—. No hay nada aquí para mí ya... Nunca lo hubo en mi época, ¿cómo va a haberlo ahora, tres siglos después? —Se dejó caer sobre el suelo, junto a la ventana, con la mirada fija en el cielo—. Simplemente dejad que me vaya ya, dejad que abandone este mundo en el que nunca creí tener un lugar... Dadme una razón para este purgatorio o permitidme desaparecer para siempre.



Ariadna no se había olvidado de Carlos y mientras él se lamentaba en el castillo, pensando que no regresaría, ella no podía esperar a volver a verlo. Tumbada en la cama, mirando el mismo cielo nocturno aunque a un par de horas de distancia de él, Ari se preguntaba por los pensamientos del soldado, si estaría enfadado porque hubiera faltado a su palabra de volver ese día. ¿Qué estaría haciendo? No creía que los fantasmas necesitaran dormir, así que, ¿en qué invertiría su tiempo?

Deseó que hubiera alguna forma de comunicarse con él o de poder compartir aquella situación con alguien, pero la única persona que no habría cuestionado su salud mental era su hermana. Ni siquiera estaba segura de que Sara, su mejor amiga, la hubiera creído. Seguramente atribuiría todo a la situación que estaba atravesando.

Mientras pensaba en ello, recordó que llevaba unos días sin mirar sus mensajes y el correo electrónico. Era extraño cómo en España no podía dejar de consultarlos cada vez que tenía ocasión, y sin embargo podía contar con los dedos de una mano las veces que los había mirado desde que llegara a Escocia; era como si la importancia de lo que pudiera estar pasando a kilómetros de allí hubiera disminuido de forma inversamente proporcional a la distancia que la separaba de su país natal.

Al mirar su teléfono se encontró con un par de llamadas perdidas de su madre y sintió que se le revolvía el estómago al ver dos mensajes suyos.

Tu hermana no me contesta al teléfono ni a los mensajes.  
¿Sabes algo de ella?

El primer mensaje era de aquella tarde, sobre las cuatro. El siguiente, de aquella misma noche:

¿Dónde estás? ¿Por qué no contestas?  
Estoy preocupada.

Ariadna frunció el ceño, preguntándose por qué de repente su madre tenía tanto interés en contactar con ellas. Teresa no solía usar el móvil, y mucho menos para llamar a Iveth. ¿Por qué lo hacía de repente y justo ahora? ¿Le habría dicho algo Beathan? Como fuera así lo iba a matar; ya le había pedido que no lo...

—Oh, mierda... —Al ver el día en la fecha del mensaje sintió que se le paraba el corazón mientras las piezas encajaban de repente—. Su cumpleaños... Mierda, mierda, mierda. ¡Joder! —Se le había olvidado por completo, lo cual no era algo fuera de lo habitual en ella, pero sí en su hermana. Iveth siempre se acordaba de felicitar a su madre llamándola o enviándole un mensaje, y de hecho solía hacerlo en cuanto daban las 00:00 del día del cumpleaños en cuestión; hacía lo mismo con ella—. ¿Cómo he podido olvidarme precisamente ahora?

La respuesta era bastante sencilla: había estado demasiado pendiente de Beathan, del tema de su hermana y, por supuesto, de Carlos como para acordarse de las efemérides que ya en condiciones normales le costaba recordar.

—¿Y qué hago ahora? —se preguntó en voz alta con el móvil en la mano—. El móvil de Iveth... —murmuró—. ¿Dónde...? —Buscó en la maleta y en su bolso, pero no recordaba haberlo guardado, por lo que debía de estar en casa de Beathan—. ¿Y ahora qué...?

Inspiró profundamente, intentando calmarse mientras pensaba en lo que podía hacer, pero lo único que se le ocurría era enviarle un mensaje con alguna excusa... ¿O quizá decirle la verdad? Podría decirle que Iveth acababa de morir, que había sufrido un accidente mientras estaban de viaje... Pero

entonces era probable que insistiera en viajar hasta allí para ir al funeral, o incluso que pidiera que repatriaran el cuerpo.

*No... No es una buena idea... Se enterará de la verdad igualmente y me odiará...*

—Oh, por favor...

Tuvo que levantarse de la cama y correr al baño a vomitar. Aquella carga se estaba volviendo más pesada de lo que había esperado en un primer momento. Tras unos minutos en el baño salió de allí algo más repuesta, pero la sensación de angustia no la abandonó.

Volvió a inspirar profundamente un par de veces más y, a continuación, cogió su móvil y se sentó en la cama preguntándose si sería mejor llamarla o enviarle un mensaje.

*Es cobarde, pero no sé si podré controlar mi voz si hablo con ella, así que...*

Empezó a escribir la excusa en un mensaje de *WhatsApp* :

Hola, mamá! Q tal todo? Iveth olvidó su móvil en Edimburgo y aquí no hay mucha cobertura. Es culpa mía que no t hayamos escrito antes, me dijo esta mañana q t escribiera d parte d ambas y lo olvidé, así q...  
FELICIDADES!!!

Releyó el mensaje un par de veces y se sintió la peor hija del mundo por aquella monumental mentira, pero ni se atrevía a contarle la verdad ni quería darle una noticia así de aquella forma. Pulsó la tecla de envío antes de poder arrepentirse y observó la pantalla con el corazón galopando en su pecho hasta que apareció el icono que anunciaba que el mensaje había sido enviado y recibido. Soltó el móvil como si le quemara al comprobar que su madre estaba conectada, pero su respuesta llegó de inmediato.

Vale... ¿Cómo os va? ¿Lo estáis pasando bien?  
¿Dónde estáis ahora?

Ariadna respiró momentáneamente aliviada; por lo menos no había pedido hablar con su hermana. Pero la sensación era sumamente agrídulce.

Lo estamos pasando muy bien. Iveth está muy contenta, Beathan dice q estaba deseando hacer este viaje conmigo. Debi venir antes...

Sintió cómo si alguien le retorciera el estómago mientras escribía la última frase, y aunque era la única verdad que había dicho en todo el mensaje, borró esa línea y la cambió por un «me alegro de haber venido por fin».

Ellos están ya en su habitación, pero mañana le diré a Iveth q hablé contigo y si conseguimos algún sitio con buena cobertura, t llamamos.

No estaba muy segura de la última frase, pero esperó que funcionara como pensaba, y así fue:

No te preocupes, no hace falta que llaméis, solo quería saber cómo estabais. Ya sabes que no me gusta que os gastéis el dinero en teléfono. Dale un beso de mi parte a ambos. Y otro para ti. Gracias por hacer esto por tu hermana.

Ariadna no pudo retener las lágrimas tras la última línea. Los ojos se le empañaron de inmediato y la pantalla del móvil se volvió borrosa.

Un beso, mamá. Te quiero.

Guardó el móvil, encendió la televisión para evitar que Beathan, en la habitación de al lado, la oyera, y se dejó caer en la cama rompiendo a llorar contra la almohada.

Al día siguiente, Ariadna y Beathan estuvieron visitando los sitios que les quedaban por ver en la costa norte de Skye. Subieron hasta The Old Man of Storr y comieron mientras contemplaban las espectaculares vistas desde lo alto de la montaña.

Durante las primeras horas de viaje, Ari no pudo disfrutar del paisaje tanto como habría querido. No podía dejar de pensar en su madre y, de algún modo, se sentía una intrusa visitando aquellos lugares. Era el sueño de Iveth

el que ella estaba viviendo, era su hermana quien quería y debía estar allí. Y era su culpa que hubiera muerto sin haber visto esos sitios por esperarla a ella. Pero tras ver los impresionantes parajes y estar rodeada por aquellas colinas y valles no tardó en rendirse a ellos y se limitó a dejarse embriagar por cuanto veía.

—Creo que podría acostumbrarme a vivir aquí... —comentó.

Beathan la miró sorprendido.

—¿Pensando en mudarte?

—Bueno, no realmente... Solo digo que no estaría mal vivir aquí una temporada...

—No creo que lo aguantaras.

—¿Y eso por qué?

—Eres una mujer de ciudad.

—¿Y tú qué sabes?

—Bueno, por lo que pareces y lo que me contaba tu hermana...

—No hay nada en la ciudad que necesite tanto como para no poder vivir sin ello.

—¿Conexión a Internet?

—Aquí hay.

—¿Tiendas de ropa? ¿Centros comerciales?

—No me gusta ir de compras, y hoy en día puedes conseguir de todo por Internet.

—¿Y la ciudad en sí? ¿La gente?

—¿Te refieres a lo de intentar abrirte paso entre calles llenas de peatones? ¿El ruido constante? No creo que lo echara de menos... Y bueno, si hay que elegir entre rascacielos o estas montañas... creo que la elección es sencilla.

—Hmm... ¿Y qué hay de tu familia y amigos?

—¿Esos a los que veo una vez cada mes como mucho? ¿O aquellos amigos de las redes sociales a los que no he visto en toda mi vida?

—Veo que eres muy sociable... Sí, creo que, en vista de todo, la vida de ermitaña aquí sería lo tuyo. —Ariadna sonrió—. ¿Y tú trabajo?

—Bueno... tal vez pudiera trabajar desde aquí, al fin y al cabo, solo

necesito un ordenador...

—Y si tanto detestas las ciudades y tanto te gusta esto, ¿por qué no has venido antes?

Ariadna pensó en la respuesta. Era una estupenda pregunta, una que nunca se había planteado, quizá por estar sumida en una eterna rutina.

—Pues no lo sé... Supongo que, cuando te acostumbras a hacer algo, llega un momento en el que no ves ni piensas en nada más. Es como que... como que pones el piloto automático y te dejas llevar, dejas que pase la vida, vives pensando en que... bueno, o no piensas en nada o piensas que todo cambiará algún día, que lo que haces es algo... ya sabes, provisional.

Beathan asintió.

—Conozco a mucha gente así... Son los que solo vienen al bar para comer algo rápido o para beber en una mesa solitaria por la noche.

—Yo no hago eso —protestó Ariadna.

—No. Tú eres mujer, así que probablemente te limites a comer lo que sea en tu trabajo y cenar leyendo o viendo repeticiones de alguna serie tipo *Las Chicas Gilmore*.

—No sé si debería molestarme por el tinte ligeramente sexista del comentario o por el concepto que tienes de mí... —Sonrió—. Pero lo cierto es que has acertado, así que...

Beathan rio.

—Lo sabía.

—¿Tan transparente soy?

—En realidad sí, pero también ayuda que alguien me haya contado esas cosas...

—Iveth... —Esbozó una media sonrisa—. ¿Hablabais de algo más aparte de mí?

—En raras ocasiones. Tú eras un tema lo suficientemente interesante.

—Ja, ja, ja...

—No, en serio; se podría escribir toda una tesis sobre ti.

Ariadna le dio un suave puñetazo en el hombro y Beathan soltó una carcajada.

—Me alegra resultarle tan interesante a alguien...

—A tu fantasma también parece resultárselo...

Sonrió un poco, instintivamente, ante la mención de Carlos.

—Solo porque soy la única que puede verlo.

—Igual no es solo por eso... —Beathan sonrió travieso, de una manera que a ella le recordó a su hermana cuando hablaban de chicos. Ari rio.

—No, no sigas por ahí. No pienso hablar de estos temas contigo, y menos aún si hay entes fantasmales de por medio.

Beathan rio nuevamente.

—Me gusta el tema; es divertido. ¿Está bueno?

—¿¿Perdona??

Beathan rompió en una nueva carcajada.

—Oh, venga; si quieres que te crea, tendrás que hablarme más de él. —  
Sonrió—. ¿Cómo es?

—¿En qué momento te has convertido en el amigo gay cotilla?

—A lo de gay no he llegado aún... Lo de cotilla es algo innato.

—Ya veo...

—¿Entonces? ¿Cómo es?

—Pues... no sé. Alto, ojos color miel... Lleva una de esas ridículas pelucas blancas de época, así que no le he visto el pelo, pero por sus cejas diría que lo tiene oscuro. Nariz recta, mandíbula fuerte, sombra de barba... No sé, no me he fijado mucho.

Beathan, que la había estado escuchando claramente sorprendido, volvió a reír al oír lo último.

—Pues menos mal, si llegas a hacerlo me das hasta su talla de calzoncillos. —Rio más y Ariadna no pudo evitar unírsele.

—Ya, bueno. Soy periodista, soy observadora...

—Ya... ¿De qué color tengo los ojos yo? —Los cerró. Ariadna dudó.

—Eh... pues... Sé que son claros... ehm... ¿azules?

—Bravo. Llevas casi una semana viéndome todos los días y solo te ha llevado cinco segundos dar con mi color de ojos. En oposición a los cinco segundos que has tardado en hacerme una descripción completa de Carlos.

—Los fantasmas me resultan más interesantes... —Sonrió.

—Ya veo... ¿Cómo era aquello? ¿«Sombra de barba»? ¿Y eso cómo va

en el mundo espectral? ¿Se afeitan de vez en cuando con su maquinilla espiritual?

—Imagino que era el aspecto que tenía al morir...

—Supongo que tiene sentido... Te estás volviendo toda una experta en fantasmas, quizá deberías escribir un libro.

Ariadna rio.

—¿Sobre él? Creo que sería una historia bastante deprimente.

—Bueno, lo de «hasta que la muerte nos separe» cobraría un nuevo significado en ese caso.

Ariadna esbozó una media sonrisa, pero no quiso responder, no estaba segura de poder hacer un comentario apropiado dadas las circunstancias y no quería meter la pata. Decidió redireccionar el tema.

—Estoy pensando en quedarme unos días en Dornie cuando volvamos mañana... —comentó.

—Ya lo suponía.

—¿Te importa? ¿Estarás bien volviendo solo a Edimburgo? Si quieres vuelvo contigo y luego vengo de nuevo por mi cuenta...

—Que va, eso es absurdo. Es decir, sería viajar por viajar y son cuatro horas de coche. Aprovecha que ya estás aquí.

—¿Seguro?

—Completamente. —Sonrió—. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

—No lo sé, la verdad... Tengo que pensar en muchas cosas, empezando por mi trabajo.

—¿Por qué no les comentas lo de trabajar desde aquí? O incluso puedes escribir algo sobre el castillo, ¿no publican reportajes de viajes y cosas así en tu periódico?

—Sí...

—Podrías ofrecerles uno.

Ariadna pensó en ello. Un reportaje histórico y turístico sobre Eilean Donan podría interesar a su jefa y le daría la excusa para quedarse unos días más allí e indagar por el pueblo sobre Carlos sin tener que mentir acerca del motivo, o al menos no por completo.

¿Y si le decían que no les interesaba y tampoco la dejaban trabajar desde



allí?

Decidió pensar en positivo y no adelantarse a la reacción de su jefa, pero sabía que si la respuesta era negativa tendría que tomar una decisión trascendental, y aún no creía estar preparada para ello.



Cuando regresaron a Portree tras estar todo el día disfrutando de los últimos sitios que Iveth había planeado visitar, Ariadna volvió a su habitación para hacer la maleta. Al abrir su mochila para buscar el cargador del móvil se encontró, para su sorpresa, con el diario de su hermana. Lo miró perpleja.

—¿Qué hace esto aquí? —murmuró. Estaba segura de que no lo llevaba ahí esa mañana.

De repente, la respuesta le resultó muy sencilla. Salió de su habitación y llamó a la puerta de la de Beathan. Era una tontería, pero quería confirmar que no estaba perdiendo la cabeza.

—¿Por qué no me habías dicho que tenías el diario tú todo este tiempo? —Decidió no darle opción a negar la evidencia preguntándole si lo había puesto él en su mochila.

—¿Qué...?

—El diario de mi hermana, acabo de encontrarlo en mi mochila y estoy segura de que no estaba ahí esta mañana.

Beathan abrió la boca para intentar convencerla de lo contrario, pero al final se lo pensó mejor. Suspiró.

—Supongo que no quería que supieras que lo quería leer... no después de haber protestado porque lo leyeras tú...

Ariadna suspiró.

—Es normal que quieras leerlo y que lo hagas, es cuanto te queda de ella...

—Ya, pero es personal.

—Estoy segura de que Iveth leería tu diario si estuviera en tu lugar. La conozco... *conocía*. Sé que la curiosidad podría con ella.

—Sí, bueno... Tal vez...

—Seguro, Beathan. —Extendió su brazo con el diario y se lo ofreció—. Ten. Deberías quedártelo.

—No... No puedo. Era de tu hermana; debes conservarlo tú.

—Si lo has leído, habrás visto que por mucho que hablara de mí, de ti hablaba el doble. —Beathan suspiró, sabía que era cierto y realmente quería conservarlo—. Ella querría que lo tuvieras tú, estoy segura. Y yo también. — Se lo ofreció de nuevo—. Ahora es tuyo, Beathan.

Lo cogió aún algo inseguro, pero en cuanto Ariadna se alejó, lo rodeó con los brazos, pegándolo contra su pecho.



De vuelta en su habitación, Ariadna se apresuró a terminar de hacer la maleta y meterse en la cama. Se sentía como el niño que, en la víspera de una excursión, se va a dormir pronto para que el día siguiente llegue lo antes posible. Estaba deseando regresar a Dornie, o, más bien, al castillo, y volver a ver a Carlos. No estaba segura del origen de esa emoción que ahora culebreaba en su estómago. No sabía si era por él, por quién era, o por lo que era. No lo conocía mucho, apenas habían hablado un día durante unas horas, pero tenía ganas de saber más de él. En cuanto a lo de que fuera un espectro... pensar en ello le atraía tanto como le inquietaba. Vale que no era el típico fantasma de película de miedo, no llevaba la cabeza bajo el brazo ni manchas de sangre, pero... bueno, seguía siendo un ente paranormal.

Mientras Ariadna dejaba volar la imaginación en su cama, abandonándose en ensoñaciones románticas al más puro estilo de las hermanas Brontë, Carlos pasaba las horas más oscuras que pudiera recordar.

Había permanecido gran parte del día encerrado en su habitación preferida, donde normalmente no había visitas porque los turistas tenían prohibido el acceso a esa parte, reservada a los propietarios del castillo. Asomado a una de las ventanas, había visto volar las horas mientras esperaba en vano ver aparecer a Ariadna por el puente de piedra. Seguro de que no volvería nunca más, se había abandonado a la desesperación y, embargado por la certeza de la eterna soledad que le deparaba el futuro, no había podido permanecer oculto en las sombras por más tiempo. De repente se sintió acorralado, sumido en un pozo del que no podía salir, en una prisión llena de visitantes que paseaban y lo miraban sin verlo, como quien se cruza con una silla, y la presencia de la gente se le hizo insoportable. Los odió por estar

vivos, por poder tocarse y tocar, por respirar, llorar, sentir... Y no pudo soportarlo. Recorrió el castillo envuelto en una ola de furia que arrasó todo a su paso, manifestándose en forma de frías corrientes de aire de origen desconocido que provocaban escalofríos en los visitantes y penetraban en sus huesos; objetos que caían sin motivo aparente, luces que titilaban... Oyó a los guías bromear adjudicando todo aquello a él mismo, sin saber cuán acertados estaban sus juicios. Y acabó por conseguir que ese día el castillo fuera abandonado antes de lo normal.

Ya de nuevo solo en el edificio, algo más calmado por la ausencia de otras personas, pero a la vez anhelante de compañía, regresó a su habitación. Allí, sentado de nuevo junto a la ventana, dirigió la vista al pueblo de Dornie. No sabía por qué seguía haciendo aquello, era obvio que esa mujer no regresaría, pero la esperanza se negaba a separarse de él. Como la noche anterior, alzó la vista al cielo y volvió a suplicar por su vuelta.

—Por favor... por favor... no dejéis que esto acabe así... Por favor, haced que regrese... Haré lo que sea, lo juro, pero que regrese aunque solo sea por un día, aunque solo sea para decirme por qué ha decidido marcharse así...

Habría dado lo que fuera por tener, por lo menos, un retrato suyo que le hiciera compañía. Pese a no ser la mujer más hermosa que había conocido, no podía quitarse su imagen de la cabeza; esos ojos y pelo oscuros tan de su España natal se habían impreso en su interior como un sello de lacre, y aunque solo había estado con ella en un par de ocasiones, le carcomía el porqué de su repentina partida. ¿Qué había hecho para que se marchara? ¿Por qué le había convencido de que iba a regresar cuando, en realidad, no pensaba hacerlo? No podía encontrar una razón para su comportamiento. ¿La había asustado? ¿Acaso había sido descortés con ella? De ser así no lo había pretendido.

—Solo necesito una razón... un motivo... una respuesta... ¿Por qué habéis huido así después de irrumpir en mi vida?

# 15

## Viejos amigos

A la mañana siguiente, mientras Ariadna y Beathan regresaban a Dornie, Carlos volvió a dejarse llevar por la desesperación. Ahora que era consciente de la presencia de otras personas en el castillo, no podía soportarlo, solo quería que se marcharan, que lo dejaran solo. Ahora que sabía que estaba muerto y que no podía abandonar Eilean Donan, el castillo era lo más parecido a una casa que tenía, y no quería intrusos en ella, no quería visitas, solo deseaba que le dejaran sufrir aquella condena en solitario. Aunque tenía claro que todos ignoraban su existencia, le costaba convencer a su mente de que quienes lo rodeaban no podían oírle maldecir, gritar, llorar aunque fuera sin lágrimas, vagar de un lado a otro del castillo sin rumbo fijo. Se dedicó a intentar echarlos de allí lo antes posible, incomodándolos con las sensaciones que ya había comprobado que podía producir en los vivos cuando «entraba en contacto» con ellos atravesándolos con sus manos. Y cuando esto no era suficiente, volvía a tirar cosas y a hacer que la corriente de luz fallara, aunque estas acciones aún no las controlara del todo y las produjera casi de manera inconsciente cada vez que se irritaba en demasía.

Lo que Carlos ignoraba era que los comentarios sobre él ya no se daban solo en el interior del castillo, que se habían extendido más allá gracias a los guías y a los turistas. La leyenda del fantasma español de Eilean Donan volvía a sonar en la cafetería del centro de visitantes y también unos cientos de metros más allá, en el pueblo de Dornie. Y allí, en The Clachan, el pub más conocido, unos oídos en particular escuchaban con especial atención, unos que conocían a Carlos y su historia mejor que nadie, incluida Ariadna e incluso el propio Carlos. Duncan Mackinnon escuchaba en silencio los comentarios de un grupo de turistas que, junto a un café caliente, se recuperaban de la inquietante experiencia vivida en el castillo mientras la rememoraban hablando con uno de los camareros.

—Ese sitio acojona —decía uno de los chicos del grupo—. Yo no creo

mucho en fantasmas, pero no pasaría una noche en ese castillo ni por todo el dinero del mundo... Bueno, quizá por eso sí, pero... —Todos rieron—. No, en serio, el castillo en sí no da miedo, pero no he podido quitarme esa sensación de...

—De que alguien te observaba —terminó la frase otro de los chicos.

—Eso mismo. ¿A que sí?

—Y los escalofríos...

—Joder, sí. ¿Los habéis sentido? Eran como brisas de aire recorriéndote el cuerpo, y eso que no había ventanas abiertas y la calefacción estaba puesta.

—Yo se lo he comentado a uno de los guías —añadió una chica, también del grupo— y me ha dicho que todo empezó hace un par de días, pero que ya hace años pasó algo parecido.

—¿El qué?

—Que empezaron a pasar cosas raras. Los visitantes y los guías sentían cosas como nosotros: corrientes de frío repentinas, oían pasos cuando no había nadie más que ellos, se caían objetos, la luz...

—Ostras, sí, la luz, ¿lo habéis visto? Cuando las bombillas han empezado a parpadear hasta que hemos salido de esa habitación. —Todos asintieron—. ¡Qué mal rollo, tíos! —rio.

Duncan los escuchó con atención sin mirarlos. Sabía perfectamente de qué estaban hablando y a qué se debían (o, mejor dicho, a quién) los extraños sucesos, pero no por qué se estaban volviendo a producir, por qué Carlos volvía a comportarse así. Conocía bien al Capitán Vásquez; sus caminos se habían cruzado por primera vez hacía cinco años, si la memoria no le fallaba. Sabía quién era y cómo había sido su vida cuando estaba vivo, el mismo Carlos se lo había dicho aunque seguramente ya no le recordara.

Y debería seguir siendo así por el bien de todos...

Habían pasado cinco años desde que comenzaran a darse sucesos como los que ahora empezaban a repetirse, y aquello tenía que deberse a algo. Duncan podría haber hecho caso omiso, seguir con sus planes de mudarse a Glasgow y dejar atrás no solo Dornie, sino Eilean Donan y su fantasma, pero apreciaba demasiado a Carlos como para hacer eso. Nunca jamás había dado la espalda a un amigo, y no lo haría ahora. Tenía que averiguar qué o quién

había vuelto a hacer a Carlos consciente de su situación, quién o qué había perturbado su rutina «espectral», por llamarlo de algún modo, y hacer que el culpable se mantuviera lejos del castillo para que la «vida» del soldado español volviera a la normalidad... y la calma a Eilean Donan.

Sí, sin duda su mudanza a Glasgow tendría que esperar un poco; aunque, con suerte, no demasiado; llevaba viviendo en Dornie cuarenta años, desde que tuviera unos veinte, y ya era hora de un cambio. Había sido un contratiempo de lo más inoportuno que aquello ocurriera justo entonces, pero era mejor que hubiera pasado estando él allí; de haber sucedido encontrándose ya en Glasgow, posiblemente no se habría enterado y Carlos habría estado solo, sin ninguna ayuda.

Volvió a centrar su atención en el grupo de turistas, pero ya habían cambiado el tema de la conversación, así que pagó su bebida y se fue a casa. Necesitaba hacerse a la idea de que iba a tener que volver a entablar relación con Carlos, y pensar en la mejor manera de afrontarlo todo.

Ya en casa, Duncan se dirigió al armario de su habitación y buscó algo en la parte inferior. Allí, en un doble fondo que él mismo se había encargado de construir, se encontraba lo que buscaba. Sacó del interior un objeto envuelto en un trozo de tela marrón y, lentamente, casi con reverencia, desenrolló el tejido hasta dejar al descubierto un cuaderno de cuero de apariencia antigua. Lo depositó sobre su escritorio y suspiró al abrirlo.

—Hora de reencontrarnos, capitán —susurró—. Aunque desearía que no tuvieras que volver a pasar por este trance, no puedo negar que he echado de menos nuestras charlas. Me alegro de que vayamos a poder despedirnos una última vez.

Duncan tomó asiento en su escritorio y pasó la primera página del diario con muchísima delicadeza, como si temiera que pudiera deshacerse en pedazos si ejercía demasiada presión. Luego empezó a hojear las páginas. Hacía mucho tiempo que lo había leído, pero la historia de Carlos permanecía en su mente como si fuera su lectura de cama diaria.

—Es tan irónico que te sientas desgraciado siendo el protagonista de una trama tan épica... Tan injusto que no puedas alcanzar tus sueños... Pobre señor Vásquez; sentenciado a revivir la historia, condenado a no formar parte

de ella, castigado a no tener el final feliz que mereces...



Ariadna y Beathan llegaron a Dornie hacia mediodía y lo primero que hicieron fue comprobar que en el B&B en el que se habían alojado con anterioridad tenían una habitación libre. Tras dejar sus cosas, Ariadna volvió a la cafetería que ocupaba la parte frontal del establecimiento, donde Beathan la esperaba.

—¿Te marchas ya? —le preguntó.

—Sería lo mejor. Todavía me quedan cuatro horas de viaje hasta Edimburgo.

—Podemos ir a comer algo antes...

—¿Seguro que no prefieres ir al castillo directamente? Tu soldado se estará preguntando dónde estás. —Sonrió un poco.

—Una hora más o menos no importa.

—No, sin duda no lo matará...

Mientras comían en The Clachan, Ariadna se aseguraba de que Beathan estuviera bien, o por lo menos todo lo bien que pudiera estar dada la situación.

—Si necesitas algo, puedes llamarme...

—Gracias, aunque en realidad esa debería ser mi frase: tú eres la turista.

—Yo estaré bien. No creo que este sitio sea muy peligroso; son cuatro casas y apenas hay gente.

—¿Cuándo volverás?

Ariadna dudó.

—No lo sé. Lo primero que tengo que hacer es llamar a mi trabajo y ver si puedo encontrar alguna excusa para quedarme unos días...

—¿Y si no?

—Si no... —suspiró. Esperaba que no hubiera un «si no»—. En ese caso, supongo que tendré que regresar. Te llamaré cuando esté en Edimburgo.

Beathan asintió.

—Puedes ir a casa y recoger las cosas de Iveth que quieras llevarte... —susurró.

—Sí, bueno... Si necesitas ayuda con eso...

—No te preocupes. —Movi6 la mano, quitándole importancia—. Pero quizá tu madre quiera conservar algo...

Ariadna se removi6 en la silla, inc6moda.

—No puedo pensar en eso ahora mismo.

—Vale, vale. —Apart6 la mirada—. Olvídalo. No he dicho nada.

Comieron hablando de temas m6s banales y cuando terminaron, salieron del pub y Ariadna se despidi6 de 6l con un abrazo que lo tom6 por sorpresa en un primer momento, pero que enseguida le devolvi6.

—Cuídate... —dijeron a la vez. Luego rieron, y Ariadna esper6 hasta que subi6 a su coche y, tras una 6ltima despedida con la mano, se march6 de all6.

Lo sigui6 con la mirada hasta que el coche desapareci6 de su vista, y luego la dirigi6 al castillo, cuya torre principal asomaba a lo lejos. Inmediatamente y sin poder evitarlo, se encontr6 sonriendo, y tras colocarse la bufanda y los guantes se encamin6 hacia Eilean Donan. Estaba deseando volver a encontrarse con Carlos.



Ariadna lleg6 al castillo pocos minutos despu6s, con la sonrisa a6n en su rostro, pero tan pronto pis6 el terreno pedregoso que rodeaba el acceso al puente, supo que algo hab6a cambiado all6. No habr6a sabido explicarlo, pero la embarg6 una sensaci6n desagradable, una cierta inquietud que iba m6s all6 de la producida por el viento fr6o que hab6a comenzado a levantarse. Se situ6 delante de la puerta de entrada al puente y mir6 hacia este y m6s all6, hacia el castillo, buscando a Carlos con la mirada, pero no pudo dar con 6l.

*Estar6 dentro...*

Sin dejar de mirar hacia el castillo, retrocedi6 y se dirigi6 hacia el centro de visitantes para adquirir una entrada.

—Hola. Una, por favor... —pidi6 en ingl6s en la mesa de la recepci6n mientras buscaba su monedero.

—Me suena tu cara...

Ariadna levant6 la mirada hacia la se6ora que la atend6a.

—Ehm... S6, es posible, estuve aqu6 hace un par de d6as —le confirm6.



—¿Y estás segura de que quieres volver al castillo? —Sonrió fijando en ella unos ojos de color azul pálido. Al ver que Ariadna parecía no saber qué responder, continuó con una sonrisa—. Solo bromeaba... Supongo que no has oído lo de los últimos días.

—Pues no, creo que no... ¿Qué ha pasado?

—Parece que nuestro fantasma vuelve a las andadas.

—Carlos... —murmuró.

—Ohhhh... —Sonrió más—. Así que ya has oído hablar de él. —Ariadna respondió con una leve sonrisa—. Bueno, pues Carlos lleva un par de días bastante activo, según parece...

—¿Qué quiere decir? —Sintió que el corazón se le aceleraba. Ella era la única que podía verlo, ¿no?

—Nada. Tonterías de turistas, querida —se apresuró a tranquilizarla al malinterpretar la preocupación en su rostro—. Ruidos inexplicables, corrientes de aire frío, objetos que caen sin motivo aparente... No descarto que el culpable de iniciar la sugestión sea alguno de nuestros guías; el aburrimiento en el interior del castillo hace que se desboque la imaginación. —Sonrió.

Ariadna le devolvió la sonrisa y fingió no dar importancia a aquello, pero ahora tenía más ganas que nunca de salir de allí y encontrar a Carlos. ¿Qué habría ocurrido?

—Sí, bueno... No creo en fantasmas... Además, los españoles estamos a salvo, ¿no? —Sonrió.

—Eso dicen...

Se despidió antes de que pudiera entretenerla con más preguntas y salió de allí con su entrada, la enseñó al vigilante sin detenerse y se apresuró a cruzar el puente mientras inspeccionaba los alrededores del castillo, las ventanas y las almenas. Ni rastro de Carlos por allí. Caminó por el terreno de piedras con paso decidido, como si hubiera recorrido ese camino cientos de veces, y cruzó la puerta que llevaba al patio interior. Una vez dentro y tras comprobar que no había turistas cerca, se decidió a susurrar su nombre.

—¿Carlos...? —El primer intento fue apenas un murmullo, pero al no recibir respuesta, elevó un poco el tono de voz—. Carlos... —repitió

dubitativa.

Como no respondió a su llamada, decidió dirigirse al interior del castillo, esperando que no hubiera mucha gente dentro. Tras sortear a los dos primeros vigilantes, evitando cruzar la mirada con ellos para ahorrarse explicaciones, inspeccionó el lugar con tanta atención como pudo mientras simulaba precisamente lo contrario: estar allí pasando el rato, como cualquier otro turista.

—¿Dónde se habrá metido...? —murmuró, y mientras se hacía aquella pregunta un pensamiento cruzó su mente: ¿y si ya no podía verlo? ¿Y si había desaparecido para siempre o, tal vez, por alguna razón tan incomprensible como la que le permitía verlo, había dejado de tener esa habilidad?

El simple planteamiento de tal posibilidad la inquietó y volvió a sentir aquel pinzamiento en el estómago mientras caminaba de una habitación a otra con un aspecto, según supuso, algo desquiciado. Cuando ya estaba a punto de darse por vencida, tras dejarse caer en uno de los bancos de la habitación en la que habían charlado unos días antes, lo oyó por fin. Su voz, sin embargo, no sonó tan afable como había anticipado en su cabeza.

—Vaya, os habéis dignado a volver. Contra todo pronóstico...

Ariadna giró la cabeza hacia la derecha, siguiendo la voz. Allí, apoyado en el marco de una puerta que daba paso a una pequeña capilla, se encontraba Carlos. Tenía un aspecto ligeramente distinto, pues ya no lucía aquella ridícula peluca blanca, y Ariadna comprobó que estaba en lo cierto en cuanto al color de su pelo: lo tenía castaño oscuro y algo ondulado y le caía en una media melena que rozaba sus hombros. Reparó también en que no iba tan bien vestido como en las anteriores ocasiones: tenía desabrochados algunos botones de la camisa y no había rastro del pañuelo en su cuello. Mostraba una apariencia mucho más informal y descuidada.

—¿Se os ha comido la lengua el gato, señora?

—No... —susurró con un hilillo de voz, y carraspeó para hacerse oír mejor—. No —insistió en un tono más elevado.

—¿Qué hacéis aquí, pues?

—Veros...

—Oh, verme —repitió el soldado con cierto retintín—. ¿Hoy sí es un

buen día para venir a verme?

—¿Qué...? —Ariadna dedujo que el hecho de irse sin despedirse sí que le había afectado, después de todo.

—Llevo esperándoos desde hace dos días. ¿Os suena de algo lo de vernos después de que comierais?

—Tuve que irme...

—Me disteis vuestra palabra.

—Te digo que tuve que irme...

—Podríais haberme avisado.

—No me dio tiempo... Quería decírtelo, pero cuando fui a hacerlo había una boda y no pude entrar al castillo.

—Ya. Qué conveniente.

—Hablo en serio, Carlos.

—Solo os habría llevado un segundo... Estuve esperándoos durante todo ese día y lo mismo al día siguiente. No tenía forma de saber si volveríais. —Ariadna guardó silencio. Había tenido sus motivos para irse, pero en el fondo sabía que Carlos también tenía razones para estar dolido—. Sé que estoy... bueno... sé lo que soy, pero continúo existiendo. Aunque nadie pueda verme excepto vos, estoy aquí, todo el tiempo... ¿Sabéis lo que es eso? —Miró a Ariadna acusatoriamente—. No..., por supuesto que no... —respondió por ella—. No tenéis ni la más remota idea de lo que es estar encerrado aquí. En especial en la soledad de la noche, pero también durante el día, cuando todos te ignoran...

Ariadna sintió que las lágrimas amenazaban con inundar sus ojos. Carlos estaba en lo cierto, lo había dejado en un segundo plano por ser lo que era, situando primero a Beathan no solo por ser él, sino porque estaba vivo. Posiblemente si se hubiera detenido a pensarlo más también habría acabado decidiendo irse con Beathan a Skye, pero habría hablado con Carlos antes para avisarlo. Lo último que necesitaba ahora eran más asuntos con los que comerse la cabeza: Beathan, su madre, su trabajo, ahora Carlos, y detrás de todo eso, la muerte de su hermana, a la que no podía dejar de recordar cuando Carlos le hablaba de su soledad, de su estado...

—¿No vais a decir nada? —continuó él—. Sin duda debéis de ser la

mujer más egoísta que he conocido... y creedme, he conocido muchas así.

Ariadna no pudo aguantarlo más y se derrumbó, rompiendo a llorar. Carlos la miró tan sorprendido como confuso, y su expresión cambió del enfado y el desdén al temor al ver que se incorporaba mientras volvía a anudar al cuello su bufanda y se abrochaba el abrigo.

—Tienes razón —sollozó ella, aunque Carlos pudo notar el tono de enfado en su voz—. Soy una egoísta, solo pienso en mí, así que me voy a hacer las maletas y regresaré a mi vida y mi trabajo en España.

Carlos entró en pánico y toda la fachada de seguridad y el disfraz de hombre herido y disgustado que se había construido en esos dos días empezó a resquebrajarse. Sin embargo, por mucho que temiera que Ariadna cumpliera sus palabras, su orgullo le impidió hacer lo que realmente quería: arrodillarse y suplicarle que se quedara allí con él.

—No creo haberos hecho nada para haceros llorar —se defendió, luchando con todas sus fuerzas por mantener la pose distante.

—Me has llamado egoísta y me estás prejuzgando. No me conoces.

—Empiezo a hacerlo. Estos días me han servido para saber mucho más de vos.

—Bien, en ese caso estoy perdiendo el tiempo aquí. —Se limpió las lágrimas—. Si ya sabes cómo soy, no te sorprenderá que me vaya y no vuelva más.

—En absoluto... De hecho, no esperaba volver a veros.

—Igual es que no me conoces tan bien como crees, entonces.

Ariadna sacó su móvil del bolsillo al oír pasos acercándose y simuló atender una llamada cuando tres turistas entraron en la habitación. Carlos los miró con una mueca de fastidio.

—No estoy seguro de querer hacerlo —murmuró, diciendo justo lo contrario de lo que pensaba en el fondo (quizá muy en el fondo en ese momento) de su corazón.

—Tranquilo, no tendrás por qué —respondió ella, hablando al teléfono mientras mantenía la mirada fija en el soldado—. Encantada de conocerte...

Guardó el móvil y se dirigió a la salida.

Carlos la observó angustiado, retenido por un orgullo que le impedía

correr tras ella y rogarle que no se fuera de nuevo. No quería que se marchara de allí, muchísimo menos que regresara a España, pero era incapaz de pronunciar las palabras. Debería disculparse, pero ¿por qué iba a hacerlo si ella tampoco lo había hecho? Era ella quien le debía una disculpa, quien se había ido sin avisar y ahora volvía como si nada hubiera sucedido. Sin embargo...

Corrió tras Ariadna.

—¿Es esto lo que hacéis siempre? ¿Huir? Si fuerais lo suficientemente madura os quedaríais para hablar del tema.

—Soy madura, por eso no discuto con gente infantil —susurró para que los vigilantes no la oyeran mientras cruzaba las dos últimas habitaciones antes de salir al patio interior.

—¿Infantil, decís?! —Rio—. No tenéis ni idea de lo que estáis diciendo... —Ariadna lo ignoró y salió al exterior—. ¡Bien! ¡Marchaos! No necesito vuestra compañía ni la de nadie. ¡Largaos de aquí y no volváis! ¡Vos y todos los demás! ¡No volváis jamás!

Ari se detuvo a medio bajar las escaleras cuando escuchó un sonido de cristales rompiéndose, miró hacia atrás, pero no se atrevió a regresar dentro del castillo. Terminó de bajar los escalones y corrió hacia el puente.

No fue hasta que llegó al final del puente y cruzó las puertas de acceso que se decidió a detenerse y mirar hacia atrás, de vuelta al castillo. En el fondo deseó que Carlos la hubiera seguido, tal vez para pedirle perdón, pero allí no había nadie.

—¿Huyendo de alguien?

Ariadna se giró para encontrarse con un hombre de ojos azules y mejillas sonrosadas, de unos sesenta y muchos años y aspecto distinguido. Era alto, de pelo cano, llevaba gafas y vestía de manera elegante, con pantalones de pana, una chaqueta, chaleco, corbata y un sombrero.

—Ehm... No... Yo... —No se le ocurrió ninguna excusa—. No...

—Pues cualquiera diría que viste un fantasma... —Ari sabía que era una frase hecha, pero no pudo disimular. Por la expresión del hombre supo que su cara la había delatado, y de algún modo, también por su expresión, supo que

lo veía como una posibilidad real—. ¿Lo has oído? —añadió el desconocido.

—¿A quién?

—A Carlos.

—No creo en esas cosas...

—Bueno, a veces no hay que creer. Lo que existe, existe, lo quieras o no. —Reparó en que aquella joven se fijaba en el diario, que llevaba envuelto bajo el brazo—. Esto es suyo —le indicó.

—¿Perdón...?

—De Carlos.

—El fantasma...

—El capitán español, sí.

Lo miró a los ojos, intentando averiguar si hablaba en serio o solo se trataba, una vez más, del típico humor escocés, pero no encontró en su rostro ninguna señal de broma.

—Me llamo Duncan Mackinnon —se presentó entonces el hombre, tendiéndole la mano.

Ella se la estrechó.

—Ariadna...

—Eres española, ¿no? —Sonrió—. ¿Quieres tomar un café? Hace bastante frío y algo me dice que tenemos algún tema en común que tratar.



Ya en la cafetería y con un té y un café sobre la mesa, Ariadna esperó a que Duncan iniciara la conversación. Él se limitó a contemplar su té mientras vertía un poco de leche y lo removía lentamente. No parecía tener ninguna prisa, al igual que el resto de los habitantes de por allí. Pero Ariadna, acostumbrada al ritmo de la ciudad e intrigada por el objeto que Duncan había dejado sobre la mesa y aseguraba que pertenecía a Carlos, no pudo aguantar el silencio.

—¿Qué es? —preguntó sin rodeos mientras lo miraba.

Duncan pasó su atención del té al objeto y sonrió.

—¿Esto? Esto es un tesoro, Ariadna. No solo por su antigüedad, sino por lo que encierra entre sus páginas.

Duncan destapó el cuaderno de piel y, con delicadeza, lo giró y acercó

hacia ella. Ariadna se aseguró de tener las manos limpias al ver el cuidado con el que trataba aquello y el aspecto desgastado de la portada, y lo abrió dejando a la vista la primera página:

Capitán Carlos Vásquez. 1719

—Es... ¿es su diario? —preguntó sorprendida mientras pasaba la hoja y contemplaba la cuidada caligrafía en tinta, de apariencia antigua, de las páginas siguientes. Para su alegría, comprobó que todo estaba escrito en castellano.

Miró a Duncan y este asintió.

—El diario de Carlos Vásquez, capitán del pelotón de infantería encargado de custodiar la munición y provisiones de Eilean Donan durante el intento de rebelión Jacobita de 1719.

—¿Lo ha leído?

Duncan asintió.

—Podría decirse que fue uno de mis mayores incentivos para aprender español.

Ariadna pasó las páginas, maravillada, leyendo por encima. Hablaba de los acontecimientos que Carlos había vivido en el año 1719, de todo lo ocurrido desde que saliera de España en barco, rumbo a Escocia, y hasta el momento, supuso, de su muerte, día en el que cesaban las entradas. El resto de páginas del diario, alrededor de la mitad del mismo, estaban en blanco.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Él me lo dio... O más bien me indicó dónde encontrarlo.

—¿También lo ha visto? —inquirió, aliviada. Suponía todo un consuelo no ser la única que veía a un hombre muerto.

—No, verlo no, lamentablemente. Pero puedo oírlo. Aunque han pasado años desde la última vez que conversamos.

—¿Por qué? ¿No vive usted aquí?

—Sí... Pero en su día pensé que era lo mejor para él.

—¿El qué?

—Dejar de visitarlo...

A Ariadna le comenzaba a exasperar tener que estar sacándole la

información poco a poco; ¿por qué no podía contarle toda la historia de golpe? Pero se recordó que era la forma de ser de muchos de los de allí, y parecía que, sobre todo, de Duncan en particular, así que se mordió la lengua y aguardó a que continuara mientras seguía hojeando el diario. Aunque se moría de ganas de saber lo que decían sus páginas, se sintió incómoda cuando empezó a leerlas. No era como leer el diario de su hermana; este hombre no era familia suya, ni siquiera un amigo y, aunque también estuviera técnicamente muerto, no «del todo»... tampoco quiso parecer una cotilla, así que cerró el diario y fijó la mirada en Duncan, esperando con paciencia que le contara más cosas.

—Conocí a Carlos hace unos cinco años —continuó él—, cuando trabajaba en el castillo como guía. Nunca hasta entonces habíamos entrado en contacto, aunque yo llevara tiempo trabajando allí y ese hubiera sido su hogar desde hacía varios siglos.

—Desde el siglo XVIII...

—Así es. Aun así no supe de él hasta que una médium fue a visitar el castillo. Esta mujer empezó a recorrer el edificio, tocando las paredes con ambas manos, oliendo el aire, hasta que se detuvo en una de las habitaciones: una pequeña capilla contigua a uno de los dormitorios... —Ariadna asintió, había estado en él justo ese día—. La médium permaneció en la capilla durante unos minutos, murmurando algo que no pude entender, tal vez en gaélico, y entonces se giró hacia mí y me dijo que allí había un hombre, un soldado español llamado Carlos Vásquez que había muerto en el castillo en 1719.

—¿Habló con él?

—No. No lo creo... Simplemente me dijo que él estaba allí. No transmitió ningún mensaje suyo ni ninguna otra información, solo me aseguró su existencia y continuó recorriendo el castillo, como si aquello fuera una simple rutina para ella.

—¿Y no le preguntó?

—Bueno, la verdad es que no terminé de creérmelo. Me pareció una mujer bastante extraña, tal vez incluso un poco desequilibrada, y lo tomé como una anécdota curiosa y una buena historia para contar a los visitantes.



Pese a todo, sus palabras calaron en mí y conforme más contaba la historia a los turistas y escuchaba sus preguntas, más me la iba creyendo, y supongo que, de algún modo, eso me predispuso e hizo que mi mente se abriera a la posibilidad de la existencia de Carlos. —Duncan hizo una pausa para dar un trago a su té. Mantuvo la vista en la ventana unos instantes y luego continuó —: Un par de semanas después de la visita de aquella extraña mujer fue cuando empecé a notar cosas extrañas en el castillo. Primero fue el sonido de una puerta de madera cerrada con llave cuyo pestillo vibró dos veces como si alguien estuviera intentando abrirla. Ocurrió al final de un día de trabajo, cuando solo quedaba yo en el castillo. Luego empezaron las voces.

—¿Voces?

—Sí. Empecé a oír una voz masculina, autoritaria, que daba órdenes a un grupo de personas. Ya sabes, como un oficial a sus hombres. Me habría preocupado, pensando que estaba perdiendo la cabeza, de no ser porque la voz no se dirigía a mí; por el contrario, era como si oyera el sonido de una película, y a veces lo escuchaba más cerca y otras más lejos, supongo que dependiendo de dónde se encontrara en el castillo. Pero un día la voz se volvió tan intensa, imagino que por encontrarse reviviendo uno de los momentos del ataque, que apenas podía escuchar a los turistas a los que acompañaba en el tour por el castillo. Pedí silencio, le rogué que parara, y entonces me contestó. Sonaba tan sorprendido como yo. Empezó a preguntarme quién era... Imagina mi sorpresa.

—Sí, me hago una idea. —Ariadna sonrió al recordar su primer encuentro con Carlos—. ¿Entonces nunca lo ha visto?

Duncan negó con la cabeza.

—¿Tú sí? —Ariadna asintió—. Interesante... —murmuró pensativo—. Todo encaja ahora.

—¿Qué es lo que encaja?

—Él fue la razón por la que dejé el trabajo en el castillo. Después de que tuviéramos esa primera interacción fue como si Carlos se hiciera consciente de su situación, como si hasta aquel momento no supiera que estaba muerto y tras hablar conmigo lo descubriera. Según me dijo, todo a su alrededor cambió entonces. Hasta ese instante había estado viviendo, o creyendo vivir,

en su época, reviviendo sus últimos días una y otra vez, pero tras hablar conmigo su mundo se disolvió para dejar paso al nuestro, al mundo real; las cortinas que le impedían verlo, vernos, se apartaron descubriendo el castillo actual, los turistas, a mí... Todo. Llegamos a hacernos muy buenos amigos, solíamos hablar todos los días, pero cuando me fui de vacaciones una semana todo se estropeó. Debí de haberlo visto venir... Estar completamente solo en un lugar así, sin poder hablar con nadie más que con uno mismo, siendo ignorado por todos, debe de acabar volviéndote loco. Esa impotencia... Tiene que ser horrible.

Ariadna apartó la mirada fijándola en su café. Una vez más, se sintió culpable.

—Carlos se volvió huraño y algo violento —continuó Duncan—. Empezó a rehuir la compañía humana, pues al fin y al cabo todos, excepto yo, lo ignoraban aunque no fuera de manera consciente, y la emprendió en especial contra todos aquellos turistas y guías que no hablaban español, pues por lo menos escuchar palabras en su lengua natal le confortaba. Cuando volví a Dornie me enteré de todo; la leyenda del fantasma español de Eilean Donan había cobrado más fuerza que nunca, hasta el punto de haber más de un caso de visitantes que habían abandonado el castillo sin terminar la visita.

Ariadna comenzó a encajar las piezas, comparando aquello con lo que parecía haber sucedido durante su ausencia en los últimos dos días.

—Cuando regresé —prosiguió— conseguí que Carlos volviera a ser él mismo, que se serenara. No podía librarlo de la eternidad, pero por lo menos podía hacérsela algo más llevadera pasando junto a él todo el tiempo posible. Pero llegó un momento en el que comprendí que aquello no podía durar para siempre. La gente empezó a dudar de mi cordura... ¡Cómo culparlos! Y yo pasaba más tiempo en el castillo que con mi familia. Al final llegamos a la conclusión de que lo único que podíamos hacer era cortar esa relación de la mejor manera posible, pues Carlos comprendió que me estaba arrebatando buena parte de mi vida y de todas formas no podría seguir visitándolo eternamente. Fue duro para ambos, sobre todo para él, estoy seguro, pero no podíamos hacer otra cosa. Dejé de ir a visitarlo y aunque pasados unos días los «fenómenos extraños» reaparecieron, poco después todo volvió a la

tranquilidad y nadie supo de nuevo del supuesto fantasma de Eilean Donan.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora —asintió—. Y creo que no me equivoco al decir que tú eres la responsable. —Sonrió.

—Supongo... —admitió. Era imposible obviar las similitudes entre su historia y la de Duncan—. ¿Cree entonces que ha vuelto a comportarse así por mi culpa?

—Eso es lo que sospecho, pero tendré que oír tu versión antes de dar mi veredicto. —Duncan enarcó las cejas y la miró expectante, obligando a Ariadna a apartar la mirada, ligeramente cohibida; era la primera vez que iba a hablar de Carlos con alguien que de verdad creyera en él, y se trataba de un completo desconocido.

—No sé por dónde empezar...

—Empezar por el principio suele funcionar.

Ariadna sonrió.

—En realidad, la historia es parecida a la suya, con la excepción de que puedo... verlo —bajó la voz al decir eso, mirando a su alrededor, pero en la cafetería nadie estaba pendiente de ellos. Le contó todo lo acontecido desde que había entrado al castillo por primera vez: la primera ocasión en la que había visto a Carlos, cómo había podido ver también las fragatas británicas y al resto de soldados, su reacción posterior... También le habló acerca de su viaje a Skye junto a Beathan, aunque evitó entrar en detalles sobre lo relacionado con su hermana—. Y hasta ahora —terminó—. Llegué esta mañana y tras comer vine para acá. Entré al castillo a buscarlo, pero... bueno, no se alegró especialmente de verme; está enfadado porque no le avisé de que me iba. —Duncan asintió—. Lo comprendo, es lógico que lo esté, pero... ¿qué se suponía que tenía que haber hecho? ¿Dejar todos mis planes a un lado para quedarme en el castillo con un fantasma? Quizá habría bastado con avisarle, pero... —suspiró—. Lo cierto es que tiene razón, lo menosprecié en cierto modo por ser lo que es, pensé que... bueno, que era más importante estar con Beathan que con él porque... porque mi amigo está pasando por un mal momento y eso... Pero ahora me siento mal por Carlos... sobre todo tras lo que me acaba de contar.

—No tienes que justificarte conmigo, Ariadna.

—«Conmigo»... —especificó—. Con él sí, ¿no? —Duncan esbozó una sonrisa comprensiva que a Ariadna le recordó a su abuelo cuando le daba una lección de esa forma sutil que solo los abuelos dominan: de manera tan indirecta que solo te percatas de ello cuando recapacitas y piensas en aquel momento, minutos u horas, o incluso días después—. Todavía me cuesta un poco tomarle en serio... Es decir, es un fantasma y solo yo puedo verlo... Me cuesta relajarme cuando hablamos porque siempre temo que...

—Que alguien aparezca y te oiga hablar al aire —completó Duncan, Ariadna asintió—. Sé lo que es eso.

—¿Sabía alguien que podía oírlo? ¿Se lo dijo a su familia o a algún amigo?

—Bueno, intenté hacérselo entender a mi hija, pero creo que nunca me creyó realmente. No me lo dijo, pero sí se mostró preocupada por la cantidad de tiempo que pasaba en el castillo, incluso los días que no trabajaba. Mi mujer jamás me creyó.

—¿Dejó de ir por eso? ¿Por su familia?

—En parte sí... Mi tiempo con los muertos me estaba dejando sin tiempo para los vivos. Pero en verdad pensé que ayudaba a Carlos saliendo de su rutina. Es decir, a parte de palabras no hay mucho más que puedas ofrecer a un espíritu... y son necesarias demasiadas para acompañar a alguien que tiene todo el tiempo del mundo y no necesita dormir ni comer...

Ariadna sopesó su respuesta y supo que estaba en lo cierto; no había nada que él pudiera hacer por Carlos, y tampoco ella.

—¿Cree que debería olvidarme de esto y regresar a España?

—No puedo decirte lo que hacer; no sería justo para ti ni tampoco para Carlos. A él creo que le hizo bien tener a alguien con quien hablar, pienso que ambos pasamos buenos momentos y que tenerte, en especial a ti, que puedes verlo, lo puede ayudar, aportar algo de ilusión a su monótona existencia... Pero también debes de tener en cuenta sus limitaciones, que aunque sea humano no es una persona de carne y hueso y ni puede abandonar el castillo ni tiene... bueno, las necesidades fisiológicas que tenemos los vivos. —Ariadna asintió—. Lo que quiero decir es que a menos que estés

dispuesta a mudarte a Dornie y venir a verlo a menudo durante el resto de tu vida, tarde o temprano tendréis que despediros... y como suele ocurrir, el tiempo solo hará más duro el momento de decir adiós.

Ariadna meditó sus palabras; hasta ese momento no se había detenido a pensar que pudiera haber tanto en juego.

Pero de todos modos, Carlos no la quería por ahí...

—Él no quiere que vuelva... —le explicó. Duncan enarcó las cejas y esbozó una media sonrisa que hizo que su rostro rejuveneciera varios años en un segundo—. ¿Qué...? Me lo ha dicho... gritado, más concretamente —se defendió ella.

—Entonces, ¿te marchas?

Ari dirigió la mirada hacia el castillo a través de la ventana más cercana. Sabía la respuesta que algo en su interior le suplicaba y esta era «no», pero la cordura le indicaba la dirección opuesta. ¿Debía quedarse en Escocia un tiempo, quizá más del que en un momento se había planteado, con el espectro del hombre junto al que, por extraño que pareciera, más cómoda se había sentido en toda su vida, o regresar a la «realidad» de un trabajo estable, una rutina monótona, una madre engañada...?

Negó con la cabeza.

—Debo de estar loca de remate, pero no. Me quedo... de momento... unos días... —afirmó. Duncan sonrió, pero, aunque parecía genuinamente contento por la decisión, Ariadna pudo identificar un atisbo de preocupación en su mirada—. ¿Va a ir a verlo...? —le preguntó.

Él asintió mientras apuraba el último sorbo de té y volvía a envolver el diario con delicadeza. Notó la mirada de Ari fija en el libro y supo que deseaba leerlo, pero no era decisión suya el entregárselo y agradeció que no se lo pidiera.

—Espero que me recuerde...

—Solo han pasado cinco años, ¿no? Seguro que sí.

—No estoy seguro de que el tiempo sea igual para ellos... Es decir, el tiempo, en realidad, no tiene mucho sentido una vez estás muerto.

—Supongo que no...

—De todas formas, lo averiguaremos ahora —informó mientras se

incorporaba y cogía su chaqueta—. ¿Quieres venir?

—No sé si es una buena idea...

—Tú decides.

Ariadna miró hacia el castillo, indecisa. Sentía mucha curiosidad por asistir a aquel reencuentro, pero no sabía cómo se lo tomaría Carlos tras la forma en la que se habían despedido minutos antes.

*Qué demonios... Solo es un fantasma, si no le gusta que esté ahí, que atraviere la pared y se vaya a otro sitio.*

—Está bien, vamos.



Ariadna siguió a Duncan al castillo como el niño que sigue a su padre, medio escondiéndose tras él, dejándole pasar primero para escudarse con él cuando Carlos apareciera. No le daba ningún miedo físico, dudaba que pudiera hacerle daño ni aunque quisiera, pero temía su reacción y esta no se hizo esperar.

—¿No os ibais a España?

Ariadna se giró hacia una de las ventanas de la habitación en la que se encontraban y descubrió a Carlos sentado en una postura informal, con la espalda apoyada contra el muro de piedra y una pierna sobre el banco. Al mirar a Duncan comprobó que también miraba en la misma dirección.

—Está ahí, ¿no?

Ariadna asintió.

—¿Quién es ese? —Carlos se incorporó y se acercó con altivez—. ¿Qué hace aquí?

—No me recordáis... —Duncan se dirigió a él en castellano y del mismo modo, tratándolo de vos, en un tono tan educado que Ariadna pensó que quizá había estado faltando al respeto a Carlos al hablarle de tú durante todo ese tiempo.

Carlos miró a Duncan, sorprendido, y luego a Ariadna:

—¿Puede verme?

—Me temo que no, pero puedo oíros... —respondió Duncan directamente.

El soldado volvió a pasar la mirada de ella a él y otra vez a ella.

—¿Es esto algún tipo de broma?

Ariadna negó con la cabeza.

—Puede oírte, es verdad. Y ya lo conoces... —Carlos volvió a mirar a Duncan con más atención, recorriéndolo de arriba abajo hasta que sus ojos se detuvieron en el diario que sostenía en la mano—. Su nombre es...

—Mackinnon —susurró el fantasma, comenzando a recordar. Levantó la mirada para fijarla en su rostro—. Oh, Dios mío... ¿Sois vos?

Duncan sonrió.

—El mismo —asintió—. Ha pasado mucho tiempo.

—¿Cuánto? —Carlos continuó mirándolo como si el espectro fuera Duncan y no él mismo.

—Unos cinco años.

—Sí... Os recordaba un poco más joven. —Sonrió.

—El tiempo sí que corre para algunos.

—Eso parece... —Carlos volvió a sonreír de una forma más triste y retornó su atención a lo que llevaba bajo el brazo—. ¿Es eso lo que creo que es? —susurró con cierta preocupación mientras miraba de reojo a Ariadna, pero ella lo notó.

—No lo he leído, tranquilo.

—No esperaba menos de una dama.

—Oh, ¿ya vuelvo a ser una dama?

—Eso siempre depende de vos y de lo que hagáis, no de mí.

Ariadna resopló y se apartó de él.

—Yo también te había tomado por un caballero, hasta hoy...

—Os recuerdo que fuisteis vos quien rompió una promesa, no yo. No hay ni una sola cosa que podáis reprocharme.

—Venga ya, deja de repetir el rollo de «la promesa» como si te hubiera prometido algo vital; no es para tanto... Estoy aquí, ¿no?

—Con dos días de retraso.

—No sabía que para vos fuera tan extremadamente importante mi presencia.

Carlos, que ya se preparaba para lanzar un nuevo ataque, cerró la boca al oír aquello. Ignoraba qué responder porque Ariadna estaba en lo cierto: ¿tan

importante era para él que aquella cuasi desconocida hubiera prometido regresar y no lo hubiera hecho a tiempo? De no ser así, estaba dando a entender lo contrario.

—Mi palabra es importante y creo que debería serlo para todos; es lo único que cualquiera puede ofrecer. De todos modos... —Miró a Duncan—. Me alegro de volver a veros, viejo amigo.

—El sentimiento es mutuo.

Duncan miraba hacia Carlos como si lo viera, aunque solo se guiaba por su voz. Ariadna pensó que debían de parecer dos locos mirando hacia el mismo punto del vacío. Esperaba que ningún guía apareciera en ese momento. Como si acabara de oír sus pensamientos, Duncan sugirió que se dirigieran hacia el piso superior, al que los turistas no podían acceder, para poder hablar con tranquilidad. Carlos accedió de inmediato, pero Ariadna tuvo sus dudas; no sabía qué pintaba ella allí en esos momentos y pensó que quizá los hombres prefirieran hablar solos, al fin y al cabo entre ellos tenían más confianza que ella con cualquiera de los dos.

—Yo os dejo solos. Tengo que ir a solucionar un par de asuntos importantes... —Miró a Duncan y este asintió.

—Nos vemos pronto. Si decides quedarte...

Ariadna asintió notando la mirada de Carlos fija en ella. Al soldado le cogió del todo por sorpresa la noticia de su posible estancia allí. ¿Se referiría a quedarse en Dornie? ¿No volvía a España entonces? Se sintió extrañamente aliviado al oír aquello y no le importó tanto que Ariadna no quisiera permanecer con ellos en ese momento; volvería en otra ocasión.

—Sí... Hasta luego. —Miró a Carlos—. Adiós, señor Vásquez.

—Adiós, Ariadna...



Mientras Ari salía del castillo, Duncan subió con Carlos por una escalera de caracol hasta la parte más alta de la torre principal. Una vez arriba, los dos se reunieron en la habitación en la que, años atrás, solieran pasar horas y horas conversando: una sala de estar con una mesa rodeada de cuatro sillas de madera, un escritorio y un viejo piano. Hacía tiempo que nadie más que Carlos subía allí, así que el polvo había cambiado el color de todo.



—Disculpad el estado de la habitación, no es que pueda hacer mucho por la limpieza...

Duncan le quitó importancia con un gesto de la mano y tomó asiento en una de las sillas mientras Carlos permanecía de pie delante de él.

—¿Por qué habéis traído mi diario?

Duncan dejó el cuaderno sobre la mesa.

—No estaba seguro de que me recordarais... Y pensé que era un buen momento para aprovechar y devolvéroslo: voy a mudarme a Glasgow muy pronto.

—¿Os vais de Dornie? —preguntó preocupado.

—Sí... Vendré de vez en cuando, conservaré la casa, pero sí: pongo rumbo al sur. Había pensado dejar vuestro diario justo donde lo conservaba, pero creo que estará mejor con vos. Tal vez aquí, en algún lugar del castillo. O tal vez en otras manos de confianza... —Enarcó las cejas con intención.

—Si no os conociera y supiera que no os gusta inmiscuirnos en las vidas ajenas, pensaría que insinuáis algo...

Duncan rio con suavidad.

—No insinúo nada, solo hago una observación: si tuvierais a otra persona de confianza en Dornie, puede que prefirierais que el diario se quedara bajo su custodia...

—Lamentablemente no conozco a nadie más en Dornie que sea digno de mi confianza.

—Bueno, quizá con el tiempo.

—Sí. Parece que tiempo es lo único que me sobra.

Duncan esbozó una triste sonrisa; era tan cruel que aquel hombre no pudiera dejar el mundo y descansar por fin tras toda una vida de adversidades. Pero si por lo menos pudiera encontrar algo de consuelo en aquella mujer...

—Debe de haber sido todo un alivio dar con alguien que pueda veros.

—Bueno... albergo sentimientos encontrados, para seros sincero. Es decir, me alegra existir para alguien, pero ahora que soy consciente de todo... es más duro.

—¿Recordáis cómo era vuestro mundo antes?

—En parte... Creo que lo último que recuerdo es el ataque de las fragatas al castillo. Luego vi a Ariadna en medio de todo aquello, y de repente el castillo y la gente tal cual son ahora. Es extraño; ahora parece como si mi vida pasada fuera un sueño... pero sé que no lo es.

—Y recordáis cuando nos conocimos...

—Sí, pero eso es aún más extraño, como el recuerdo de otra vida, o de otro sueño... En ocasiones me cuesta saber qué recuerdos pertenecen a cuando estaba vivo y cuales a cuando estaba... a ahora que estoy... A mi estado actual.

—Imagino lo confuso que debe de resultar; no os envidio...

Ambos guardaron silencio durante unos segundos hasta que Duncan retomó la palabra.

—¿Queréis que todo vuelva a ser cómo antes? Es decir, ¿como si siguierais en vuestra época? Hablaré con Ariadna y le pediré que no vuelva por aquí; en unos días o semanas no recordaréis nada.

—No... No, creo que no... No por el momento... Esa vida no es real, esta lo es... Y si ella se va a quedar por mí... —bajó el tono al decir lo último, no muy seguro de que eso fuera cierto—. ¿Se queda por mí? —dudó al hacer la pregunta. Hacía tiempo que no se sinceraba así con nadie, pero sabía que con Duncan podía ser franco.

—Oh, definitivamente... Estaba aquí con un amigo y él ya ha regresado a Edimburgo. Ariadna ha decidido quedarse un tiempo... y bueno, este es un pueblo pequeño y ella una mujer de ciudad; no creo que haya muchas otras cosas que la atraen aquí.

—No creo que se quede solo por mí, especialmente no después de nuestra discusión. Y si se queda por mí será porque se siente culpable al haberme hecho consciente de mi situación.

—Yo no vine nunca a veros por un sentimiento de culpabilidad.

—Vos sois distinto...

—¿Y eso por qué?

—Bueno... para empezar, vuestra vida estaba aquí, la suya no. Y ella... bueno, debe de tener una familia que la espera en España, probablemente incluso un marido e hijos...

Duncan no pudo evitar reír, lo que hizo que Carlos lo mirara frunciendo el ceño.

—¿Qué...?

—Espero que esa no sea vuestra forma de interrogarme acerca de su estado civil...

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me tomáis? —preguntó en un tono de indignación que ni a él mismo le sonó convincente.

—Solo por un hombre solitario que lleva una eternidad sin hablar con una mujer.

—Eso no suena muy bien.

—Pero es la verdad... —Carlos suspiró—. No dispongo de esa información, me temo. Quizá debierais preguntarle vos mismo.

—No es algo que me incumba. Ni que me importe...

Duncan sonrió, pero prefirió no decir nada.

—Bueno. ¿Qué debo hacer con esto entonces? —inquirió mientras ponía una mano sobre el diario. Carlos lo miró pensativo.

—¿Cuándo os marcháis?

—En un par de semanas.

—¿Podéis conservarlo hasta entonces? Necesito pensar qué hacer con él...

# 16

## Pasando el punto de no retorno

Ariadna regresó al Bed & Breakfast nada más salir del castillo y, una vez en su habitación, se dedicó a pensar en lo que debería hacer a continuación. Decidió que lo primero sería ponerse en contacto con su trabajo y hacerles la propuesta del reportaje sobre Eilean Donan. Se mantuvo positiva, pensando en que interesaría en el periódico y le dirían que sí, pero en su interior sabía que tenía bastantes posibilidades de recibir un no. Sus temores se confirmaron en cuanto su jefa respondió a su propuesta con un «¿qué?» que le sonó más a un «¿has perdido la cabeza?». Ariadna le vendió el reportaje lo mejor que supo, asegurando incluso que ella correría con cualquier gasto extra, pero los intereses del periódico no podían estar más alejados de los castillos escoceses en aquellos momentos, por mucha relación que estos pudieran tener con soldados españoles.

—Si quieres escribir sobre castillos, aquí tienes de sobra, Ariadna.

—Esa es una respuesta muy típica española...

—Bueno, resulta que soy española y trabajo para un periódico español, igual que tú.

—Ya...

—Ariadna, sabes tan bien como yo cómo va esto, los temas que la gente quiere y no leer ahora mismo, y sabes que este no sería uno de ellos. Si quieres quedarte allí, hazlo, pero no será a costa del periódico.

—Ya te he dicho que no quiero que me paguéis nada extra...

—¿Por qué quieres seguir allí realmente? ¿Es por lo de tu hermana?

—No...

—¿Entonces? Porque no me trago la historia de tu interés en un reportaje sobre el castillo, me suena más a excusa de estudiante para seguir allí un tiempo. Si es eso, puedes ir en tus días de vacaciones.

—¿Puedo tomármelos ahora?

—Ahora no. Llevas fuera casi una semana; te necesitamos aquí. Tal vez

más adelante.

Ariadna sabía que «más adelante» significaba que, con suerte, le darían un fin de semana de cuatro días, y que, como era habitual, seguramente acabarían siendo tres o incluso dos si la llamaban para que escribiera un artículo de última hora el sábado noche o domingo por la mañana.

—No puedo esperar... —susurró a media voz mientras notaba cómo el corazón se le aceleraba en anticipación a lo que veía llegar.

—¿Qué quieres decir?

—Justo eso... Yo... necesito esos días ahora.

—¿Quieres decir que diga lo que diga vas a quedarte en Escocia?

Ariadna respiró hondo.

—Sí...

El silencio al otro lado del teléfono la desconcertó y estuvo tentada de rectificar y asegurar que volvería al día siguiente, pero se mordió la lengua y aguantó.

—¿Entonces no vas a volver?

—Aún no...

—Sabes que no puedo garantizar que conserves tu puesto.

—Lo sé, y lo entiendo.

—Ariadna, ¿estás segura de lo que haces? Si tienes algún problema, si necesitas apoyo por lo de tu hermana... podemos hablarlo.

—No tengo ningún problema.

—¿Has conseguido otro trabajo?

—No.

—Entonces piensa bien lo que estás a punto de hacer.

—Ya lo he hecho...

—Te dejaré que lo pienses mejor.

—No...

—Hablamos en un par de días.

—He dicho que no. —Su voz sonó más cortante de lo que pretendía y se apresuró a rectificar—. Quiero decir, ya lo he estado pensando y no voy a cambiar de idea, ya encontraré algo por aquí...

*O eso espero.* Era mentira que lo hubiera pensado, pero sabía que si no

decía «no» en ese momento, si no cortaba con su vida anterior así, de una tajada, no sería capaz de hacerlo.

—Está bien... Entonces, ¿lo dejas?

Ariadna asintió al teléfono.

—Sí... Yo... Te enviaré mi carta de dimisión mañana.

Oyó a su jefa suspirar.

—Está bien... Tú sabrás lo que haces...

*Debería... pero lo cierto es que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.*

El corazón de Ariadna siguió latiendo apresuradamente durante largos minutos después de colgar el teléfono tras anunciar su dimisión.

—Has dejado tu trabajo —confirmó en voz alta, y tuvo que repetírselo un par de veces más para acabar de creérselo—. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Qué hay de tu piso en España? ¿Cómo piensas pagarlo? Y lo que es más importante, ¿de qué vas a vivir aquí en este pueblo diminuto?

Necesitó respirar hondo para conseguir que las nauseas desaparecieran y su corazón se normalizara un poco.

*Está bien, tranquila, todo va a ir bien... Todo irá bien...*

—Iré al hotel y preguntaré si necesitan ayuda allí o en el pub, o incluso en el castillo, y mientras tanto puedo seguir alojándome aquí —se dijo—. Preguntaré a la dueña si puede hacerme algún descuento y ya está. De momento estaré bien...

*¿Y luego? ¿Y si no encuentro trabajo aquí? ¿Y si...?*

—No es el fin del mundo —se aseguró—. Hablaré con Duncan antes de nada... Él debe de conocer a gente del castillo y del hotel y el pub, igual puede conseguirme trabajo...

Decidió darse una ducha caliente para terminar de relajarse y aclarar sus ideas, y luego se encaminó hacia el castillo de nuevo.



Ariadna miró en la cafetería, por si Duncan estuviera allí, pero no lo encontró. Aprovechó para hablar con el encargado en la cocina y preguntar si necesitaban a alguien para trabajar allí, pero, tal y como temía, no hubo suerte.

No estaba segura de que Duncan siguiera dentro del castillo y tampoco podía ir a comprobarlo, puesto que el lugar al que se habían dirigido estaba cerrado al público, así que decidió colocarse la bufanda y los guantes y esperar en un banco frente a la verja de acceso al puente. Tras una media hora empezó a temer que Duncan ya no siguiera allí, así que optó por ir a comer algo y buscarlo después. Pero apenas había terminado de darse la vuelta cuando reconoció su voz llamándola desde el otro lado del puente. Se giró a tiempo para verlo acercarse caminando con premura.

—Ah... Hola... No sabía si seguirías ahí dentro aún... —Ariadna miró hacia el puente, Carlos estaba allí de pie, a unos metros de ellos, con los brazos a la espalda y la mirada fija en ella, pero la apartó en cuanto se encontró con sus ojos, redirigiéndola a lo lejos, sobre el lago. Ari volvió a mirar a Duncan y comprobó que este aún llevaba el diario bajo el brazo.

—Iba a devolvérselo —se anticipó a la pregunta de Ariadna—, pero quiere que se lo guarde hasta que me vaya a Glasgow.

—Ya veo... —No pudo evitar el tono de decepción; le habría gustado poder leerlo y saber más de aquel soldado, pero comprendía y le parecía normal que él no quisiera que eso pasara, y menos aún en la situación en la que se encontraban—. ¿Sigue enfadado conmigo?

—Es un hombre bastante orgulloso y testarudo, parece que el hecho de estar muerto no hace que tu carácter mejore. —Sonrió—. Pero sé que en el fondo se alegra de que hayas decidido quedarte, aunque no lo vaya a admitir. Lo conozco bien.

—Sí, bueno... Respecto a lo de quedarme...

—Oh, no me digas que has cambiado de idea...

Sonaba genuinamente decepcionado y aquello la reconfortó un poco. Si él también quería que se quedara, ya fuera por él mismo o por ambos (Carlos y él), seguro que la ayudaría a hacerlo posible.

—No... De hecho... he dejado mi trabajo hace un rato.

—Ah... —La miró a los ojos con gesto severo—. Esa es una decisión importante.

—Mucho.

Duncan no estaba seguro de lo que debía decir. En parte no podía evitar

sentirse presionado por haberla alentado a hacer aquello. Si la chica no lograba encontrar un trabajo, o si resultaba no ser feliz en aquel lugar... bueno, él la habría impulsado a dejar un buen puesto y una buena vida en su país natal.

—Las decisiones de tal envergadura suelen provocar reacciones del mismo nivel —comentó.

—Pues esperemos que lo sean en positivo.

—No tienen por qué no serlo. Si tú estás segura de...

—Ese es el problema —lo interrumpió—, que no lo estoy. Y no sé por qué estoy haciendo esto en realidad.

—Pero lo has hecho, así que debe de haber alguna razón lo suficientemente grande para impulsarte a tomar esta decisión, aunque no seas consciente de ella.

—Bueno... ya veremos.

—Sí. —Duncan miró su reloj de bolsillo, estaban a punto de cerrar el castillo—. ¿Vamos al pub?

Ariadna miró hacia el puente. Carlos seguía allí contemplando el lago. Se preguntó si los estaría escuchando.

—¿Y él...?

—¿Quieres hablar con él?

Ari notó cómo Carlos giraba un poco la cabeza hacia donde ellos se encontraban; definitivamente estaba escuchando.

—No tengo nada que decirle... y supongo que él tampoco, así que...

Duncan sonrió, consciente del tira y afloja que aquellos dos llevaban a cabo.

—Entonces vamos a cenar, igual mañana tenéis más de qué hablar.

Ariadna asintió e intercambió con Carlos una última mirada y amago de sonrisa que sus ojos no acompañaron. Él inclinó la cabeza levemente, en un gesto educado pero que mantenía la distancia entre ambos, aunque no apartó los ojos de los de ella hasta que se giró para alejarse con Duncan.



En el pub del hotel escogieron la mesa más oculta a la vista que vieron.

—Tengo que encontrar trabajo... —comentó Ariadna al poco de



sentarse—. ¿Sabe de algún sitio donde podrían necesitar a alguien? Imagino que por aquí no harán falta muchos periodistas, así que tendré que conformarme con cualquier cosa... —Una camarera se acercó a tomarles nota, así que esperó a que lo hiciera y se alejara—. También necesitare una casa. Quizá pueda alquilar solo una habitación en algún sitio. El B&B está bien para unos pocos días, pero para más es caro...

—Puedes preguntar aquí y en The Clachan, tal vez necesiten gente. Y si no, prueba en el Bed & Breakfast en el que estás, sé que la dueña a veces hospeda a viajeros a cambio de que le echen una mano con las habitaciones y la cafetería. No te pagará y solo tendrás una habitación y una cocina compartida con los demás huéspedes, pero dispondrás de alojamiento mientras encuentras otro trabajo.

—Sí, eso sería estupendo... Además, me evitaría tener que buscar un piso, los trámites con el banco...

—Y mientras, podrás decidir si quieres quedarte más tiempo, y no tendrás ataduras que dificulten tu vuelta a España si decides regresar...

Ariadna asintió, aunque, por extraño que le pareciera, la única atadura que sentía en esos momentos era Carlos.

—Hablaré con ella...

—Si te dijera que no, dímelo y hablaré con mi mujer. Mi hija vive fuera, así que podrías usar su habitación.

—Oh, no, no se preocupe. Ya encontraré algo.

—Insisto. Al fin y al cabo, te he animado a quedarte.

Ari dio un trago a su cerveza y empezó a cenar, pensativa. Todavía no podía creer en lo que se estaba embarcando.

—¿A qué hora cierran el castillo?

—A las seis.

—Entonces... Carlos tiene que permanecer ahí solo hasta que abren por la mañana...

—Bueno, el puente permanece abierto siempre, a menos que haya una boda y lo necesiten para fotos. Yo solía quedarme un rato con él allí después de la hora de cierre del castillo, haciéndole compañía.

—Ya... —meditó sus palabras—. Porque supongo que él no... ellos...

—Miró a su alrededor y bajó el tono de voz—. Supongo que los fantasmas no dormirán...

—No creo que puedan ni que lo necesiten. No.

Ari mantuvo la vista fija en una foto enmarcada del castillo que colgaba de la pared.

—Entiendo su agobio. El castillo está bien para un rato, pero no creo que pudiera vivir allí eternamente sin poder salir apenas, como si fuera una prisión. Y por la noche debe de dar escalofríos...

—Sin duda.

—Aunque no me imagino qué puede temer un muerto.

—Supongo que la soledad, en especial la suya, la de alguien que, pese a estar rodeado de gente, no puede hacerse oír ni ser visto por nadie.

Durante el resto de la cena hablaron sobre el pueblo y la gente que trabajaba en el castillo. Acerca de cómo consideraban que Duncan había perdido la cabeza por culpa de su extraño comportamiento durante el tiempo de su amistad con Carlos, y de la creencia local en fantasmas y otros seres fantásticos.

Cuando terminaron de cenar ya era de noche y en el exterior la temperatura había bajado mucho. Aun así, tras despedirse de Duncan a la puerta de su casa, en lugar de seguir la calle hasta el B&B, Ariadna se dio la vuelta contemplando el castillo iluminado en la distancia, a unos minutos a pie de donde se encontraba, y antes de poder detenerse a pensar en lo que hacía, se encaminó hacia allí.

El lugar estaba totalmente a oscuras a excepción de las luces del castillo y algunas farolas de la calle, pero saber que allí estaba Carlos, y que se encontraba solo, la impulsó a acercarse. A pesar de su reciente confrontación, no podía dejar de pensar en él. Cuando pisó las pequeñas piedras que bañaban los alrededores del acceso al puente, Ari redujo el paso y empezó a preguntarse qué justificación iba a dar al soldado para estar allí sola a aquellas horas. Pero cuando, de pie junto a la entrada al puente, lo vio a lo lejos, caminando hacia ella, aún no había logrado encontrar una excusa.

—Buenas noches, señora. ¿A qué debo el honor de vuestra visita a tan intempestivas horas? —preguntó Carlos haciendo grandes esfuerzos por

disimular la sorpresa y la alegría, a partes iguales, que le había producido reconocer su inconfundible figura a lo lejos.

—Quería ver el castillo por la noche... —respondió lo primero que se le ocurrió—. Es precioso... —añadió admirando la construcción y su reflejo en el lago.

Carlos siguió su mirada y Ariadna aprovechó para mirarlo a él.

—Es ciertamente hermoso —concedió—. Pero me resulta complicado verlo de forma objetiva. Cuando conoces un lugar o a una persona es difícil volver a mirarlos de la manera en que lo hacías antes de tratar con ellos, antes de vivir experiencias a su lado...

Ariadna se preguntó si seguían hablando del castillo o Carlos le lanzaba una indirecta.

—La primera impresión es importante... pero no deja de ser solo eso: una impresión que puede ser errónea.

—O acertada.

—Bueno, sin duda las experiencias que tienes en un lugar o con una persona pueden condicionar tu forma de verlos. Pero a veces también influye la relación entre experiencias positivas y negativas; cuáles sean mayores. —Antes de que Carlos pudiera decir algo que confirmara que hablaba de ella y no del castillo, Ari dirigió la conversación hacia la opción que prefería—. ¿Dirías que ganarían las experiencias positivas o negativas que has tenido en este lugar?

—¿Incluyendo el hecho de perder la vida en él, queréis decir?

Ariadna sonrió levemente.

—Sin contar eso, mejor...

Carlos sonrió también.

—Sin contar eso, podría decirse que disfruté el escaso tiempo que pasé aquí antes del ataque. Sí...

—Eso suponía. Este lugar es... —Observó el reflejo del castillo iluminado en el agua—. Mágico.

—Lo es.

Ambos guardaron silencio mientras dirigían la mirada desde el castillo hacia el pueblo, cuyas luces constituían la única iluminación sobre el agua

aparte de la del castillo.

—¿Vais a quedaros en Dornie...? —susurró él de repente, con los ojos aún fijos en el pueblo.

—Sí. Por el momento...

Carlos ansiaba preguntarle el motivo. Suponía que era él, pero deseaba oírlo de sus propios labios y averiguar si la razón era la culpabilidad o algo más... Sin embargo, no se atrevió a hacer la pregunta de manera directa. Temía que Ariadna le diera otra excusa que nada tuviera que ver con él. Sus cavilaciones y presuposiciones le confortaban aunque no pudiera confirmar su veracidad.

Ariadna, por su parte, se preparó para la pregunta que intuía no tardaría en llegar, y barajó distintas respuestas que no eran realmente la principal: cambio de aires, el entorno, no tener que hacer frente a su madre... Lo que sea menos admitir que quería pasar más tiempo con él, conocerlo más y, sí, también que sentía que se lo debía.

Se sorprendió al ver que la pregunta no llegaba.

—Debe de ser un lugar muy distinto de vuestro hogar en España —se aventuró él.

—Sí —reconoció—. Quizá por eso me gusta tanto. Pero no debe de ser tan distinto del tuyo, viviendo en el norte...

Carlos la miró sorprendido de que recordara su lugar de procedencia. Estaba acostumbrado a tratar con mujeres más habituadas a hacerse oír que a escuchar, por lo menos a él.

—Es bastante similar en muchos aspectos, sí. El clima, el agua, la nieve, la vegetación...

—Y parte de la música y las leyendas celtas —añadió ella.

—Sí. —Carlos sonrió con nostalgia al recordar las historias que su madre solía contarle siendo muy pequeño; muchos de esos cuentos trataban sobre fantasmas. Le pareció irónico que de niño hubiera tenido miedo de aquellos seres y ahora fuera uno de ellos—. ¿Creíais en fantasmas antes de encontraros conmigo? —le preguntó.

—Pues... siempre he pensado que debe de haber algo después de la muerte, pero creo que nunca me había planteado esa posibilidad hasta...

—¿Hasta ahora?

—Hasta que mi hermana murió... —reconoció—. Pero supongo que más que creer de verdad en ello, necesitaba hacerlo.

—Lamento lo de vuestra hermana... Creo que ya os lo dije, pero... lo siento de veras.

—Gracias...

—¿Era joven?

—Veintiún años.

—Oh, cielos... Es terrible —susurró visiblemente afectado.

—¿Tú tenías hermanos?

—No... Mi madre murió cuando yo era niño y mi padre no quiso volver a estar con ninguna otra mujer. —Ariadna asintió—. ¿Y vos? ¿Tenéis más familia?

—Mis padres, tíos, primos...

Carlos sonrió para sí, sin poder evitarlo, ante la confirmación de que Ariadna no había sido desposada. Por lo menos eso no la alejaría de allí.

—Y ¿les...? ¿Les parece bien que os quedéis aquí sola, tan lejos de ellos?

—Aún no se lo he dicho, pero de todas formas no vivimos juntos ni los veo a menudo.

—Ah...

—Supongo que en tu época no sería normal que una mujer soltera viviera sola, pero hoy en día es algo habitual.

—El mundo parece haber cambiado mucho. ¿Ninguna mujer lleva vestidos ya?

Ariadna sonrió no tanto por la pregunta en sí, sino por la aparente decepción que parecía encerrar su tono.

—Sí, claro. Muchas aún los llevan de vez en cuando.

—Pero no vos...

—No a menudo, no. —Sonrió de nuevo—. Y menos con este tiempo. Prefiero los vaqueros.

—¿Vaqueros? ¿Practicáis la caza?

—Ehm... no. —Frunció el ceño, extrañada—. Me refiero a estos

pantalones. —Se los señaló—. Son más cómodos y protegen más del frío.

—Las mujeres de ahora sois muy extrañas.

—Y lo dice el hombre muerto hace casi tres siglos, vestido como un soldadito de plomo.

—¿Qué tiene de malo mi uniforme? —Separó los brazos mientras se miraba.

—Nada si vives en otro siglo, pero en este llamarías la atención bastante. Por cierto. —Señaló su cabeza con la barbilla—. ¿Qué has hecho con tu sombrero y esa ridícula peluca blanca?

—¿Perdón? —Se llevó una mano a la cabeza—. Oh... Estarán en mi habitación.

—¿Es lo único que puedes tocar? ¿Lo que llevas puesto?

—No estoy seguro... Sé que no puedo tocar a otras personas, pero he conseguido llegar a mover objetos.

*Cuando te enfureces*, pensó Ariadna.

—Pues a menos que haya tiendas fantasmas, supongo que tendré que acostumbrarme a tu aspecto.

—Supongo que yo también tendré que acostumbrarme al vuestro...

—¿Y qué tiene de malo el mío?

—Nada, si no os importa que os confundan con un hombre.

Ariadna enarcó las cejas.

—Tú nunca me has confundido con uno.

—Podría hacerlo si os viera de espaldas.

—Vaya, gracias. ¿Soléis piropoear así a todas las mujeres o es un honor reservado solo a mí?

—No pretendía ser un piropo...

—Y lo mío era una pregunta retórica...

—¿Por qué estamos discutiendo esta vez exactamente?

—Has dicho que parezco un hombre.

—No, lo que he dicho es que con vuestro atuendo podría confundiros con uno si os viera de espaldas. Es distinto.

—Está bien, mejor dejemos el tema.

Carlos la miró y mantuvo el silencio durante unos segundos.

—No era mi intención ofenderos, si estáis así por lo de esta mañana...

—Prefiero dejar eso atrás.

—Me parece bien.

Guardaron silencio, dedicándose a escuchar el sonido del agua mecida por la tenue brisa nocturna. No hacía viento, algo poco habitual, pero el frío comenzaba a ganar terreno conforme el escaso calor diurno se disipaba. Ariadna se anudó su bufanda más cerca del cuello, subió hasta arriba la cremallera de su abrigo y se cruzó de brazos. No quería irse aún, a pesar de todo, pero habría dado lo que fuera por poder continuar la conversación en un sitio cubierto y, a ser posible, con calefacción.

—¿Has vuelto a intentar llegar más allá del puente? —preguntó de repente a Carlos. Este respondió sin mirarla.

—Infinidad de veces, pero no puedo avanzar más allá de esa puerta. —Indicó con la cabeza, señalando la verja de hierro que flanqueaba la entrada al puente—. No consigo tocar tierra nunca; cuando intento pisar fuera del puente es como si comenzara a desaparecer.

Ariadna meditó sus palabras mientras miraba a su alrededor.

—Me pregunto si pasaría lo mismo si intentaras alejarte por el agua, nadando...

—No es algo que me apetezca demasiado probar... —dijo mirando con cierto recelo las oscuras aguas del lago.

—Solo tendrías que nadar hacia la orilla. De hecho, durante la marea baja podrías llegar apenas sin mojarte... Bueno, «mojarte». —Hizo con las manos la señal de las comillas—. Imagino que tampoco podrás tocar el agua...

—Podría esperar a que la marea bajara, sí... —Siguió mirando el agua con tal desconfianza que Ariadna pensó que ocultaba algo.

—No me dirás ahora que te da miedo el agua... Creía que eras capitán.

—De infantería, no de navío —aclaró—. Y aun así, no me da miedo, le tengo respeto. No es lo mismo.

—De todas maneras, ahora no podrías ahogarte.

—Ya lo sé, y ya os digo que no tengo miedo al agua.

—Solo respeto —repitió sus palabras.

—Eso es.

Ariadna sonrió, pero no dijo nada más, le parecía obvio que era algo más que respeto lo que el agua le infundía, y era curioso que, a pesar de ello, su trabajo estuviera tan relacionado con el mar, y que incluso hubiera realizado un viaje tan largo en barco desde España para llegar allí. Supuso que lo habría hecho siguiendo órdenes, pero, aun así, ¿por qué elegir ese trabajo entonces?

A menos, claro, que su miedo al agua hubiera surgido en Escocia... Cada vez tenía más ganas de leer ese diario. Maldita curiosidad...

—¿Por qué no lo intentas?

—¿Ahora? —Miró hacia el agua, alarmado.

Ariadna pensó que ella no se metería en ese lago helado por nada del mundo, menos aún por la noche, pero él no podría sentir el frío y a ella cada vez le costaba más aguantarlo; debían de estar como mucho a uno o dos grados, probablemente a menos de cero.

—Tengo frío... no puedo quedarme aquí más tiempo. Pero si pudieras salir podríamos ir a otro sitio, a donde me alojo, por ejemplo.

A Carlos, acostumbrado a otro tipo de mujeres y educado en otras formas, le sorprendió la resolución con la que ella lo invitaba a su alojamiento, máxime a aquellas horas, pero lo atribuyó a las circunstancias especiales y la época... No obstante, por alguna razón que no terminaba de comprender, no se sentía con fuerzas para intentar hacer lo que le proponía, y no pudo evitar ponerse a la defensiva.

—Si pudiera salir de aquí, ¿no creéis que ya lo habría hecho hace tiempo? —inquirió.

—Quizá no sabías cómo...

—Y vos, de repente, venís con la solución. Ofendéis mi inteligencia y la del señor Mackinnon asumiendo que en todos estos años no hemos logrado dar con una clave tan obvia.

—¿Lo has intentado? ¿Has intentado salir atravesando el agua?

Carlos guardó silencio durante unos instantes que fueron suficientes para que Ariadna recelara de su respuesta.

—De veras, señora, me insultáis inquiriendo tal cosa.



—Y aun así, no me respondes.

—He intentado todo cuanto he sido capaz para salir de esta prisión.

—Ya, pero...

—Eso es todo cuanto necesitáis saber —afirmó en un tono que daba por concluida la charla sobre ese tema.

—Bien. En ese caso, buenas noches y hasta mañana, señor Vásquez.

Carlos resopló visiblemente molesto.

—Esperad. —Ariadna, que, aunque remoloneando, ya se había girado para alejarse, lo miró—. No quiero que nos despedamos como siempre, disgustados. ¿Qué es lo que he hecho ahora?

Ella se sintió repentinamente culpable, consciente de que estaba comportándose como una niña. Su expresión se suavizó y suspiró.

—Lo siento. Es solo el frío... Si pudiéramos estar a cubierto, me encantaría seguir hablando contigo, pero aquí no puedo.

Carlos asintió.

—Lo comprendo. —Examinó el castillo buscando alguna forma de que ella pudiera entrar, pero no había ninguna puerta abierta. Tuvo que resignarse—. ¿Nos vemos mañana, entonces? —preguntó esperanzado. Para su alivio, ella asintió.

—Sí, pero no sé a qué hora podré venir, ¿de acuerdo? Tengo cosas que hacer.

Él entreabrió los labios para preguntar, pero se detuvo antes de hacerlo, recordando sus modales; no era de su incumbencia.

—Hasta mañana pues, señora.

—Prefiero que me llames por mi nombre.

—Como gustéis, Ariadna —accedió inclinándose en un gesto que logró que ella se ruborizara y esbozara una tímida sonrisa.

—Hasta mañana...

Se dio la vuelta y se alejó reprimiéndose mentalmente por reaccionar de manera tan infantil.

*¿Qué tienes?, ¿quince años? Solo es un hombre con modales pasados de siglo, no ha hecho más que ser educado... Y vale que está irresistible con ese uniforme desbaratado, pero... Bueno, es un fantasma, está muerto, chica.*

*Si eso no es suficiente para echarte atrás, tienes un serio problema.*

# 17

## Nuevos comienzos

Aquel día se levantó más temprano que de costumbre. No había podido dormir mucho por la cantidad de pensamientos que se amontonaban en su cabeza. Lo que más le urgía era encontrar trabajo y alojamiento y quería dejar eso solucionado lo antes posible para poder volver al castillo a ver a Carlos. Sonrió al pensar en él y se sintió estúpida al reparar en ello, teniendo en cuenta que, en realidad, apenas lo conocía. Pero no podía evitarlo; Carlos había ocupado una gran parte de sus pensamientos desde la noche anterior. Tal vez fueran sus modales o la manera en la que se dirigía a ella, pero si bien era cierto que el único motivo por el que esto último le sonaba bien y no como si fuera un lunático era porque realmente pertenecía a otro siglo, el hecho de que fuera un espectro, lejos de ahuyentarla, la atraía. Para empezar, se sentía especial sabiéndose la única que podía verlo (por lo menos ahora que había confirmado, tras hablar con Duncan, que no estaba loca), pero, además, tenía muchísimas ganas de saber más de él, de su historia, de su pasado.

No obstante, el día no empezó tan bien como esperaba; la dueña del B&B le confirmó que solía ofrecer alojamiento y comida a cambio de trabajo, pero ya tenía a alguien que llevaba ayudándola desde febrero; una escritora, al parecer, para mayor ironía del destino.

Algo desanimada por el mal comienzo, continuó con la ruta de búsqueda de alojamiento y trabajo. Caminó por la única calle del pueblo, siguiendo el curso del lago, e hizo una parada en la tienda, otra en el hotel y la tercera y última en el pub. En ninguno de los sitios necesitaban personal en aquellos momentos, y Ariadna empezó a preocuparse; sabía que encontrar trabajo en un pueblo tan pequeño iba a ser difícil, pero había guardado la esperanza de que alguien se apiadara de ella y le ofreciera uno, el que fuera, de lo que fuera. Pero no fue así.

Un poco desmoralizada, consciente de que si no encontraba algo allí

tendría que ir a buscarlo a otro pueblo o incluso a alguna ciudad más alejada como Inverness, decidió ir a probar suerte al castillo. Lo había intentado en la cafetería del centro de visitantes, pero puede que tuvieran otros puestos disponibles.



Eilean Donan estaba lleno de turistas aquel día y, sin saber por qué, sintió que aquello la disgustaba. Aunque solo llevaba allí unos pocos días, empezaba a ver el castillo de forma más personal. Se debiera a que hasta entonces hubiera podido vagar por él más libre, o a la presencia de un inquilino al que solo ella podía ver, lo cierto era que aquel lugar estaba adquiriendo un significado especial para ella.

Cruzó el puente sin encontrar a Carlos y entró en el castillo buscándolo con la mirada, recorriendo las habitaciones con paso decidido, ignorando las miradas extrañadas de los turistas y los guías que la veían pasar caminando como si estuviera en su casa.

—¿Buscáis a alguien?

Ariadna no pudo reprimir una sonrisa al oírlo. Miró hacia la puerta que acababa de cruzar para entrar en el dormitorio y lo localizó junto al marco, mirándola con una media sonrisa que consiguió hacer arder sus mejillas. Carraspeó y apartó la mirada de él, intentando ponerse seria.

—Sí, pero no logro encontrarlo.

La sonrisa del soldado desapareció de inmediato a la vez que fruncía el entrecejo, contrariado.

—Oh... Eh... ¿De quién se trata? Igual le he visto...

—Tal vez. Se llama Diego, es pintor y debe de tener unos... cuatrocientos años, de apellido...

—¿Velázquez?

—¡Sí! ¿Amigo tuyo?

El soldado recuperó la sonrisa.

—Me tomáis el pelo...

—¿Yo? Jamás osaría... ¿Acaso pensáis que sois el único fantasma del mundo?

Carlos rio y ella pensó que no podía existir un sonido más maravilloso,

tal vez revalorizado por la poca frecuencia con la que lo había escuchado viniendo de él.

—Sois malvada, Ariadna...

—Mucho. —Sonrió.

—¿Y qué tiene ese Diego que no tenga yo? —inquirió, siguiéndole el juego mientras recorría la habitación con las manos a la espalda, moviéndose a su alrededor.

—Bueno... sus cuadros son increíbles, y tiene cien años más que tú; siempre los he preferido mayores.

—*Touché*. Si es la edad lo que os atrae, nada puedo hacer contra eso. Me temo que no voy a cumplir muchos más...

Ariadna sonrió y avanzó hacia una de las ventanas; a lo lejos, al otro lado del puente, un autobús dejaba salir a un gran número de turistas recién llegados. Parecía que no iba a ser fácil estar a solas aquel día.

—¿Qué edad tenías cuando...?

—¿Cuándo morí? —Él mismo se sorprendió de la facilidad con la que esas dos palabras salieron de sus labios—. Treinta y un años.

—Supongo que en cierto modo es algo bueno: no tendrás que envejecer nunca, no verás en el espejo cómo los años van añadiendo arrugas y descolgando tu piel.

Carlos asintió, pero su mirada parecía cargada de cierto pesar. La apartó rápidamente. Ariadna intentó ponerse en su lugar para comprender sus sentimientos, ¿le habría gustado a ella «vivir» como él, quedarse estancada en su actual edad durante el resto de sus días y, a cambio de la eterna juventud, tener que prescindir del contacto físico y ser invisible para todos? No lo sabía, pero Carlos no parecía muy contento con ese «trato», por lo que intentó animarlo.

—Es curioso, ahora mismo soy más joven que tú, pero en unos años eso cambiará.

—Bueno —Carlos volvió a mirarla—, solo en teoría. En realidad tengo más de trescientos años; nunca seréis mayor que yo.

—Lo sé... Quiero decir físicamente. —Buscó algún sitio alejado de las miradas y los oídos curiosos de los turistas en aquella habitación y se dirigió

hacia allí seguida de Carlos. Tomó asiento en un pequeño banco junto a la ventana—. De todas formas, si has estado reviviendo una y otra vez los mismos días, tampoco habrás «envejecido» mucho «mentalmente». O sea, es como si te hubieras quedado estancado en ese momento. No has tenido nuevas experiencias, conocido a nuevas personas, aprendido cosas... es como un disco rayado que repitiera una y otra vez la misma canción, ¿no? — Carlos, de pie frente a ella, la escuchaba con tanta atención que Ariadna se vio obligada a apartar la mirada—. ¿Qué...? —preguntó.

Carlos sacudió la cabeza. Ni siquiera estaba seguro de haber entendido sus últimas palabras.

—Nada, tan solo escuchaba vuestro análisis de los hechos, parecéis toda una experta en la materia. —Sonrió. Ariadna rio suavemente y lo contempló en silencio—. ¿Y bien...? —añadió él.

Ari lo miró extrañada.

—Y bien... ¿qué? —preguntó.

—¿Vais a decirme que no hay nada que queráis saber de mí?

—¿Hay algo que tú quieras saber de mí?

—Todo. —Carraspeó al darse cuenta de lo que acababa de decir, de la rotundidad con la que lo había dicho y de la sorpresa y el brillo en la mirada de Ariadna al oírlo—. Quiero decir... —vaciló, buscando una salida—. No sé mucho de vuestra época... Ni siquiera de este lugar en la actualidad. Cualquier cosa que me contéis, de seguro lo encontraré fascinante.

Ariadna no era ninguna experta en historia de Escocia, ni siquiera de Reino Unido, pero gracias a su trabajo como periodista debía estar al día de lo que ocurría por el mundo, así que hizo todo lo posible por hacerle un buen resumen.

—Imagino que Duncan te contaría ya en su momento qué pasó en tu época... cómo acabó todo y eso.

—Sí. Así fue. Ayer me refrescó la memoria... Los casacas rojas ganaron, básicamente.

—Básicamente, sí. No sé por qué seguimos insistiendo con los barcos si siempre acabamos con las flotas destruidas.

Carlos sonrió. Le parecía una forma un tanto simplista de verlo, pero no

quiso contradecirla. Unos turistas se acercaron en ese momento, por lo que Ariadna tuvo que dirigirles una breve sonrisa y fingir que se había sentado a admirar las vistas desde la ventana. Oyó suspirar a Carlos.

—Detesto esto, es como si la gente me ignorara... —susurró.

—No pueden verte... —murmuró ella, alegrándose de poder hablar en español con él para mantener sus palabras alejadas de la comprensión de los extranjeros.

—Lo sé... Aun así, es una sensación desagradable.

Ariadna observó de reojo cómo Carlos se apartaba para evitar «chocar» con una mujer de mediana edad que se había encaminado directa hacia él, y tomaba asiento a su lado. No pudo evitar reír por lo bajo.

—¿Qué os parece tan gracioso?

—Todo en general. Empezando por que te apartes a pesar de que nadie puede tocarte, pasando por que hables en susurros, cuando nadie más que Duncan y yo podemos oírte, y terminando con el hecho de que los guías de por aquí estarán empezando a pensar que he perdido la...

—Si sigue hablando sola, tendremos que contratarla para que promocióne la historia del fantasma de Eilean Donan —la interrumpió una voz en inglés.

Tanto ella como Carlos se giraron para encontrarse con uno de los guías, quien se asomaba por el hueco que daba acceso a la pequeña habitación en la que se encontraban. Uno de los turistas pasó la mirada de Ariadna al guía, esbozando una media sonrisa de complicidad; también la había oído hablar, aparentemente, sola.

Ariadna sintió cómo las mejillas se le calentaban y rezó por que el repentino rubor fuera imperceptible.

—Es... Es algo que suelo hacer a menudo... —intentó excusarse—. Hablar sola me ayuda a... aclarar las ideas —explicó.

—Ya veo... —El guía le mantuvo la mirada sin borrar su sonrisa.

—¿Qué hace ahí quieto? —inquirió Carlos, claramente contrariado por la presencia de aquel hombre.

Ariadna entreabrió los labios para responderle, pero recordó justo a tiempo que hacer eso no tenía sentido. Decidió reformular la pregunta por sí

misma.

—¿Ocurre algo? ¿No puedo sentarme aquí? —preguntó al guía.

—Oh, no... Quiero decir, sí..., claro, puede quedarse ahí, no se preocupe. —Ella asintió con una sonrisa educada—. Eh... Si puedo ayudarla en algo, estaré por este piso durante las dos próximas horas.

Ariadna volvió a asentir.

—Gracias... —musitó como única respuesta, esperando que aquello zanjara la conversación. El guía pareció advertir la intención implícita en su tono y decidió marcharse, dejándolos solos de nuevo.

Carlos resopló poniendo los ojos en blanco.

—Tengo que soportarlos a todas horas —se quejó—, a esos... «guías», desde la mañana hasta la tarde. A veces es incluso insultante que se den esos aires de sabiduría, cuando en realidad no saben ni la mitad de lo que creen y parte de lo que creen saber es incorrecto.

—Bueno, quizá pudieras conseguir empleo en su lugar, ¿por qué no preguntas? —sugirió ella.

—Sois muy ocurrente, Ariadna... —Entrecerró los ojos haciendo una mueca.

—¿Qué de lo que dicen es incorrecto?

—Pues, de hecho, omiten la parte relativa al traidor que provocó que atacaran el castillo en primer lugar. Aseguran que nosotros los españoles abrimos fuego antes, cuando no es del todo cierto. Un traidor que estaba, supuestamente, en nuestro bando abrió fuego con la única intención de justificar un ataque de las fragatas y que nos viéramos obligados a rendirnos.

—¿Qué habrías hecho si aquel hombre no hubiera disparado?

Carlos se encogió de hombros.

—Lo desconozco. Supongo que habría intentado dialogar con los soldados del Gobierno.

—¿Negociar la rendición?

—Tal vez... O como mínimo habría buscado la forma de ganar tiempo para que todos mis hombres pudieran haber huido y combatir en mejores circunstancias.

Ariadna asintió en silencio. No dejaba de resultar extraño pensar que



Carlos hubiera participado, aunque no fuera voluntariamente, en la destrucción de aquel castillo que ahora era tan famoso en todo el mundo.

—¿Crees que la razón por la que sigues aquí y no puedes abandonar el castillo podría ser que tu... cuerpo... ya sabes... siguiera aquí?

Carlos fijó la mirada en la ventana, pensativo. No se le había ocurrido nunca aquella posibilidad y se sintió algo estúpido por ello.

—¿Queréis decir que quizá el hecho de no haber recibido sepultura, de que mi... cadáver no esté en tierra consagrada, podría ser el motivo de que yo esté aún en este mundo?

—No lo sé, pero eso lo explicaría todo... ¿no?

—Supongo que... —La miró a los ojos—. Supongo que es posible... pero lo cierto es que no sé mucho de todo lo relativo a este mundo de ultratumba... a pesar de todo.

—Existen leyendas, mitos, ya sabes... Podría buscar información.

—Os estaría eternamente agradecido... —Sonrió al pensar en lo que acababa de decir—. Literalmente.

Ariadna asintió y Carlos desvió entonces la mirada, fijándola en la ventana de nuevo.

—Yo... lamento si recientemente me he comportado de manera un tanto... grosera. No ha sido mi intención —se disculpó.

A Ari le costó reprimir una carcajada ante la obvia magnitud del esfuerzo que aquella disculpa le estaba suponiendo. ¿Podían ruborizarse los fantasmas?

—No tiene importancia... Supongo que si yo estuviera en tu lugar, mi humor sería aún peor. —Carlos la miró con una sonrisa triste, pero no dijo nada—. ¿Dónde vives aquí? —preguntó.

—En el piso superior. Es el único que no está abierto a los visitantes, así que puedo disfrutar de algo de tranquilidad.

—¿Podríamos ir allí?

Carlos parpadeó confuso y, una vez más, tuvo que repetirse mentalmente que los tiempos habían cambiado y que él era un fantasma. No podía evitarlo, no conseguía reaccionar con normalidad cada vez que Ariadna sugería que se vieran a solas.

—Creo que la puerta que conduce allí no se cierra con llave, pero tendríais que burlar la vigilancia de los guías.

—Entiendo...

—O podríais pedirselo al señor Mackinnon, parece que él tiene permiso para subir...

—Sí. Tengo que hablar con él de todas formas, así que se lo mencionaré.

—¿Sobre mí?

Advirtió el recelo en su voz.

—No. No sobre ti, tranquilo. —Carlos la miró con curiosidad—. Me ofreció una habitación en su casa si no encontraba otro sitio donde quedarme, y creo que aceptaré la oferta.

—¿En su casa? —Carlos parecía contrariado—. Creía haber entendido que os conocisteis ayer.

—Sí. Nos conocimos ayer. Por eso me ha ofrecido la habitación de su hija, que vive en otro sitio, y no la suya, que supongo que compartirá con su mujer... —Sonrió.

—Claro... Tiene sentido...

Sin embargo, a Ariadna no le pareció que estuviera convencido de ello.

—Carlos... Imagino que en tu época sería distinto, pero hoy en día el hecho de que un hombre y una mujer se vean a solas no significa que entre ellos haya una relación sentimental. Y es normal que las mujeres viajemos solas y que nos alojemos en hoteles o en casas de huéspedes donde se alojan otras personas. Además, ¿no te fías de Duncan?

—Desde luego que sí. Ante mí siempre se ha comportado como un caballero.

—¿Entonces de quien no te fías es de mí?

—Sí. —Ariadna frunció el ceño—. ¡No! Es decir, que claro que me fío. No pretendía dar a entender que... Un momento...

Ari rio.

—Lo siento. Es tan fácil ponerte nervioso...

—Me alegra que me encontréis tan entretenido. ¿Debería acompañar mis charlas con juegos malabares?

Ariadna soltó una carcajada ante la imagen.

—No será necesario...

Carlos iba a responder a la defensiva, pero vio que la sonrisa de Ariadna era sincera y supo que no respondía a ningún intento de ridiculización. Sonrió también. Lo cierto era que le gustaba oírla reír y ser el causante de ello.

—¿Entonces vais a quedaros?

—Un tiempo, sí...

—¿Y vuestra familia? De seguro os echarán de menos aunque no viváis juntos. Vuestra madre sobre todo. En especial tras haber perdido a su otra hija...

Ariadna recibió aquel comentario como una estocada al corazón. Tuvo que decirse interiormente que Carlos desconocía los detalles de aquel asunto para no responder de malas formas.

—No quiero hablar de eso... He pensado en ello y he tomado una decisión.

—Perdonad, no era mi intención...

—Lo sé —lo interrumpió volviendo la mirada hacia la ventana—. Quizá debería ir a hablar con Duncan antes de que se haga más tarde.

Carlos la miró en silencio sin saber qué decir. No quería que volviera a desaparecer, pero sentía que no estaba cómoda y que algo la preocupaba, algo relacionado con su familia, teniendo en cuenta su reacción. Le habría gustado ayudarla, pero dudaba que pudiera cuando ni siquiera tenían la confianza suficiente para mantener una conversación trivial durante veinte minutos sin que alguno de los dos resultara ofendido.

—¿Puedo haceros una pregunta?

Ariadna lo miró algo insegura.

—Eso depende...

—¿Os quedáis aquí por mí?

—En parte...

—¿Por qué?

—Es mi culpa que estés pasándolo mal. Quiero decir... que yo te hice consciente de lo que eres y todo eso...

—Os quedáis por remordimiento, pues.

—Supongo que, en parte, sí.

—En parte...

—También me interesa averiguar más sobre todo lo que está pasando, por qué estás aquí, por qué puedo verte. Eres un fantasma...

—Os quedáis por remordimiento y curiosidad, entonces.

—Sí. Eso creo... —suspiró—. Dicho así suena fatal. Me gustaría poder ayudarte.

Carlos vio en sus ojos que era sincera, pero no pudo evitar sentirse incómodo por el hecho de que la única razón para quedarse fuera la culpabilidad. Al fin y al cabo, si lo pensaba con frialdad, había sido un accidente: Ariadna nunca había pretendido entrar en contacto con él y arrastrarlo a su mundo, al mundo de los vivos. Se sentía mezquino sabiendo que con su silencio y aceptación iba a permitir que alguien inocente dejara atrás su vida por algo de lo que no tenía más culpa que un infante al romper accidentalmente un jarrón.

Y, sin embargo, no era capaz de evitar que siguiera con sus planes. El temor a volver a quedarse solo y que no ocurriera como hacía cinco años, que esa vez estuviera condenado a vivir el resto de los días del mundo en solitario en aquel castillo, lo aterrorizaba. Nunca en vida se había considerado una persona egoísta y se odiaba por convertirse en ello en su muerte, pero estando al tanto de que Duncan se marcharía de allí pronto, no quería perder también a la única otra persona consciente de su existencia.

Apretó los puños con rabia mientras se obligaba a mantener su silencio y se negaba a convencer a Ariadna de que no lo dejara todo por él. Era un miserable y un cobarde, y se detestaba, pero él tampoco tenía culpa de lo ocurrido.

—Os lo agradezco de veras —respondió con total sinceridad. Si no tenía el valor para dejar que se fuera, por lo menos haría lo posible para ser más amable con ella.

Ariadna asintió con una breve sonrisa.

—Volveré más tarde...

# 18

## Un pozo de confesiones y lamentos y promesas

Tal y como Duncan le había asegurado, su mujer no puso ningún inconveniente en que Ariadna se quedara a dormir en su casa hasta que encontrara otro sitio, y se negaron a aceptar ningún tipo de alquiler por la habitación ya que «de todas formas nadie la usaba».

Ari fue a dejar sus cosas a la casa de Duncan después de que este la encontrara sentada, observando el castillo desde un banco situado a unos cien metros del puente. Se encontraba perdida en sus pensamientos mientras sostenía en la mano su teléfono móvil, incapaz de decidirse a llamar a su madre y decirle que se quedaría allí un tiempo. Pero ¿cómo podía explicarle que se mudaba a Escocia, pero no con su hermana? Teresa tendría mil y una preguntas, y entre ellas habría muchas relacionadas con Iveth. ¿Durante cuánto tiempo más iba a ser capaz de mantener aquella farsa? Le aterrorizaba pensar en la no tan insignificante posibilidad de que alguien que conociera a su madre se enterara de la muerte de Iveth y se fuera de la lengua. Cada minuto temía recibir la repentina llamada que, sin duda, supondría perder como mínimo la confianza de su madre. ¿Y si llamaba a su padre y le pedía que se lo dijera él? Hacía años que habían roto, pero no se llevaban mal y aún se hablaban. Quizá...

Ariadna negó con la cabeza. No podía meter a su padre en eso. No tenía nada que ver con él y su madre se enfadaría de igual manera por no decírselo ella misma.

Suspiró sin saber qué hacer. ¿Qué posibilidades había de que su madre se enterara? Había intentado convencerse de que muy pocas porque no solía hablar por teléfono con Iveth, pero ¿y cuándo fuera el cumpleaños de su hermana y le enviara algún regalo? ¿Y los mensajes de móvil? Ya había estado a punto de meter la pata por uno de ellos... ¿Y Facebook? Aunque ignoraba si se comunicaban por ahí, sabía que tanto su hermana como su madre tenían una cuenta en la red social. ¿Qué iba a hacer, quedarse con el

móvil de su hermana y su cuenta de Facebook y suplantarla eternamente?

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas conforme reparaba en que si, en general, se decía que las mentiras tenían las patas cortas, las de la suya eran como las de una hormiga. Su madre iba a terminar enterándose, y seguro que más pronto que tarde.

Duncan se había acercado a ella cuando menos ganas tenía de hablar con alguien, cuando sus ojos rebosaban lágrimas y sus mejillas estaban totalmente humedecidas. Sus intentos por ocultarlo no sirvieron de nada, pero sin duda ayudaron a convencer a Sue, la mujer de Duncan, para que dejara que una desconocida se quedara con ellos. El pago, sin embargo, fue alto, pues tuvo que explicarles todo y escuchar la opinión de unos padres que, desde luego, no estaban nada de acuerdo con su decisión.

—No te conozco lo suficiente para juzgarte, y no tengo derecho a ello, pero como madre te digo que si mi hija me ocultara algo así, yo... —comentó Sue mientras conversaban en el comedor de su casa, en el pueblo de Dornie.

Ariadna asintió, dándole la razón, pero por debajo de la mesa su pierna se movía nerviosa. Estaba de acuerdo con ella y también con su marido, y cuanto más lo pensaba más cuenta se daba de la magnitud del error cometido, pero no le gustaba que unos desconocidos lanzaran juicios sobre ella. Le molestaba en especial la mirada de aquella mujer, en la que podía reconocer el completo rechazo por lo que había hecho (apenas una degustación del que, estaba segura, vería en los ojos de su propia madre). Duncan no tenía una opinión muy distinta, pero por lo menos comprendía que siguiera allí en lugar de dirigirse rumbo a España. Ariadna y él habían acordado no mencionar a Carlos delante de Sue para, nunca mejor dicho, evitar remover los fantasmas del pasado que, cinco años atrás, colaboraran para distanciar a aquel matrimonio. Sue nunca había creído que su marido fuera capaz de comunicarse con Carlos, y aquel sabía que, de mencionarlo, Ariadna tendría que buscarse otro alojamiento.

—Lo sé... No... No sé por qué lo hice —reconoció Ariadna—. Solo quería protegerla. Sé que suena estúpido y ahora veo cuánto, pero en aquel momento me pareció la mejor idea. No quería volver a hacerla pasar por lo que tuvo que atravesar cuando murió el padre de mi hermana. Fue el peor año

de su vida, y todavía sufre en el aniversario.

—Subestimas la fuerza de una madre.

Ariadna apartó la mirada. Ya había oído unas palabras así en boca de Beathan, pero ninguno de ellos conocía a su madre ni había pasado por lo que ella. Ellos no habían estado en el hospital cuando su madre recibió la noticia de las complicaciones durante la aparentemente sencilla operación de corazón de su marido y de que no habían podido hacer nada por él. No la habían visto derrumbarse en el suelo sollozando y gritando el nombre de su esposo entre aullidos de dolor. Tampoco habían tenido que lidiar con una madre que se negaba a comer y repetía cada dos por tres que desearía estar muerta, mientras intentaban animar a una Iveth que todavía vivía con ella. Y todo eso a la vez que se aseguraba de seguir trabajando para ayudar a mantener a su familia hasta que se solucionaran los trámites de herencias y pensiones.

Sí, no le cabía duda de que su madre era fuerte, pero también sabía que lo había sobrellevado gracias a Iveth y a ella, y que viviendo sola y con Ariadna lejos, esta vez sería mucho peor.

—Sé que es fuerte —se defendió Ariadna—, pero esto la superará después de perder al padre de mi hermana hace tan poco. Lo sé...

Sue suspiró. Se sentía dividida. Por un lado podía empatizar con aquella madre que, a miles de kilómetros de allí, se encontraba viviendo una enorme mentira. Pero también era capaz de ver que aquella chica que tenía delante era sincera y que, realmente, pensaba que haciendo lo que había hecho protegía a su madre.

No le habría gustado estar en el lugar de ninguna de las dos.

—En mi opinión, creo que deberías volver a España y decírselo lo antes posible, pero no te juzgaré si no lo haces y, como ya le dije a mi marido —le dedicó una breve mirada—, puedes quedarte aquí hasta que encuentres otro lugar.

—Muchísimas gracias, señora Mackinnon...

Sue asintió un par de veces mientras se levantaba de la mesa.

—Iré a prepararte la habitación —dijo mientras salía del comedor sin esperar respuesta.

—Gracias... —susurró Ariadna, en parte al aire y en parte a Duncan,

que seguía sentado a la mesa. Luego suspiró dejando salir el aire como si acabara de llegar al tramo final de una larga escalera, aunque en realidad no estuviera ni a la mitad—. Y eso que no he mencionado a Carlos... —murmuró.

—No lo hagas... o tanto tú como yo dormiremos en la calle esta noche —aseguró Duncan.

Hubo un incómodo silencio solo interrumpido por el *tic tac* de un reloj de pared cercano. Ariadna se revolvió en su silla.

—Gracias por ayudarme... y por no decir nada. Sé que tampoco aprueba lo que estoy haciendo.

—No es asunto mío. Y entiendo tus razones, aunque no las comparta.

Ariadna sonrió sin ganas.

—Debe de ser el único. La reacción de Beathan fue peor que la de su mujer...

—Es posible que se sienta culpable, al fin y al cabo tu hermana se quedó en Escocia, en lugar de volver con tu madre, por estar con él. No sé... —suspiró—. Ojalá pudiera ayudarte.

—Ojalá...

—¿Lo sabe Carlos?

—¿Todo esto? Que va... No quiero ni imaginar lo que alguien como él pensaría de mí. Todavía no tengo claro cómo le caigo, no voy a darle más material para juzgarme.

Duncan sonrió un poco; pese a sus palabras, era obvio el cambio de su rostro al mencionar a Carlos.

—¿Lo has visto hoy?

—Sí. Venía de estar con él cuando me encontró ahí fuera.

—¿Cómo está?

—Bien. Parecía estar de mejor humor que ayer.

Duncan sonrió de nuevo.

—Reconozco que tiene bastante carácter, pero cómo culparlo en su situación.

—Lo sé. Créame, intento recordarme a mí misma que es un caballero del siglo XVIII, pero... No sé, a pesar de su forma de hablar y su ropa, se ve



tan real y... normal a mis ojos. Es decir, como usted o cualquier otra persona.

—Entiendo lo que quieres decir. Aún encuentro extraordinario que seas capaz de verlo, de algún modo me reconforta. A pesar de las evidencias, de su diario y todo lo que sé, nunca hasta ahora había podido quitarme de la cabeza la duda de si todo era producto de mi mente. Consuela saber que no me volví loco ni tengo ningún problema mental, fuera de lo habitual, al menos...

—Lo mismo digo. —Sonrió mientras fijaba la mirada en el exterior. No podía evitar sentirse mal pensando que Carlos seguía allí en el castillo y que cuando cerraran tendría que esperar hasta el día siguiente para volver a tener a alguien con quien hablar.

—¿Quieres que nos acerquemos otro rato?

Duncan parecía poder leer a través de ella. O eso, o era demasiado transparente.



Era la primera vez que Ariadna visitaba la parte más alta de Eilean Donan, aquella que le estaba vetada a los turistas. Duncan la había acompañado de vuelta al castillo y, tras hablar con uno de los vigilantes, había conseguido que le dieran permiso para subir a enseñarle a Ariadna aquel lugar.

Mientras ascendían por la estrecha escalera de caracol que conducía al ático, tanto Duncan como Ariadna guardaban silencio. Ninguno de los dos había oído a Carlos desde que regresaran, por lo que pensaron que se encontraría allí arriba.

—¿Señor Vásquez? —Duncan llamó a la puerta que bloqueaba el acceso desde el piso inferior al superior. Aunque sabía que nunca la cerraban con llave, le pareció lo más correcto. Al no recibir respuesta, no obstante, empujó y la abrió despacio, iluminando el camino con una linterna dada la ausencia de electricidad en aquel piso. Ariadna entró detrás de él y sintió escalofríos en cuanto dio el primer paso por aquel polvoriento pasillo. Todo tenía el típico aspecto que se esperaría de una mansión encantada, y el hecho de conocer al ente espectral que la habitaba no la hizo sentirse mucho mejor.

—¿Señor Vásquez? —insistió Duncan mientras caminaba por el pasillo.

Ariadna lo siguió al principio, pero al comprobar que las habitaciones sí que estaban lo suficientemente iluminadas gracias a la luz que aún entraba por las ventanas, no tardó en ir a curiosear por su cuenta. Había cinco o seis cuartos en aquella planta, pero la ausencia de moqueta y bombillas y la presencia de cajas de cartón en casi todos ellos dejaba claro que la familia propietaria del castillo había hecho del piso superior su trastero particular. ¿Ahí era donde vivía Carlos?

Entró en una de las habitaciones y advirtió que en una mesa polvorienta había algo escrito. Al acercarse comprobó que se trataba del nombre de Carlos y una fecha: el año y el siglo en el que se encontraban. Frunció el ceño, confusa.

—Hola.

Se giró de inmediato, a pesar de que Carlos había hablado en apenas un susurro para no alarmarla.

—Hola... —respondió.

Carlos miró hacia la mesa. Desde su lugar junto a la puerta no podía leer lo que había ahí escrito, pero lo sabía perfectamente.

—Me ayuda a recordar... —explicó.

—¿Recordar?

—Le pedí a Duncan que lo escribiera ayer. Me ayuda a recordar que este es el mundo real, aquel en el que vivo en un almacén polvoriento. Lo sé... —continuó ante la confusión latente en la cara de Ariadna—. Cuesta creer que prefiera eso a seguir anclado en el pasado, pero por lo menos esto es de verdad. No quiero vivir en una mentira.

Ariadna apartó la mirada. Parecía que todos se empeñaran en recordarle lo de su madre, incluso aunque no fueran conscientes de ello. Respiró hondo: Carlos no sabía nada, era del todo casual que sus palabras se lo hubieran recordado.

—¿Está aquí? —Duncan se asomó por la puerta. Le parecía haber oído hablar a alguien.

—Buenos días, señor Mackinnon —saludó Carlos—. Me alegra volver a veros.

Duncan sonrió inclinando la cabeza en dirección al origen de la voz.

—Empezábamos a preguntarnos dónde estaríais —comentó.

—Ya... Fui a pasear por los alrededores del castillo, el pozo... —No quiso mencionar el hecho de que había estado tratando, sin éxito, de enfrentarse a su... «respeto» hacia el agua para conseguir salir del castillo. Lo había intentado, sí, pero no había llegado a meter más de un pie en el agua, pues al continuar con el otro su cuerpo se había paralizado por unos instantes antes de sentir unos terribles deseos de alejarse del lago. Volvería a probar cuando la marea bajara...

—¿Se puede visitar el pozo? —inquirió Ariadna con curiosidad. Lo había visto desde lo alto de las almenas, pero no había logrado averiguar cómo acceder a él. Ninguna puerta del castillo parecía conducir allí.

—No está abierto a los visitantes, pero puedo llevarte si quieres —comentó Duncan.

—No hay mucho que ver, si os soy sincero —aseguró Carlos—. La única razón por la que voy allí es para estar tranquilo, lejos de los curiosos... aunque últimamente parece que ni siquiera allí es eso posible —murmuró.

—Te llevaré cuando bajemos —prometió Duncan a Ari. Esta asintió mientras miraba hacia el pasillo.

—¿Queréis ver el resto de las habitaciones? —inquirió Carlos. Duncan supo que se dirigía a ella sin necesidad de verlo, pues él ya había estado allí en múltiples ocasiones—. Aunque hay poco más que trastos y polvo...

Los acompañó a recorrer toda la planta y Ariadna comprobó que no mentía, todo estaba lleno de cajas repletas de objetos, pero a ella no le parecieron simples trastos. Para empezar, en una de las habitaciones había dos camas sobre las que descansaban viejas armas oxidadas: cuchillos, sables, un par de espadas... Incluso le pareció ver algún mosquete. Se notaba que eran antiguas, no simples réplicas recientemente compradas, por lo que no entendía qué hacían allí en lugar de estar dentro de un museo o exhibidas en la planta inferior del castillo. Duncan le explicó que, por lo que él sabía, los objetos más importantes sí que habían acabado en algún museo o pasado a formar parte de la colección del castillo, pero el resto carecía del valor suficiente para ser expuesto. El único lugar en el que habrían tenido cabida sería una casa de subastas, pero los Macrae no necesitaban el dinero.

—Seguro que por tu diario pagarían gustosos en cualquier sitio... — comentó Ariadna, aunque se arrepintió en cuanto vio las miradas que ambos hombres le dedicaron—. Solo era un comentario... no es que piense robarlo y venderlo ni nada así...

—No serías la primera —aseguró Duncan—. Parece que es una práctica bastante común entre algunos trabajadores del castillo. Recomendé a la familia Macrae hacer un inventario de todo lo que tienen aquí arriba para evitar nuevos robos, pero no parece que les importe demasiado.

Ariadna entró en otra habitación y se agachó para examinar algunos mapas antiguos y cartas manuscritas que se acumulaban sin orden en varias cajas de madera.

—¿Alguna vez se sentó a comprobar si alguna de estas cartas...?

Duncan asintió antes de que terminara la pregunta.

—Son antiguas, pero la mayoría se remontan a comienzos del siglo XX. No hay ninguna del XVIII.

—Hmm...

—Es comprensible. Es difícil que algo así sobreviviera después de la explosión del castillo. Y si lo hizo, seguro que hace tiempo que acabó en un museo...

Ariadna notó que Duncan le dirigía una mirada significativa. Decidió preguntarle después. Reparó entonces en que Carlos llevaba bastante tiempo en silencio. En ese momento mantenía la mirada fija en el interior de una de las cajas llenas de cartas, pero parecía encontrarse en otro lugar.

—¿Estás bien?

Él la miró extrañado.

—Sí, claro... ¿Por qué lo decís?

—No has dicho ni una palabra desde que empezamos a recorrer este lugar.

—El señor Mackinnon sabe mucho más de este sitio que yo... —Se encogió de hombros—. Después de todo, yo solo puedo limitarme a examinar lo que hay a la vista...

Ariadna terminó de curiosear por un par de cajas más, pero no podía quitarse de la cabeza el hecho de que Carlos viviera allí, en aquella planta

abandonada en lo alto del castillo. Lo miró sintiendo una repentina punzada de pena por él. No creía que nadie, vivo o muerto, se mereciera algo así. Ella en su lugar habría perdido la cabeza hacía mucho tiempo, y seguramente habría acabado haciendo cosas peores que asustar a los turistas con corrientes de aire.

Carlos la miró y no le gustó lo que vio en sus ojos. Había sufrido esa mirada con anterioridad (aunque por distintas razones) hacía tiempo, tanto que debería haberse perdido en sus recuerdos, y, sin embargo, seguía tan presente como si hubiera ocurrido un par de meses atrás. También habían sido unos ojos femeninos los que habían volcado en él su lástima y compasión, horas antes de que zarpara hacia Escocia, y tampoco entonces había querido quedarse a aguantar aquella mirada. Se adelantó y desapareció por el pasillo.

—¿Carlos...?

Ninguna respuesta.

Ariadna salió y lo buscó por el resto de habitaciones. Al no encontrarlo en aquella planta, regresó junto a Duncan.

—¿Pasa algo?

Ariadna se encogió de hombros.

—Creo que se ha ido...

—Ah. Bueno, yo también debería irme, le dije a Sue que volvería a tiempo para la cena y aún tengo que hacer un par de recados antes. —La miró—. También cuenta contigo si te apetece acompañarnos.

—No... —Sacudió la cabeza con suavidad—. Gracias, pero ya comeré cualquier cosa en el pub.

Duncan asintió. Suponía que querría pasar tiempo a solas, bien por su cuenta o bien junto a Carlos.

—Ven. Te llevaré al pozo antes de irme.

Duncan la condujo hasta el pozo y pocos minutos después se despidió dejándola allí a solas.

—Si cambias de idea, la cena es a las siete —le recordó antes de marcharse.

Ariadna asintió con una ligera sonrisa y lo observó subir las escaleras

hasta que salió de allí cerrando la puerta tras de sí. Suspiró mientras miraba hacia el interior del pozo: el fondo no estaba lleno del todo, por lo que el agua dejaba espacio para una pequeña orilla que se extendía un par de metros por delante de la escalera. Se acercó hasta el agua y se agachó para mirar en el fondo: estaba lo suficientemente cerca como para distinguir algunas monedas lanzadas por turistas de todas partes del mundo. Ariadna extendió la mano para alcanzar una.

—Trae mala suerte robar de un pozo de los deseos...

Soltó la moneda, sobresaltada, y se giró para encontrarse con Carlos.

—¿Siempre tienes que aparecer así, de repente? —inquirió con la mano en el pecho.

—Mis disculpas, Ariadna.

Se acercó a su lado y miró al fondo del lago.

—¿De verdad crees en esas cosas? —le preguntó ella—: ¿monedas que te dan suerte o cumplen deseos?

—No lo sé. Igual si pudiera lanzar una no seguiría aquí. —Sonrió con tristeza—. ¿Y el señor Mackinnon?

—Tenía cosas que hacer... —Lo miró a los ojos—. ¿A dónde fuiste?

Carlos se encogió de hombros y tomó asiento sobre la hierba, con la espalda apoyada contra la pared interior del pozo. Ariadna lo miró sin saber qué hacer o decir. Esperó a ver si tomaba la palabra, pero al ver que no era así, suspiró y fue a sentarse en las escaleras. Allí por lo menos estaba fuera de la vista de los turistas curiosos que se asomaban y podrían verla hablar sola, y del alcance de posibles monedas lanzadas.

—Creo que este es mi lugar preferido en todo el castillo —susurró Carlos al poco—. No sé por qué ya que, definitivamente, no es muy acogedor, y resulta algo claustrofóbico, como estar en una prisión, pero... no sé... Me llena de calma. Es como si... Os vais a reír, pero es como si al visitar cualquier otra parte del castillo arrastrara unas cadenas y este lugar, este pozo, fuera su origen. Es... Siempre acabo regresando aquí en algún momento del día. No sé si este pozo cumplirá deseos, pero sin duda hay algo sobrenatural de verdad en él.

Ariadna pasó la mirada de Carlos al pozo. Desde ahí abajo a ella no le

parecía nada más que una charca de agua rodeada por un muro circular. Era bonito, ya que las paredes estaban cubiertas de musgo y la parte que el agua no cubría estaba repleta de plantas, lo que le daba a todo un color verde vibrante que contrastaba con el marrón grisáceo de la piedra. También era en cierto modo acogedor, ya que te mantenía fuera de la vista de los turistas. Pero seguía siendo un simple pozo....

—¿Existía ya cuando llegaste?

Carlos entrecerró los ojos, pensativo.

—Había un pozo, sin duda. No lo recuerdo exactamente igual, lo que imagino que será normal puesto que reconstruyeron el castillo, pero sí...

—¿Aquí mismo? —Carlos asintió—. Quizá es eso lo que te atrae tanto de este lugar concreto, el hecho de que, a grandes rasgos, no haya cambiado tanto y os recuerde a vuestra época.

—Es posible...

Ariadna fijó la vista en él de nuevo.

—¿Qué te trajo aquí?

—¿Perdonad?

—Quiero decir... ¿querías venir o solo cumplías órdenes?

Carlos se tomó unos instantes para responder.

—Cumplía órdenes.

—Debió de ser duro... verte obligado a dejar tu familia atrás y viajar tan lejos por algo que no tiene nada que ver contigo.

—¿Nada que ver? Como español, era mi deber para con mi patria.

—Ya, ya... pero no es como si tú quisieras venir aquí por un deseo personal.

—Así fue. Para mí fue un honor tener la oportunidad de ayudar a defender la causa de mis camaradas de las Tierras Altas y la corona Española.

Ariadna enarcó las cejas, pero no replicó. No sabía mucho del tema y no quería decir nada que pudiera ofenderlo. Saltaba a la vista que Carlos era una de esas personas dispuestas a darlo todo por lo que consideraba justo, y que estaba acostumbrado a recibir y a acatar órdenes.

—Entonces, ¿nunca te arrepentiste de haber venido?

—No. No realmente. Es decir, fue duro, sin duda, pero no tenía nada que

me atara a mi país y aquí se me necesitaba. Y los highlanders nos acogieron con hospitalidad, no albergo ninguna queja a tal respecto.

—¿Y tu familia?

El rostro de Carlos pareció ensombrecerse y Ariadna se preguntó por qué no podía mantenerse calladita. Sabía que su madre había muerto, pero no así su padre, y seguramente tuviera más familiares, puede que no una esposa, ya que había dicho que no había nada que le atara allí, pero quizá sí alguna mujer en la que estuviera interesado. Y cualquier persona a la que hubiera dejado atrás, además, llevaba siglos muerta ahora.

—Lo siento —se apresuró a responder—. No hace falta que hablemos de eso...

Carlos respiró hondo.

—Tampoco importa ya, de todas formas. Puede que sienta como que dejé todo atrás hace solo unos meses, pero la realidad es bien distinta, como sabemos. De nada sirve lamentar algo que es irremediable.

Aunque sabía que tenía razón (o justo por ello), Ariadna no pudo evitar sentir una oleada de remordimientos. La situación de Carlos era irremediable, pero ella tenía familia y estaba alejándose voluntariamente de ella.

Y su madre...

Bajó la mirada fijando los ojos en el suelo al sentir que volvían a llenársele de lágrimas.

*Ahora no... Ahora no, por favor...*

—¿Os quedáis en casa del señor Mackinnon, entonces?

Ariadna agradeció que no le preguntara por su familia, que recordara que le había dicho que no quería hablar del tema, pero lo que deseaba en aquellos momentos era estar sola. Pensó en ser, lo que él llamaría, descortés; decirle algo que hiciera que se fuera o, simplemente, irse ella de allí. Pero fue incapaz de hacer ninguna de las dos cosas, pues ambas requerirían demasiadas explicaciones y Carlos no había hecho nada para merecer una mala contestación.

—Sí... —susurró, tratando de levantar la voz lo menos posible para que no se notara que estaba a punto de llorar.

—Estupendo. ¿Cuándo se marcha?



—No sé...

Carlos se incorporó y se acercó hacia ella despacio. Ariadna se llevó una mano a la cara rápidamente, intentando secarse los ojos antes de que pudiera notar las lágrimas.

—¿Estáis bien...? —Ella asintió—. Miradme.

Ari negó con la cabeza, pero entonces Carlos se acuclilló frente a ella, un par de escalones por debajo de donde se encontraba, y ya no tuvo dónde esconderse. El rostro del soldado cambió de inmediato al ver sus ojos llorosos, dulcificándose hasta un punto que Ariadna no había conocido.

—¿Qué os ocurre?

—Nada...

—No os tenía por una mentirosa —le recriminó suavemente—. Tenéis los ojos llenos de lágrimas.

Ariadna no pudo aguantarlo más y rompió a llorar. Qué más daba. Ya la había visto así y no es que pudiera contárselo a nadie aparte de Duncan. Tampoco importaba mucho lo que pensara de ella. Carlos sintió deseos de abrazarla, pero ni aunque le hubiera sido posible se habría permitido tal atrevimiento. Se sintió impotente y totalmente paralizado, sin saber cómo reaccionar. Estaba seguro de que en esa ocasión no había dicho ni hecho nada para que respondiera así.

—A... Ariadna... yo... ¿Qué...? ¿Qué os ocurre? —continuó agachado frente a ella. Solo en otra ocasión había visto llorar así a otra mujer, y aquello no le trajo buenos recuerdos. Tuvo que obligarse a apartarlos de él, consciente de que la situación no era la misma. O eso pensaba...—. ¿Os ha dañado alguien...?

—No... —sollozó con más fuerzas. Era ella quien se lo hacía a sí misma.

—¿Entonces...? ¿Qué os ocurre? Por favor, responded... —La sensación de impotencia era terrible. Ni siquiera podía avisar a Duncan para que él la consolara. No podía avisar a nadie que la pudiera ayudar.

Ariadna no quería decirle nada, sabía que le reprocharía sus acciones igual que los demás y era la única persona que conocía allí que aún no tenía motivos para criticar su actitud. Sin embargo, cuando levantó la mirada y la

fijó en sus ojos oscuros, tan alejados del azul que más dominaba por aquella tierra, unos ojos que la arrastraban sin remedio a casa, no pudo aguantar más y se derrumbó, explicándole atropelladamente todo lo acontecido desde el momento en que recibiera la llamada de Beathan informándole del accidente de su hermana. Se centró en su decisión con respecto a su madre, sí, pero también desnudó su alma como no lo había hecho con nadie más que su hermana hasta aquel momento. Dejó que el dolor por la pérdida hablara por ella, también el miedo por la reacción de su madre e incluso la incertidumbre y ligera esperanza acerca de la existencia de su hermana que su propia presencia le había otorgado. Cuando terminó dejó escapar un profundo suspiro, como si acabara de dejar caer al suelo una bolsa llena de ladrillos.

Carlos aún mantenía su mirada sobre ella, no había apartado los ojos ni un instante y había escuchado cada palabra como si fuera una lección que tuviera que memorizar. Iba a necesitar unos instantes para digerir todo aquello, y aclaraciones, sin duda, pero prefirió esperar a que fuera ella la que retomara la palabra. Era obvio el esfuerzo que sincerarse así con él le había supuesto, y le conmovía que hubiera decidido compartir algo tan personal con él, abrirle sus sentimientos de aquella forma. Pero, sobre todo, se alegraba de haber sido capaz de ayudarla, después de todo, simplemente estando ahí para escuchar. Nunca se habría podido imaginar que aquella muchacha tan joven guardara tal carga en su interior, y en esos instantes le pareció la mujer más fuerte que había conocido. El hecho de que a pesar de cargar con todo aquello siguiera luchando por estar ahí, para él, solo aumentó su admiración.

—Lo siento... —susurró Ari—. No quería... Sé que nada de esto es asunto tuyo. No quería contártelo, pero... —Sintió que los ojos se le inundaban de lágrimas de nuevo—. No pude evitarlo —susurró en un leve sollozo—. Es... es demasiado para mí y no... no tengo a nadie...

*O por lo menos no a nadie que parezca poder comprenderme.*

Carlos asintió y meditó unos segundos, intentando escoger bien sus palabras. No estaba acostumbrado a hablar con mujeres, pero sabía que debía tener cuidado para que no pudiera malinterpretarlo y para no parecer insensible.

—Agradezco vuestra sinceridad, Ariadna. Y bueno, sé que dada mi situación no es una promesa que me resulte extremadamente difícil hacer, pero... podéis confiar en mí. —Ariadna asintió sin mirarlo—. También me encantaría poder ofreceros un pañuelo, pero... Imaginad que lo hago.

Ari dejó escapar una breve y suave risa mientras levantaba la mirada hacia él.

—Imagina que lo acepto y agradezco el ofrecimiento...

Carlos le mantuvo la mirada durante unos segundos antes de reparar en lo cerca que estaban y lo irrespetuoso que estaba siendo al no opinar sobre su revelación. Se separó un poco, aunque se mantuvo agachado frente a ella.

—Ya lo dije, pero siento lo de vuestra hermana.

—Gracias... Aunque ahora seguro que piensas que soy una persona horrible por ocultárselo a mi madre.

—En absoluto —respondió. Y era del todo sincero. No pensaba que fuera lo mejor que podía haber hecho, pero lo entendía y podía verse a sí mismo haciendo algo así si con ello pensara que podía ahorrar sufrimiento a un ser querido. No le era precisamente ajeno el tema de hacer sacrificios—. Pienso que hicisteis lo que pensasteis que era mejor para vuestra madre... sin pararos a pensar, quizá, en el alcance de vuestra decisión. Lo que habéis hecho es... —Apartó los ojos de ella un momento intentando dar con la palabra más adecuada. No pudo evitar que se le escapara una breve risa al encontrarla—. Una locura como pocas he visto, para seros sincero.

Ariadna apartó la mirada con una sonrisa triste.

—Creo que la palabra que buscabas es estupidez —sugirió.

—No, la palabra es locura, una de tantas que se hacen por las personas a las que amamos... Pero también me parece algo muy valiente.

—¿Crees que ha sido un error?

Carlos meditó la respuesta. Suponía lo que ella quería oír, pero no deseaba mentirle, en especial no en una situación tan delicada y cuando estaba seguro de que si seguía guardando aquel secreto, este acabaría consumiéndola hasta que se tornara en su contra.

—¿Queréis que responda con honestidad? —Ariadna dejó escapar un suspiro antes de asentir—. Pienso que, a menos que vuestra madre sea una

mujer muy mayor, al límite de sus días, no os será fácil ocultar un secreto de tal magnitud... Y tampoco podéis controlar que el secreto no le sea desvelado a través de otros cauces... —Sintió que algo le oprimía el corazón al reparar en el dolor que sus palabras estaban produciendo, pero le parecía que Ariadna era lo suficientemente inteligente como para haber barajado ya todo aquello. De seguro solo necesitaba oír sus propios pensamientos en labios de otra persona.

—¿Y qué crees que debería hacer ahora...?

—No soy quien para deciros qué hacer.

—Por favor... —Ariadna lo miró a los ojos, suplicante.

—Pienso que lo más sensato sería decirle la verdad lo antes posible.

Ari apartó la mirada secándose unas nuevas lágrimas mientras asentía. Era la respuesta que esperaba y, aunque no le gustara, sabía que tenía razón. Sabía que todos tenían razón. Solo necesitaba reunir el valor para hacerlo.

—Me odiará...

—Es vuestra madre.

—Tú no la conoces... Y ya le mentí hace unos días cuando hablé con ella y le dije que mi hermana estaba bien, que estábamos juntas.

Carlos suspiró. Nunca había tenido que enfrentarse a un problema así y temía no darle el mejor consejo.

—Es muy probable que se enfade en un principio... Pero es vuestra madre y seguro que acabará comprendiendo, aunque le lleve algún tiempo.

—No quiero hacerle daño...

—Seguro que eso también lo sabe.

—¿Y si se lo digo y me odia por ocultárselo?

—¿Y si se lo ocultáis y se lo dice otra persona?

—No me lo perdonará nunca... —susurró.

Entre los dos se hizo un momento de silencio solo interrumpido por el sonido del viento. Ni siquiera llegaban ya las voces de los turistas.

—Escuchad, la decisión es solo vuestra. Tan solo recordad que lo que hicisteis, lo hicisteis por una buena razón, porque la queréis y no deseáis que sufra. Nadie tiene derecho a juzgaros por haber tomado una decisión tan difícil. Yo, personalmente, lo encuentro admirable. Y entenderé vuestra

postura cualquiera que sea vuestra elección.

—Gracias... de verdad... —respondió sincera. Era la única persona que parecía entenderla por completo, y se lo agradecía infinitamente.

# 19

## Caminando sin red

A Carlos le habría gustado poder seguir hablando con Ariadna durante más tiempo, pero su conversación fue interrumpida cuando uno de los vigilantes la avisó de que el castillo iba a cerrar. Aunque podían haber continuado charlando en los alrededores, Carlos comprendió que lo que ella necesitaba en aquellos momentos era estar sola para poder tomar una decisión con respecto a su madre. Ahora que sabía lo que ocupaba su mente por encima de todo lo demás, le era sencillo identificar qué había estado ensombreciendo su mirada desde que volviera al castillo aquella tarde... y lo cierto era que se alegraba mucho de no ser el causante. Desde que Ariadna le anunciara su decisión de quedarse allí había estado luchando por no sentirse culpable de anclarla a aquel lugar junto a él, repitiéndose que se lo debía, que de haber sido al contrario, su honor también le habría impedido abandonarla a su suerte tras despertarla de aquella suerte de trance espectral. Pero ahora, saber que su principal preocupación se basaba en lo relacionado con su madre le quitaba un peso de encima.

Cuando Ariadna se fue de vuelta a Dornie, Carlos subió rápidamente a lo más alto del castillo y la observó alejarse por la orilla del lago hasta que cruzó la carretera y desapareció, a lo lejos, en el camino principal del pueblo. No envidiaba su posición y no le habría extrañado lo más mínimo descubrir al día siguiente que no había hablado con su madre. Él tampoco habría sabido cómo darle aquella noticia, y menos aún a través de aquellos artefactos que usaban para comunicarse, sin ser capaz de mirarla a los ojos y abrazarla.

De repente se encontró pensando en sus propios padres. No recordaba muy bien a su madre, pues había muerto siendo él pequeño, pero se preguntaba qué habría sido de su padre. ¿Cómo se habría tomado la noticia de su muerte? ¿Y cómo exactamente le habrían dicho que había muerto? Ahora que sabía que la Historia no se había ajustado a la realidad sobre lo acontecido en aquel castillo en 1719, le preocupaba cómo habrían justificado

su muerte a ojos de su familia. ¿Cuál habría sido la versión oficial sobre ella? ¿O no había habido ninguna y, simplemente, nadie se había molestado en hacerle llegar a su familia ningún mensaje, dejándoles solos con su imaginación para suponer lo que le había pasado?

Solo sus amigos más cercanos y su padre conocían la verdadera razón de su partida. Ellos y Amaia, por supuesto. Pero su padre y también Marga, su tía, debían de haber sabido que nunca los habría abandonado sin más, que jamás habría perdido contacto con ellos, pues eran su familia, lo único que tenía. Le partía el alma plantearse la posibilidad de que hubieran vivido el resto de sus días pensando que se había olvidado de ellos, que había decidido dejarlos atrás como a Amaia y al resto de su pasado.

Suspiró. ¿Y qué habría sido de ella...? Desde que llegara a aquella isla se había obligado a no pensar en Amaia, aunque nunca lo había conseguido. ¿Habría sido feliz con su marido? ¿Habría tenido hijos? ¿Habría pensado en él en algún momento? ¿Le habría llegado a echar de menos?

Sacudió la cabeza para apartar aquellos pensamientos. De nada servía hacerse preguntas, pues ya era tarde para encontrar respuestas; no las hallaría a menos que existiera algún paraíso donde todos estuvieran ya y consiguiera entrar en él algún día.



—¿Qué es eso de que has dejado el trabajo? Es una broma, ¿no?

—Hola, Sara. Yo estoy bien, gracias. ¿Cómo estás tú?

Le respondió un profundo suspiro al otro lado de la línea.

—Pues parece que, contra todo pronóstico, soy la única que sigue conservando la cabeza.

—Gracias por tu comprensión.

—Oh, no es una crítica, cielo. Me alegra que por fin hayas decidido desmelenarte un poco y atreverte a hacer algo que yo llevo años deseando.

—¿El qué?

—Mandar a la mierda este trabajo e irte por ahí a la aventura. —Ariadna no pudo reprimir una fugaz sonrisa—. Pero me habría gustado que me lo dijeras y no tener que enterarme por la jefaza. Que por cierto estaba de un humor de perros y nos ha cargado con tus artículos.

—Lo siento mucho, Sara...

—Para nada, ya le he dicho que yo estaba hasta arriba y que no podía con más, que se buscara a otra. Así que se lo ha pasado a Vero. —Rio—. Que haga algo, para variar. No creo que su columna de moda requiera todas sus neuronas. Aunque igual en su caso sí... Bah, que se apañe. Pero a lo que iba, que me lío, que tenías que habérmelo dicho. Para ser periodista, parece mentira lo parca que eres en palabras.

Ariadna pudo notar, pese a todo, que en el fondo su amiga estaba algo dolida, y no la culpó; era la única persona con la que solía quedar fuera del trabajo, y dentro habían sido compañeras de mesa durante los últimos cuatro años. Se podía decir que tanto su vida social como profesional se resumían en Sara, por lo que era comprensible que esperara que la llamara para contarle algo así.

—Lo siento. He tenido muchas cosas en la cabeza desde que llegué aquí...

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—Siento lo de tu hermana.

—Gracias...

—Pero sigo sin entender por qué quieres dejarlo todo para quedarte allí, al otro lado de Europa, justo ahora que no está... No me malinterpretes, ya te digo que me parece fantástico, sobre todo si te ligas a algún highlander sexi con una de esas falditas indecentes, pero siempre encontrabas cualquier excusa para no ir y...

—No eran excusas, era trabajo —respondió a la defensiva.

—Excusas para poder quedarte aquí anclada a tu trabajo en lugar de salir y vivir un poco —especificó—. ¿Por qué ahora?

Ariadna se encogió de hombros y se dejó caer sobre la cama que Sue le había preparado.

—No lo sé, Sara... —mintió. La conocía lo suficientemente bien como para saber que le sugeriría a su propio psicólogo si le hablaba de Carlos.

Sara tenía diez años más que ella, lo que la hacía una «cuarentona», como se aseguraba de recordarle desde que celebraran su trigésimo quinto cumpleaños. Irónicamente, no obstante, era ella quien solía tener que arrastrar



a Ariadna para salir los fines de semana. No le cabía duda de que se habría alegrado muchísimo, y puede que incluso plantado allí, si le hubiera dicho que la causa de que se quedara en Escocia era un hombre, pero solo si se tratara de uno de carne y hueso. Si le hubiera dicho la verdad habría ido hasta allí, pero para llevarla de vuelta a casa de una oreja.

Escuchó a Sara suspirar de nuevo al otro lado, seguramente pensando que estaba afectada por la muerte de Iveth. Y así era en parte.

—¿Cómo lo está sobrellevando tu madre? Imagino que mal tras lo de su último marido...

Ariadna sintió deseos de lanzar el móvil por la ventana. Sabía lo que venía, pero se negaba a mentir a más gente.

—Aún no se lo he dicho... —Se apartó el móvil de la oreja justo a tiempo.

—¡¡¿Qué?!!! ¡¡Ari!!

—No quiero decírselo por teléfono, ¿vale? No creo que sea una noticia para darla así... —medio mintió. Si bien no era esa la razón por la que no se lo había dicho aún, tras pensar mucho en ello después de dejar el castillo y antes de recibir la llamada de Sara, había decidido que lo mejor sería decírselo en persona. Pediría a su padre que la acompañara, tal vez también a Beathan, aunque no sabía si querría, y se lo diría entonces cara a cara.

Todavía no había decidido cuándo se iría. No quería dejar a Carlos solo, así que tendría que hablar con Duncan para ver cuándo se iba él a Glasgow y aprovechar para ir a España mientras él aún siguiera en Dornie y pudiera visitarlo.

—¿Cuándo vienes entonces?

—No lo sé. Ya te avisaré...

—¿Sabe que estás ahí por lo menos, o piensa que sigues en la ciudad?

—No. Sabe que estoy aquí. Le dije que venía a visitar a Iveth...

—Pobre mujer.

—Sara, el dedo en la llaga y eso, gracias.

—Es que me cuesta creer que hayas podido ocultarle algo así. Si quieres puedo...

—Ni se te ocurra, Sara.

—Puedo comprarle un ramo de flores y decirle que...

—No. No, no, no, Sara, por favor. Por favor, es importante. No le digas nada, ¿vale? Iré lo antes posible, pero no le digas nada o me matará.

—Cielo, lo hará igualmente, parece que no la conozcas...

Ariadna se preguntaba a menudo si Sara se detenía alguna vez a pensar antes de hablar. Todo parecía indicar que no.

—Tú no digas nada, Sara. Te llamo cuando llegue.

Colgó sin darle oportunidad a replicar. Igual si se pensaba que estaba molesta, se tomaba su petición más en serio.



Sue miraba por la ventana preocupada y sin entender por qué su marido parecía tan tranquilo.

—Lleva en el jardín una hora...

—Necesitará estar sola.

—Lo que necesita es regresar a casa y enfrentarse a sus problemas. Es cruel lo que está haciendo con su madre.

—Estoy de acuerdo. Pero es decisión suya y de nadie más.

—Si no la dejáramos quedarse, no tendría adónde ir y tendría que volver...

—Susan, le hemos ofrecido nuestro hogar, no podemos echarla ahora solo porque no esté actuando según nuestro criterio.

—No se trata de criterio, sino de moral y de respeto por la familia, pero ya sabemos que no eres el más indicado para enseñar ninguna de las dos cosas... —susurró con amargura mientras planchaba una de las camisas de su marido sin apartar la vista de la ventana. Al otro lado, la silueta de Ariadna sobre el balancín del jardín delantero de la casa se recortaba contra la superficie del lago, levemente iluminada por la luz del atardecer.

Duncan, por pura costumbre, optó por no responder a la acusación y se limitó a rellenar su vaso de vino blanco. Había planeado mudarse a Glasgow al final de esa semana y comenzaba a hacerse palpable la tensión añadida que suponía el hecho de que pensara en retrasar su partida. No iba a hacerle bien a ninguno de los dos que prolongara su estancia y alargara el tiempo que les quedaba compartiendo casa.

—Esa pobre madre, viviendo esa mentira. Cada vez que pienso en ello, yo...

—Pues no pienses más en ello, querida.

Duncan ignoró la mirada de reproche de su mujer, dio un trago a su copa de vino y salió al jardín con esta en la mano.

En el jardín, Ariadna disfrutaba de las últimas luces del día mientras recorría decenas de páginas webs desde su móvil, intentando empaparse de cualquier información sobre fantasmas que pudiera resultarle útil para ayudar a Carlos. Aunque tenía que reconocer que no era la primera vez que leía artículos sobre entes paranormales, y que había pasado varias madrugadas solitarias buscando el sueño en el sofá mientras se tragaba los típicos programas nocturnos de temática paranormal y dudosa calidad científica, sí que era la primera vez que valoraba la información otorgándole la posibilidad de que fuera cierta. Pero estaba segura de que por cada dato correcto habría diez que no lo serían, así que cualquier cosa que no hubiera comprobado ya en Carlos, no dejaba de ser más que una hipótesis.

—¿Va todo bien?

Ariadna levantó la mirada del móvil y sonrió un poco al ver a Duncan.

—Sí. Buscando información sobre fantasmas y tal. Me gustaría saber por qué Carlos sigue aquí.

—¿Y ha habido suerte?

—No mucha, más allá de lo de tener asuntos pendientes. Y no creo que ese sea el caso de Carlos habiendo muerto hace tanto. No sé... —Lo miró—. ¿Usted qué opina? Debe de haber pensado en ello alguna vez durante todos estos años, ¿no?

Duncan asintió mientras tomaba asiento en una silla de metal frente al balancín donde estaba ella.

—Yo creo que Carlos está ligado al castillo. Es lo único que explica que no pueda alejarse de allí. Si tuviera asuntos pendientes, podría resolverlos en otro sitio. A menos, claro, que estos también estuvieran relacionados con el castillo...

Ariadna asintió, pensativa.

—Hay otra posibilidad —susurró—. Que esté ligado a su cuerpo. Que este se encuentre en algún punto del castillo o los alrededores. Su... esqueleto, vamos. ¿Qué puede haber más importante que su propio cuerpo?

—Hmm... Supongo que podría ser. Pero entonces me temo que no hay mucho que hacer por él; no tenemos forma de saber dónde descansan sus restos. Podemos conjeturar con que se encuentren en el castillo, ya que es la zona a la que está limitado, pero podrían estar en cualquier sitio: entre los cimientos, sepultado bajo tierra debajo del edificio, en el fondo del pozo... O incluso en el fondo del lago alrededor del castillo.

—Lo sé, también lo he pensado —suspiró.

—Sé que no es la respuesta que buscas, pero... —Ariadna negó con la cabeza, quitándole importancia—. Siento no poder ayudarte más. —Duncan dio un trago a su copa de vino y respiró hondo—. Y me temo que voy a tener que marcharme pronto, de todas formas... —Ariadna lo miró con curiosidad—. Ya aplacé la mudanza a Glasgow, tenía pensado hacerla hoy. Pero no voy a poder seguir aplazándola mucho más...

—Pero... ¿y Sue? —preguntó, confusa. No había entrado en la habitación de Duncan, obviamente, pero en el resto de la casa no había señal de cajas de mudanza ni nada que indicara que iban a irse pronto.

—Oh, no, soy solo yo. Ella se queda aquí...

—Ah.

—No te preocupes. Tú puedes quedarte de todas formas hasta que encuentres otro lugar. Eso no ha cambiado... —La tranquilizó, pero Ariadna mantuvo su expresión confusa—. ¿Qué ocurre?

—Pues... Usted conoce a Carlos más que yo. Si se va...

—Estoy seguro de que no le importará; aún te tiene a ti. —Sonrió.

—Ya, pero... —Lo cierto era que con él ahí, de algún modo sentía que la «carga» de Carlos era compartida, que no dependía solo de ella para mantener su contacto con la realidad. Si Duncan se iba, su responsabilidad iba a ser mucho mayor y eso la intimidaba. Tendría la vida (o «vida», entre comillas) de un hombre en sus manos. Además, ¿qué pasaba con su viaje a España? Tendría que dejarlo solo durante el tiempo que estuviera fuera—. ¿Y el acceso a donde vive Carlos?

—Tranquila. Hablaré con los vigilantes para que te dejen subir siempre que quieras, les he dicho que estás escribiendo un libro que se centra en el castillo, así que les diré que necesitas acceder a todas las zonas.

Esta vez fue Ariadna quien tomó una profunda bocanada de aire. Si de verdad tenía que irse, tendría sus motivos... Obvios, por otra parte, si su mujer no lo acompañaba. Pero eso no era asunto suyo.

—Está bien...

—Seguiremos en contacto, Ariadna, no te preocupes. Y si alguna vez vas a Glasgow...

Asintió y apartó la mirada, pensativa, mientras fijaba los ojos en el impresionante atardecer de vibrantes nubes rojizas que se atisbaba en el horizonte.

—Por cierto... —Volvió la vista a Duncan al recordar—. Cuando estábamos en el ático y mencionó lo de que cualquier cosa interesante que hubieran encontrado en el castillo habría acabado en un museo... Igual fue mi imaginación, pero me pareció que lo decía por algo.

Duncan sonrió, asintiendo.

—Tienes una memoria prodigiosa. —Rio—. Lo había olvidado por completo.

—¿Entonces...?

—Existe una carta... —Asintió de nuevo mientras parecía hacer memoria—. Hace años, cuando conocí a Carlos, yo también investigué mucho. Usé ordenadores, sí, pero sobre todo busqué en colecciones de la época en museos de Portree, Fort William, Inverness... Al final fue en un pequeño museo de Dingwall, donde menos esperaba encontrar algo, donde di con ella.

—¿Una carta de Carlos?

—Dirigida a él. Enviada por su padre y su tía.

Ariadna abrió mucho los ojos, emocionada ante la posibilidad de la existencia de algo más relacionado con el Carlos de carne y hueso.

—¿La tiene? ¿Puedo verla?

Duncan no pudo evitar reír ante su emoción.

—Sí y no... No pude conseguir la carta, pero le hice una foto, te la

enseñaré cuando entremos...

—¿Lo sabe él?

Duncan negó con la cabeza.

—Me debatí durante mucho tiempo sobre si decírselo o no, pero pensé que leer algo escrito por alguien a quien ya nunca podría ver le haría más mal que bien...

Ariadna frunció el ceño.

—No sé... —comentó—. También le devolvería en parte a su familia... Yo creo que en su lugar me gustaría poder volver a ver o leer algo así; de algún modo me pondría en contacto de nuevo con mis seres queridos...

Duncan pareció meditar sus palabras mientras mecía en círculos su copa de vino antes de beber otro trago.

—Tal vez... Bueno, dejaré que lo decidas tú.

—¿Yo?

—Te daré una copia antes de irme; de nada sirve que me la quede solo para mí, especialmente si me voy. Así, si decides que debería leerla, podrás enseñársela.

Permanecieron en el jardín hasta que la luz desapareció y el frío los obligó a refugiarse en el interior. Sue ya se había ido a su habitación, por lo que Duncan aprovechó para ir a por una copia impresa de la carta que guardaba en el mismo escondite que el diario, y regresó al comedor para enseñársela a Ari. Cuando volvió junto a ella, le extendió una impresión en papel de la foto de una carta manuscrita. La caligrafía tenía ese típico estilo antiguo: muy cuidado y a pluma. El desgaste del papel y la letra en sí complicaban la lectura, pero era lo suficientemente clara para poder leerla.

2 de Agosto de 1719

Mi bien amado hijo:

Hace apenas cuatro meses que te marchaste, pero tu partida y, en especial, la ausencia de noticias están consumiendo nuestros corazones lentamente. Tanto tu tía como yo luchamos por mantener la esperanza

de que la falta de nuevas es, en efecto, una buena señal, pero cada día que pasa sin correspondencia desde Escocia consume un poco nuestra fe.

Somos conscientes de la situación en la que os encontráis en aquellas tierras, pero si el envío de una misiva no supusiera perjurio alguno a tu persona, unas solas palabras de tu parte serían suficientes para restaurar nuestros ánimos y llenarnos de fuerzas para resistir día tras día hasta que nuestros caminos puedan volver a encontrarse y el destino te devuelva junto a tu familia.

Por favor, hijo mío, concede a tu viejo padre y a tu tía un respiro en este mar de incertidumbre y haznos llegar noticias de tu situación tan pronto te sea posible.

Te quiere, tu padre.

J. Alonso Vásquez Ferrer

Ariadna releyó la carta un par de veces, luego dejó escapar un profundo suspiro.

—Es increíble que esto... que esta carta haya acabado en un museo y la hayas encontrado. Es genial... es... Es triste, pero... —Miró a Duncan a los ojos—. Creo que Carlos merece recibirla, no tenemos derecho a ocultársela, es... No entiendo por qué nunca se la enseñó.

—Pensé que solo lo entristecería. Saber que su familia no solo había esperado en vano su regreso, sino que no había recibido ninguna de sus cartas y, posiblemente, tampoco noticias de su muerte.

—Lo sé, pero...

—Además, no habría podido mantener la carta. No es como si pudiera

guardársela en un bolsillo.

—Pero se la podía haber dejado en algún rincón del ático del castillo para que la leyera cuando quisiera...

—¿Y prolongar la tortura? Hacer eso solo le habría dificultado volver a desconectar de este mundo y regresar al suyo... Esa fue la principal razón por la que nunca se la entregué. Decidí que sería mejor guardarla junto al diario.

Ariadna releyó la carta una vez más. No pudo evitar imaginar a su madre escribiendo algo parecido a Iveth en un futuro próximo. Tal vez no por correo postal, pero sí por e-mail. Se le encogió el estómago solo de pensarlo.

—¿Vas a enseñársela? —inquirió Duncan.

—Creo que sí... O por lo menos le hablaré de ella y le dejaré decidir a él si quiere leerla... —Le devolvió la hoja, pero él la rechazó con un gesto de la mano.

—Quédatela. Tengo la foto guardada en el ordenador de todas formas...

Ariadna la plegó con tanto cuidado como si fuera el documento original, y la mantuvo en su mano hasta que, pasado un rato, se despidieron para ir a acostarse. Ya tumbada en la cama, volvió a releerla una última vez. Se sentía en cierto modo una intrusa, básicamente cotilleando un correo ajeno que nunca debería de haber llegado a ojos de nadie más que de Carlos, mucho menos a los suyos, pero a la vez se sabía poseedora de un tesoro que, esperaba, significara tanto para él como ella creía. Sonrió mientras doblaba la hoja y la pegaba contra su pecho. Después de todo lo ocurrido, de haberlo arrastrado hasta esta realidad, de estar haciéndole pasar por aquel infierno encerrado en solitario en ese castillo, le ilusionaba poder darle algo que significara mucho para él, que de alguna forma le ligara a su familia de nuevo.



Carlos volvía a pasear por el puente en la oscuridad de la noche. Había barajado la posibilidad de que Ariadna regresara más tarde y llevaba un buen rato haciendo tiempo, caminando de un lado a otro con la cada vez más diluida esperanza de que apareciera de un momento a otro. Pero ya había asumido que aquello no ocurriría.

No podía culparla, no obstante. Ahora que sabía lo que había estado



rumiando en su interior todo aquel tiempo, entendía que necesitara estar a solas para pensar en sus propios problemas personales. Aun así, le habría gustado verla una última vez aquel día, en especial esa noche en la que solo se habían acercado al castillo un grupo de chicos y un par de caminantes solitarios. También debía de reconocer que le había gustado el momento compartido con ella. No era un necio, Ariadna necesitaba hablar y era obvio que si se había sincerado con él había sido por ser incapaz de continuar soportando sola aquella carga, pero le agradecía, no obstante, la confianza depositada en él. Le había gustado ser el depositario de aquella información y poder consolarla; le había hecho volver a sentirse útil, pese a su situación.

Junto al borde oriental del puente, con la vista fija en el pueblo de Dornie, bajó de repente la mirada. Había marea alta y el agua cubría al completo los alrededores del castillo. Estaba en tal calma que reflejaba como un espejo las estrellas del cielo, dando la impresión de que este se extendía también bajo sus pies. Recordó las palabras de Ariadna y se preguntó si existía la posibilidad de que pudiera abandonar el castillo nadando. Si bien se había puesto a la defensiva cuando ella lo había sugerido, asegurándole haber intentado todo para salir de allí, lo cierto era que no recordaba tratar de llegar a la orilla nadando ni caminando bajo el puente durante la marea baja.

*Hazlo. No vas a mojarte, y definitivamente no te ahogará... ¿Qué tienes que perder?*

Sin pararse a pensarlo de nuevo se decidió, retrocedió unos pasos para coger impulso (y algo de valor, a ser posible), corrió hasta el borde del puente atravesándolo como si estuviera hecho de aire...

... Y se detuvo un centímetro antes de que sus pies dejaran el suelo, moviendo los brazos para mantener el equilibrio y no caer al agua mientras ahogaba un grito de rabia.

*No... no puedo hacerlo...*

Miró con recelo el agua que se extendía inmóvil debajo, totalmente imperturbable, y gritó enfurecido mientras intentaba en balde dar una patada al puente.

—¿Pero qué demonios te pasa?! —exclamó frustrado—. ¡Es solo agua! ¡Por el amor de Dios! Cualquiera diría que nunca has nadado, y en aguas

muchísimo más turbulentas y peligrosas que estas. ¡¿A qué diantres tienes tanto miedo?! —se preguntó. Pero fue incapaz de encontrar la respuesta. Por lo que a él concernía, no tenía nada que temer, no había nada que le impidiera saltar al agua. Entonces, ¿por qué no podía hacerlo? No se trataba de algo físico (metafóricamente hablando): de querer, habría podido lanzarse al agua. Ni siquiera había sentido aquella sensación de desvanecimiento que notara al intentar caminar más allá del puente. No, fuera lo que fuera lo que le impedía saltar al agua se hallaba en su cabeza.

Suspiró con pesar, volviendo la mirada hacia el camino que llevaba desde el castillo hasta el pueblo de Dornie: estaba totalmente vacío. No... Tendría que hacerse a la idea de que, por lo menos esa noche, no volvería a verla.

—Buenas noches, Ariadna... —susurró al aire—. Olvidad vuestra carga por hoy y descansad. Seguro que todo lo veréis mejor mañana...

## 20

### Estrechando lazos

—¿Cómo está Ariadna?

Duncan no pudo ocultar su sorpresa ante al hecho de que esa fuera la primera pregunta de Carlos apenas un par de minutos después de que entrara en su habitación en la parte más alta del castillo. Había tenido que excusarse diciendo que quería visitar todo el edificio por última vez antes de marcharse a Glasgow, y era consciente de la mirada suspicaz y parcialmente burlona que aquello había provocado en el vigilante (sin duda, su fama le precedía), pero no le importó. Nunca le había importado en especial lo que pensarán los chismosos de aquel pueblo, pero mucho menos ahora que estaba a punto de despedirse de ellos, seguramente para siempre.

—Creo que bien, no la he visto todavía esta mañana. ¿Por qué lo decís?

—Por nada... Es solo que... —Intentó buscar las palabras adecuadas para no decir más de lo necesario. Ignoraba lo que Duncan sabía y lo que no—. Parecía un poco afligida ayer...

—¿Os dijo el motivo?

—Lo cierto es que sí...

—¿Lo de su madre?

Carlos asintió. Aliviado de no tener que guardar el secreto con la única otra persona con la que podía hablar.

—Tomó una decisión dura —continuó Duncan— y puede que no la más acertada, pero en ese momento pensó hacer lo correcto.

—Lo sé —concedió Carlos—. No la culpo por ello, la compadezco; cuando su madre descubra la verdad...

—Acabará sabiéndolo tarde o temprano, creo que cuanto antes lo haga, mejor.

Carlos volvió a asentir. Sabía que tenía razón, pero no podía evitar sentirse mal por Ariadna. Al fin y al cabo, su hermana se había ido y no había nada que su madre pudiera haber hecho de haberse enterado antes, pero con

total probabilidad no vería más allá de la mentira en la que había estado viviendo hasta ahora. Esperaba equivocarse, por supuesto, pero sabía lo que era sentirse traicionado, y pese a ser un sentimiento que, con el tiempo, acabara remitiendo, sanando por decirlo así, también dejaba una herida perenne que nunca terminaba de cicatrizar por completo.

—¿Va a regresar a España?

—No lo sé... —admitió Duncan.

No le había dicho que pensara hacerlo, pero tras ver su reacción del día anterior, lo devastada que parecía encontrarse, sabía que era una posibilidad bastante plausible, y no podía negar que le preocupaba. Ahora que él iba a marcharse, si Ariadna se fuera también, a Carlos no le quedaría nadie que le ayudara a mantenerse anclado a este mundo. Cabía la posibilidad de que sucediera lo que años atrás, que comenzara a desligarse del mundo de los vivos, a mezclarlo con los residuos de su pasado, y terminara desquiciado hasta su vuelta... si volvía. Sin embargo, él no podía posponer más su partida y, por más que lo sintiera, mucho menos por él. Los vigilantes comenzaban a murmurar de nuevo acerca de su relación con el fantasma de Eilean Donan, y los rumores no tardarían en llegar a su mujer, quien acabaría echándolo no solo a él, sino también a Ariadna.

—No sé si volverá a España, no me lo ha dicho —continuó—, pero yo sí que voy a tener que irme ya.

—¿Tan pronto? Pensé que os quedaríais unas semanas más... —Carlos concluyó inmediatamente que la culpa era suya, como cinco años atrás—. Si es por mí, no es necesario —susurró—. No tenéis el deber de venir a visitarme. No os haré sobrellevar esa carga de nuevo.

Duncan negó con la cabeza.

—No. No es por vos. No os preocupéis. Simplemente siento que ha llegado la hora.

—Entonces, ¿cuándo...?

—Mañana.

—Habéis venido para despediros, pues.

Duncan asintió.

—Eso me temo, señor Vásquez. —Sonrió suavemente, con pesar. Le

resultaba extraño, pero lo cierto era que iba a echarlo de menos. Tiempo atrás habían sido buenos amigos durante casi todo un año, habían disfrutado de su mutua compañía y compartido innumerables charlas. Habría deseado no tener que volver a verlo solo por no enfrentarse a una segunda despedida, pero el destino siempre tenía sus propios planes.

Duncan esperó la respuesta del soldado, pero Carlos trataba de digerir sus palabras y lo que estas implicaban, el hecho de que tras su partida solo le quedaría Ariadna, una mujer que podía tener que elegir de manera inminente entre su familia y él, y no existía duda posible en esos términos. Era bastante posible que pronto, mucho antes de lo que había esperado y querido, tuviera que enfrentarse a la posibilidad de volver a quedarse solo, de volver a, de algún modo, morir, por lo menos a esa realidad. La idea lo aterró. No quería irse, no aún, y menos ahora...

—Sabíamos que este día acabaría llegando tarde o temprano —reconoció Carlos—. Ya lo hizo en otra ocasión, después de todo...

—Lo lamento. Ojalá pudiera ser de otra forma —se disculpó Duncan, y era completamente sincero.

Carlos lo sabía.

—Pero así es como debe de ser —admitió—. Jamás os pediría compartir mi condena, ni querría que lo hicierais. Habéis sido un buen amigo, señor Mackinnon, y os estaré eternamente agradecido por vuestra amistad, por lo menos durante tanto tiempo como pueda recordar este mundo...

Duncan agradeció sus palabras con una sincera sonrisa.

—Hay otra cosa —añadió.

—Decidme.

—Vuestro diario. —Carlos lo miró a los ojos. No había pensado en aquello—. ¿Qué queréis que haga con él?



Ariadna apenas había podido dormir aquella noche pensando en el momento de entregarle a Carlos la carta de su padre. Sin embargo, el sueño la venció por la mañana y para cuando se despertó era la única aún en la casa. Se apresuró a ducharse y a desayunar algo rápido, y salió de allí en dirección al castillo, con la carta guardada en su pantalón.

Le preocupaba un poco la reacción de Carlos. Si Duncan, que lo conocía más que ella, había decidido que era mejor no darle aquella carta, podría ser que estuviera en lo cierto sobre el efecto que podría tener en él. Pero se sentía incapaz de guardar aquel secreto tras haber leído lo que decía y teniéndola en sus propias manos. Poniéndose en el lugar de Carlos, pensaba que a ella le habría gustado saber de su familia. Sí, era cierto que le habría entristecido recibir aquella nota años después de que su remitente hubiera muerto, pero, a pesar de todo, le habría gustado volver, de algún modo, a entrar en contacto con ellos.

Tras cruzar el puente haciendo caso omiso a las miradas de los trabajadores, Ariadna subió directamente a la habitación en la que más veces se habían reunido, la que contaba con aquel rincón retirado con un banco frente a la ventana. Para llegar ahí había tenido que recorrer casi todo el castillo, por lo que de encontrarse Carlos en alguna de las habitaciones abiertas al público, la habría visto. Decidió sentarse a esperar que él diera con ella.

Por fortuna, no le llevó mucho tiempo.

—Buenos días, Ariadna...

Lo miró con una sonrisa.

—Me has encontrado rápido —susurró. Carlos sonrió también, asintiendo.

—Os vi llegar desde las ventanas de mi habitación —explicó.

—¿Me espías?

El rostro de Carlos cambió tan rápido, pasando de la alegría a una clara preocupación, que Ariadna no pudo evitar reír. Él enarcó una ceja entonces, dedicándole una mirada de cierto reproche.

—No soy yo quien viene a acosar a un habitante del castillo a diario...

Ariadna sonrió.

—En eso tenéis razón, señor Vásquez —concedió.

Carlos tomó asiento de espaldas a la ventana, en otro pequeño banco frente a aquel en el que ella se sentaba, asegurándose, pese a las circunstancias, de que sus rodillas no rozaban las de Ariadna en aquel escaso espacio.

—¿Cómo os encontráis?

Ariadna dudó un segundo, pero al reparar en su expresión preocupada supo que se refería a su último encuentro. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por responder de manera educada, recordar el tema de su madre y la certeza de que tendría que regresar a España pronto era lo último que deseaba en esos momentos.

—Estoy mejor, gracias... —respondió, esforzándose por confirmar su aseveración con una sonrisa.

—Me alegro de veras.

Le pareció que Carlos, pese a todo, dudaba de sus palabras, pero agradeció que se conformara con esa respuesta. Ariadna apartó la mirada fugazmente para fijarla en el exterior, a través de las ventanas, insegura de cómo cambiar de tema para reconducirlo al de la carta. Abrió la boca para intentarlo, pero Carlos se le adelantó.

—El señor Mackinnon ha estado aquí no hace mucho.

—¿Ah, sí? No lo he visto hoy.

—Sí. Vino a decirme que se marcha a Glasgow mañana.

—Ya... De hecho, creía que estaría preparando el equipaje. —Lo miró—. Lo siento. Sé que sois buenos amigos y... bueno, tendrás a una persona menos con la que poder hablar.

—Aún estáis vos. —Ariadna sonrió levemente—. Hasta que volváis a España, al menos... —añadió. Ella le dedicó una mirada confusa.

—¿Te ha dicho Duncan que me voy?

—No. Lo he deducido por vuestra expresión y lo de ayer... Es obvio que os preocupa vuestra madre y... ¿No es por eso por lo que habéis venido, para despediros?

—En realidad, no.

—Oh...

Ariadna adoró el brillo que llenó su mirada tras escuchar que no venía a despedirse. Si había barajado la posibilidad, ahora más que nunca sabía que no podía dejarlo, por lo menos no aún. Su madre podría esperar unos días más...

Sonrió mientras se llevaba la mano al bolsillo trasero del pantalón y

sacaba la copia impresa de la fotografía de la carta.

—Venía a enseñarte algo que Duncan me dio ayer.

—¿Enseñarme a mí? —No se le ocurría qué podía haberle entregado Mackinnon que pudiera querer compartir con él.

Ariadna asintió, pero mantuvo la hoja doblada sujeta entre sus manos. Respiró hondo mientras luchaba por encontrar la mejor forma de darle la noticia.

—Ayer, bueno, cuando estábamos arriba en el ático hablando de todas las cosas que la familia Macrae almacena allí, Duncan mencionó que lo que hubiera sobrevivido de tu época debía de haber acabado en un museo. —Carlos asintió, guardando silencio para dejarla continuar mientras la miraba con atención—. El caso es que en aquel momento me pareció que omitía algo, y un rato después le pregunté en su casa... —explicó mientras jugueteaba con la carta entre sus manos, moviéndola nerviosa. Carlos miró el trozo de papel con curiosidad, pero no dijo nada.

—Continuad... —la invitó.

—Pues, al parecer, Duncan encontró algo de tu época en un museo. No tiene el original, pero le hizo una foto y...

—¿Es eso? —Indicó el trozo de papel con la mirada, inseguro. No quería parecer descortés apremiándola demasiado.

Ariadna asintió desdoblado el papel, pero lo mantuvo bocabajo. El corazón le latía cada vez más rápido.

—Se trata de una carta... Duncan creyó que te apenaría leerla, pero yo creo que deberías. Pienso... Pienso que mereces leerla.

—¿Por qué...? Es... ¿Va dirigida a mí? —preguntó sin poder ocultar la emoción en su tono de voz.

—Sí. —Sonrió.

Carlos entreabrió los labios, sorprendido, sin saber qué decir o hacer. Pasó la mirada de la carta a ella y de vuelta a la carta sin encontrar las palabras.

—Es de tu familia, de tu padre —explicó Ariadna en un susurro, insegura de cómo se estaba tomando la noticia—. ¿Quieres...? ¿Quieres leerla?



—Sí. —Carlos respondió antes incluso de detenerse a pensar la respuesta, por lo que se sorprendió a sí mismo al oírse. ¿Quería realmente?—. Eso... Eso creo, al menos —añadió.

—No es larga. Y no dice nada malo, no te preocupes —le informó por si aquello lo ayudaba a decidirse—. En realidad no dice nada muy especial, pero pensé que te gustaría leerla. A mí me gustaría de estar en tu lugar.

Carlos la escuchó con atención, mirándola a los ojos mientras pensaba qué hacer. Deseaba leerla, pero el hecho de que Duncan hubiera considerado que era mejor ocultársela lo hacía dudar; él lo conocía bien y desde hacía más tiempo que Ariadna. ¿Y si se arrepentía tras haberla leído?

Pero a la vez...

Fijó la mirada en la carta. Como había dicho Ariadna, no era larga, y si según ella no decía nada malo... También era la última oportunidad que tendría de saber de su familia, de estar, de algún modo, en contacto con ellos.

*¿A quién quieres engañar? Te mueres por leerla... o lo harías de no estarlo ya...*

—Está bien —asintió—. ¿Podéis mostrármela, por favor? —pidió educadamente, intentando ocultar la emoción.

Ari asintió y giró la carta hacia él, dejándola sobre su regazo para que pudiera leerla a su propio ritmo. Carlos se inclinó un poco hacia ella y comenzó a hacerlo bajo su atenta mirada. Ariadna fijó los ojos en su rostro, advirtiendo cómo su mandíbula se tensaba y al final fruncía ligeramente el ceño. Pareció tomarse unos segundos más para, según supuso ella, leerla una segunda vez.

—Es... Es la letra de mi padre, sin duda —susurró pasados unos segundos, sin apartar los ojos de la carta.

Agradeció no contar con lágrimas que poder derramar delante de ella, pues nunca le había gustado mostrar debilidad en público. Ante hombres era una llamada segura a ser considerado un ser débil y mediocre, un blanco fácil; ante mujeres apelaba a un instinto maternal que por lo general solo conseguía que te trataran como a un infante o, lo que en ocasiones podía ser incluso peor, un simple amigo o un hermano. Como su padre siempre le había enseñado y él había podido comprobar, compartir las emociones fuera del

hogar solo restaba hombría.

—¿Preferirías que no te la hubiera dado? —se aventuró Ariadna, algo preocupada por la escueta respuesta.

—No. En absoluto. —Levantó la mirada hacia ella y sonrió un poco—. Entiendo que... Creo que entiendo por qué el señor Mackinnon no quiso dármela. Es... No negaré que ha sido duro volver a leer las palabras de mi padre y saber que nunca recibieron mis cartas y, muy probablemente, tampoco noticias de mi muerte, pero... Pero me alegra saber que me echaron de menos y deseaban mi regreso.

—¿Por qué no iban a hacerlo? Eran tu familia.

—No partimos en la mejor de las condiciones. Yo... Mi tía nunca estuvo de acuerdo con mi decisión de venir hasta aquí y mi padre, aunque lo entendió... bueno... Yo era su único hijo, su heredero. Y lo único que le quedaba de mi madre. Aunque me apoyara en todo momento, sé que le habría gustado que no hubiera tenido que tomar una decisión semejante. Tan solo espero que, pese a todo, estuviera orgulloso de mí.

—Estoy segura de que lo estaba. Viajar tan lejos de tu hogar para luchar por tu país...

—Sí... Creo que eso es lo único que le hizo sentir mejor respecto a que viniera hasta aquí, saber que tomaría parte en algo de lo que, sin duda, hablarían los libros de Historia. Lástima que al parecer no haya sido así... No conmigo, por lo menos.

Ariadna deseó poder decir algo para consolarlo, pero sabía que no había nada que pudiera mejorar el hecho de que había dado su vida inútilmente, pues ni siquiera su muerte parecía haber pasado a la historia.

—Lo que más me enfurece —continuó Carlos— es no haber recibido esa carta mientras aún vivía, y no saber si alguien informó de mi muerte a mi familia. Contemplar la posibilidad de que nunca recibieran noticias ni tampoco el aviso de que había muerto en combate me... —Frunció el ceño.

—Tal vez lo hicieran, Carlos —intentó tranquilizarlo. Él levantó la mirada al oír su nombre. No sabía por qué, pero se le hacía tan raro como agradable oírlo de sus labios—. Quiero decir, esa carta la enviaron después de que tú... después del ataque al castillo, tal vez recibieran entonces la

noticia.

—Es posible... —Sonrió con sinceridad. No estaba seguro de ello, aunque sin duda esperaba que así fuera, pero era obvio que Ariadna trataba de animarlo por todos los medios y se sentía profundamente conmovido tanto por ello como por el hecho de que hubiera ido a entregarle aquella carta tan pronto supo de su existencia—. Muchísimas gracias por esto, Ariadna, os lo agradezco enormemente...

Ella le devolvió la sonrisa esperando que sus palabras fueran sinceras. Por lo menos no parecía más triste o disgustado que antes de leer la carta.

—¿Quieres que te la deje aquí? Podría pedir permiso a uno de los guías para subir al piso de arriba y esconderla en algún lugar para que puedas leerla siempre...

Carlos negó con la cabeza.

—No quiero arriesgarme a que alguien se la lleve. He estado observando a los trabajadores del castillo y, como ya aseguró el señor Mackinnon, parecen tener una tendencia a apropiarse de cosas ajenas.

—¿En serio?

—No en mis aposentos, no... o por lo menos no estando yo allí. Pero ayer comenzaron a hacer algo en el pozo: un par de hombres con extraños aparatos entraron en él, según me pareció entender, para secarlo y limpiarlo. Y bueno, digamos que marcharon a casa con algo más de metal del que traían.

—Ah...

—Por esa razón os agradecería que la guardarais con vos, si es posible. Sin duda estará mucho más segura.

Ariadna asintió.

—Si quieres volver a leerla en algún momento, dímelo y la traeré.

—Lo haré. —Sonrió.

Ariadna le devolvió la sonrisa y fijó la mirada fuera del castillo, simulando interesarse por el vuelo de un par de gaviotas en el exterior. La verdad era que no sabía qué decir.

Carlos no estaba mucho mejor. Sentía que se trataba de uno de aquellos momentos en los que la falta de palabras solo puede solucionarse con una

tercera persona, y en su caso, aquello era difícil...

—Cariño, ¿qué miras?

O tal vez no...

Ariadna dirigió la mirada hacia la voz que acababa de interrumpir aquel incómodo silencio. Esta provenía de una mujer joven, más o menos de su edad, que había hecho la pregunta en inglés. Pero lo que le llamó la atención, tanto a ella como a Carlos, fue la persona, o personita, a la que se dirigía: un niño que no tendría más que un par de años y que, en respuesta a la pregunta, levantó un dedito y señaló a la cara de Carlos.

—¿Qué has visto, cielo? —insistió la madre mientras se agachaba a su altura para intentar averiguar qué había captado su atención—. ¿Los pajaritos? —preguntó, en referencia a las gaviotas. El niño negó con la cabeza varias veces y se acercó a Carlos. Alargando la manita, intentó apoyarla en su rodilla, pero al verse incapaz la movió varias veces, frunciendo el ceño y arrugando la naricilla en un adorable gesto de frustración cada vez que su mano atravesaba a Carlos y acababa en el banco en el que se sentaba.

Tanto este como Ariadna se miraron con una confusión similar.

—¿Quieres sentarte? ¿Es eso? —preguntó la mujer al bebé.

El niño negó vigorosamente con la cabeza y, estirando el bracito una vez más, apuntó a la cara de Carlos, diciendo algo con emoción en ese idioma personal que solo los bebés entienden. La madre sonrió y pasó la mirada de su bebé a Ariadna, como buscando una explicación. Ella se encogió de hombros con una sonrisa.

—Igual ha visto al fantasma del castillo —le sugirió en inglés.

—Debe de ser eso... —respondió la mujer con una risita nerviosa mientras cogía al bebé en brazos y hacía amago de sentarlo justo donde Carlos se encontraba. Al percatarse de ello, el soldado se apresuró a levantarse, y en ese momento el bebé extendió los bracitos hacia él como si quisiera que lo cogiera. Carlos miró a Ariadna sin saber qué hacer.

—Puede verme... —susurró entre confuso, incrédulo y emocionado.

Ariadna asintió compartiendo su sorpresa. Era obvio que podía, pero también que era el único, ya que su madre se limitó a levantarlo y sujetarlo

contra ella haciendo que se sentara en uno de sus brazos. Sin embargo, el bebé parecía no querer darse por vencido, y antes de que su madre pudiera darse cuenta, se impulsó y saltó a los brazos de Carlos. La mujer, cogida por sorpresa, dejó escapar un gritito al ver que su bebé se le escapaba directo contra la ventana, pero Ariadna, que había intuido sus intenciones, se apresuró a recogerlo situándose rápidamente donde Carlos estaba. El bebé cayó en sus brazos y la miró algo confuso, pero celebró con una risita el repentino intercambio.

—¡Oh, Dios mío! Lo siento muchísimo —se disculpó su madre mientras se apresuraba a cogerlo de nuevo. Ariadna se lo devolvió con una sonrisa—. Muchísimas gracias, de verdad. Gracias...

Ariadna sacudió la cabeza.

—No es nada.

—No sé lo que le ha pasado... —se disculpó de nuevo mirando al bebé—. ¡Eso no se hace! ¡Mal! —le reprendió. El bebé hizo un puchero y Ariadna y Carlos se intercambiaron una mirada de culpabilidad.

—No ha sido nada —insistió Ariadna—. Es un niño precioso —añadió mientras tocaba su naricilla con un dedo, intentando animarlo. El bebé sonrió un poco y miró a Carlos.

—Hola, grandullón... Me ves, ¿verdad? —preguntó él. El bebé rio, pataleando, y Ariadna no pudo evitar mirar a Carlos con una sonrisa.

—Creo que le gustas...

—¿Perdón? —La mujer la miró y miró hacia Carlos. Confusa al no ver más que el vacío, volvió la mirada hacia Ariadna, quien ya había reparado en su error.

—No... decía que igual... el polvo<sup>2</sup> ... del aire... con el sol y eso... es lo que está viendo... —Ariadna movió la mano por la luz que entraba por la ventana. Era lo primero que se le había ocurrido para explicar la frase en español.

La mujer le dedicó una mirada a la que, por otra parte, Ariadna empezaba a acostumbrarse, por lo que se limitó a encogerse de hombros y despedirse del bebé con la mano mientras este era arrastrado lejos de allí. Tanto Carlos como ella rompieron en una carcajada en cuanto la madre salió

de la habitación.

—Eso ha sido genial —aseguró Ariadna.

—¡Podía verme!

—¡Lo sé! Increíble...

Ambos sonrieron.

—Me pregunto si será solo cosa de ese niño o si pasará igual con todos... Algo así como un sexto sentido que perdemos al crecer —propuso ella—. Igual los amigos invisibles son en realidad fantasmas que podemos ver solo de pequeños.

—Quizá... —Carlos asintió y la miró con más seriedad—. Le habéis salvado la vida a ese bebé, de cualquier modo.

Ariadna rio.

—Eso es exagerar un poco, ¿no? Solo se habría caído al suelo.

—O por la ventana si hubiera roto el cristal.

—Sí, o igual lo habría atrapado en el aire una gaviota y se lo habría llevado a su nido. —Rio—. Venga ya...

Carlos sonrió sacudiendo la cabeza con suavidad.

—Sois...

—¿Qué soy...? —Enarcó una ceja, lista para atacar de ser necesario.

—Distinta a cualquier dama que haya conocido.

—Teniendo en cuenta que todas vivieron hace tres siglos, no sé si tomármelo como un cumplido.

—Esa era, sin duda, la intención.

Sonrió.

Ariadna apartó la mirada notando que se le calentaban las mejillas y sintiéndose estúpida por ello.

—Bueno, por lo menos sabemos que no soy la única que puede verte. Es un alivio... —admitió mientras caminaba por la habitación mirando por la ventana. Lo cierto es que hacía un buen día fuera, para variar, con sol y sin viento—. ¿Te apetece salir? Parece que no hace mal día...

Carlos asintió y la siguió hacia el exterior del castillo mientras meditaba sus palabras.

—Sé que también debe de ser dura para vos esta situación... —le

comentó. Ariadna se llevó el móvil a la oreja, como ya estaba acostumbrada, para poder responder sin parecer una loca, pero Carlos se le adelantó—. Lo que intento decir es que soy consciente de los sacrificios que esta circunstancia os impone, y que aprecio enormemente todo lo que estáis haciendo por mí.

Ella sonrió sin poder evitarlo, aún no lograba habituarse a su manera de hablar, pero, aunque en ocasiones tuviera que hacer verdaderos esfuerzos para no arquear las cejas o poner los ojos en blanco ante tanta pomposidad, en parte le gustaba.

—Empiezo a acostumbrarme, la verdad —respondió Ariadna a su teléfono.

Carlos la acompañó afuera, hasta un banco situado junto a uno de los muros del castillo desde el que se podía divisar parte del lago y las montañas que se extendían alrededor. Ariadna tenía razón: aunque él no pudiera sentir el sol en su piel y solo fuera consciente de la brisa por el suave movimiento del cabello de ella, era obvio que se trataba de uno de esos escasos días que en aquellas tierras podían considerarse buenos. La observó mientras mantenía la mirada perdida en el horizonte, absorta en sus pensamientos. El sol arrancaba reflejos dorados de su pelo oscuro, haciéndolo brillar de forma especial, e iluminaba su rostro apenas bronceado. Seguía pensando que no era la mujer más hermosa que había visto (aunque tampoco fuera, definitivamente, desagradable a la vista), pero tenía un aura especial y no podía negar que sentía una extraña atracción hacia ella. Era incapaz de explicar el sentimiento, pues no tenía nada que ver con una atracción carnal, por razones obvias. Se parecía un poco a lo que años (muchísimos años) atrás hubiera sentido por Amaia cuando tan solo empezaban a conocerse, pero sin aquel miedo constante a decir algo inapropiado o que le hiciera parecer un imbécil. Con Amaia había sentido que tenía que ser perfecto en todo momento y eso siempre le había impedido relajarse. Con Ariadna, por el contrario, le parecía que en general podía ser él mismo, y era una sensación del todo liberadora.

Sonrió al verla cerrar los ojos, disfrutando del sol sobre su rostro. Sí, definitivamente su presencia actuaba como un bálsamo sobre él, pensó que

incluso en las ocasiones en las que sus opiniones divergían o se daban malentendidos, aun en esos momentos se sentía capaz de expresar su verdadera opinión en lugar de callar por temor a ofenderla. Si Amaia siempre se le había antojado como un cervatillo, como una bailarina de cristal, Ariadna le recordaba más a las mujeres que había encontrado allí en las Tierras Altas, jóvenes más valientes y directas que podía imaginar esgrimiendo tanto una aguja como un puñal.

Apartó la mirada al reparar en que sus ojos llevaban fijos en ella demasiado tiempo. No quería que los abriera y lo descubriera, habría sido terriblemente embarazoso y descortés. Volvió la mirada hacia el lago y la fijó en las montañas que se elevaban a lo lejos y que pertenecían, según le parecía recordar, a la isla de Skye.

—Siempre me pregunté cómo serían las tierras más allá del lago. —Las palabras abandonaron sus labios antes de que pudiera darse cuenta; no eran más que un pensamiento que se le había escapado en voz alta.

Ariadna abrió los ojos y siguió su mirada.

—¿Skye?

Carlos asintió.

—Oí hablar mucho de ese lugar desde que llegué aquí. Escuché algunas canciones, incluso. Y los visitantes del castillo la mencionan a menudo.

—Es un lugar precioso, con acantilados espectaculares, llanuras y montañas, cascadas... —Se detuvo al reparar en sus palabras y recordar la limitación de Carlos. De repente se sintió mal—. Aunque pensándolo bien, no es tan distinto al norte de España, que ya conoces —añadió, intentando arreglarlo.

Carlos sonrió al reparar en ello.

—Me habría gustado tener la oportunidad de visitar la isla, pero nunca conté con ello, de todas formas. —Se encogió de hombros.

Ariadna frunció el ceño mientras metía la mano en el bolsillo del pantalón, sintiéndose tonta por tardar tanto en pensar aquello.

—¿Quieres ver la isla? —preguntó mientras cogía su móvil de nuevo. Carlos la miró, confuso.

—¿Ahora, decís?



Ariadna asintió sonriente mientras buscaba en el álbum de fotos de su móvil. Antes de que Carlos pudiera responder, le enseñó la primera foto, una espectacular imagen de una catarata sobre un acantilado.

—Kilt Rock, en el noreste de la isla de Skye.

Carlos miró la pantalla del móvil como si se tratara de la piedra filosofal.

—¿Existe algo que este objeto no pueda hacer?

Ariadna rio.

—Poco, la verdad. —Ajustó el brillo para que la imagen se mostrara con más claridad.

—Jesús bendito... —susurró—. Parece una ventana en miniatura a ese lugar... —Pasó la mano por debajo del móvil como si esperara poder verla a través de la pantalla—. ¿Cómo funciona?

—Es una fotografía —explicó. La verdad es que no sabía si conocería el término. Hizo un esfuerzo por recordar cuándo se había inventado, pero le sonaba más a la época victoriana—. Este aparato, el teléfono, es como si imprimiera aquí en la pantalla las imágenes que tiene delante. Como si hiciera una pintura extremadamente realista de lo que tiene ante él. —Movió el dedo sobre la pantalla para enseñarle otras fotos que Carlos observó boquiabierto.

—Es increíble, asombroso... —comentó, más sorprendido por el hecho de que aquel objeto pudiera realizar eso, que por las imágenes en sí. Ariadna sonrió—. Creo que vi algo parecido la otra noche —continuó él—. Pero el objeto era más grande. Una persona lo sostenía delante de su cara mientras otra se situaba enfrente y parecían intentar conseguir una de estas pinturas, pero del castillo y con ellos delante...

—Sí... sería una cámara fotográfica. Sirven exclusivamente para hacer fotografías...

*O vídeos*, pensó, pero le pareció que podría ser demasiada información para un mismo día.

—¿También puede hacer esas *fotografías* a personas? —preguntó él mirando el móvil.

—Sí, claro. A cualquier cosa que exista.

—¿A mí?

—Eh... Supongo que no. Debí decir mejor a cualquier cosa que tenga una presencia física... que se pueda tocar.

—A vos, pues.

Ariadna asintió.

—Sí.

—¿Puedo verlo?

—¿Conmigo? Eh... Supongo que sí. Espera... —Seleccionó el modo de «selfie» y se hizo una foto. Luego le enseñó el resultado en la pantalla.

Carlos miró la foto y la miró a ella, de vuelta a la foto y otra vez a ella.

—Es increíble... Es exactamente igual que vos...

Ariadna rio.

—De eso se trata.

—Vaya... es... Solo de pensar la cantidad de ventajas que habría supuesto tener algo así en mi época... Imaginad las posibilidades de su uso en los campos de batalla, por ejemplo.

—Sí —asintió.

—O para... para tener recuerdos de personas. Mi familia...

*Amaia...*

Ariadna lo miró con cierto pesar. Una vez más se sentía inútil por no poder darle algo mejor.

—¿Tenéis fotografías de vuestra familia? ¿De vuestro hogar en España?

—¿Aquí?

Carlos asintió.

—Sí, creo que sí...

—¿Podría...?

—Sí, claro. —Buscó en su teléfono hasta que encontró una foto en la que aparecían su madre, su hermana y el padre de esta. La contempló durante unos instantes intentando no dejar paso a la estampida de sentimientos que se dispararon al ver tanto a Iveth como a su madre, sobre todo a esta, que irradiaba felicidad junto a su hija menor y su marido. Aunque sabía que no había tenido nada que ver en la muerte de él, no pudo evitar sentirse culpable de la destrucción de aquella familia.

—No es necesario que...

Ariadna lo miró, confusa, pero al ver la expresión de Carlos comprendió que los sentimientos encerrados habían encontrado un resquicio por el que asomar a su rostro.

—No... No pasa nada. —Forzó una sonrisa y le enseñó la foto—. Esta es mi madre, Teresa. Y ella es... *era* —se corrigió— mi hermana Iveth...

Carlos se maldijo interiormente por no anticipar que su petición de ver a su familia acarrearía que tuviera que volver a ver y pensar en su hermana. Ahora, gracias a su estupidez, había abierto heridas que, de seguro, ni siquiera estarían próximas a sanar.

—¿Y él? ¿Vuestro padre? —preguntó en un intento de apartarla un poco de la memoria de su hermana.

—No. Era el padre de Iveth. También murió.

—Lo lamento.

*Una vez más. Simplemente mantén la boca cerrada, por el amor de Dios...*, se recriminó.

—No te preocupes. Fue hace un par de años y nunca fuimos muy cercanos...

—Temo preguntar por vuestro padre ahora... —Entrecerró los ojos esperando la respuesta como quien espera ser abofeteado.

Ariadna rio.

—No. En realidad, mi padre sigue vivo.

—Oh...

—Sí, ya... Imagino que lo del divorcio no se llevaría mucho en tu época. Mis padres se separaron cuando yo era pequeña.

—Lo lamento. ¿Qué ocurrió?

*Pero ¿qué te pasa? Cierra la boca de una vez. No es de tu incumbencia...*

Ariadna se encogió de hombros.

—Supongo que se acabó el amor... o eso es lo que siempre dijo mi madre. —Sonrió un poco—. Yo era demasiado pequeña cuando mi padre se marchó, así que no recuerdo cómo eran cuando estaban juntos.

—Lo siento —repitió. Y de verdad parecía hacerlo.

—¿Por qué? Si una pareja no se lleva bien, es mejor que se separe...

—¿Es eso algo habitual hoy en día? —inquirió con lo que a Ariadna le pareció un ligero tono de desaprobación—. Si un matrimonio no funciona, ¿se rompe sin más? Me cuesta creer que la Iglesia permita algo así, pero sobre todo me parece tremendamente triste y... y...

—¿Y...?

—Cobarde.

—¿Cobarde?

Carlos asintió con decisión.

—Cuando un hombre y una mujer se unen en matrimonio adquieren un compromiso el uno para con el otro. No es siempre fácil, pero de eso se trata, de luchar por permanecer juntos en lo bueno y en lo malo.

—Un matrimonio no debería ser ninguna lucha, si se convierte en eso es mejor dejarlo.

—¿Habláis por experiencia?

—No propia, pero tengo amigos casados que están siempre discutiendo y, sinceramente, para estar así, mejor estar soltero. —Carlos negó con la cabeza—. ¿Y vos? ¿Habláis por experiencia, señor Vásquez? —contraatacó ella con una sonrisa mordaz.

—No. Pero sé cuánto amaba mi padre a mi madre y que nunca habría sido capaz de amar a otra mujer.

—Quizá lo hizo.

—No. —Carlos le dedicó una mirada severa—. Mi padre jamás traicionaría a mi madre.

—Pero tu madre murió. ¿Preferirías que tu padre siguiera solo el resto de su vida? A tu madre no le gustaría eso.

—¿Qué sabéis vos de lo que le gustaría a mi madre? ¿Acaso la conocisteis? Habláis de todo, pero no sabéis de nada...

—¿Perdona? —Enarcó las cejas—. ¿Sabes? Creo que tienes suerte de no poder salir de aquí, porque no podrías soportar el mundo actual. Pareces haber vivido en un cuento de hadas...

—¿Cuento de hadas? —Carlos se puso en pie—. ¿Qué sabréis vos? —repitió, separando los brazos—. Por lo que parece no habéis tenido que vivir guerras, no habéis pasado infortunios, tenéis una buena familia, podéis

decidir dónde vivir, pasar el día en un castillo sin preocuparos por nada, con vuestros aparatos mágicos que hacen pinturas y os permiten hablar con cualquier persona en cualquier lugar en un instante sin tener que hacer más que apretar un botón. ¿Quién vive el cuento de hadas? —Ariadna lo escuchó sin saber qué responder, sintiendo que, en parte, tenía razón—. Y pese a todo, tenéis la osadía de decir que *yo* no podría soportar el mundo actual, y habláis del amor como una prostituta o una... una anciana amargada. —Suspiró intentando recuperar el control, inseguro de por qué había reaccionado de aquella manera. Se giró dándole la espalda y encaró el horizonte del lago—. Mi padre amaba a mi madre más que a nada en el mundo —susurró—. Si le hubierais escuchado hablar de ella... Era algo... Siempre le compadecí por su pérdida tanto como le envidié por haber conocido un amor tal, lo que muchos llamarían «amor verdadero». Ariadna, os aseguro que si hubierais visto la forma en la que se le iluminaba la mirada cuando hablaba de mi madre entenderíais lo que intento deciros. Ese amor... —suspiró una vez más y volvió la vista hacia ella—. Entiendo lo que queréis decir. Es posible que una pareja se una en un amor pasajero, que tal vez crean que es real pero se equivoquen... o que uno no lo sienta igual que el otro... —añadió en un susurro—. En esos casos supongo que sí que es mejor que sus caminos se separen... Pero cuando es auténtico, cuando es de verdad, vale la pena luchar por ello. Es algo por lo que daría la vida —concluyó con resolución.

Ariadna tardó unos instantes en reaccionar. Miró a su alrededor como esperándose encontrar una multitud a punto de extenderle un gran aplauso, pero entonces recordó que el único público de aquella exposición sobre el amor había sido ella. Ni siquiera tenía ganas de rebatirle nada. ¿Cómo podría nadie discutir esa opinión y continuar manteniendo un corazón? Era algo que poca gente creería realmente, pero que la mayoría, en el fondo, habría deseado creer; ella incluida.

—Tienes razón —reconoció. Carlos la miró de reojo—. No conozco a tu madre, ni a tu padre, y no puedo saber qué pensaría. Lo que quería decir es que... que imagino que si tu padre era infeliz estando solo, tu madre preferiría que encontrara a otra mujer que le hiciera feliz.

—Mi padre no era infeliz. —Se giró mirándola de nuevo—. Sí, la

echaba de menos, muchísimo, pero siempre tuvo en mente que aquello era solo temporal, que algún día volverían a estar juntos. Eso le hacía mantener la esperanza y seguir adelante. Y siempre pensó que de algún modo ella seguía a su lado... —Rio con suavidad, sin ganas—. Es irónico, siempre pensé que había perdido un poco la cabeza porque solía hablar con ella por las noches o cuando alguna cosa le preocupaba, a veces incluso contestándose a sí mismo como si ella le susurrara las respuestas. —Extendió las manos hacia sí con una sonrisa triste—. Igual así era...

Ariadna no dijo nada. Se limitó a paladear sus palabras en silencio con la mirada fija en el lago. Carlos, sin embargo, lo tomó como algo distinto y volvió a su lado, sentándose frente a ella.

—No era mi intención insinuar que vuestra madre y vuestro padre no debieron separarse. En especial si ella fue feliz con su segundo esposo... Y así parece mostrarlo la fotografía —se disculpó. Ella asintió sin apartar la mirada del lago.

—Fue muy feliz con él, sí. Algo por lo que siempre le estaré agradecida... —suspiró una vez más—. Ojalá mi madre fuera como tu padre y también pensara que él sigue con ella. Todo sería más sencillo.

—Es difícil creer en lo que no se puede ver.

—Lo sé. La prueba está en cómo me miran todos por aquí, o cómo mirarían a Duncan cuando hablaba contigo. —Ariadna se incorporó para asomarse por el mirador del lago y comprobó que la marea había dejado a la vista una pequeña orilla de piedras alrededor del castillo.

—¿Te apetece pasear por ahí abajo? —le preguntó.

Carlos se incorporó para ver a qué se refería. Al hacerlo lo inundó un ligero sentimiento de inseguridad que no supo identificar, pero intentó apartarlo de él y asintió.

—Sí... ¿Por qué no? —Sonrió un poco y la siguió a través de unas angostas escaleras de piedra que conducían abajo.

Caminaron por la orilla durante un rato. Carlos manteniéndose siempre a una distancia prudencial del agua mientras observaba con cierta incomodidad cómo Ariadna recorría las rocas que se amontonaban al borde del agua. Le sorprendía la agilidad con la que se movía por ellas tratándose de una mujer,

era algo que nunca habría visto en su época (no con los vestidos habituales que las damas solían llevar...), pero no podía evitar inquietarse al pensar que pudiera resbalar y caer al agua y que él fuera incapaz de ayudarla. Dio las gracias cuando, finalmente, se sentó en la roca más grande para almorzar algo que había traído. Él se sentó a su lado, siempre asegurándose de dejar un espacio entre ellos, y la observó con una leve sonrisa mientras ella reía observando las andanzas de un perro que se refrescaba en el lago a unos metros. En un momento dado, el animal pareció oler el almuerzo de Ariadna y se acercó corriendo hacia ella. Esta se incorporó entre risas para evitar que alcanzara su comida, y entonces lo que Carlos tanto había temido acabó sucediendo. Ari resbaló y habría caído al agua de no ser porque el dueño del animal llegó a tiempo de evitarlo, agarrándola de un brazo.

—¿Estás bien? —preguntó el desconocido.

Ariadna asintió y le dio las gracias mientras miraba a Carlos, a quien nunca había visto más alarmado. El joven se disculpó y Ariadna le aseguró rápidamente que estaba bien. En cuanto dejó de hablarle, volvió a mirar a Carlos, que mostraba una expresión extraña.

—¿Estás bien...? —inquirió ahora ella. Él pareció salir entonces de una especie de estado de shock.

—Soy yo quien debería preguntar eso...

—Yo estoy bien... pero si no fuera porque sé que es imposible, diría que tú has palidecido.

—No... No es nada... Solo... me asustasteis... Pensé que ibais a caer y no habría podido ayudaros.

Ariadna asintió, pero notaba que le ocultaba algo. Estaba claro que tenía algún problema con el agua, como ya comprobara aquella noche que le sugiriera llegar a la orilla nadando. Por más que él lo negara, algo tenía que haberle pasado en vida para infundirle ese miedo. Pensó en preguntarle de nuevo, pero no quería enzarzarse en una nueva discusión.

Sin embargo, su silencio no pareció librarle de ello.

—Deberíais tener más cuidado.

—No ha sido culpa mía. Resbalé...

—Ya, pero si no fuerais subiendo por rocas como una criatura... No sois

una niña... ni un niño, a pesar de la indumentaria.

—¿Otra vez con lo de los pantalones? —Ariadna puso los ojos en blanco.

—Bueno, si vistierais como una dama, no podríais ir saltando entre rocas.

—Y es exactamente por eso por lo que no visto como una.

Carlos sacudió la cabeza.

—Deberíais ir a despediros del señor Mackinnon.

—¿Me estás echando?

—Solo digo que si se marcha pronto, quizá no tengáis tiempo...

—Me estás echando —confirmó. Resopló mientras recogía su bolso y se lo colgaba al hombro, y caminó hacia las escaleras. No entendía a qué venía aquel repentino cambio de actitud, pero era obvio que algo le ocurría y que si intentaba averiguar el qué, acabarían discutiendo de nuevo.

—Ariadna...

Carlos caminó tras ella, pero esta lo ignoró hasta que hubo subido los escalones de vuelta al castillo, entonces se giró hacia él.

—Carlos. —Se cruzó de brazos.

—Lo lamento. No quiero echaros. Podéis quedaros cuanto queráis, por descontado. No sois vos...

—No eres tú, soy yo. —Rio sin ganas. Por lo que parecía, esa excusa era universal e intemporal.

—Soy yo. —Asintió—. No... no sé qué me pasa, pero necesito estar solo. Os doy mi palabra de que no sois culpable de nada. Y estaré encantado de teneros de vuelta en otro momento... Más tarde, incluso.

Ariadna volvió a asentir.

—Tranquilo.

—No me guardéis rencor, por favor...

Rencor era justo lo que Ariadna albergaba en su interior en esos momentos. Por lo que ella sabía, ambos habían estado disfrutando aquellas horas juntos y, de repente, él quería estar solo. No entendía por qué, pero podía notar que su petición de que no le guardara rencor era sincera, que realmente no quería ofenderla ni echarla, pero algo le obligaba a hacerlo.



Suspiró y asintió finalmente, esbozando un amago de sonrisa.

—Iré a despedirme de Duncan. Te veo más tarde, o por la mañana.

Se alejó sin esperar respuesta. Si bien sabía que debía de ocurrirle algo para actuar de aquella manera, también le molestaba que se negara a darle una justificación lógica y prefiriera que se fuera así, sin ninguna razón coherente.

—Hasta luego, Ariadna... —susurró Carlos.

La observó alejarse sintiéndose tremendamente culpable. No quería que se fuera, en especial tras las últimas horas juntos. Las había disfrutado como hacía tiempo que no disfrutaba junto a nadie, especialmente una mujer. Pero era incapaz de permanecer a su lado y sostenerle la mirada después de permitir que unos pensamientos tan ruines llenaran su mente.

Volvió a lo alto del castillo maldiciéndose por lo ocurrido. Rogándole a Dios que apartara de él aquellas ideas mientras observaba a Ariadna alejarse de allí por el camino de vuelta a Dornie. ¿Cómo había podido desear la muerte de aquella mujer? Solo había sido un segundo, eso era cierto, pero, aun así, ¿cómo había sido capaz de encontrar un cierto alivio o esperanzarse por la posibilidad de que Ariadna cayera al lago y perdiera la vida para quedarse allí junto a él? Nunca en toda su existencia se había sentido más miserable que en aquel momento. Si bien era verdad que primero había temido su caída y que después se había alegrado de que aquel hombre la hubiera evitado, no podía negar ni ignorar el hecho de que durante un segundo había fantaseado con la idea de que Ariadna sufriera un accidente que la convirtiera en un fantasma como él y le permitiera mantenerla allí, a su lado. Nunca se perdonaría haber tenido tales pensamientos. Y desde luego le había sido imposible permanecer a su lado y seguir enfrentándose a su mirada después de que algo así hubiera cruzado por su cabeza. Detestaba haberla despachado de aquella manera, pero no podía exponerle sus pensamientos y arriesgarse a que dejara de verlo de la forma en la que parecía hacerlo, o, incluso peor, arriesgarse a infundirle temor por pensar que deseaba su muerte, cosa totalmente falsa.

Sí, le encantaría poder estar con ella a todas horas, pero no así, no arrebatándole la vida y condenándola a una existencia tan miserable como lo

era la suya; sin morir del todo, pero sin estar vivo. Jamás permitiría, si estaba en su mano, que Ariadna se enfrentara a aquello.

Se dejó caer en el suelo, junto a la ventana, cuando Ariadna desapareció de su vista. Habría llorado de haber podido, pero ser incapaz de hacerlo solo hacía todo aún más frustrante. ¿Qué le estaba pasando? Nunca en vida se había considerado un mal hombre, siempre había luchado por hacer lo que era adecuado, por seguir órdenes y convertirse en una persona honorable, el caballero que su familia le había educado para ser. Y ahí se encontraba ahora, habiendo deseado la muerte de uno de los únicos amigos que había tenido en los últimos... siglos, de la única mujer que, después de Amaia, había logrado, o comenzaba a lograr, abrirse paso en su corazón. ¿Así se lo pagaba?

Cerró los ojos con fuerza y contuvo las ganas de gritar hasta que reparó en que no tenía por qué reprimirse, entonces gritó a pleno pulmón dejando salir la rabia y el odio para consigo mismo que guardaba dentro.

—No te la mereces... Maldita sea... Todo este tiempo mirándola por encima del hombro y eres tú, estúpido imbécil sin sentimientos, quien no está a la altura... —se dijo en voz alta—. ¿Cómo has podido alegrarte por la posibilidad de que se reuniera contigo? Y además, ¿quién dice que se hubiera quedado aquí de todas formas? ¿Y si hubiera desaparecido sin más? ¿Qué sería de ti entonces, miserable egoísta, si tus deseos se hubieran cumplido y su fantasma hubiera desaparecido de la faz de la tierra? Después de todo y a diferencia de ti, ¿qué crímenes puede haber cometido alguien como ella para prohibírsele la entrada al Paraíso? Ninguno —se respondió—. Por lo que te habrías quedado del todo solo, idiota.

Dio una patada lleno de rabia y la silla víctima de su ira se deslizó hacia el otro lado de la habitación.

—¿Por qué diantres solo puede sentirme el mobiliario? —protestó.

Suspiró, resignado, mientras volvía a incorporarse y miraba a través de la ventana. El castillo seguía abierto y aunque no creía que tardara mucho más en cerrar sus puertas, aún entraban y salían turistas que cruzaban el puente charlando con tranquilidad. Carlos volvió a maldecir para sí por haber echado a Ariadna cuando aún podía haber disfrutado de su compañía durante unas horas más, pero ya estaba hecho y, después de todo, se lo merecía por

sus deseos hacia ella.

Solo encontró consuelo en el pensamiento de que el señor Mackinnon hablaría con ella y le entregaría entonces, como habían convenido, su más preciada posesión en aquel mundo. Le inquietaba y ponía algo nervioso pensar que Ariadna fuera a poner sus manos en aquello, a conocer sus más íntimos pensamientos, cosas que hasta entonces no le había contado a nadie más que al señor Mackinnon. Pero la decisión ya estaba tomada, y tras haberla valorado durante un tiempo, creía que era la mejor posible. Ariadna le había abierto su corazón, había compartido con él pensamientos personales, y desde que la conocía no le había dado razones para recelar de ella. Creía poder confiar en su persona y sentía deseos de hacerlo. Y así lo haría.

Solo esperaba no equivocarse otra vez volcando sus sentimientos sobre la persona equivocada...



—Has regresado temprano hoy.

Ariadna caminaba tan absorta en sus pensamientos que no había reparado en que no estaba sola, y tardó unos segundos en dar con Duncan. El hombre sonrió ante su obvia confusión y levantó un brazo revelando su situación en el jardín delantero de la casa.

—Sí, bueno... —murmuró Ariadna mientras se acercaba—. Pensé que igual necesitaba ayuda preparando la mudanza —mintió, por suerte había tenido la precaución de prepararse la excusa durante el camino—. ¿Ya lo tiene todo listo?

Duncan asintió.

—Casi todo, sí. ¿Qué tal con nuestro capitán? ¿Le entregaste la carta?

—Sí. —Sonrió un poco al recordar—. Creo que le alegró, aunque también le hizo preguntarse si alguien habría llegado a informar a su familia de su muerte. Espero que sí...

—Me temo que nunca llegaremos a saberlo... Me encantaría decir que encontré más cartas o algún tipo de información adicional, pero no fue así, y créeme que lo intenté.

—Quizá en España, en algún museo... o yo qué sé, quizá incluso en tiendas de antigüedades o... O quizá no.

Duncan sonrió. Comprendía su frustración porque había sido la suya propia cuando, durante años, había intentado encontrar cualquier cosa relacionada con Carlos proveniente de su época. Pero no había logrado dar con nada directamente relacionado con él además de esa carta y, claro, su diario.

—Quizá sea mejor no saber la verdad.

—Supongo... Así Carlos puede pensar lo que mejor le haga sentir. —Ariadna dirigió la mirada hacia el lago, perdiéndose en él—. No sabía que Carlos tuviera miedo al agua —comentó.

—¿Lo tiene? Yo también lo ignoraba —respondió Duncan con naturalidad.

Ariadna lo miró a los ojos. Había esperado conseguir algo de información tras aseverar aquello, pero o bien Duncan se había dado cuenta de sus intenciones, o bien realmente no sabía nada.

—Bueno, no lo sé seguro, es solo la impresión que me da. Parece bastante reticente a acercarse al agua y cuando le sugerí que intentara salir del lago a través de ella, reaccionó de forma algo exagerada y se enfadó. Me dijo que ya lo habíais intentado.

—Imagino que tendrá sus razones para haberte dicho eso, pero que yo sepa nunca ha tratado de llegar más allá del final del puente de ninguna otra forma que no sea a través de este. —Ariadna frunció el ceño, preguntándose por qué le habría mentado—. No digo que no lo haya intentado por su cuenta, pero si lo ha hecho no recuerdo que me lo haya comentado.

—Eso solo me confirma que le pasa algo con el agua.

Duncan se encogió de hombros.

—¿Tanto importa?

—No... —Ariadna apartó la mirada—. Supongo que no... —murmuró. A ella le interesaba, aunque solo fuera por curiosidad o por un sentimiento de orgullo, de que no confiara en ella para sincerarse y reconocerle que temía el agua, pero en realidad no tenía tanta importancia.

Duncan se incorporó en aquel momento.

—Ven, tengo algo para ti.

Ariadna lo miró confusa y lo observó alejarse sin moverse.

—¿Para mí?

—Para ti. —Duncan sonrió—. ¡Vamos! —la apremió con una sonrisa mientras la invitaba a acercarse con un gesto de la mano.

—¿Qué...?

Duncan entró en su habitación y Ariadna se detuvo en la puerta tras mirar a su alrededor algo insegura, le parecía inapropiado entrar. Lo observó desde el marco de la puerta mientras Duncan abría el cajón inferior del lateral de un escritorio de madera y sacaba de él algo envuelto en un trapo que Ariadna ya había visto con anterioridad. El corazón se le aceleró al recordar que, según había dicho, era algo para ella. ¿Era posible que...?

Abrió los ojos con sorpresa cuando Duncan volvió junto a ella y le mostró que no se equivocaba.

—El diario de Carlos... —susurró mientras miraba el libro que Duncan sujetaba entre sus manos con extrema delicadeza.

—Quiere que lo guardes tú ahora que yo me voy.

Ariadna fue incapaz de reprimir una sonrisa. Si hacía solo unos minutos había dudado de que Carlos confiara en ella, aquello demostraba justo lo contrario.

—¿Seguro? —Lo miró a los ojos y luego volvió a mirar el libro sin atreverse a tocarlo.

—Totalmente. Su inglés puede no ser perfecto, pero sonó lo suficientemente claro. —Sonrió. Ariadna asintió, pero seguía sin terminar de creérselo—. Puedes cogerlo, no muerde...

Volvió a asentir mientras agarraba el cuaderno de piel con el mismo cuidado o más que el que Duncan había mostrado hasta entonces. Acarició con suavidad la portada de cuero, pero no se atrevió a abrirlo.

—¿Por qué querría que yo lo tuviera?

—Querrá tenerlo cerca. Yo me voy, así que...

—Pero ¿y cuando yo me vaya?

—No creo que haya pensado en eso.

—Pues... Pues debería. Igual tendría que decírselo y... No sé —suspiró. En realidad se moría por sentarse a leer el diario de principio a fin, por averiguar más sobre Carlos, pero estaba algo abrumada por el hecho de que,

pese a todos los altibajos de sus encuentros y lo reservado que era en cuanto a su vida personal, quisiera que ella tuviera aquello.

—Ariadna, quiere que lo tengas tú. Yo me lo tomaría como un halago.  
—Sonrió.

—Y lo hago, pero... No sé. Me da miedo que no lo haya pensado bien y luego se arrepienta.

—Es un espíritu, si algo ha tenido es tiempo para pensarlo.

Ariadna asintió de nuevo, más que nada intentando auto-convencerse. Miró la portada del diario una vez más antes de volver a cubrirlo con el trapo y lo abrazó contra su pecho.

—Gracias... —No sabía por qué se las daba, ya que no era suyo, pero le parecía lo correcto; después de todo, había sido una de sus posesiones más preciadas durante los últimos años. De pronto cruzó su mente un pensamiento que hasta entonces no había valorado. Su mirada se enturbió mientras volvía la vista a Duncan—. ¿Es...? ¿Es bueno? —Él la miró, confuso—. Quiero decir... Lo que hay dentro... Es... ¿Hay algo que no me vaya a gustar leer sobre él...?

Tenía tanta curiosidad por saber más de Carlos, de su vida pasada, que ni siquiera se había preguntado hasta ese instante si le gustaría lo que iba a encontrar. Era fácil romantizar la idea de un valiente soldado español con unos modales como los de Carlos. ¿Y si al leer sobre él se llevaba una decepción? ¿Seguiría tan dispuesta a continuar allí? ¿A ayudarlo?

Duncan rio sin poder evitarlo.

—No te preocupes. El señor Vásquez es y fue un buen hombre, de los mejores que he conocido.

Ariadna respiró aliviada.;

—Vale... ehm... —Apartó la mirada, insegura, hasta que reparó en un par de maletas que yacían sobre la cama—. Yo... Si puede decirle a su mujer que me mudaré en cuanto encuentre otro sitio... Dejaré mi teléfono a los del hotel para que me avisen cuando se les quede libre una habitación, y pondré un anuncio en la tienda... —Duncan empezó a hacer un gesto de negación con la cabeza y las manos, pero Ariadna se le adelantó antes de que pudiera replicar—. No. Insisto... Fue usted quien me invitó a quedarme aquí. Ahora

que se marcha va a ser muy raro. Sobre todo con la constante mirada reprobatoria de su mujer; cada vez que me cruzo con ella sé que me está juzgando. Es incómodo para ambas que me quede aquí.

—Está bien. Se lo diré... Pero si no puedes encontrar nada y debes quedarte algún tiempo, no te preocupes por ello, esta casa sigue siendo mía también y eres mi invitada. Si tienes algún problema, puedes llamarme.

—De acuerdo. Gracias...

—Y ahora será mejor que me despida, vienen a buscarme temprano — comentó Mackinnon.

Ariadna asintió.

—Que tenga un buen viaje, Duncan. Me alegro mucho de haberlo conocido.

—Igualmente... —Sonrió mientras le estrechaba la mano—. Tienes mi dirección. Si alguna vez vas por Glasgow o necesitas cualquier cosa, no dudes en avisarme... Y mantenme al tanto de lo que pase con Carlos.

---

2 &#9;En inglés «*the dust (in the air)*» .Pronunciado «dast». Ariadna busca rápidamente una relación fonética con «gustas».



# 21

## El fin de la calma latente

*Este lugar es increíble... Eilean Donan... Nunca había encontrado un sitio en el que se respirara una paz como la que esta isla y su castillo desprenden, con la única compañía de las gaviotas y las nutrias, bajo el leve murmullo del agua lamiendo los pies de esta fortaleza inexpugnable.*

*El tiempo es por lo habitual oscuro, pero cuando el sol consigue abrirse paso entre las nubes es como si Dios corriera las cortinas del cielo para decirnos: «¡Deteneos y contemplad! ¡Abrid los ojos y mirad con atención lo que tenéis delante!» mientras señala con varios rayos de luz que pronto se evaden.*

*Con la bajada de la marea, el mundo acuático deja lugar a otro totalmente distinto pero igual de animado. Los peces ceden el paso a las aves; pequeños pájaros negros de picos anaranjados u otros blanquinegros que se mimetizan a la perfección con la tierra y las algas, con el musgo... Nuevamente se hace necesario observar con detenimiento. Y si tienes la suficiente paciencia, estos pajarillos, curiosos, se acercarán a ti, a saludar a ese extraño individuo de dos patas que, sentado en una piedra, mueve una pluma de manera incesante mientras se impregna de cuanto le rodea.*

*¿Es posible que, a pesar de todo, sea afortunado por estar aquí? Desearía que las circunstancias fueran otras, más pacíficas sobre todo, más amistosas, pero también es probable que otra situación no me hubiera conducido a este lugar. Solo Dios sabe el tiempo que permaneceremos en Eilean Donan, pero si de mí dependiera, creo que podría hacer de este mundo mi nuevo hogar, mi nuevo comienzo.*

*Y, sin embargo, al caer la noche y al llegar el alba, en los hermosos ocasos y amaneceres, no puedo evitar acordarme de ella. En esos momentos, cuando el cielo despliega todo su abanico de colores como un pavo real abriendo su cola, desearía tener a alguien con quien compartir estos escenarios sin par. Es solo entonces cuando se me hace palpable la certeza*

*de mi soledad, cuando desearía poder regalar estos cuadros a otra persona, y ofrecer el calor de mis brazos a una amante ninfa surgida de cualquier lugar, incluso del lago, que correspondiera a mis sentimientos...*

Recostada en la cama, con la única luz de una lámpara de mesa, Ariadna repasaba las últimas palabras leídas del diario de Carlos. Para su sorpresa, se encontró fantaseando con que fueran dirigidas a ella. Sí, eran cursis para los estándares actuales, pero también hermosas por la sinceridad que irradiaban. Carlos describía el entorno de las Tierras Altas con una exactitud que, pensó, ella no habría podido mejorar aún con todos sus estudios y experiencia escribiendo. En cuanto a lo siguiente... Ariadna nunca había tenido a nadie que le regalara un simple ramo de flores o una caja de bombones, mucho menos que le dedicara semejantes palabras. Arrugó la nariz, tampoco es que se hubiera sentido cómoda oyendo aquello directamente de los labios de alguien, poco acostumbrada como estaba a tales muestras de afecto, pero leerlas era distinto, sobre todo al saber de quién procedían.

Continuó leyendo con curiosidad, preguntándose si Carlos estaría pensando en alguna mujer en concreto. Pasó las páginas sorteando los detalles más técnicos o relacionados con su trabajo, hasta que dio con lo que buscaba.

*Hoy hemos salido a inspeccionar los alrededores de Eilean Donan. A unos cinco minutos a pie se encuentra el pueblo de Dornie, donde parte de nuestro grupo pasará la noche. Algunos habitantes nos han ofrecido alojamiento, pero otros se han mostrado reticentes, así que he dado la orden de que los hombres que permanezcan fuera del castillo acampen en las faldas de la colina que se eleva tras el pueblo. Prefiero evitarnos problemas y evitárselos a los locales.*

*Los alrededores están formados por redondeadas colinas con algunos bosques en parte de las laderas. El terreno es bastante inestable en algunos puntos, pues a menudo aparecen espacios con pequeños pero profundos remansos de agua estancada con lodo que pasan desapercibidos a los ojos y de los que cuesta salir una vez caes. El cabo Ruiz ha tenido la mala suerte de comprobarlo y hemos tardado varios minutos en sacarlo. Sus ropas han*

*quedado destrozadas, por lo que ha tenido que tomar prestadas las que el jefe de uno de los clanes le ha proporcionado.*

*El paisaje que nos rodea es extremadamente hermoso, pero creo que también traicionero; un lugar por el que dejarse maravillarse, pero al que respetar.*

*Por la tarde subí solo hasta lo alto de una de las colinas (o munros, como las llaman aquí) desde la que hay una vista perfecta de la confluencia de los lagos Duich y Alsh, justo donde el castillo se encuentra. Es el Alsh el que más me preocupa, al ser el único con salida al mar. No albergó duda de que, en caso de un ataque británico, este se producirá desde allí.*

*Aunque la orografía es bastante similar a la del norte de España (incluso el clima, con frecuencia lluvioso, recuerda a esa parte de mi país), el tiempo parece más frío. No obstante, creo que lo peor es el intenso viento. Es curioso porque por las mañanas casi no lo percibes a menos que sea un día especialmente ventoso, pero por las noches puedes oírlo rugir; sopla con una fuerza tal que el ruido se asemeja al de un ejército a caballo arremetiendo al galope. Ahora ya empezamos a acostumbrarnos, pero los primeros días nos despertábamos a menudo, armas en mano, esperando un inminente ataque.*

*En cuanto al castillo... parece seguro; sus cimientos son fuertes, sus muros gruesos, y su situación perfecta para divisar con mucha antelación la llegada de un posible enemigo. El hecho de que solo durante la marea baja se pueda llegar a él sin embarcación ayuda a hacerlo un bastión cuasi infranqueable. Desde luego, es un lugar fácil de defender, no creo que haya un sitio más seguro por aquí para almacenar las armas, la pólvora y las provisiones, siempre y cuando el ataque no provenga del mar. Aun pese al grosor de los muros, soy consciente de que el castillo no podría soportar demasiados ataques de cañón; acabaría cediendo a ellos. Por esta razón partiremos mañana en una pequeña expedición hacia el otro lado del lago Duich, para recorrer la costa que bordea este y el lago Alsh. Con suerte encontraremos un lugar oculto a la vista, entre los bosques, donde establecer un puesto de vigilancia desde el cual podamos ser alertados en el caso de la llegada de barcos enemigos.*

*Todo se encuentra en calma esta noche. Parte de mis hombres permanece en el campamento de Dornie y yo estoy con el resto en el castillo. Este lugar parece tener vida propia; los escasos muebles de madera gimen con más intensidad en la noche, como si compitieran con el viento para hacerse oír, para hacer notar su presencia. El frío se escurre por todos los rincones y más adentro, en nuestros huesos, pero debemos evitar en lo posible encender ningún fuego hasta que la oscuridad se aleje, pues delataríamos nuestra existencia a posibles ojos traicioneros. Así pues, tenemos que conformarnos con las mantas que trajimos y las que muy amablemente nos han cedido nuestros camaradas de las Tierras Altas.*

*Cada noche pienso en mi hogar y en ella, Amaia, en cómo sería tener una familia que esperara ansiosa mi retorno. A menudo me consume la envidia cuando observo a alguno de mis hombres escribir una carta o sostener en sus manos el retrato de una mujer o un hijo. Yo solo puedo dirigir mis palabras a este diario y soñar con que, mágicamente, se materialice en una de sus páginas la respuesta de mi amada.*

*Oh, mi querida Amaia, ¿podréis acaso imaginar lo que daría por estar entre vuestros brazos, por teneros entre los míos? En ocasiones pienso que tal vez no supe demostraros cuánto significáis para mí, pero luego recuerdo vuestra forma de hablar del hombre en el que fijasteis los ojos y sé que ni mi amor ni todas mis riquezas podrían equilibrar la balanza de vuestros deseos cuando al otro lado se encuentra el amor verdadero. Ojalá pudiera borraros de mi mente, olvidar por completo que alguna vez os conocí, que al menos una vez pude besar vuestros dulces labios y apretaros contra mi pecho. Ojalá pudiera dejar de consolarme convenciéndome de la mentira de que me echáis de menos, de que al no tenerme cerca os habéis dado cuenta de la existencia de vuestro amor por mí y esperáis anhelante mi regreso. Y de que, el día menos pensado, recibiré una carta de amor vuestra que me convertirá en el hombre más envidiado de aquí y de todo el mundo.*

*No, debo dejar de soñar con imposibles y centrarme en el presente, en el futuro. No volveré a mirar atrás, a las mujeres a cuyos brazos no regresaré: mis amadas España y Amaia. Entrego mi presente y mi futuro a Escocia.*

—Vaya... —Ariadna enarcó las cejas, sorprendida por aquellas palabras y, a la vez, algo incómoda. Se planteó dejar de leer. Una cosa era descubrir los sentimientos de su hermana cuando ella ya no estaba allí... pero con Carlos era distinto. A él todavía podía mirarlo a la cara y lo que leía era algo personal, le costaba creer que no le importara. Se preguntó si se habría parado a pensar en lo que había escrito ahí (o si siquiera lo recordaba) antes de decidir dejarle el diario a ella.

Echó un vistazo a las siguientes páginas y comprobó que aún había más párrafos dedicados a aquella mujer llamada Amaia. Debía de haber sido alguien muy importante, porque incluso dedicaba una página a hablar de un anillo que guardaba para ella. Hizo una mueca y negó con la cabeza. Por un lado quería saber más de aquella relación, no podía evitar sentir curiosidad, pero la incomodidad que aquello le suponía era mayor. Decidió pasar las páginas o fragmentos dedicados a Amaia y a cosas personales de Carlos y centrarse solo en los aspectos más generales de su vida.

*Esta mañana fuimos al otro lado del lago para inspeccionar la zona y buscar el mejor sitio para establecer un puesto de vigilancia. Tras atravesar un bosque y cruzar un riachuelo a los pies de una pequeña cascada, semi-oculto en un terreno elevado pero sin árboles, apareció ante nuestros ojos una extraña estructura de piedra de forma circular que inmediatamente me trajo el recuerdo de las antiguas construcciones celtas que tan bien conocemos en el norte de España: los castros. Hace un rato pregunté por esto a uno de los habitantes del pueblo y me contó que se llaman broch (pronunciado «brogg») y que, al parecer, son bastante frecuentes por aquí, pues eran las construcciones que utilizaban los antiguos habitantes de las tierras escocesas, siglos atrás.*

*Creo que esa construcción puede ser un buen punto de vigilancia. Se alza en una localización perfecta en la ladera de una colina que permitirá divisar cualquier embarcación que cruce el lago Alsh rumbo al castillo de Eilean Donan, y la cercanía hasta la orilla frente al castillo hará que quien esté de guardia pueda adelantarse a los barcos atajando por el bosque y remando hasta nosotros para alertarnos en pocos minutos, dándonos ventaja*

*más que de sobra para prepararnos.*

*Sé que igual estoy exagerando, pues los casacas rojas no tienen por qué haber advertido aún nuestra presencia, pero toda precaución es poca. Los traidores emergen como hongos, pueden aparecer en cualquier lugar y momento y hay muchos intereses en juego en esta guerra: británicos, españoles, franceses, y los de los Jacobitas. Y si todos los highlanders estuvieran de nuestro lado podríamos, tal vez, respirar más tranquilos, bajar un poco la guardia, pero ese no es el caso, e incluso los que tenemos por compañeros hoy pueden cambiar de parecer mañana. Hay mucha desconfianza, mucha inseguridad entre estos hombres; creo que no saben qué es lo que más les conviene. Pienso que quieren luchar, plantar cara al Gobierno, pero a la vez se plantean si vivirían mejor, o simplemente durante más tiempo, si no hicieran nada. No es solo en ellos en quienes deben pensar, sino en sus familias; no es solo orgullo lo que está en juego, sino las vidas de aquellos a los que aman, y eso es lo más importante.*

*Es solo en estos momentos cuando agradezco no tener a nadie que dependa de mí. Es triste y, pese a todo, desearía tenerlo, pero en estas ocasiones saber que no hay nadie que tema por tu muerte es también un alivio; no tener una familia que condicione tus decisiones, un hogar que perder, puede hacer de un hombre el soldado más temible, pues lo único en riesgo es tu propia vida.*

*Yo no quiero morir, aún albergo la esperanza de que encontraré la felicidad en esta tierra, mantengo la fe en que el destino me ha arrastrado a este lugar por una buena razón...*

*Tal vez deba hacer caso a mis camaradas y buscar una mujer aquí. Ahora no es el mejor momento, pero cuando todo esto acabe será una buena opción a tener en cuenta. Esta tarde mismo bromeaban a mi costa, hablaban de selkies, criaturas con forma de foca que se transforman en mujeres para conquistar hombres, y cuando rechacé unirme para ir al pub a buscar alguna, el Teniente bromeó diciendo que ya tenía la mía en España. Tuve que hablarles de Amaia y el recuerdo destrozó mi humor por el resto de la noche.*

*Lo cierto es que he visto a algunas hijas y esposas de los clanes y son realmente hermosas, además de fuertes y decididas, su carácter me recuerda*

*bastante al de algunas mujeres de mi país, pero parecen estar menos interesadas en superficialidades que las damas que he conocido hasta ahora, lo cual es bueno. Siempre me he fijado en el mismo tipo de mujer, aquella más centrada en conseguir los atuendos de moda que en disfrutar de un paseo a caballo por la montaña, y puede que ahí haya yacido mi error...*

Ariadna no pudo evitar dejar escapar una risita.

—Es bastante probable... —susurró—. Pero supongo que con tu obsesión con las faldas sería difícil fijarse en una que prefiriera montar a caballo... —añadió con una sonrisa.

*Ayer salimos a inspeccionar los alrededores del castillo por la costa este del Loch Duich. El día ya había amanecido nublado y neblinoso, pero conforme fue pasando el tiempo, la niebla empezó a descender cubriéndolo todo hasta hacernos imposible la visión a menos de un par de metros. Cuatro de mis hombres y yo nos perdimos y no hemos podido regresar hasta esta madrugada, cuando fuimos encontrados por un par de camaradas highlanders. Uno de mis compatriotas, un joven soldado que no alcanza los veinte años, casi no sobrevive a la noche; estoy seguro de que, de habernos encontrado por la mañana, solo cuatro habríamos vuelto con vida. Buscamos refugio, pero, a tientas y por el embarrado y escabroso suelo, solo pudimos dar con una formación rocosa, y nos detuvimos a su amparo, temerosos de caer despeñados por algún inadvertido accidente del terreno. El sol se llevó consigo el escaso calor que había dejado durante el día, y la noche trajo con ella lluvia y viento. Intentamos reunir algo de calor manteniéndonos juntos, protegidos bajo nuestros abrigos, pero por el cuerpo del joven soldado parecía correr agua de deshielo en vez de sangre. Sabía que, de permanecer allí, al alba cargaríamos con un cadáver, por lo que me arriesgué a dejar la relativa seguridad de aquel amago de refugio y aventurarme colina abajo, hacia donde, si mi intuición y los rudimentarios y aproximados cálculos de nuestra situación no me fallaban, se encontraría el lago. Una vez encontrado, solo debería caminar manteniéndolo a mi izquierda hasta dar con el castillo.*

*Me alejé de mis camaradas haciendo caso omiso a sus advertencias. No*

*creían que alejarme en solitario fuera una idea sensata, y lo cierto es que yo estaba de acuerdo, pero era intentarlo o dejar nuestras vidas en manos de la voluntad de las cambiantes Tierras Altas, y estas ya nos estaban demostrando que no entendían de bandos, que las vidas humanas se les hacían igual de prescindibles, con independencia de la bandera bajo la que se ampararan.*

*Lamentablemente no logré avanzar más de unos cincuenta metros, la lluvia me recibió con ansias, como si hubiera tomado el hecho de que me pusiera en pie como una invitación, y la tercera vez que resbalé, golpeándome el costado contra las rocas, lo tomé como una advertencia final. Morir en batalla era una cosa, hacerlo en una colina por culpa de la estupidez y la falta de cautela, otra muy distinta. Y muerto o inválido no le serviría ni a aquel joven soldado ni a ningún otro.*

*Volví la vista atrás en un intento por localizar a mis camaradas y regresar junto a ellos, pero antes de darme cuenta la lluvia había dado paso a la niebla y me volvía a rodear un muro inmaterial de color blanco. Grité sus nombres y a mis oídos llegaron sus respuestas, pero me resultó del todo imposible guiarme así, pues el terreno me devolvía por igual voces y ecos.*

*Les avisé de que me quedaría donde estaba y les pedí que hicieran lo mismo; la única posibilidad de supervivencia que teníamos era conservar el calor y aguantar hasta el amanecer o hasta que la niebla se levantara. Me agazapé contra la roca que acababa de magullarme, subiendo el cuello de mi abrigo, cruzando los brazos sobre mi pecho y pegando las rodillas contra ellos, y cerré los ojos imaginando que estaba en un lugar cálido, en casa, de vuelta en mi país natal.*

*No sé cuánto tiempo pasó antes de que los highlanders, guiados, ellos sí, por nuestras voces, dieran con nosotros, pero no debió de ser mucho, puesto que aún seguíamos todos con vida.*

*Ya de vuelta en la seguridad del castillo, recapacité con tranquilidad acerca de aquello. Nunca había visto tal penumbra blanca y la posibilidad de tener que enfrentarnos a las fuerzas del Gobierno en similares circunstancias me inquietó. El clima y el entorno son dos de los factores que más me han estado preocupando desde antes de poner pie en estas tierras, y la*



*experiencia de ayer no hizo más que acrecentar mi inquietud. Los soldados británicos no están acostumbrados a las condiciones de estas tierras, sin duda más salvajes e inhóspitas que las de Inglaterra, pero lo que podría suponer una ventaja para los highlanders en una posible batalla supone a la vez un inconveniente para nosotros los españoles, mermando nuestra capacidad de ayuda hacia ellos.*

*Tenemos que hacer algo para remediar esto y lo único que se me ocurre es recibir entrenamiento apropiado. No obstante, cualquier acción que llevemos a cabo en campo abierto es susceptible de desvelar nuestra posición antes de lo aconsejable, por lo que debemos ser cautos y encontrar un lugar y momento seguro para ello. El tiempo no está de nuestra parte tampoco, lo que no hace más que empeorar nuestra situación...*

Ariadna se sumergió tan rápido en la lectura de las vicisitudes en las que se vio envuelto Carlos que no reparó en la vibración procedente de su teléfono hasta que el ladrido de unos perros en el exterior la devolvió a la realidad. Miró a su alrededor entonces hasta que localizó su móvil sobre la cama, pero el aparato dejó de sonar entonces. Observó la pantalla y su rostro se nubló al reparar en las cinco llamadas perdidas procedentes de Sara. ¿Qué podía querer con tanta urgencia? Miró el reloj del teléfono y comprobó que eran las nueve, ¿tanto tiempo había pasado ya? Serían las diez en España entonces... lo que significaba que lo que quiera que Sara necesitara decirle no estaría relacionado con el trabajo; no a esas horas... Su estómago se encogió al valorar otras razones por las que pudiera querer contactarla con tanta urgencia, y la sensación empeoró al recibir un mensaje de texto de su amiga.

Dónde diablos estás?? Llámame en cuanto leas esto!! Es URGENTE!!!

—Dios... que no sea lo que creo... que no sea lo que creo... —murmuró mientras apretaba el botón para devolver la llamada. Un tono... dos...

—¡Por fin! ¡¿Dónde demonios te metes?!

—Lo siento, tenía el móvil en silencio... ¿Qué pasa?

—¡Lo que me temía! ¡Tú madre lo sabe!

Se quedó sin aire.

—Dime que es una broma, Sara... —susurró haciendo verdaderos esfuerzos para hablar. No le salían las palabras.

—Cariño, ni siquiera yo bromearía con algo así —dijo con tono de reproche—. Ya conoces a tu madre, es casi imposible ocultarle cosas, parece que tuviera un sexto sentido, como los perros esos que buscan droga, ¿sabe cuándo le mientes! ¡Lo huele!

—Sara, dime que no se lo has dicho tú... —murmuró.

—Te aseguro que no pude evitarlo.

—¡¡Sara!! ¡¡Te pedí que no se lo dijeras!! ¡Te lo dije expresamente!

—¡Y yo te juro que lo intenté! Pero llamé al trabajo varias veces y luego vino a mi casa, Ari, me sometió a un interrogatorio que ni el FBI. Sabía que le ocultabas algo desde que le escribiste y me dijo que no se iría hasta que no le dijera la verdad...

—Pero te pedí que NO lo hicieras, ¡joder! —repitió.

—¡No tenías derecho a pedirme algo así! ¡Sabes que no se me da bien mentir! ¡Que no me gusta mentirle a nadie, y menos aún a tu madre! Ahora me mira como si hubiera sido yo la que le hubiera querido ocultar todo.

Ariadna se obligó a respirar hondo. Ahora no tendría más remedio que ir a España de inmediato y su madre la iba a odiar aún más de lo que ya esperaba que lo hiciera si hubiera tenido la oportunidad de decírselo en persona.

—Está bien, está bien... —Respiró hondo tratando de tranquilizarse—. Cogeré el primer avión que salga para Barcelona y...

—Edimburgo, mejor —susurró Sara.

—¿Perdón?

—Me dijo que quería coger el primer avión a Edimburgo. Quiere traer a tu hermana a España.

—Eso es absurdo, ya está enterrada...

—Quiere enterrarla junto a su padre.

Ariadna resopló y se pasó una mano por la cara.

—Sara, necesito que...

—He sacado ya su billete y el mío. No quería dejarla volar sola en su

estado.

—Gracias... —dijo de corazón. Aunque le hubiera molestado que le diera la noticia, en el fondo sabía que Sara no lo había hecho por fastidiarla, y tampoco era justo enfadarse con ella por algo que no podía haber evitado y en cuyo embrollo la había metido ella misma.

—Llegamos sobre las nueve y media de la mañana.

—¿Qué? ¿Tan pronto? Estoy como a cuatro horas en coche, más en transporte público, y no creo que haya autobuses ya hasta mañana...

—¿Taxi?

—¿Tan lejos? Mi tarjeta va a llorar...

—¿No conoces a nadie que te pueda llevar?

—¿Para estar allí a las nueve? No voy a hacerle eso a nadie. Aquí la gente se acuesta más temprano —suspiró—. Ya veré lo que hago... ¿Dónde os alojaréis?

—He reservado un par de habitaciones en un hotel del centro. Si quieres podemos quedar en la ciudad directamente, así no tienes que ir al aeropuerto y te dará un poco más de tiempo.

—Sí... —suspiró. Era como si su peor pesadilla acabara de materializarse.

—Intentaré hablar con tu madre.

—No te escuchará.

—Tendrá que hacerlo, nos sentamos juntas en el avión.

Ariadna sonrió sin ganas. No solo estaba aterrorizada por tener que enfrentarse a su madre, también le preocupaba el hecho de tener que dejar a Carlos durante un tiempo indefinido. No sabía cuánto se quedaría su madre, o si tendría que regresar con ella. ¿Qué sería de él? ¿Volvería a desconectarse del mundo real? ¿Se olvidaría de todo?

—¿Ari? ¿Sigues ahí?

—Ehm... Sí, sí.

—¿Estás bien?

—Sí... Yo... Será mejor que me ponga a recoger mis cosas y buscar transporte para mañana. Te mandaré un mensaje cuando lo tenga todo reservado y sepa a qué hora llego.

—De acuerdo. Te veo mañana...

Ariadna colgó nada más despedirse y se dispuso a buscar transporte. Tras varios minutos de consultar opciones a través del móvil llegó a la conclusión de que lo mejor sería coger el primer tren, sobre las seis de la mañana, rumbo a Inverness, y luego otro tren directo a Edimburgo. No llegaría hasta pasado el mediodía, pero era la mejor opción si no quería dejarse una gran cantidad de dinero de la que en esos momentos, sin trabajo y en un país extranjero, no podía prescindir. Si su madre estuviera sola sería distinto, pero la tranquilizaba saber que Sara iba con ella.

Tras guardar todas sus cosas se tomó unos instantes para respirar hondo y tranquilizarse un poco al darse cuenta de que estaba temblando. Se sentó en la cama y barajó la posibilidad de ir a hablar con Duncan y comentarle lo ocurrido, pero descartó la idea al reparar en que toda la casa estaba en silencio. Abrió con sigilo la puerta de su habitación y se inclinó para confirmar que por debajo de la puerta cerrada de la habitación de Duncan no había rastro de luz, tampoco de la de Susan. Decidió que le dejaría una nota para que la viera al día siguiente.

Volvió a entrar en la habitación y se enfundó su cazadora, un gorro, la bufanda y los guantes, y salió de la casa sin hacer ruido, rumbo al castillo.



En el fondo, siempre había temido que llegaría el día en el que tendría que despedirse de Carlos, sobre todo tras comprobar lo difícil que era encontrar alojamiento y trabajo en aquel pequeño pueblo, pero nunca había supuesto que el momento se presentaría tan pronto ni de manera tan repentina, y por ello no tenía ni idea de cómo enfrentarse a él.

No sabía cómo reaccionaría Carlos, y rogaba mentalmente que no fuera de mala forma; dudaba poder aguantar más reproches y no quería tener que cargar con más de lo que se le avecinaba.

La noche era fría, pero cuando llegó al castillo, con la respiración y el pulso acelerados por la velocidad con la que había acudido y los nervios, tuvo que aflojarse la bufanda. Miró a su alrededor comprobando que no había nadie (el castillo aún estaba iluminado y sabía que los fotógrafos solían aprovechar esas horas para acercarse) y, despacio, cruzó el puente mientras

escrutaba el otro lado en busca de Carlos.

*Espero que me vea. No me apetece tener que ponerme a llamarlo.*

Continuó caminando, pero tras cruzar el puente siguió sin dar con él.

*¿En serio? De todas las noches...*

Rodeó el castillo manteniéndose a una distancia suficiente para que pudiera localizarla desde las ventanas, pero tras diez minutos sin verlo aparecer comenzó a preocuparse. Recordó la forma en la que la había «invitado» a irse aquella mañana y se preguntó si el hecho de no encontrarlo tendría que ver con eso. Frustrada, retomó el camino de vuelta al puente y, al llegar a él, levantó la vista hacia el castillo una vez más.

—Venga ya —murmuró—. No puedo creer que me vayas a hacer tener que...

—¿Gritar?

—¡¡¡AHHH!!!

Carlos rio suavemente.

—Sí, eso parece. —Sonrió.

Ariadna se giró al momento. Carlos estaba tras ella, tan cerca que juraría que había susurrado la pregunta a su oído. Hizo un amago instintivo de empujarlo, pero sus manos atravesaron su pecho.

—Me has asustado, idiota.

—¿Perdonad? —preguntó entre risas.

—Me has asustado...

—Salta a la vista, sí —añadió sin borrar la sonrisa. Ariadna no pudo evitar contagiarse de ella—. No os esperaba ya. De hecho, os he visto por casualidad.

—Ya. No pensaba venir hasta mañana, pero...

La mirada de Carlos cambió mientras su sonrisa desaparecía.

—¿Por qué tengo la impresión de que traéis malas noticias?

Ariadna suspiró.

—Mi madre se ha enterado de la muerte de mi hermana... a través de otra persona.

—Oh.

—Sí.

—Lo siento. ¿Habéis hablado con ella?

—Aún no, pero no quiero hacerlo por teléfono. La veré mañana.

Carlos apartó la mirada, repentinamente consciente del significado de sus palabras.

—Os marcháis. Al igual que el señor Mackinnon...

—Volveré, te lo prometo.

—Ya...

—Carlos. —La miró a los ojos—. Te prometo que volveré, ¿vale? Te doy mi palabra. —Él le mantuvo la mirada en silencio durante unos segundos y luego asintió—. Nunca te he mentado. La última vez que me fui, regresé.

—Lo sé. Pero ahora es distinto. Vuestra madre os necesita...

—Tú también. —Carlos sonrió levemente—. No voy a dejar que vuelvas a desconectarte de este mundo. —Notó que sus palabras habían sonado algo posesivas e intentó arreglarlo—. Quiero decir, a menos que sea eso lo que quieras...

—No.

Ariadna asintió.

—En ese caso, regresaré.

—Pero el viaje hasta España es muy largo.

—No voy a España. Me encontraré con mi madre en Edimburgo, llegará allí por la mañana.

—¿En un día?

—Un par de horas.

Abrió los ojos, sorprendido, mientras dejaba escapar un silbido de admiración.

—Vuestros barcos deben de ser tremendamente rápidos.

Ariadna sonrió.

—Sí, pero en este caso se trata de aviones.

—¿Aviones?

—Sí... eh... Es un medio de transporte que va por el aire.

—Oh, creo que he visto algo así cruzando por encima del castillo, con dos alas como las de un ave, pero inmóviles.

—Eso es.

—¿Y son seguros estos... aviones?

—Más que viajar por tierra, y mucho más rápidos que los barcos.

—Es... Es increíble lo que el ser humano ha avanzado en estos años...

—Ariadna asintió sin mucho interés. Aunque agradeciera en parte la distracción, no lograba dejar de pensar en su inminente partida y en su madre durante más de unos minutos. Carlos pudo advertirlo en su rostro—. ¿Cuándo os marcháis?

—En unas horas, sobre las cinco y media.

—¿Cuándo volveréis?

—No lo sé. No creo que tarde más de unos días, pero depende de cómo esté mi madre.

Carlos asintió.

—Es comprensible.

—Volveré lo antes posible. De verdad.

Él asintió de nuevo, pero a Ariadna no le pareció muy convencido. Lo miró a los ojos.

—Carlos, te doy mi palabra de que volveré. Así que más vale que te mantengas ligado a esta realidad porque no quiero hacer el viaje hasta aquí para nada, ¿de acuerdo?

Carlos sonrió ligeramente.

—Tenéis mi palabra de que haré cuanto esté en mi poder para esperaros.

—Bien.

—Pero os voy a echar de menos... —susurró apartando la mirada. Ariadna lo miró, conmovida por lo sinceras que parecían sus palabras. Carlos volvió la vista hacia ella al poco, malinterpretando su silencio. Temió haber hablado más de la cuenta—. Quiero decir, que ahora que el señor Mackinnon tampoco estará no tendré a nadie con quién hablar...

—Ya, bueno... —Ariadna se sintió algo decepcionada al escuchar la aclaración, por un momento había pensado que...—. Intenta... No sé. Puedes dedicarte a escuchar las conversaciones de los demás o algo así. Por lo menos te mantendrá distraído.

—No soy ningún cotilla.

Ella sonrió.

—Dadas las circunstancias, estoy segura de que nadie te culpará por ello. Míralo solo como una forma de mantenerte anclado a esta realidad.

Una repentina ráfaga de viento hizo que Ariadna tuviera que subirse la bufanda hasta la nariz. Se sentó en uno de los lados del puente en un intento por protegerse más del viento.

—Deberíais marcharos o enfermaréis, parecéis congelada. Además... tenéis que descansar para el viaje.

—¿Me echas de nuevo?

—¡No! No era eso lo que quería de...

—Lo sé, solo bromeaba. —Suspiró—. Supongo que sí que debería irme. —Miró hacia el castillo. La iluminación nocturna le otorgaba un aspecto casi mágico. En cualquier otro momento le habría encantado quedarse a disfrutar de esas vistas, de ese instante, a pesar del frío, pero por más que lo intentaba y a pesar de la compañía de Carlos, no podía dejar de pensar en el día siguiente y en su madre. Ni siquiera había recibido una llamada o mensaje suyo, lo que no hacía más que confirmar sus temores de lo furiosa que debía de estar con ella.

Sintió que se le encogía el estómago de nuevo y se obligó a mantener la mirada fija en el castillo para evitar que Carlos reparara en las lágrimas que comenzaban a inundar sus ojos.

—Es hermoso —comentó él, siguiendo su mirada—, pese a los malos recuerdos. Supongo que de algún modo me he acostumbrado a verlo como mi hogar... y un hogar siempre guarda cierto calor.

—Sí...

Carlos tomó la parquedad en su respuesta como una señal de que, en realidad, la había ofendido con su comentario, e intentó arreglarlo.

—¿Os entregó el señor Mackinnon lo que pedí que os diera? —Ariadna asintió. Temía hablar y que el temblor en su voz delatara sus sentimientos—. ¿Lo habéis leído? —preguntó. Había cierta cautela en su voz, como si quisiera saber la respuesta, pero, a la vez, la temiera.

—No... No todo —susurró ella mientras, disimuladamente, trataba de secar sus ojos con una mano—. Hay cosas muy personales. No me parece bien leerlas.



Carlos la miró con sorpresa. Siempre había considerado a las mujeres curiosas por naturaleza. Esperaba que ya se hubiera leído todo de principio a fin.

—Entregué el diario al señor Mackinnon siendo consciente de que lo leería y me consta que así fue. Esperaba que en vuestro caso fuera igual. No os guardaré ningún rencor si lo hacéis.

—Lo haré, pero evitaré las partes personales. Eso solo es asunto tuyo.

Carlos asintió, algo aturdido por el inmenso respeto que aquella reacción del todo inesperada le despertaba hacia ella. Suponía que ya habría leído cada palabra y, en su lugar, se encontraba con que no solo no había sido así, sino que se negaba a leer las partes más personales pese a que él no podría hacer nada por evitarlo ni se enteraría de hacerlo.

—Lo llevaré conmigo todo el tiempo —añadió Ariadna—. No te preocupes, estará a buen recaudo.

—Os lo agradezco.

Ariadna asintió y volvió la vista hacia el final del puente.

—Voy a regresar ya —dijo sin mirarlo mientras se incorporaba.

—De acuerdo.

—Hasta pronto entonces. —Sonrió brevemente y dio un paso para alejarse de él.

—Ariadna... —Ella levantó la vista sin pensar y Carlos reparó entonces en el brillo de sus ojos—. Habéis llorado.

—No. Se me ha metido algo en el ojo...

—Sois una embustera terrible. —Sonrió un poco.

Ariadna suspiró y se encogió de hombros.

—Solo estoy preocupada por la reacción de mi madre.

—Ojalá pudiera hacer algo para ayudaros, para hacerla comprender...

—No creo que sea algo que nadie pueda comprender. Me cuesta entender que tú lo hagas...

—Lo importante es que creísteis hacer lo mejor para ella.

—Pero me equivoqué.

—Es posible. No lo sé. No conozco a vuestra madre. Es muy fácil hablar de lo que se haría en una situación concreta cuando no es uno quien tiene que

enfrentarse a ella. Yo no sé lo que habría hecho en vuestro lugar.

—Seguro que lo correcto.

—¿Por qué lo creéis?

Se encogió de hombros.

—Pareces el tipo de persona que siempre hace lo correcto.

Carlos rio con suavidad.

—Bueno, hacer lo que yo creía correcto acabó con mi vida, así que en ese sentido no sé si podría decirse que tomé la decisión más acertada.

Ariadna lo miró con cierto pesar.

—Si no hubieras muerto nunca te habría conocido y ahora no habrías podido animarme...

—Eso es cierto. —Sonrió mirándola a los ojos.

—Te veo en unos días, ¿de acuerdo?

Carlos asintió.

—Aquí os esperaré...



De haber creído en vida en la existencia de fantasmas, Carlos nunca habría pensado que pudieran sufrir de ataques de pánico. Pero ahí estaba él: un espectro aterrado por la posibilidad de perder su único enlace con el mundo real.

No había dudado de Ariadna al decirle que regresaría, era cierto que siempre lo había hecho, pero existían muchos factores que no dependían de ella. ¿Y si, aun en contra de su voluntad, se veía incapaz de regresar? O ¿y si tardaba más de unos días en hacerlo? ¿Meses, incluso? ¿Podría esperar tanto tiempo?

Ni siquiera tenía claro que dependiera de él. No recordaba con exactitud lo que había pasado la última vez, cuando el señor Mackinnon había dejado de ir a verlo. Sabía que no había ocurrido de inmediato, que habían transcurrido algunos días, pero no recordaba cuántos ni si había hecho algo por intentar impedirlo o, simplemente, se había dejado llevar. ¿Sería posible evitar que sucediera de nuevo? ¿Y si no era así? ¿Vería en Ariadna a una extraña la próxima vez que se vieran? Le incomodaba pensar en tal posibilidad, en que ella supiera quién era y él la hubiera olvidado, pero le

consolaba el hecho de que, pese a los años transcurridos, había recordado al señor Mackinnon. Eso indicaba que, incluso de olvidarla temporalmente, podría volver a recordarla tras volver a verla.

Observó a Ariadna alejarse por el camino que bordeaba el lago y cómo, justo antes de desaparecer de su vista, se giró y levantó la mano en un último gesto de despedida. Carlos sonrió y la imitó, lleno de nostalgia a pesar de que aún no habían dejado de verse. Cuando desapareció de su vista sintió que el estómago se le encogía, o por lo menos, algo parecido a esa sensación...

Instintivamente dio un paso hacia el borde del puente y fijó los ojos en el agua que discurría por debajo. Se planteó la posibilidad de lanzarse y probar suerte, en un último intento por dejar aquel lugar y seguirla para que no tuviera que hacer aquel viaje ni enfrentarse a su madre sola, y para no tener que esperar a que regresara y arriesgarse a olvidarla. Pero sus miedos, aparentemente irracionales, volvieron a hacer mella en él, y retrocedió negando con la cabeza.

Como siempre, regresó a su habitación en lo más alto del castillo y desde la ventana contempló las escasas luces que aún quedaban encendidas en el pueblo de Dornie. Saber que Ariadna se encontraba allí, aunque no pudiera estar con ella, lo había reconfortado durante todos esos días, y saber que aparecería al día siguiente había hecho su permanencia en el castillo por las noches más llevadera. Ahora era distinto. Ser consciente de que no la vería al día siguiente, ni al otro, durante solo Dios sabía cuánto tiempo, hacía que le inundara una sensación parecida a la claustrofobia.



Ariadna no pudo dormir aquella noche, pero tampoco le vio sentido a hacerlo: el taxi que había reservado vendría a buscarla en unas pocas horas. Escribió una carta a Sue para informarle de que estaría ausente unos días, pero no a Duncan, pues no quería que, de algún modo, se sintiera obligado a quedarse allí por Carlos hasta que ella regresara. Antes de irse, deslizó la carta por debajo de la puerta del dormitorio de la mujer y, sin hacer ruido, salió de la casa en dirección al hotel, frente al cual había quedado con el taxista.

Las luces que iluminaban el castillo ya hacía tiempo que habían sido

apagadas, por lo que solo pudo distinguir su silueta en la penumbra. Se le encogió el corazón al pensar en Carlos, en que estaría allí en esos momentos, incapaz de conciliar el sueño como cualquier otra persona, quizá preguntándose si ella regresaría. Deseó ser capaz de asegurarle de alguna forma que así sería, de poder ofrecerle algo más que su palabra, pero tendría que conformarse con aquello, y deseaba con todas sus fuerzas que así fuera. Sabía que, incluso pasados cinco años, no le había costado recordar a Duncan, pero no podía evitar preguntarse si sería igual con ella o si, debido a que solo la había conocido durante unos días, podría llegar a olvidarla por completo si se desconectaba de la realidad en su ausencia.

*Espérame, por favor. No me olvides...*

## 22

### Cambios y asuntos pendientes

Eran más de las nueve de la mañana cuando Ariadna, por fin, consiguió conciliar el sueño. Iba ya en el tren rumbo a Edimburgo, cada vez más cerca de encontrarse con su madre, pero el cansancio había acabado venciendo a los nervios.

Carlos, por su parte, permanecía en su habitación en lo alto del castillo, con la mirada fija en las letras y números escritos por Duncan que, sobre una mesa polvorienta, conformaban su nombre y el año actual. Solía mirarlos durante las noches, cuando más vulnerable se sentía al no haber visitantes en el castillo ni nada allí arriba que le confirmara que estaba en el siglo XXI y no en el XVIII. Llevaba mirando aquella mesa desde antes de que amaneciera, aferrado a los recuerdos de los últimos días. Ahora, pese a ser de día, temía que la falta de interacción con Ariadna o Duncan hiciera que aquella realidad se desvaneciera, que al caminar por el castillo siendo ignorado por todo el mundo como si no existiera, dejara de hacerlo. Ni siquiera se atrevía a intentar recordar su vida anterior.

—Volverá. Deberías encontrarte un pasatiempo para estos días y dejar de pensar en ella —se dijo en voz alta.

Se incorporó con reticencia y miró por la ventana. Los primeros viajeros cruzaban ya el puente para visitar el castillo y, pese a su necesidad de mantenerse ocupado, no le apetecía encontrarse con ellos. Su mirada vagó hacia el pozo y decidió encaminarse hacia allí, pero al llegar comprobó que en ese lugar tampoco podría estar solo. Aquellos hombres que había visto con anterioridad drenando el pozo habían regresado. Maldijo entre dientes y volvió sobre sus pasos, salió del castillo y caminó por fuera, paseando alrededor de los muros exteriores mientras contemplaba el otro lado de la orilla. Luego miró más allá, hacia el pueblo, donde a esas horas ya no quedaría nadie que supiera de él.

Se sentó sobre el césped y se entretuvo contemplando un grupo de

gaviotas que se bañaba en el agua, a unos metros de él, disfrutando bajo el sol de aquella tregua que el clima parecía haber dado. La calma que inundaba todo, en especial el agua, le hizo recordar la que, cientos de años atrás, precedió a la tormenta del ataque al castillo. Entrecerró los ojos intentando enfocar la vista mientras se incorporaba con la mirada fija en el horizonte. ¿Era un navío del Gobierno aquello que se esbozaba en la distancia? No... no podía ser. Miró hacia el castillo y comprobó que presentaba un aspecto algo distinto, y sus sospechas se confirmaron al fijarse en el puente que, como por arte de magia, empezaba a desaparecer ante sus ojos.

—No... No, no, no... Carlos, céntrate en el ahora... —Cerró los ojos, apretándolos con fuerza—. Año dos mil diecisiete, siglo veintiuno —murmuró—. Año dos mil diecisiete, siglo veintiuno —repitió—. Dos mil diecisiete, veintiuno, dos mil diecisiete, veintiuno... —Abrió los ojos de nuevo. El puente aparecía como difuminado. No estaba entero, pero todavía era visible y su desaparición parecía haberse interrumpido.

Carlos miró a su alrededor sin dejar de repetirle aquellas palabras y caminó hasta encontrar un grupo de turistas. Se centró en sus vestimentas modernas, en sus aparatos del futuro: sus teléfonos, sus cámaras fotográficas...

—Año dos mil diecisiete. Siglo veintiuno —susurró—. Ariadna... —Volvió a cerrar los ojos y al abrirlos de nuevo observó, aliviado, que todo había vuelto a la normalidad: el puente permanecía intacto, el castillo como desde hacía años... Sacudió la cabeza—. No voy a conseguirlo —murmuró.

Tenía que mantenerse distraído, evitar pensar en el pasado, pero si había logrado hacerlo hasta ese momento había sido gracias a las visitas de Ariadna y de Duncan. Sin ellas, a menos que se mantuviera encerrado día y noche en su habitación con la mirada fija en aquella mesa polvorienta, no podría evitar recordar. Toda la isla con el castillo, las montañas colindantes, el lago... todo le traía recuerdos, y su mente parecía haberse vuelto en su contra, tal vez presa del miedo que lo embargaba al pensar en la posibilidad de que Ariadna no regresara.

¿Y si encontraba a otro hombre y lo abandonaba?

*Amaia...*

—¡NO! ¡YA VALE! —se regañó, enfurecido—. Para empezar, Ariadna no es Amaia y tampoco os une la misma relación. No podría abandonarte más que como amiga, en cuyo caso podría hacerlo por cualquier otra persona, no necesariamente por otro hombre. Y no tienes motivos para pensar que pueda romper su promesa, pues nunca lo ha hecho. Es injusto que te dejes llevar por tus prejuicios...

Miró a su alrededor al reparar en que estaba hablando solo, pero, por supuesto, nadie le prestaba la menor atención.

Frunció el ceño mientras fijaba la vista en las rocas bajo el puente, que sobresalían del agua debido a la marea baja. Apretó la mandíbula y se encaminó, decidido, a las escaleras que bajaban hasta ahí. Una vez a nivel del agua, anduvo hacia la parte inferior del puente y se detuvo al llegar al final de la isla. Miró hacia el agua, apenas cubriría un metro en la parte más profunda en aquellos momentos, y si caminaba con cuidado, saltando sobre las rocas, seguramente podría sortear el agua hasta alcanzar la otra orilla. Rio sin ganas mientras sacudía la cabeza. ¿Por qué diantres debía estar tan preocupado por el agua? No es que se fuera a ahogar, ni tan siquiera mojarse si caía en ella... Lo peor que podía pasar es que llegara a la otra orilla y no pudiera seguir avanzando, al igual que le pasaba al intentar traspasar la puerta al final del puente. Y lo mejor que podía sucederle era conseguir, por fin, salir de aquella isla, llegar al otro lado y poder ir a buscar a Ariadna a Edimburgo.

Sin permitirse valorar ninguna otra opción ni pensarlo por más tiempo (pues sabía que entonces, como otras veces, acabaría cambiando de idea) saltó a la roca más cercana. Sintió una sensación parecida a la excitación y el nerviosismo; si no fuera porque no tenía un corazón físico, habría jurado que le latía con mucha fuerza. Intentando evitar, una vez más, detenerse a pensar, saltó a la siguiente roca más cercana, y luego a la otra. Estaba a mitad de camino y la otra orilla parecía ya tan cercana... Se encontraba a punto de conseguirlo, pero todavía le faltaba cruzar el tramo más profundo y con las rocas más separadas. Contó hasta tres y se lanzó a por la siguiente roca, pero a mitad del salto le pareció que no iba a alcanzarla y entró en pánico al ver el agua tan cerca. Intentó, sin éxito, girarse y caer en otra roca a su izquierda, pero lo único que logró fue precipitarse directo al agua.

Aunque estando de pie solo le llegaría a las rodillas, al caer de lado todo su cuerpo se hundió y el miedo se apoderó de él. La parte racional de su mente sabía que ni estando vivo habría podido morir ahogado ahí, pero en cuanto su cuerpo atravesó el agua, los recuerdos se precipitaron sobre él tan rápido como él mismo sobre el fondo del lago, y, de repente, todo se tornó mucho peor. Ya no estaba ahí, junto al puente, entre rocas y un poco de agua, sino en la parte de atrás del castillo, donde la profundidad del lago era mucho mayor. Acababa de caer desde el muro posterior y el impacto contra el agua helada lo había paralizado durante unos segundos, suficientes para hacerle tragar una considerable cantidad. Una vez recuperado del shock de la caída, subió a la superficie tratando de ignorar el punzante dolor que recorría una de sus piernas, pero apenas tuvo tiempo de tomar un par de bocanadas de aire antes de encontrarse con un recibimiento en forma de balas de mosquetes. Volvió a sumergirse tan rápido como había salido, tratando de evitar los disparos, pero en cuestión de segundos algo golpeó su hombro impulsándolo unos centímetros hacia el fondo y haciéndole expulsar una cantidad vital de aire. Sintió que descendía sin remedio, ya no por voluntad propia, conforme el agua iba calando más y más en su ropa. Trató de evitarlo, pero por algún motivo que no tenía del todo claro, encontró serias dificultades para mover las articulaciones con la fuerza necesaria. Intentó mantener la calma, pero cuando vio que empezaba a necesitar llenar sus pulmones y la superficie se alejaba cada vez más, perdió los nervios y, con ellos, todo el aire restante. Miró hacia arriba, y, rendido, consciente de que aquello era el final, dejó de luchar.

Carlos abrió los ojos y se incorporó con rapidez, saliendo del agua al ver la luz del día sobre él. Se apresuró a caminar hacia la orilla opuesta al castillo y, desde allí, volvió la vista a este, aún confuso por lo que acababa de ocurrir. Se miró la ropa y comprobó que estaba empapado y que tanto sobre su pierna como sobre su hombro izquierdo se extendían sendas manchas de sangre, sin embargo, al intentar apoyarse en uno de los cimientos del puente confirmó que seguía sin poder hacerlo cuando su mano lo atravesó: continuaba siendo un espectro. Al hacerse consciente de ello, su ropa regresó a su estado habitual, tal y como se encontrara antes de caerse tras intentar cruzar a la otra



orilla. Miró hacia el castillo: estaba en perfectas condiciones. ¿Qué diantres acababa de pasar entonces?

Volvió la mirada hacia el agua. Seguía sin gustarle, pero su sola presencia no le inundaba ya de un miedo irracional ahora que era consciente del origen de su aversión a esta. Por fin recordaba. debía de haber encontrado su final en aquel lugar.

Sacudió la cabeza, intentando apartar esos desagradables pensamientos de su mente, y volvió la vista hacia la orilla. Había cruzado y se encontraba a solo unos metros por debajo de la puerta del inicio del puente. ¿Sería capaz de alejarse de allí bordeando la orilla? Comenzó a escalar sobre las piedras, estaba a punto de llegar arriba, al paseo por el que tantas veces había visto alejarse a Ariadna. Esta vez podría seguirlo, caminaría hasta Dornie y, desde allí...

De repente, el camino ya no estaba allí y él no se encontraba sobre las rocas.

Miró a su alrededor, confuso, y reconoció las paredes del pozo.

—¿Qué diablos...?

¿Qué hacía allí? ¿Cómo había podido llegar hasta el pozo en lo que tarda un parpadeo, sin tan siquiera haberse movido?

Reparó en que no estaba solo, los trabajadores del pozo seguían allí. Ya debían de haber terminado el trabajo, pues el fondo de aquel agujero estaba del todo seco. Pero lo que le llamó la atención no fue eso, sino algo que el más joven sostenía en su mano y enseñaba al otro, claramente entusiasmado por el hallazgo.

—¿Has visto el tamaño del diamante? Y tiene pinta de llevar aquí mucho tiempo, ¿crees que será antiguo?

Su compañero se encogió de hombros.

—Ni idea, pero antiguo o no, ese pedrusco tiene pinta de costar una fortuna. Apuesto a que tendría contenta a tu señora durante un buen tiempo.

—Río.

—Sí. Es una idea. No lleva muy bien lo de vivir tan lejos de la ciudad...

—¿Vivir tan lejos o pasarse sola la mayor parte de la tarde mientras tú estás en el pub?

Ambos rieron.

—Sí, eso también.

—Pues ahí lo tienes. Regalo de consolación perfecto.

Carlos lo miró con una mezcla de indignación y asombro.

—De ninguna manera. Ese anillo me pertenece —aseguró mientras avanzaba hacia el joven con paso firme. Intentó llamar su atención con un toque en el hombro, pero recordó lo obvio cuando sus manos lo atravesaron, haciendo únicamente que se estremeciera.

—Este lugar me pone los pelos de punta. —El trabajador extrajo la manguera del pozo y fue a apagar la bomba.

Carlos frunció el ceño e intentó empujarlo para evitar que se marchara con el anillo, pero cuando su puño volvió a atravesarlo, supo que no había nada que pudiera hacer.

¿O sí...?

—Bueno, afortunadamente ya hemos terminado aquí y no tendremos que volver más por esta parte del castillo —respondió el otro hombre.

—Afortunadamente...

—Tampoco ha sido tan malo; hemos conseguido un buen pellizco extra con las monedas y tú, incluso, una antigüedad.

—Malditas ratas... ¡Eso no os pertenece! Arderéis en el infierno. — Carlos dio una patada a aquel aparato extraño con el que parecían haber sacado el agua del pozo y este se tambaleó y cayó al agujero vacío que había dejado el agua.

—¿Qué haces? —le increpó uno al otro.

—Yo no he sido.

—Pues yo tampoco, así que ya me dirás tú.

El acusado se encogió de hombros y recogió la bomba y la manguera, las apartó dejándolas cerca de la pared y fue a recoger la bolsa de las herramientas.

—¡Ese anillo es mío! ¡Pertenece a mi familia! —Carlos volvió a golpear la bomba y el aparato chocó contra la pared del pozo haciendo un ruido sordo que resonó por todo el lugar.

Los trabajadores miraron hacia allí y, al ver que ninguno de ellos estaba

cerca, intercambiaron una mirada de recelo.

—¿Qué coño...?

En ese momento, Carlos dio una patada a la bolsa, desparramando todas las herramientas por el suelo.

—Larguémonos de aquí —sugirió uno de ellos.

Su compañero asintió y se apresuró a recogerlo todo.

—¡No! ¡No os marcharéis con ese anillo! ¡Me pertenece! —Volvió a intentar golpear en la cara al que lo llevaba mientras este se colgaba la bolsa al hombro. El chico miró a su alrededor, confuso, mientras se pasaba una mano por la cara y el cuello, como quien intenta apartar una telaraña o algún mechón de pelo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el otro.

—Sí... Venga, salgamos de aquí y vamos a comer algo, no he desayunado.

Carlos se dejó caer al suelo, rendido y exhausto, sintiéndose impotente. Le parecía tan injusto ser capaz de mover objetos inanimados, pero no poder plantar su puño en la cara de aquel bribón, justo cuando más lo necesitaba... Aquel anillo no era solo un anillo con un diamante, había permanecido en su familia por varias generaciones. Su padre pidió en matrimonio a su madre con él, y antes de eso perteneció a su abuela. La madre de Carlos se lo había entregado a su padre antes de morir con la petición de que se lo diera a él al alcanzar la edad adecuada. Quería que pasara a la mano de aquella a la que él se prometiera, y este así lo había pretendido con Amaia antes de descubrir que el corazón de la joven ya tenía dueño. Al dejar España, Carlos lo había traído consigo, pues no tenía planes de regresar a su país en un futuro próximo, y había guardado la esperanza de encontrar a alguien a quien entregárselo en aquel lugar. Pero hacía tiempo que lo había olvidado tras darlo por perdido. Ignoraba en qué momento había dejado de tenerlo consigo, pues siempre lo llevaba colgado al cuello de una cadena, pero esta debía de haberse roto durante el ataque al castillo y, de algún modo, haber ido a parar al antiguo pozo.

Se incorporó en cuanto vio que los hombres se disponían a abandonar el lugar con su anillo. Salió corriendo tras ellos, blasfemando como nunca

mientras trataba en vano de retener a aquel ladrón. Volvió a intentar golpearlo, se interpuso en su camino en varias ocasiones, pero su presencia no parecía suponerle más que un leve incordio, tal vez como una mosca persistente. Gritó con todas sus fuerzas, lo golpeó de nuevo y trató de alcanzar el anillo en su bolsillo. Continuó haciendo esto hasta bien pasada la puerta al inicio del puente y los siguió, pisándoles los talones mientras se introducían en la cafetería del centro de visitantes.

Fue entonces cuando reparó en ello.

Miró a su alrededor sin dar crédito. ¿Dónde estaba? Cruzó la puerta de la cafetería, salió al exterior y sus ojos se abrieron incrédulos al identificar el castillo a lo lejos, al otro lado del puente. Se miró sin acabar de creérselo: no había desaparecido tras cruzar la puerta principal.

Estaba en la otra orilla.

—Pero ¿cómo...?

Ni siquiera había cruzado a través del agua. O lo había hecho, pero no en ese momento. ¿Cómo era posible que se encontrara allí?

Dio unos pasos hacia el castillo, instintivamente, pero se lo pensó mejor; no quería tentar a la suerte y arriesgarse a volver a quedar anclado a ese lugar si ponía un pie sobre el puente. Pero, entonces, ¿significaba eso que era libre? ¿Podría ir a buscar a Ariadna? De repente el hecho de que aquellos miserables se hubieran adueñado de su anillo no importaba tanto. Además, siempre podría pedir a Ariadna que hablara con ellos y lo recuperara.

Ariadna... Tenía que encontrarla. Pero ¿cómo? ¿Cómo podía llegar a Edimburgo? Ni siquiera sabía qué rumbo seguir.

Salió corriendo hacia el camino que la había visto tomar, albergando la esperanza de que le llevara a una calle principal donde encontrar alguna señal que le indicara la dirección correcta. Pero apenas había perdido de vista la cafetería cuando, de pronto, se encontró arrastrado de vuelta hacia ella, cerca de donde se sentaban aquellos ladrones.

—¿Qué diantres...?

Se miró el cuerpo y miró a su alrededor, inmensamente sorprendido. Le había inundado una sensación similar a aquella que notara cuando traspasara la puerta del inicio del puente tratando de seguir a Ariadna. Algo lo había

arrastrado allí. Agradecía no haber acabado en el puente o dentro del castillo, pero no entendía por qué había vuelto hasta aquel lugar precisamente.

Volvió a intentarlo. Corrió hacia el camino y, cuando hubo recorrido una distancia similar, se sintió de nuevo arrastrado al punto inicial, junto a la cafetería.

Se detuvo a pensar durante unos instantes, mientras observaba desde el exterior, a través de las ventanas, a aquellos dos delincuentes desayunando en el interior de ese edificio. La primera vez que se había visto arrastrado de aquella forma ese día había sido cuando trataba de salir de allí, pero en esa ocasión había ido a parar al pozo, justo cuando aquellos hombres comentaban el hallazgo de su anillo. Demasiado conveniente... Y ahora, tras haber logrado por primera vez cruzar la puerta junto al puente, precisamente yendo tras ellos, había sido arrastrado al lugar en el que se encontraban.

¿Tendría aquello algo que ver con el anillo? Ariadna había valorado la posibilidad de que estuviera ligado al castillo debido a que su cuerpo no hubiera recibido sepultura y aún siguiera allí. ¿Y si no era por su cuerpo, sino por otra cosa que le perteneciera, como esa joya?

Volvió la vista a aquellos hombres, en especial al chico larguirucho que se había quedado con su posesión más preciada. ¿Significaría eso que tendría que seguirlo a todas partes?



Las sospechas de Carlos se confirmaron poco después cuando, de repente, se vio arrastrado más allá del camino, hasta el pueblo de Dornie, en el momento en que el chico que llevaba su anillo se dirigió hacia allí. Estaba tan furioso por tener que seguir a aquel truhan como sorprendido por los cambios que percibía a su alrededor. El pueblo había cambiado, no era como lo recordaba, pero, a la vez, tenía la sensación de haber estado allí ya. Lo que más le llamaba la atención eran esos extraños carruajes metálicos sin caballos que surcaban el camino principal de cuando en cuando, obligándole a apartarse a un lado por un instinto humano de supervivencia aún no olvidado. También los escasos habitantes que se cruzaban en su camino, con sus extrañas vestimentas (empezaba a pensar que no había mujer alguna en el mundo que siguiera llevando falda, ¿qué les pasaba?). Reparó en que, de

forma inconsciente, estaba buscando a Ariadna. Creía recordar que le había dicho que marcharía al amanecer, pero tal vez algún contratiempo la hubiera retrasado. Sería estupendo, pues en ese caso podría pedirle que dialogara con el ladrón y recuperar su anillo, y entonces podría acompañarla; podría ir con ella a todas partes...

Notó algo parecido a un estremecimiento al reparar en el alcance de lo que aquello implicaba: ir con ella a todas partes. ¿Quién decía que ella querría algo así? ¿Y lo quería él? Si era cierta su suposición de que estaba ligado al anillo y no al castillo, se libraría de aquella prisión, sí, pero estaría atado a quien llevara aquel objeto, literalmente, más allá de cualquier implicación de matrimonio que en un principio el anillo hubiera tenido. Sintió cierto vértigo.



Cuando llegó a la estación de tren de Waverley, en el centro de Edimburgo, Ariadna llamó a Sara para ver dónde estaban y qué tal se encontraba la situación con su madre. No fue necesario que le dijera mucho, su indecisión al sugerirle que quedaran en algún sitio habló por sí misma.

—No quiere verte... —le confirmó Sara—. Cuando le he dicho que estabas de camino, bueno, he tenido que pedir unas treinta libras en desayuno para que el dueño de la cafetería se repensara lo de echarnos. —Ariadna suspiró—. Quiere conocer a Beathan, eso sí. ¿Tienes su número?

—Sí. ¿Dónde estáis? Lo llamaré, a ver si puede acercarse...

—Estamos en... en el cementerio donde enterraron a tu hermana. —Ariadna tragó saliva. Debía de haber supuesto que ese sería el primer lugar al que su madre querría ir—. ¿Ari?

—Sí... Ehm... ¿Quieres quedar en alguna otra parte?

—Me encantaría, pero... llevamos aquí desde hace un buen rato. Le sugerí ir a tomar algo caliente, pero no quiso, así que...

Ariadna suspiró.

—Vale... Yo... Llamaré a Beathan y si está libre, iré con él. Os llevaré un par de cafés...

—No te olvides de traer también una de esas espadas gigantes de los highlanders...

—Gracias, Sara. Me animas muchísimo...

Ella suspiró.

—Mejor tráele una tila. Para mí café doble... o triple.

Ariadna colgó el teléfono y llamó a Beathan, rezando por que no estuviera trabajando; lo último que quería era presentarse delante de su madre sola. Guardaba la esperanza de que, tal vez, delante de él se reprimiría un poco y no montaría una escena cuando la viera aparecer... Suspiró sacudiendo la cabeza. ¿A quién quería engañar? Su madre montaría una escena incluso delante de la mismísima reina si esta anduviera por allí.

Cuando llegaron al cementerio, Ariadna estaba tan nerviosa que sentía náuseas. El corazón le latía con rapidez y tuvo ganas de vomitar al reconocer la silueta de su madre a lo lejos. Vestida de oscuro y entre el característico verde de los cementerios escoceses parecía la personificación de la muerte.

Vale, quizá exageraba, pero sí que le inspiraba una sensación similar.

—¿Estás bien? —Beathan la miró al advertir que se detenía y cerraba los ojos. Apretó su hombro con suavidad.

—No...

—¿Hay algo que pueda hacer?

—¿Puedes retroceder en el tiempo para que le dé la noticia a mi madre minutos después de recibirla?

—Lamentablemente, no... —Ariadna suspiró—. ¿Por qué no llamas a tu padre? Quizá él pueda hablar con ella y...

—No voy a meter a nadie más, con una persona que pague por esto es suficiente. Vamos...

Inspiró con profundidad y, seguida de Beathan, caminó hacia donde su madre y Sara permanecían de pie. Teresa los vio antes de lo que había deseado y su mirada le dolió más que si la hubiera abofeteado repetidamente; había tal odio, tal resentimiento y desprecio en ella, que a cualquiera le habría costado creer que fueran madre e hija, o incluso familia. Sara siguió la mirada de la mujer y vio a Ariadna justo cuando su madre se movía para alejarse.

—Teresa, espere, por favor... —le pidió Sara.

—Creo que lo dejé bien claro, te dije que si ella venía, yo...

—Mamá, espera... —Ariadna se acercó a ella corriendo—. Deja que...

—Tú no me dirijas la palabra.

—Por favor, mamá... —Extendió una mano hacia ella, pero Teresa se la apartó de un manotazo.

—¡No me toques! ¡Y deja de decirme «mamá»!

Ariadna apartó la mano y la observó con los ojos muy abiertos, le habría dolido menos que le escupiera en la cara. Ignoró la mirada de Sara y de Beathan, quien esperaba a un par de pasos sin saber qué hacer; no podía entender lo que decían, pero le resultó bastante obvio.

—Teresa... —intervino Sara. Aquella levantó una mano para que callara, pero ella insistió—. Ariadna quiere presentarle a Beathan, el novio de Iveth... —explicó rápidamente antes de que pudiera hacerla callar. La mirada de Teresa se suavizó un poco al escuchar el nombre del chico y buscó a su alrededor hasta que lo vio cerca de Ariadna.

—¿Eres tú? —inquirió.

—¿*Pardon*? —Beathan miró a Ariadna, en busca de una traducción.

—Sí, él es Beathan... —le respondió ella a su madre en un susurro.

—Le he preguntado a él.

—Él no habla español, así que como no le quieras hablar por señas, tendré que traducir yo —replicó Ariadna, cortante.

Teresa levantó la barbilla, orgullosa, y fijó los ojos en Beathan.

—¿Eres el novio de mi hija? —le preguntó.

Ariadna intentó ignorar el hecho de que no había especificado cual, como si solo tuviera una. Estaba segura de que lo había hecho adrede. Tradujo la frase a Beathan y este asintió mirando a Teresa. Empezaba a preguntarse si había sido buena idea ir después de todo.

—Sí. Lo siento mucho, señora... —Miró a Ariadna, siempre se confundía con lo de que en España tuvieran más de un apellido.

—Samper...

—... Señora Samper —terminó en inglés.

Ariadna tradujo todo a su madre, quien ni siquiera la miró.

—Sara, ¿tú no sabes inglés? —le preguntó Teresa.

—Eh... sí. Lo básico.

—Eso bastará. Así lo puedes traducir tú.



Sara miró a Ariadna sin saber qué hacer. Pensó en decir que tenía que irse, para que Teresa no tuviera más remedio que quedarse con Ariadna y dejarla traducir a ella, pero esta se le adelantó.

—Mamá. —Ignoró la mirada de odio de Teresa al llamarla así—. He venido para disculparme, así que creo que podrías...

—Pregúntale al chico qué tengo que hacer para poder... para llevarme a mi hija conmigo a España —la interrumpió Teresa, dirigiéndose a Sara—, donde tiene que estar.

Sara miró a Ariadna, incómoda.

—Vale, ya está bien, mamá —continuó esta—. Si no quieres hablar conmigo, perfecto, pero no metas a Sara y Beathan en esto. Estás haciendo que se sientan incómodos y no tienes derecho a...

—¿Derecho?! —Teresa se giró hacia su hija como una cobra lista para atacar. Ariadna se quedó totalmente quieta, en previsión del ataque—. ¿Cómo tienes la poca vergüenza de decirme a qué tengo o no derecho? ¡Tú, de todas las personas!

Ariadna le mantuvo la mirada, mordiéndose la lengua para no ponerse a la defensiva, consciente de que se merecía cada reproche y cada insulto que estuvieran por llegar.

—Lo sé...

—¡Cállate! —Se acercó a ella. De joven había sido una mujer muy alta, pero ahora Ariadna le sacaba una cabeza. Aun así, en esos momentos se sintió diminuta a su lado—. ¡No tenías ningún derecho a ocultarme algo así! ¡Ninguno! ¿Qué pensabas hacer, eh? ¿Cuál era tu fantástico plan? ¡¿Esperar que muriera antes de darme cuenta?! ¿Pensabas que no iba a enterarme? ¡Iveth no era como tú! ¡Ella se preocupaba por mí! Para empezar nunca olvidaba mi cumpleaños... ¿Ibas a hacerte pasar por ella? ¡¿QUÉ?!

—No lo sé...

—¿No lo sabes?

—No. No lo sé. Fue una estupidez. Solo quería ahorrarte el sufrimiento y...

Teresa bufó.

—¿Ahorrarme sufrimiento?! ¡Pues lo has hecho divinamente!

—¡Me equivoqué! ¡Lo sé, joder!

Anticipó la bofetada conforme decía las últimas palabras, pero no tuvo tiempo de evitarla. De todas formas, también se la merecía. El dolor se extendió por su mejilla con una sensación de quemazón, pero fue peor la mirada que le dedicó su madre: una mirada de total desprecio que indicaba que nada de lo que dijera, ni ahora ni nunca, podría reparar el daño causado; la había marcado con una herida profunda que no sanaría. Supo que la relación con su madre jamás volvería a ser igual, ni como meses atrás ni, mucho menos, como antes de que Iveth naciera.

Teresa apartó la mirada, fijándola en la tumba de su hija menor.

—No quiero volver a verte... —murmuró, dirigiéndose a Ariadna—. Ni a verte ni a oírte. Jamás. Yo ya no tengo ninguna hija.

Ariadna asintió mientras se enjugaba los ojos, evitando la mirada de Sara o de Beathan. Miró hacia la puerta principal del cementerio, insegura, pero cuando Sara dio un par de pasos hacia ella e hizo amago de iniciar algún contacto, se apartó, dirigiéndose rápidamente hacia allí.

Caminó sin rumbo fijo por las calles de Edimburgo, emborronadas por las lágrimas. El momento que había temido tanto por fin había llegado. La reacción de su madre había sido la esperada, pero en el fondo había mantenido una pequeña llamita de esperanza de que la dejaría hablar, la escucharía y, al final, la perdonaría. La llama se había desvanecido del todo ahora (la llama, las cenizas, el humo... todo). Sabía que la relación con su madre nunca volvería a ser la misma, por más que sus intenciones al ocultarle todo hubieran sido nobles. A nadie parecía importarle que lo hiciera para tratar de evitar un nuevo dolor a su madre. Sí, había sido estúpida al creer que una muerte era algo que se podía ocultar, y tras tomar esa estúpida decisión había dejado pasar los días, empeorándolo más y más, pero todo lo había hecho por ella.

Sin saber cómo, terminó en los jardines de Princes Street, la calle principal de la parte nueva de Edimburgo, y decidió buscar refugio en uno de los bancos, aprovechando la tregua de sol que la ciudad había decidido dar entre el habitual viento y la lluvia de otoño. Miró a su alrededor; muchas otras personas y disfrutaban de la luz y el tenue calor en bancos o, los más

atrevidos, incluso en el frío y húmedo césped. Suspiró, la tranquilidad y la felicidad que mostraban los rostros de los habitantes y turistas de la ciudad solo la hacían sentirse peor. Habría preferido que lloviera, que el tiempo la acompañara en sus sentimientos, apoyándola, pero no era así. Todos parecían contentos a su alrededor, como recordándole lo perfectos que eran. A ninguno de ellos se les habría ocurrido ocultar a sus padres la muerte de un hermano.

Respiró hondo, insegura de qué hacer. Se sentía tremendamente sola. Las únicas personas que habían mostrado algo de comprensión con respecto a la decisión tomada eran un hombre que se encontraba a unos kilómetros de allí y un espíritu que la esperaba a varias horas de viaje.

Suspiró.

—Ojalá estuvieras aquí... —murmuró con total sinceridad, sorprendiéndose a sí misma al descubrir que Carlos era la única compañía que quería en esos momentos. No solo la única que toleraría, sino la única que le gustaría y desearía con todas sus fuerzas poder tener.

Se levantó de nuevo notando que sus dudas comenzaban a disiparse mientras ponía rumbo a la estación de Waverley. Se sentía culpable por dejar a Beathan solo con su madre y Sara, pero sabía que esta podría comunicarse con él y entre los dos lo solucionarían todo. En cuanto a Sara... era su mejor amiga y estaba segura de que no le echaría en cara que desapareciera así, en especial tras la última escena con su madre. Los trámites que tuvieran que arreglar tendrían que hacerlo con el consulado, embajada o el organismo que se encargara de esos temas, y la decisión de dejar a su hermana en Edimburgo, cerca de su pareja, o en España, con su familia, tampoco era suya. Ella ya había hecho allí todo lo que podía: había presentado a Beathan a su madre y había tratado de disculparse, y su madre no solo no la necesitaba, sino que no la quería a su lado.

Ya no le quedaba nada que hacer en esa ciudad.

Sin embargo, había una persona que sí requería su ayuda, alguien que ahora deseaba no haber dejado atrás. Miró su reloj: si se daba prisa, quizá aún tuviera tiempo de llegar a Dornie aquella misma noche.



Sentado junto a la orilla del lago Long, en el pueblo de Dornie, Carlos se preguntaba dónde estaría Ariadna y cuándo regresaría.

Tras haber comprobado los límites que podía alcanzar en su nuevo escenario, había terminado de convencerse de que estaba ligado al anillo y no a Eilean Donan, como en un principio hubo pensado. El trabajador que había robado su anillo (de nombre Jake, al parecer) vivía en una de las casitas del pueblo y la compartía con una mujer que a juzgar por sus manos desnudas no era su esposa, y según confirmaban sus excesivas confianzas y afectos, tampoco su hermana.

El hecho de que Jake viviera en Dornie lo tranquilizó un poco, por lo menos podría esperar a Ariadna allí. No sabía qué habría hecho si hubiera vivido a kilómetros de distancia y ella nunca hubiera sabido más de él. Suspiró. Al menos así solo tendría que armarse de paciencia y esperar allí afuera o en la iglesia cercana (por nada del mundo pensaba esperar en casa de aquel ladrón, y menos aún si tenía compañía).

Se reclinó hacia atrás, tumbándose sobre el césped, y fijó la mirada en el cielo. Entre las nubes cruzó uno de esos extraños transportes aéreos que tan a menudo veía desde el castillo (aviones, según le parecía recordar). Todo había cambiado tanto y a la vez continuaba siendo tan parecido... El cielo, las montañas, los lagos y los árboles... Sí, quizá hubiera menos vegetación de la que recordaba y más casas, y los caminos hubieran sido reemplazados por esas carreteras tan grises y fuera de lugar... pero en esencia seguía siendo el mismo sitio. Y sí, tal vez las personas mostraran una apariencia distinta y hablaran de forma diferente, pero seguían moviéndose por los mismos deseos de dinero, miedo, amor...

Sin darse cuenta se encontró pensando en por qué alguien como Ariadna seguiría aún soltera: no tenía ningún defecto físico que afeara su apariencia, era inteligente, ocurrente, tenía carácter... demasiado. Frunció el ceño. Sí, quizá ese fuera el problema: demasiado carácter. No estaba seguro de cuánto habrían cambiado los hombres en todo ese tiempo, pero en su época solían preferir a mujeres más dóciles, que no les causaran demasiados dolores de cabeza. Él mismo había estado habituado al tipo de mujer que se mantenía en un segundo plano, hablaba sin elevar demasiado el tono y se inclinaba más

por el papel de oyente que de orador. Algo que, en cierto modo, siempre había detestado; si ya era intimidatorio acercarse a mujeres forzado por las convenciones sociales, tener siempre que llevar la voz cantante y guiar la conversación no ayudaba...

*Y por eso precisamente no te diste cuenta de que el corazón de Amaia pertenecía a otro hasta que fue demasiado tarde.*

También por eso, quizá, no había encontrado tampoco a su alma gemela.

Si bien era cierto que sus ojos siempre habían permanecido fijos en Amaia, y que había comparado con ella a cada mujer que se le cruzara por el camino, había estado tan seguro de que ella era la elegida, imaginándose tantas veces la vida a su lado, que no se había planteado la posibilidad de que ese futuro ocurriera con otra persona...

... O de que, directamente, nunca llegara a ocurrir.

Y ahí estaba ahora, muerto, sin ninguna posibilidad ya de encontrar a la mujer perfecta y tener una familia feliz, un final feliz. Tanto tiempo pensando en el futuro, planeándolo, y hacía trescientos años que este había desaparecido en el fondo de un lago. ¿Por qué seguía allí? ¿De verdad podía ser aquello un castigo? ¿Se encontraba el purgatorio en la misma tierra? No creía haber cometido pecados tan graves en vida como para ser merecedor de aquel castigo y sufrirlo por toda la eternidad. ¿Estaba destinado a vivir hasta el fin de los días viendo pasar la vida de otros ante sus narices como un espectro, invisible para todos?

*Para todos, excepto para Ariadna...*

Ariadna: otro de los misterios que lo torturaban. ¿Por qué ella era la única persona que podía verlo? Sabía de la existencia de gente más sensible a la presencia de entes paranormales. El señor Mackinnon le había hablado de aquella vidente que le hiciera conocedor de su existencia, y había investigado sobre ello. Él, según le había explicado, solo había empezado a oírlo después de que la vidente le informara de su presencia, después de que lo predispusiera a la posibilidad de que él estuviera allí. Ariadna, sin embargo, por lo que le había contado, nunca antes había tenido ninguna experiencia con espíritus y no solo podía oírlo, sino también verlo. ¿Por qué? ¿Por qué precisamente ella? ¿Formaba parte del purgatorio que Dios le tenía

reservado?

—¿Es eso? —preguntó en voz alta con la vista aún fija en el cielo—. ¿Planeas torturarme con una mujer que logre abrirse paso hacia mi corazón inmaterial? ¿Conseguir que me encariñe de ella para luego hacer que, tarde o temprano, tenga que dejarme porque cualquier otra opción sería inviable estando muerto?

Se incorporó de inmediato al oír sus propias palabras. ¿Abrirse paso hasta su corazón? ¿Encariñarse de ella? Sintió cómo se le aceleraba ese mismo corazón inexistente, una sensación extraña dada la situación. Pero la verdad que encerraban sus palabras le acababa de golpear con la fuerza de una bala de cañón al pronunciarlas en voz alta.

## 23

### **Reencuentros inesperados y antigüedades de inestimable valor**

*Los ánimos de mis hombres están tocando fondo. Hoy recibimos noticias de España y no son nada alentadoras. La flota que había partido hacia el sur de Inglaterra ha sido gravemente dañada por una tormenta al norte de la península y los navíos han tenido que regresar a la costa. Lo cual significa que de momento estamos solos en esta isla y sin ninguna ayuda en camino.*

*Sin embargo, las órdenes nos obligan a permanecer aquí, a la espera, indefinidamente, y la moral de mis hombres decae mientras permanecen en una tensión constante, pues saben que es cuestión de tiempo que los soldados del Gobierno nos encuentren.*

*Pero no es solo el espíritu de mis hombres el que se resiente, sino también el de nuestros vecinos de las Tierras Altas, y cada semana perdemos espadas. El exceso de tiempo da la oportunidad de pensar demasiado y comprender que la lógica no indica una resolución de esta guerra que nos traiga la victoria.*

*Sé que muchos volverían a España si les diera la oportunidad; no yo, pues me he adaptado rápido a este lugar y ya empiezo a sentirlo mío, pero el de mis camaradas está al otro lado del mar, hacia el sur, y quieren volver a pisarlo algún día, a ser posible pronto.*

*Las órdenes nos indican que debemos permanecer en el castillo, custodiando los víveres, las armas y la munición, pero muchos han empezado a preocuparse más por la protección de sus propias pertenencias, y empiezan a reunir cartas de despedida, testamentos y sus objetos más valiosos para enviarlos a sus familiares. Yo solo tengo dos posesiones preciadas y aún no sé qué hacer con ellas, pues tan solo son de especial importancia para mí, para nadie más. Si quiero esconderlas es únicamente para recuperarlas cuando todo pase, si fenezco me da igual que nadie pueda dar con ellas.*

*Creo que he encontrado el lugar perfecto para proteger este diario y la información más delicada que contiene: el broch, y lo llevaré allí pronto, pero no sé qué hacer con el anillo. Es un sentimiento agridulce el que encierra al ser, por un lado, el único recuerdo de mi familia que traje conmigo y, por otro, el de un corazón roto: el mío. Lo arrojaría al lago, he estado tentado de hacerlo, pero aún conservo la esperanza de poder regalárselo a una mujer algún día; a aquella destinada a entregarme su corazón, y a la que le entregaré el mío para siempre, como mi padre hizo con mi madre.*

*Lo guardaré conmigo por el momento y ya pensaré en su escondite; por ahora no creo que haya lugar más seguro que colgando sobre mi pecho.*

Ariadna rozó la hoja del diario con la misma delicadeza que si sujetara el documento escrito más antiguo de la humanidad. Sin duda, aquel libro tenía el mismo valor para ella. Releyó el texto una vez, tal y como venía haciendo desde el principio, empapándose de cada palabra pronunciada en su mente con la voz de Carlos, como si él mismo se lo contara. Al levantar la vista de manera momentánea y fijarla en el interior del vagón de tren, se encontró arrastrada sin remedio a la realidad, y no pudo evitar sentir una punzada de dolor al recordar todo. Las palabras de su madre ocultaron las de Carlos, y volvió a sentirse la persona más horrible del mundo al recordar lo acontecido. Se sentía miserable, como si en realidad todo hubiera sido culpa de ella, y lo cierto era que, quitando la muerte de su hermana, así era. No era culpable del luto de su madre, pero sí del dolor extra que el hecho de ocultarle aquello le había producido, y del que le suponía no haber podido asistir al entierro de su propia hija ni despedirse de ella antes de que el ataúd se cerrara. No estaba segura de que nunca más quisiera volver a verla, como ella le había asegurado, pero sí de que la relación entre ellas jamás volvería a ser la misma.

Miró su reloj y calculó las horas que le quedaban, luego buscó en el móvil los horarios de autobús. Si el tren llegaba a su hora y ella se daba prisa, podría coger el último autobús hacia Dornie. No quería pasar sola aquella noche, pues sabía que no podría dejar de pensar en lo ocurrido.



Su móvil sonó mientras cerraba la página del buscador y aceptó la llamada sin pretenderlo antes incluso de poder ver quién era. Se trataba de Sara.

—¿Ari? Ari, ¿me oyes?

Colgó de inmediato y se apresuró a escribirle un mensaje de disculpa. No estaba de humor para escuchar posibles reproches que la hicieran sentir aún peor, aunque fueran merecidos.

Sorry. No teng buena cobertura, voy en el tren. Siento haberm ido así y lo entenderé si tb me odias, xo no podía qdarme con mi madre así. Te devolveré el dinero del billete de i/v de Edimburgo y t debo una enorme. Lo siento muchísimo, d verdad. No me odies tu tb :(

Envió el mensaje y suspiró mientras contemplaba la pantalla a la espera de respuesta, con el corazón latiéndole con premura. Sara era básicamente su única amiga de verdad y no quería perderla.

Sólo quería saber cm estabas. Tranquila. Entiendo q te fueras, Bizan (o cm se escriba) tb. Ya nos encargamos nosotros. Dale tiempo a tu madre. Acabará perdonándote... Y llámame cuando puedas.

Respiró aliviada y no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas. Agradecía tanto que Sara y Beathan no se hubieran enfadado con ella, era lo último que necesitaba. En cuanto a su madre... ella la conocía mejor que Sara y sabía que no la iba a perdonar, ni ahora ni nunca. Quizá volviera a hablarle pasado algún tiempo, sí, pero perdonarla por completo estaba segura de que no, no era de las que olvidaba con facilidad, y lo sabía porque era algo que había heredado de ella. Podía perdonar de palabra, mantener una amistad con quien la hubiera decepcionado, pero si alguien la defraudaba o traicionaba era incapaz de volver a verlo de la misma manera ni recobrar la confianza en él.

Suspiró. Pensar en su madre la hizo recordar a Sue, la mujer de Duncan. Tras haberse ido sin despedirse en persona, únicamente dejando una carta, no se sentía con ánimos de volver a esa casa (menos aún ahora que Duncan ya no estaba), así que tendría que buscar otro sitio. Sabía la opinión que Sue tenía del tema de su madre y no quería ni imaginar lo que pensaría de que la

hubiera dejado en Edimburgo para hacerse cargo de todo por sí misma.

No, probaría en el hotel... Esperaba que pudieran ofrecerle una habitación temporal mientras intentaba ayudar a Carlos.

No pudo evitar que una sonrisa iluminara su rostro al recordarlo, y volvió la vista hacia el diario, pero la sonrisa se esfumó al pensar en las palabras que acababa de pronunciar: ayudar a Carlos. Ayudar a Carlos significaba hacer posible que siguiera adelante, que «cruzara al otro lado», como solían decir en las películas. Eso suponía dejarlo marchar, y dejarlo marchar era quedarse sola allí, en Escocia, o tener que enfrentarse a la realidad en España, al hecho de haber dejado un trabajo que, aunque no la llenara, pagaba las facturas, y a haber perdido la relación con su madre y, posiblemente, con el resto de su familia cuando se enteraran de lo ocurrido...

Se sintió egoísta al reparar en que no quería dejar ir a Carlos para no enfrentarse a la realidad que le quedaría detrás si eso pasaba. Pero... ¿era esa la única razón? En el fondo sabía que no, que el principal motivo de que no quisiera dejarlo ir no era tener que enfrentarse a su vida, pero sí que era igual de egoísta. No quería dejarlo ir porque, sin darse cuenta, se había encariñado de él, y lo hacía cada vez más a cada página que leía de su diario. Miró el libro en su regazo y se planteó cerrarlo, guardarlo en su maleta y no volver a abrirlo nunca más, no terminar de leerlo, pero sabía que eso era imposible. Si incluso se estaba comenzando a plantear leer las páginas de las que asegurara no querer saber, aquellas más íntimas en las que Carlos hablaba de sus sentimientos hacia la mujer de la que había estado enamorado.

Frunció el ceño al reconocer una punzada de algo que hacía mucho que no sentía, algo que no había vuelto a notar desde el día en el que viera a una de sus amigas tontear con el chico que sabía que le gustaba desde hacía tiempo... y a este devolverle el gesto. Y de eso hacía años, tantos como habían pasado desde que terminara la universidad. Desde entonces, había decidido centrarse en su trabajo y contentarse con disfrutar del amor y desamor a través de las vivencias de su amiga Sara, experta en la materia de romper corazones masculinos (y alguno femenino). Ariadna se había llevado tantas decepciones en el terreno amoroso que desde hacía tiempo había empezado a pensar que si lo de las almas gemelas era cierto, la suya, con total

seguridad, debía de haber sido atropellada por un autobús o perdido la vida en algún accidente aéreo. De hecho, imaginar los distintos infortunios que podían haber acontecido a su media naranja se había convertido en una broma recurrente entre ella y Sara, una especie de juego macabro del que participaban en ocasiones, cuando al periódico les llegaba la noticia de algún accidente. «Mira, Ari» solía decirle Sara mientras se acercaba a su mesa con el periódico de la última edición y le mostraba alguna noticia «tres fallecidos en un alud en los Alpes. Lo siento. Igual te había tocado rico y todo y ahora tendrás que decir adiós a esquiar durante tu luna de miel, antes incluso de haber aprendido en vuestra primera escapada romántica». Hizo una mueca de tristeza. «Mis más sinceras condolencias...».

Ariadna volvió la vista al diario. Carlos y tantas otras personas que vivían y morían sin haber encontrado a su alguien especial constituían la prueba de que lo de las «almas gemelas» era, con probabilidad, una más de las cientos de tonterías sentimentaloides que las películas y novelas románticas hacían creer a la humanidad. Eran las culpables de que millones de personas (ella incluida) mantuvieran la esperanza y se decepcionaran al no encontrar lo que prometían. La realidad era que sí, el amor existía para muchísimas personas, pero no para todo el mundo. Y lo de las almas gemelas era un cuento, pura ficción, muy bonita, sí, pero irreal, pues muchísima gente moría sin encontrar a nadie especial, o habiéndolo encontrado pero sin haber sido correspondidos... como Carlos, al parecer.

Volvió a revisar la última página leída y luego, en la de al lado, sus ojos captaron rápidamente aquel nombre que había tratado de evitar hasta entonces:

*Es curioso cómo nuestra mente puede decidir ocuparse con los pensamientos más banales en el momento menos apropiado. ¿Por qué hoy, cuando mi cabeza debería estar centrada en lo que haremos cuando esos tres malditos barcos lleguen frente al castillo, en lo único que puedo pensar es en Amaia? Quizá sea porque, en cierto modo, siento que mi vida podría estar en peligro; y no en vano, ya que si nos negamos a abandonar nuestra posición, dudo que estos muros resistan indefinidamente. ¿Por qué decido centrar los*

*que podrían ser mis últimos pensamientos en una mujer que no los merece, en alguien que, con toda probabilidad, no haya vuelto a dedicar un minuto de su tiempo a pensar en mí desde que me despidiera? Quizá siento que ella es la única mujer que ocupó y vaya a ocupar mis pensamientos ahora que todo podría llegar a su final.*

Era obvio lo que Carlos había sentido por esa mujer, pero el hecho de que planeara entregarle un anillo solo le daba más fuerza a la deducción. Por lo que podía imaginar, Amaia debía de haber rechazado su proposición de matrimonio y eso (obviamente) le había dolido. Se preguntó si aquella habría sido la razón de que viajara hasta allí o si de verdad, como le había asegurado, solo se habría limitado a seguir órdenes. De cualquier manera, suponía que habría sido una liberación tener la oportunidad de marcharse lejos tras un rechazo así (ella al menos no habría soportado quedarse cerca de la persona que le hubiera dado aquel no). Pero no podía evitar preguntarse si seguiría enamorado. Sí, era cierto que habían pasado casi trescientos años, y que aquella mujer hacía mucho que había muerto, pero para Carlos, en realidad, no había transcurrido tanto tiempo. Para él, que había despertado de aquella especie de trance días atrás, solo había pasado el tiempo que tardara en abandonar España y llegar a Escocia, y el que permaneciera allí hasta su muerte. Todo debía de ser relativamente reciente.

No sabía por qué le afectaba el hecho de que todavía pudiera albergar sentimientos por una mujer que llevaba cientos de años siendo un cadáver, al pensarlo parecía absurdo, pero no podía evitar sentir esa punzada de celos al leer sobre ella, tal vez porque nunca nadie había hablado así de ella misma.

Pese a todo, no podía olvidarse del hecho de que Carlos era un fantasma, debía dejar de pensar en él como una persona normal. Pero era tan complicado, a sus ojos era tan real... Nada en su apariencia, con la excepción de su vestuario, delataba que no perteneciera a este mundo, que fuera una mera imagen de lo que un día fue.

Echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el asiento, mientras dejaba escapar un suspiro de resignación. Sí, definitivamente era absurdo plantearse la posibilidad de ningún futuro junto a él, y era egoísta desear que se quedara

donde estaba, anclado a esta realidad, solo porque ella necesitara a alguien y disfrutara estando a su lado. No podía negarle su ayuda. Si podía hallar la forma de que abandonara este mundo y se fuera allá donde, quizá, le esperara su familia, ¿qué derecho tenía ella a privarle de eso?

Aquel pensamiento le hizo plantearse otras posibilidades. ¿Y si no había «otro lado»? ¿Y si todas las personas que morían se transformaban en espíritus? El cuerpo moría, pero la energía vital de la persona permanecía. «La energía no se crea ni se destruye, solo se transforma» era algo que había oído muchas veces, una de esas cosas que se aprendían en el colegio y, por alguna razón, se quedaba anclada en algún lugar de los conocimientos para siempre. Científicamente era así, pero aún había mucho que la ciencia seguía sin poder explicar, y qué pasaba con las personas al morir era una de esas cosas. Ella sabía, porque lo había visto, que algo podía quedar en esta realidad, pero ignoraba si existía otra (un Cielo o como se quisiera llamar) a la que iba a parar todo lo que no se quedaba aquí anclado.

Deseaba que sí, porque la posibilidad de no ver nunca más a su hermana era algo que no podía, o no quería, concebir.



Cuando llegó a Dornie llovía y ya había oscurecido, aunque aquello no significara mucho a aquellas latitudes y en pleno otoño. Una vez más sintió ese cosquilleo en el estómago cuando, a lo lejos, vislumbró la figura iluminada del castillo de Eilean Donan. Pese a haberlo dejado atrás esa misma madrugada, le parecía que hubiera transcurrido una eternidad. Diez minutos antes de su parada, justo frente al castillo, Ariadna ya se encontraba lista para salir, y en cuanto el autobús se detuvo, se precipitó hacia el exterior con la rapidez de un niño acercándose al árbol en el día de Navidad. Cogió la maleta y su mochila y la única razón por la que no caminó directamente hacia el castillo fue porque no quería parecer demasiado ansiosa, ni arriesgarse a recibir miradas raras de turistas que no entendieran qué hacía allí bajo la lluvia con todo el equipaje. Con reticencia y tras un rápido vistazo al castillo en un vano intento por atisbar a Carlos, cruzó la carretera y siguió el camino de vuelta al pueblo de Dornie. Pasó de largo por delante de la casa de Duncan, evitando mirar hacia las ventanas por temor a que Susan la viera, y

caminó con premura hasta el Dornie Hotel, donde había conseguido una habitación para unos días.

Nada más dejar su equipaje, salió de allí de nuevo y anduvo todo lo rápido que pudo de vuelta al castillo. Sonrió al pensar en la reacción de Carlos. ¿Se alegraría de verla tan pronto? Esperaba que sí.

Cruzó la carretera por el paso subterráneo para evitar perder tiempo y siguió el camino que llevaba al castillo. Desde que este apareció en su campo de visión, lo escudriñó desde la distancia intentando avistar la figura de Carlos, pero no le pareció ver a nadie sobre el puente. No le extrañó, pues la noche no era especialmente agradable y, de todas formas, no la esperaba. Miró hacia las ventanas sin dejar de caminar, confiando en que la viera desde alguna de ellas, corrió por el puente y, al llegar a la isla, rodeó el castillo buscándolo. Tampoco lo vio allí abajo y, dejando escapar un suspiro de resignación, decidió aguardar durante unos minutos recorriendo los alrededores del castillo con la esperanza de que se asomara a la ventana y la viera. Luego fue hacia el puente y lo atravesó un par de veces, pero eso tampoco pareció atraer su atención. Resopló, frustrada, mientras se secaba las gotas de agua de la cara. No quería gritar su nombre pero le apetecía aún menos quedarse allí indefinidamente, bajo la lluvia y ese viento frío, con la esperanza de que en algún momento la viera. Al final se decidió y, tras asegurarse de que no había turistas cerca, empezó a llamarlo. Gritó su nombre varias veces, pero cuanto más tiempo pasaba sin recibir respuesta, más tonta se sentía, y tras unos minutos desistió.

Decepcionada, se alejó por el puente; había estado tan centrada en imaginar cómo reaccionaría al verla, en lo que le diría, que no se había parado a contemplar la posibilidad de que no se encontraran esa noche. Parecía que, después de todo y pese a haber hecho lo posible por llegar a Dornie cuanto antes, iba a tener que esperar al día siguiente.

Desilusionada, volvió sobre sus pasos de regreso al pueblo y decidió ir a cenar al pub local. Llevaba todo el día sin comer nada en condiciones.



Carlos había pasado el día intentando mantenerse alejado del miserable de Jake, limitándose a recorrer el pueblo y alrededores hasta donde el límite

de su conexión con el chico le permitía. Pero llegada la noche comenzó a sentirse vulnerable en la oscuridad y soledad de las calles de Dornie, y decidió seguir al ladrón al interior del pub.

Nada más entrar se sintió como si hubiera retrocedido en el tiempo. El lugar había cambiado a lo largo de los años, por supuesto, pero, igual que le había parecido con el resto del pueblo, a la vez seguía siendo el mismo, y aquello no ayudó a separar el presente del pasado, algo con lo que ya había tenido que lidiar varias veces durante ese día. Los recuerdos se amontonaron en su cabeza y en cuestión de segundos se descubrió de vuelta atrás en el tiempo. Sus hombres se encontraban allí, sentados tras la barra o en las mesas, junto a algunos de sus camaradas de las Tierras Altas. Carlos sacudió la cabeza y trató de regresar al siglo actual, cerró los ojos mientras se repetía que aquello no era real, que era el pasado. Pero entonces, Peralta lo agarró del brazo.

—¿Todo bien, capitán? —le preguntó con una sonrisa. Carlos incluso pudo oler el alcohol en su aliento. Antes de que pudiera responderle, el soldado se dirigió al mesonero tras la barra—. *Excuse me! Sir? ¿Me pones otra para mi capitán?* —preguntó mientras levantaba su vaso de cerveza—. *Thanks, mate!*

Sin darle opción a protestar, Peralta le pasó una pinta de cerveza que Carlos cogió algo inseguro. Aquello no era real, ¿o sí? Miró la cerveza; le parecía lo suficientemente real, y sin duda reconfortaba volver a sentir, a ser visto, poder interactuar con más gente y volver a ver rostros amigos. Bebió un trago de la cerveza, podía saborearla también, así que... ¡qué demonios! Fue a una de las mesas y se unió al resto de sus hombres. Había muchos de ellos allí y, de repente, se hizo consciente de cuánto los había echado de menos...

Pero ¿lo había hecho? Los había visto esa misma mañana, en el castillo, y luego en... Mientras buscaba a Ariadna. No... mientras vigilaba el lago atento a la aparición de algún navío enemigo...

Sacudió la cabeza. No... Buscaba el anillo que Jake había encontrado en... Se llevó la mano al pecho: bajo su camisa, colgando de una cadena al cuello, estaba el anillo de su madre.

—¿Y Ariadna...?

—¿Ariadna? —No se dio cuenta de que había dicho el nombre en voz alta hasta que oyó a Peralta repetirlo—. ¿Quién es esa Ariadna? ¡Señores, creo que el capitán por fin ha decidido sentar la cabeza! O por lo menos mantener su mente ocupada en menesteres más... personales.

Carlos ignoró las risas, estaba demasiado ocupado intentando comprender qué ocurría.

—¿Quién es? —inquirió el soldado—. ¿Alguna aguerrida local?

La mayoría de ellos no lo habían oído mencionar nunca que tuviera alguna mujer esperándolo en España, por lo que, pese a no ser un nombre muy escocés, dedujeron que debía de ser de allí.

—¿Podemos conocerla?

—Capitán, ¿está bien?

Carlos sacudió la cabeza y bebió otro trago de cerveza, luego volvió la vista hacia ellos.

—¿Perdón?

—Nos preguntamos quién es esa mujer.

—Oh, eh... No tiene importancia. ¿Qué me he perdido, señores?

Peralta y los demás lo pusieron al tanto de lo que hablaban antes de que él llegara, y Carlos no tardó en unirse a la conversación, sumiéndose por completo de vuelta en su realidad, aquella que tanto había echado de menos; por fin volvía a sentirse verdaderamente vivo.

Pronto, «Ariadna» se convirtió en un nombre vago en su memoria.



Ariadna se encontraba en su mesa, disfrutando de un típico pastel de carne de ciervo mientras trataba de conseguir cobertura para llamar o enviar un *sms* a Sara, cuando hasta ella llegó el sonido de una risa conocida. Levantó la vista de inmediato y recorrió el local con la mirada mientras el corazón le latía apresuradamente. No lo vio, tal y como esperaba, pero entonces distinguió su voz por encima del resto y tuvo que levantarse para revisar todas las mesas y asegurarse de que todo era producto de su imaginación...

Solo que no lo fue.



Al girar la cabeza hacia la última mesa que le quedaba por revisar, reconoció su figura. Se quedó petrificada al encontrarlo allí y solo reparó en que estaba aguantando la respiración cuando sintió que se quedaba sin aire.

—Carlos... —susurró.

Se acercó hasta él. Una parte de su mente seguía repitiéndole que no podía ser, que debía de tratarse de alguien que se le parecía, pero cuando llegó a su lado, aún sin verle el rostro, pues lo tenía vuelto hacia la silla vacía con la que parecía conversar, reconoció aquel vestuario distintivo que habría sido imposible confundir con ningún otro.

—¿Carlos? —preguntó, insegura. No comprendía cómo podía encontrarse allí. Él pareció no oírla, lo que la extrañó, pues no había tanto ruido en el pub. Volvió a intentarlo—. Carlos... —lo llamó, elevando un poco la voz sin importarle lo que pensarán quienes la vieran hablar al vacío. Ya debía de tener fama de loca, de todas formas.

Carlos se giró con una sonrisa, como si alguien acabara de contarle algo muy gracioso, pero esta desapareció en cuando fijó sus ojos en ella.

—Hola. —Ariadna sonrió tímidamente, pero cambió la expresión ante la falta de reacción de Carlos. Un terrible presentimiento cruzó su mente entonces—. Por favor, dime que me recuerdas...

—Vos...

Carlos frunció el ceño cuando uno de sus hombres lo agarró del brazo para llamar su atención.

—¿Todo bien, capitán? Parece que haya visto un fantasma.

Carlos miró al hombre a su lado y los que permanecían sentados frente a él y luego volvió a mirar a Ariadna, confuso.

—Dime que me recuerdas... —susurró ella de nuevo.

Carlos asintió.

—Ariadna...

—¿Otra vez ese nombre? Capitán, ¿quién...?

Carlos se levantó rápidamente, apartándose de sus hombres. Estos lo miraron sin entender nada.

—¿Capitán?

Ignoró a Peralta y recorrió con la mirada a Ariadna: esos pantalones, ese

calzado extraño.... Ella no acababa de comprender qué sucedía.

—Habéis regresado... —Ari asintió sin poder reprimir una nueva sonrisa de alivio. La recordaba. No había desconectado de la realidad, o al menos no del todo...—. ¿Cuándo...? Lo lamento de veras, estaba... —Dirigió la vista hacia la mesa donde se encontraban sus hombres, pero allí ya no había nadie. Miró a su alrededor y notó los cambios en el local y en los clientes, que vestían con extrañas vestimentas similares a las de Ariadna—. No os había visto. Oh, no... —Pareció caer en algo entonces—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuánto llevo...? Intenté permanecer en esta realidad, pero...

—Llegué hace solo unas horas —explicó—. Partí esta madrugada. No ha pasado ni un día, tranquilo. —Carlos asintió, aliviado, aunque todavía parecía algo confuso. Se sentía como si acabara de despertar de un sueño y aún no supiera con certeza dónde se encontraba—. Fui al castillo pero no te vi, supuse que estabas dentro y que no me oías... ¿Qué haces aquí? ¿Cómo es posible...?

—Es una historia algo larga —murmuró mientras localizaba con la mirada a Jake. Este seguía sentado en la barra del bar dando cuenta de una cerveza junto a un par de hombres.

—Bueno, no tengo ningún plan para esta noche... aunque se me enfría la cena. ¿Vienes a mi mesa y me lo cuentas?

Carlos la siguió de vuelta a su mesa y esperó a que se sentara, pero entonces observó, inseguro, la única otra silla. Ariadna arqueó una ceja.

—¿En serio? No estamos solos y hay una mesa entre los dos, ¿eso también es inapropiado?

Carlos sonrió mientras tomaba asiento frente a ella.

—Lo lamento. Me cuesta acostumbrarme.

—Salta a la vista. —Continuó con su cena bajo la atenta mirada de Carlos—. ¿Mirar a una dama fijamente mientras come no era descortés en tu época?

—¿Perdón...? Oh, disculpadme. Es solo que es extraño. Acababa de tomarme una pinta de cerveza con mis hombres y todo era tan real que aún tengo el sabor en la boca, y sin embargo, ahora no puedo ni captar el olor de

lo que coméis...

—¿Habías regresado a tu realidad?

Carlos asintió, apartando la mirada con aire de culpabilidad.

—No sé cómo ocurrió, llevaba evitándolo todo el día, pero al entrar aquí los recuerdos volvieron y antes de darme cuenta... Lamento mi comportamiento; os doy mi palabra de que no os había visto.

—No te preocupes, yo tampoco te vi al entrar. —Carlos asintió—. ¿Cómo conseguiste salir del castillo entonces? ¿Y cuándo...?

—Esta mañana.... —Ariadna no pudo ocultar su contrariedad al oír aquello, sintiéndose algo decepcionada al pensar que, en tal caso, podía haberla acompañado a Edimburgo. Carlos pareció leerlo en su rostro y se apresuró a concretar—. Ya os habíais marchado, creo, el castillo ya había abierto sus puertas...

Ariadna asintió, en ese caso había sido horas después de que ella se fuera.

—¿Cómo ocurrió?

Carlos le contó todo lo que había pasado, desde el momento en el que había intentado abandonar el castillo por su cuenta a través del agua, hasta que se encontrara arrastrado al pozo durante el hallazgo del anillo, siguiendo por cuando fue capaz de cruzar el puente y continuar más allá. Evitó mencionar lo acontecido dentro del agua al recordar el instante de su muerte. No era un recuerdo agradable.

—¿Entonces estás ligado a ese anillo, no al castillo?

—Así parece...

—Y ahora solo puedes ir donde esté el anillo, donde vaya ese tal Jake...

Carlos asintió.

—Parece alojarse en el pueblo —le indicó—. En una de las casas cercanas a la iglesia.

—Quizá pueda hablar con él y recuperar el anillo.

A Carlos le alegró no tener que pedirle tal favor, que hubiera llegado a la misma conclusión sin necesidad de que él dijera nada. Sentía que era pedirle demasiado. Sobre todo teniendo en cuenta que si recuperaba el anillo, estaría ligado a ella.

—Os lo agradecería eternamente. No me entusiasma la idea de tener que seguir a ese ladrón en todas sus salidas.

—¿Está aquí ahora? —inquirió Ariadna mirando a su alrededor. La iglesia se encontraba al otro extremo del pueblo, por lo que Jake debía de estar cerca para permitir que Carlos estuviera allí.

—En la barra... —Miró hacia allí y Ariadna siguió su mirada—. En el extremo derecho; viste de rojo, pelo rubio y corto, junto al hombre de pelo blanco—. Ariadna asintió al localizarlo—. ¿Hablaréis con él?

—Sí. Pero tengo que pensar qué decirle. No creo que vaya a desprenderse de él así como así...

—Cuando encontraron el anillo, su compañero le sugirió entregárselo a su pareja...

Ariadna chasqueó la lengua. Había pensado ofrecerle dinero por él, pero si ya se lo había regalado a una mujer, eso no funcionaría. Esperaba que no lo hubiera hecho... O quizá pudiera decirle que era suyo, que se le había caído al pozo... Solo que no tenía forma de demostrarlo. No, su principal posibilidad residía en el dinero.

Notó que Carlos se enderezaba sobre su silla inmediatamente al ver a Jake dejar el vaso de cerveza sobre la barra y llevarse la mano al bolsillo del pantalón. Vio cómo sacaba algo que sostuvo entre sus dedos y enseñó al hombre con el que hablaba. Intercambiaron algunas palabras que ni Ariadna ni Carlos pudieron oír desde su mesa y, entonces, el hombre de pelo blanco rio y le dio un par de palmadas en el hombro.

Carlos hizo amago de levantarse con una expresión furibunda en su rostro.

—¿Qué haces...?

El soldado apretó los puños.

—No soporto que alardee así de algo que no le pertenece. Es... Es importante para mí, ha estado en mi familia durante varias generaciones.

—Intentaré recuperarlo, pero cuando salga de aquí —le aseguró ella—. Será más fácil convencerlo si está solo.

Carlos resopló, incómodo.

—Es tan... El sentimiento de impotencia, de saber que tiene algo mío y

no puedo acercarme a quitárselo sin más...

Respiró hondo y se obligó a apartar la mirada de Jake. Su vaso estaba casi lleno, así que no se iría en un futuro próximo. Volvió a fijar la atención en Ariadna, que terminaba su cena, y decidió cambiar de tema por el momento. Pensar en el anillo lo ponía de mal humor.

—¿Cómo es que habéis regresado tan pronto? —inquirió—. No es que me desagrade, claro, simplemente no os esperaba hasta dentro de unos días.

—Bueno... no fue tan bien como imaginaba. O mejor dicho, fue básicamente como temía.

—¿Hablasteis con vuestra madre? —Ariadna asintió—. ¿Y...?

—Digamos que no creo que tenga que volver a recordar felicitarla por su cumpleaños... —Intentó esbozar una sonrisa, pero solo consiguió la sombra de una.

—¿Tan mal ha ido?

—No quiere volver a verme —susurró sin mirarlo.

Carlos suspiró.

—Seguro que no lo dice en serio...

—Oh, no, te aseguro que nunca ha sonado más en serio.

—Ya, pero...

—No importa. —Se encogió de hombros—. Tampoco es que estuviéramos muy unidas últimamente...

—Ariadna, seguro que cuando piense en todo os perdonará, solo necesita tiempo.

—No va a perdonarme nunca.

—Es vuestra madre, claro que lo hará.

—¿La conoces? No. Pues deja de decir lo que va a hacer o no. No tienes ni puta idea. —Se arrepintió de sus palabras nada más pronunciarlas, incluso antes de ver la expresión desconcertada de Carlos.

*Madre mía, ¿usaban siquiera las mujeres la palabra «puta» allá por el siglo XVIII?*

—Lo siento... —añadió en un susurro sin mirarlo mientras soltaba los cubiertos sobre el plato; se le había quitado el hambre.

—No, disculpadme vos. Tenéis razón, no conozco a vuestra madre. Solo

intentaba...

—Lo sé, y por eso lo siento, es solo que... —suspiró—. Ha sido un día largo y estoy cansada.

—Lo comprendo. Yo... Os dejaré sola.

—No. No hace falta...

—Hablaemos mañana...

—Carlos... —Él se incorporó y Ariadna hizo amago de cogerlo del brazo para impedirselo. Su mano atravesó el aire, pero el gesto no pasó inadvertido para Carlos. La miró inseguro. Fue entonces cuando advirtió las lágrimas que llenaban sus ojos—. No te vayas, por favor... —susurró, haciendo un gran esfuerzo por controlar el temblor de su voz.

Carlos la miró, conmovido. ¿Cómo podría irse y dejarla así? Volvió a tomar asiento y esperó a que fuera ella quien retomara la palabra cuando se sintiera capaz. Habría entregado su alma al diablo a cambio de recuperar su cuerpo en ese momento, aunque solo fuera unos segundos, los suficientes para romper todas las normas sociales durante el instante necesario para abrazarla. Sintió que algo se quebraba dentro de él al verla secarse las lágrimas y esforzarse por retomar la conversación como si todo fuera bien y no estuviera luchando por evitar desmoronarse en un montón de pedazos.

Ariadna se secó los ojos mientras fijaba la mirada en Jake, quien ahora parecía hablar con alguien por teléfono, y reparó en que casi había terminado la cerveza.

—Será mejor que vaya a pagar antes de que se nos escape —comentó mientras cogía su bolso.

—No tenéis por qué hacer esto ahora. Mañana...

—Si le da el anillo a su mujer, o novia o lo que sea, será más difícil recuperarlo —argumentó ella sin apartar la vista de Jake—. Enseguida vuelvo.

Se puso el abrigo y fue a la barra. Desde allí pudo escuchar la conversación del ladrón del anillo. Parecía discutir con alguien.

—Estaré allí en cinco minutos, cielo... —aseguró en inglés al teléfono—. Bueno, diez, sí, lo que tarde en pagar y llegar a casa... Que sí, que sí, que salgo ya, de verdad... Hasta ahora...

Ariadna esperó impaciente la cuenta mientras Jake dejaba un billete sobre la barra y, tras despedirse del hombre de pelo blanco y ponerse su abrigo, salía de allí.

—Oh, venga ya... —El camarero no parecía tener ninguna prisa y charlaba con un par de lugareños. Intentó llamar su atención, pero, voluntaria o involuntariamente, el hombre evitaba mirar en su dirección.

Frustrada, estaba a punto de dejar un billete de veinte libras y largarse cuando un par de vasos cayeron de la estantería que había tras la barra, justo enfrente de ella. Todos miraron hacia allí, incluido el camarero, pero solo Ari pudo ver al culpable. Carlos se encogió de hombros.

—Ha funcionado, ¿no?

Ariadna sonrió y aprovechó para pedir la cuenta al camarero cuando este se acercó a recoger los restos de los vasos.

—*Just a second, ma'am...*

—Los trozos de cristal no se van a mover de sitio, yo sí. Si no me dices cuanto te debo, me voy sin pagar —replicó Ariadna en inglés.

El hombre la fulminó con la mirada, pero se acercó a la caja, imprimió un recibo y se lo dio.

—Muy amable. —Le dedicó una breve sonrisa de compromiso, dejó el dinero justo y salió de allí corriendo seguida de Carlos.



Tras salir del bar, tanto Ariadna como Carlos buscaron a Jake en la oscuridad casi total de las calles de Dornie. El frío era más intenso ahora, pero por lo menos había dejado de llover.

—¡Por allí!

Ariadna caminó con paso apresurado en la dirección en la que Carlos le indicaba y, al poco, distinguió la silueta de Jake. Caminaba despacio, pero no tardaría en llegar a su casa si no se daba prisa en alcanzarlo. Ari aceleró el paso. Cuando estaba a un par de metros, Jake la oyó y se volvió hacia ella.

—*You okay there?*

—Ehm... —Ariadna reparó en ese momento en que todavía no había pensado cómo enfocar la conversación. No le quedaba más remedio que improvisar—. Sí. Esto... ¿podemos hablar un momento? —le respondió

también en inglés. El chico debía de tener unos años menos que ella y eso le dio más confianza.

—¿Nos conocemos?

—No... bueno... —Pensó en probar con algo de flirteo, en las películas parecía funcionar. Pero no tenía ni el aspecto, ni el descaro ni, lo que era más importante, la experiencia necesaria para ello. Además, con lo poco que había visto de los hombres locales, lo más probable era que, si se lanzaba, saliera corriendo. Decidió probar otra opción—. He oído que has encontrado un anillo en el castillo esta mañana...

—¿Quién te ha dicho eso?

Ariadna se encogió de hombros.

—Es un pueblo pequeño, las noticias vuelan...

—Ya, bueno, ¿y qué?

—¿Has informado al personal del castillo?

Jake no respondió, pero miró a su alrededor, visiblemente incómodo, mientras se pasaba una mano por el pelo.

—¿Por qué? ¿Vas a denunciarme?

—Lo tomaré como un «no».

—Ladrón... —murmuró Carlos entre dientes.

—Me pregunto qué dirá el encargado cuando se entere de que sus trabajadores le roban...

—No es suyo. Lo encontré en el fondo del pozo. Él ni siquiera sabrá que estaba allí.

—¿Igual que las monedas?

—¿Cómo sabes...? *Fucking arsehole!* Voy a matar a ese hijo de puta. ¡Él también cogió!

Ariadna dedujo que se refería a otro de los trabajadores.

—Mira, las monedas me dan igual, por mí como si nadáis en ellas... pero el anillo me interesa.

—¿Por qué? —La miró con desconfianza—. Ni siquiera tiene pinta de valer mucho... —mintió—. Seguro que se le cayó a algún turista.

—Entonces no te importará que se lo haga saber al cuidador del castillo.

Jake se encogió de hombros, algo que la pilló desprevenida.



—Tú misma...

Ariadna maldijo interiormente cuando vio que se daba la vuelta, estaba claro que los faroles no eran su fuerte. Tomó aire.

—Sé que no es de ninguna turista. Lo he visto en el bar, hace un rato... —Jake continuó andando—. Es una antigüedad que debería de estar en un museo —añadió elevando el tono para hacerse escuchar—. Sé... Sé de lo que hablo. —Siguió al chico al ocurrírsele algo—. Soy coleccionista de arte —añadió. Jake no se detuvo—. Es... Se trata de una pieza de más de trescientos años de antigüedad, de alrededor del siglo XVIII, diría yo... Material de museo, sin duda —añadió—. Podrías ir a la cárcel por robar un bien de interés nacional. —Jake disminuyó el paso al oír eso y Ariadna sonrió levemente, segura de que había logrado hacerlo dudar. Decidió continuar por ese camino—. Si informo de que lo tienes, te obligarán a devolverlo, perderás tu trabajo y puede que incluso presenten cargos contra ti...

—¿Y qué coño ganarías tú con todo eso? —Jake se giró para plantarle cara y Carlos se acercó de manera instintiva.

—Ni se os ocurra ponerle una mano encima... —lo amenazó. Él, obviamente, no dio señales de oírlo, pero aquello reconfortó a Ariadna aunque la realidad fuera que, en caso de meterse en problemas, Carlos no podría ayudarla. Este pareció llegar a la misma conclusión y la miró—. Dejadlo, no deseo que esto os cause problemas. Podría haceros daño...

Ariadna negó con la cabeza. No pensaba parar justo ahora. Tragó saliva y continuó.

—Con eso nada... —admitió—. Si entregas el anillo acabará en un museo y ambos nos quedaremos con las manos vacías...

—¿Entonces?

—Quiero comprártelo.

—¿Comprármelo? —Ariadna asintió. Su corazón se aceleró al ver que parecía pensárselo—. ¿Por cuánto?

—Cien libras.

Jake rio.

—¿Crees que soy idiota? Solo el diamante de ese anillo seguro que vale el doble.

—Doscientas, entonces.

*Y más vale que Carlos se busque un trabajo de fantasma de castillo y me devuelva cada penique, pensó.*

—Dos mil libras y es todo tuyo.

—¿Qué?

—¡Maldita sanguijuela! —exclamó Carlos—. ¡No vais a pagarle tal cantidad por algo que ni siquiera es suyo! —le dijo a Ariadna.

*No podría pagarle eso ni aunque quisiera... , pensó ella.*

—No tengo ese dinero... —admitió a Jake.

—¡Ni él lo va a tener! —intervino Carlos de nuevo.

—Entonces no te lo puedo dar —respondió el chico mientras se giraba y volvía a alejarse.

Ariadna maldijo para sí mientras hacía cálculos. Tenía unos ahorros con los que quizá pudiera convencerlo, pero sin trabajo ni alojamiento permanente no podía permitirse grandes gastos. Miró a Carlos, quien había estallado en una serie de maldiciones hacia Jake que solo ella era capaz de oír. No podía rendirse así, tenía que ayudarlo.

—¡Mil libras! —gritó.

Carlos la miró sin dar crédito.

—¿Habéis perdido la cabeza? No voy a permitiré que le deis ni un penique a esa sabandija...

Ariadna lo ignoró mientras esperaba la respuesta de Jake, que se había vuelto a detener. El chico se giró de nuevo, incapaz de fingir su sorpresa.

—¿Hablas en serio?

—¡No! —intervino Carlos—. ¡Por supuesto que no!

Ariadna asintió.

—Mil libras —repitió rápidamente, si se daba tiempo para pensarlo caería en la cuenta de la locura que estaba haciendo y daría marcha atrás.

—¿En efectivo?

Ella volvió a asentir.

—Dame un par de días y el dinero es tuyo.

Jake rio, sin acabar de creérselo.

—Sí que debes de querer ese anillo...

—¿Trato hecho?

El chico asintió.

—Pasado mañana —corroboró. Luego se alejó hacia su casa. Ni siquiera le preocupaba ya la reacción de Fergie por haber tardado más de los diez minutos que le había prometido.



—Definitivamente habéis perdido la cabeza —aseveró Carlos, mirándola sin terminar de creérselo—. ¿Por qué habéis hecho tal cosa?

—Querías tu anillo y te lo he conseguido, un agradecimiento estaría bien... —protestó Ariadna mientras se cerraba la bufanda y caminaba de vuelta al hotel.

—Os agradezco el intento, pero de ningún modo puedo permitiros que paguéis por él. Y menos aún tan desorbitada cantidad.

—No es tanto como en tu época.

—No permitiré que le deis ni un penique.

—Entonces no recuperarás el anillo.

—Pues no lo recuperaré. —Se detuvo cruzándose de brazos y elevando la vista. Las nubes se habían desplazado para abrir paso a un cielo repleto de estrellas. Suspiró. ¿Por qué no podía salir nada bien? Ahora que por fin había dejado atrás aquel castillo, cambiaba una prisión por otra.

Ariadna se acercó a él.

—Escucha... —empezó suavemente—. Te dije que te ayudaría, te hice una promesa y ahora voy a cumplirla. —Carlos sacudió la cabeza—. Solo es dinero...

—*Vuestro* dinero —concretó.

—Sí, exacto, es mío, y por eso tengo el derecho de hacer lo que quiera con él. Y si lo que quiero es usarlo para comprar la libertad de alguien que me importa, eso haré. —Carlos la miró—. ¿O acaso no harías tú lo mismo en mi lugar?

—Sin dudarlo —susurró.

Ariadna sonrió y apartó la mirada, fijándola en el cielo ahora ella, esperando que la oscuridad fuera suficiente para encubrir el rubor de sus mejillas.

—Donde vivo no hay cielos así... —comentó, intentando cambiar de tema.

—¿Vivís en una cueva?

Ariadna rio.

—No, pero hay demasiada luz y demasiadas distracciones. No recuerdo la última vez que me detuve a mirar al cielo antes de llegar aquí.

—Aquí todavía hay demasiada luz. Deberíais verlo desde la cubierta de un barco en medio del mar. Pocas cosas he visto tan hermosas... Cuando las aguas están calmas casi no se sabe dónde termina el mar y empieza el cielo.

—Quizá algún día puedas enseñármelo. Una vez recuperes tu anillo serás libre de ir donde quieras, incluso de volver a España...

—Sí. Es cierto... —suspiró.

—¿Te gustaría?

—¿Ver las estrellas junto a vos en un barco?

*Es lo más parecido a un sueño que se me ocurre ahora mismo.*

Ariadna sonrió.

—Regresar a España...

Carlos pensó en ello durante unos instantes. Si le hubieran preguntado cuando aún estaba vivo, cientos de años atrás, la respuesta habría sido un rotundo no. Aunque le habría gustado volver a ver a su familia, por supuesto, había demasiados recuerdos que prefería dejar atrás, y sabía que nunca tendría la oportunidad de empezar de cero si no dejaba atrás también a su país; la tentación de regresar a su hogar habría sido siempre demasiado alta.

Pero ¿y ahora? Ahora que había pasado tanto tiempo todo habría cambiado, pero los recuerdos permanecerían de igual manera. ¿Estaba dispuesto a regresar allí... y a hacerlo con ella? Planteárselo le hizo recordar algo que aún no le había mencionado.

—No lo sé... En parte sí, claro; la echo de menos y siento curiosidad por ver cómo ha cambiado —admitió—. De todas formas, hay algo de lo que quería dialogar con vos. Y debe ser antes de que recuperéis el anillo. —La miró.

—¿De qué se trata? —preguntó extrañada.

Carlos tomó aire, o por lo menos dio la impresión de que lo hacía.

—Cuando recuperéis el anillo... Bueno, habéis hablado de recuperar mi libertad, pero no es así realmente... Es decir, es cierto que no estaré ligado a un lugar ni a un... bandido, pero...

Ariadna comprendió.

—Estarás ligado a mí.

Carlos asintió. Ella apartó la mirada, fijándola en el cielo una vez más. Era algo obvio, pero que, de tan evidente, le había pasado inadvertido. Una vez recuperara el anillo, la libertad de Carlos dependería de lo que ella hiciera con él. Si lo llevaba encima, podría ir tan lejos como fuera ella. Ariadna definiría los límites de su libertad. Se sintió un poco intimidada al pensar en el nivel de responsabilidad que eso suponía, en la manera en la que influiría también en su propia vida. Siempre que llevara el anillo, Carlos estaría cerca. Si lo dejaba en algún sitio, Carlos estaría limitado a ese lugar durante tanto tiempo como el anillo permaneciera allí.

—Así que seré, técnicamente, tu carcelero —añadió Ariadna.

Carlos sonrió un poco.

—Creo que muchos pagarían por tener un carcelero así... —murmuró. Aunque se arrepintió enseguida y la miró, temiendo su reacción—. Perdonadme, eso ha sido un comentario totalmente inapropiado.

Ariadna solo sonrió, sumida aún en sus pensamientos. No sabía si estaba preparada para aquello, pero tampoco podía quedarse de brazos cruzados y permitir que Carlos viviera anclado a la mano de una desconocida.

—No tenéis que tomar una decisión ahora —añadió él ante su silencio—, podéis pensarlo y, bueno... entenderé cualquier conclusión a la que lleguéis. Es más, incluso si accedéis a custodiar el anillo, no tenéis que llevarlo con vos, podéis guardarlo en algún sitio...

Ariadna asintió.

—Lo pensaré detenidamente —aseguró. Carlos aceptó su respuesta, no iba a presionarla para que tomara una decisión.

—Deberíais marcharos. Estaréis cansada.

—Un poco, sí —admitió.

—Os veré mañana. No sé si ese hombre volverá al castillo, o lo que hará con el anillo, pero...

—Iré allí si no te encuentro por el pueblo.

Carlos asintió mientras Ariadna retrocedía un par de pasos en dirección al hotel.

—Una cosa más... —Ari se detuvo y volvió a mirarlo—. Solo quiero que sepáis que os estoy y siempre os estaré agradecido por todo lo que habéis hecho hasta este instante. Pase lo que pase a partir de ahora...

Ella asintió con una leve sonrisa.

—Buenas noches, capitán Vásquez.

—Buenas noches, Ariadna.

# 24

## Un último intento

Cuando el despertador sonó a las nueve de la mañana, Ariadna ya llevaba despierta, con la mirada perdida en el techo de la habitación del hotel, más de una hora.

La noche anterior no había tardado en conciliar el sueño, tal era su agotamiento, pero en cuanto su cuerpo se hubo recuperado, su mente entró en funcionamiento y empezó a darle vueltas a las últimas palabras compartidas con Carlos la noche anterior. Sabía lo que había intentado con lo último que le había dicho, era consciente de que Carlos, al darle las gracias, lo que en realidad le decía era que ella ya había hecho su parte, que no le debía nada y que no le guardaría rencor si no se quedaba con el anillo. Pero lo cierto era que no sentía que tuviera muchas otras opciones. La opinión de Carlos sobre ella podía haber cambiado, haciendo que ya no sintiera ese rencor inicial por sacarle de su realidad fantasmal, pero en realidad ella, hasta el momento, no había hecho nada que lo ayudara más allá de darle conversación. No había sido ella quien lo había liberado de su prisión en aquel castillo, sino Jake, aunque fuera de manera inconsciente. Sentía que aún estaba en deuda con él, pensara lo que pensara Carlos, y que la única manera de resarcirle era recuperar su anillo, aunque esto la uniera a él aún más. Carlos creería que ella podía, simplemente, darse la vuelta e irse para siempre, olvidarse de él, pero Ari sabía que esa ya no era una opción.

Llevaba bastante tiempo sin serlo.

Se levantó y miró por la ventana: el cielo volvía a estar nublado, pero por lo menos no llovía. Dirigió la vista hacia la calle, pero no vio a nadie. Se preguntó dónde habría pasado la noche Carlos. No sabía hasta dónde llegaba el límite que podía recorrer cuando Jake estaba en su casa, pero si el chico había ido a trabajar al castillo, habría tenido que pasar por delante del hotel, lo que significaba que Carlos había estado cerca...

*De hecho, habría podido entrar aquí, en esta misma habitación, si*

*hubiera querido...*

Negó con la cabeza; conociéndolo, jamás habría hecho algo así. Habría sido «terriblemente indecoroso de su parte». Sonrió.

Tras desayunar en el restaurante del hotel, Ariadna salió al exterior y miró a ambos lados de la calle principal (la única, en realidad) de Dornie. No sabía dónde estaba Carlos, si seguiría allí o en el castillo, todo dependía de aquel tío, pero no quería recorrer todo el camino hasta allí para nada. Decidió caminar hasta la iglesia, junto a la casa de Jake, con la esperanza de que Carlos la viera si estaba cerca, pero como no lo encontró, dio la vuelta y se encaminó hacia el castillo.

Antes de llegar se encontró con Jake, que parecía dirigirse a la cafetería mientras conversaba animadamente con otro hombre. Al verla, sin embargo, su expresión cambió. Disminuyó el paso y, tras decir algo a su compañero, se dirigió hacia ella con una mirada que a Ariadna no le gustó. Supo que lo que tenía que decirle tampoco le iba a gustar.

—Buenos días... —la saludó.

—Buenos días.

—Supongo que estás aquí por lo del... —Miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca—. Lo del anillo...

—Ehm... En realidad, no. Aún no tengo el dinero.

—Ah, bueno, mejor, porque... —Se rascó la cabeza con un ademán de inseguridad—. Al final no va a poder ser.

—Pero hicimos un trato.

—Lo sé, pero...

—No puedo darte más dinero.

—Mira, no se trata de eso. Cambié de idea y ya no lo quiero vender. Además, tampoco puedo, se lo regalé a mi chica anoche. Me mataría...

—Ya, pues habla con ella y le dices que ese anillo lo robaste y no se lo puede quedar.

—Sí, claro —bufó—. Buena suerte tratando de hacer que Fergie suelte ese pedrusco.

—Seguro que lo hace si es la policía la que se lo pide... —se aventuró.

Pero Jake tampoco se tragó el farol en esa ocasión.



—Si metes en esto a la policía o al cuidador del castillo, tú tampoco tendrás el anillo. Así que no vas a ganar nada.

—Hablaré con tu novia —aseguró mientras daba un paso en dirección al camino de vuelta a Dornie, pero Jake le bloqueó el acceso situándose delante.

—No. No vas a hablar con nadie.

A Ariadna no le gustó ni el gesto ni el tono que utilizó.

—¿Me estás amenazando? —inquirió, enarcando las cejas.

Él pareció replantearse su postura. No le convenía enfadarla o se arriesgaba a que hablara con la policía, aunque solo fuera por fastidiarle.

—Escucha... le he pedido matrimonio con ese anillo, así que no te lo va a vender. ¿Por qué no lo dejas estar y te olvidas de él? Para ti solo sería un objeto más en tu colección, pero para mí y para ella es importante. Por favor...

Ariadna supo que nada de lo que dijera lo haría cambiar de opinión y tampoco le había gustado en absoluto su reacción al mencionar la posibilidad de hablar con su novia personalmente. No sabía nada de aquel chico y en aquel lugar tan remoto había mil formas en las que podía desaparecer de manera que nadie, excepto Carlos, supiera nunca qué le había sucedido.

Prefirió no tentar a la suerte. Ya se le ocurriría otra cosa.

—Está bien...

—Lo siento, ¿eh?

Ariadna asintió y el chico retomó su camino de vuelta a la cafetería sin decir nada más.

Suspiró y miró a su alrededor sin saber muy bien qué hacer. Si el anillo lo tenía esa tal Fergie, Carlos estaría cerca de donde ella estuviera, pero no tenía ni idea de dónde sería eso. Si no trabajaba, quizá siguiera en casa, en el pueblo, pero si lo hacía, puede que no regresara hasta la tarde.

Decidió volver a Dornie, pues tendría más posibilidades de dar con Carlos allí, pero antes de eso aprovechó que volvía a tener cobertura para llamar a Sara. Había recibido varios avisos de llamadas perdidas de ella.

—¡Por fin! Cielo, es imposible localizarte en este país... —se quejó su amiga en cuanto cogió el teléfono.

—Lo siento, la cobertura aquí es pésima. ¿Cómo va todo...? —No

estaba segura de querer oír la respuesta.

—Bien teniendo en cuenta las circunstancias. Todo el tema de la repatriación está arreglado. Se encargarán de ello a lo largo de la semana y nosotras regresamos mañana.

—¿Cómo está...? ¿Ha dicho algo de mí?

—No. Ni una palabra. Lo siento.

Ariadna se encogió de hombros.

—Mejor. No creo que tenga nada bueno que decir, así que... ¿Y Beathan? ¿Cómo se ha tomado lo de la repatriación?

—Dice que lo entiende, pero supongo que en el fondo le debe de afectar. Es algo hermético, así que no sé qué piensa realmente.

—Sí, parece típico de los tíos de por aquí, según he comprobado...

—Uy, ¿algo que no me hayas dicho? Ya me extrañaba a mí ese interés por quedarte allí, en el quinto pino.

—Yo no he hablado de ningún tío en concreto, solo digo que por aquí no son tan expresivos por lo que he visto al hablar con la gente, en general...

—¿Entonces no vas a decirme por qué estás allí?

La conocía y hacer locuras por el mero hecho de hacerlas no era algo propio de Ariadna. Una vez había tratado de obligarla a improvisar, a soltarse la melena dejando tirado su abrigo en el sofá, y pasados veinte minutos, cinco después de que saliera del aseo, su abrigo volvía a estar colgado en el perchero.

Ahora, tras dejar su trabajo de la noche a la mañana, ¿quería que se creyera que de repente había encontrado sentido a la vida en vivir rodeada de vacas en un pueblo en mitad de ninguna parte, en el extremo de una isla en la otra punta de Europa?

—Solo necesito estar sola un tiempo y desconectar de todo. Sobre todo ahora, después de lo de mi madre...

Ariadna se dijo que era una verdad a medias... o una mentira a medias. Era cierto que necesitaba alejarse de su familia, pero tampoco quería decirle la verdad acerca de Carlos. No hasta que por lo menos ella tuviera una idea más precisa de a dónde la llevaría todo aquello.

—Está bien...

—Te debo una enorme, Sara. Te compensaré, te lo prometo...

—Descuida, me encargaré de que lo hagas.



Sentado en uno de los bancos de madera de St. Duthac, la única iglesia católica de Dornie, Carlos se recreaba en el silencio e intemporalidad que encerraban aquellos muros. Siempre le habían gustado las iglesias cuando no se celebraba ninguna misa; destilaban tranquilidad, paz, como un oasis en mitad del caos del mundo. Allí podía pensar mejor que en ningún otro sitio, y se sentía seguro.

Criado en una familia creyente y católica, había cumplido con las visitas dominicales hasta que comenzara a ser capaz de razonar por sí mismo los sermones, momento en el cual empezara a discrepar con algunas de las opiniones del clero. Desde entonces se había limitado a hacer acto de presencia en eventos públicos solo cuando debía por motivos puramente sociales. El resto del tiempo aprovechaba las horas en las que la iglesia estaba casi vacía para sentarse en uno de sus bancos y limitarse a pensar o desconectar del mundo.

Como ahora.

Carlos creía en Dios, pero no en la Iglesia. El ser humano era imperfecto y fácilmente corruptible por el materialismo y el poder, el clero no estaba exento de estos pecados y eso hacía imposible que pudiera confiar en ellos como representantes de un ser superior, y él no los necesitaba de intermediarios. Era consciente de la contradicción que encerraba el hecho de que, pese a todo, siempre hubiera querido contraer matrimonio, con todo el despliegue religioso que ello requería, pero era una de las pocas cosas que aceptaba que tenían que ser realizadas por un cura, pues Dios no bajaría en persona a hacerlo. Todo lo demás, sin embargo, incluso (o en especial) la confesión de sus pecados, prefería tratarlo de manera directa con el de allá arriba.

Irremediablemente, la imagen del anillo de su madre acudió a él. La noche anterior lo había visto encontrar dueño en la mano de una mujer que jamás debería haberlo llevado. Nunca había arrebatado la vida de nadie fuera del campo de batalla, pero aquello lo había enfurecido tanto que podría haber

acabado con la de ese miserable de Jake de haber tenido un cuerpo; su anillo estaba ahora mancillado. Lo odió por ello y por hacerle capaz de tales pensamientos.

Por esa razón había ido derecho a la iglesia. Por eso y porque no podía permanecer cerca de esa pareja viendo a una extraña llevar su posesión más preciada. Había permanecido allí durante toda la noche, preguntándose por su existencia y también por Ariadna, recordando las últimas palabras compartidas horas atrás. Sus conversaciones, sus momentos en solitario... Todo se había vuelto más íntimo, o quizá solo se lo parecía porque su forma de verla también había cambiado...

No, era cierto que la veía de manera distinta, pero sus conversaciones se habían vuelto más personales, eso era un hecho, desde su acalorada reacción en el bar ante la mención de lo ocurrido con su madre hasta... bueno, su coqueteo bajo las estrellas, por qué no admitirlo. ¿Qué había dicho sobre pagar por tenerla de carcelero...? Se habría ruborizado de haber podido, pero, al fin y al cabo, llevaba casi trescientos años sin cortejar a una mujer...

Sacudió la cabeza al pensar en ello. Lo había hecho, sí, y no debía. ¿Por qué diantres insistía en actuar como si fuera un hombre normal? ¿En ignorar el hecho de que... de que nunca jamás tendría una vida en común con Ariadna, ni con ninguna otra mujer, sencillamente porque no había ninguna vida que compartir?

—No es justo... —murmuró.

—¿Carlos?!

Se levantó de inmediato al oír su nombre y reconocer la voz, y salió corriendo al exterior. La vio a un lado de la calle principal de Dornie, caminando aparentemente sin rumbo mientras miraba a su alrededor, buscándolo. Permaneció de pie observándola con una sonrisa. Ariadna iba envuelta en una chaqueta larga de lana cuyo frente mantenía cerrado sobre su pecho con los brazos. El sol volvía a arrancar extraños trazos rubios de su pelo oscuro, que al llevar suelto se movía indómito a causa del viento. En un momento dado se detuvo y elevó el rostro al cielo con los ojos cerrados y una sonrisa que calentó el alma de Carlos y le hizo recordarse a sí mismo al poco de llegar a Dornie. La pureza del aire allí era reparadora. Deseó poder

sentirla, pero, en esos momentos, la verdad era que no necesitaba nada más; era feliz ya solo estando allí con ella.

Salió del recinto de la iglesia y caminó por la calle hacia Ariadna. Cuando estaba a unos pocos pasos por delante, ella abrió los ojos y los fijó en los suyos, esbozando una nueva sonrisa, aún más amplia. Saber que iba dedicada en exclusiva a él la hizo aún más especial y hermosa, y no pudo evitar contagiarse de ella.

—Buenos días, Capitán Vásquez.

—Buenos días, señora. ¿Disfrutando de un paseo matutino?

Ariadna sonrió de nuevo, pero una sombra veló el gesto esta vez.

—En realidad, te estaba buscando...

Carlos asintió.

—Os oí... ¿Va todo bien?

—La verdad es que no, el anillo...

*El anillo. Por supuesto...*

De repente recordó la causa de esa inquietud que encerraba dentro. Le maravilló el hecho de haberla olvidado en cuanto oyó su nombre en sus labios. Supo que, de no ser por el poder que aquel anillo ejercía sobre él, por la conexión, probablemente habría acabado dejándolo atrás.

—Creo que sé lo que vais a decir —se adelantó—. Jake se lo entregó a su... prometida, anoche. Dudo que os lo quiera vender.

Ariadna confirmó sus palabras negando con la cabeza.

—No... pero encontraré la forma de hacerme con él. Hablaré con ella o... —su mirada se ensombreció— o lo tomaremos por las malas.

Carlos la miró, sorprendido.

—¿Por las malas? En ocasiones os juro que dais algo de miedo.

—Oh, gracias...

—No, no a mí. —Sonrió—. Al fin y al cabo, yo ya estoy muerto.



Carlos escuchó en silencio el plan de Ariadna para recuperar el anillo y cuando terminó la miró, sorprendido.

—¿Lo que sugerís es que les infunda tanto miedo que decidan voluntariamente desprenderse del anillo? Tenéis una mente perversa,

Ariadna. —Sonrió.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Por favor —asintió.

—¿Entonces...? Vi lo que hiciste en el bar y, según creo, ya has causado... desperfectos con anterioridad en el castillo. Nadie sabría de ti de no ser por eso.

Carlos asintió. Pensó en reconocerle que ya había hecho algo así en casa de Jake, la noche anterior, cuando había perdido los nervios, pero no quería que tuviera esa imagen de él.

—Podría funcionar...

—Creo que sí. Si consigues asustarlos, yo me encargaré de que sepan que todo está relacionado con el anillo. Y seguro que no pondrán tantas objeciones para que se lo quite de las manos. —Sonrió.

—Empezaré esta noche...

—¿Por qué no ahora?

—¿Ahora?

—Has dicho que Fergie está en casa, ¿no? —Miró hacia el pequeño edificio de piedra blanca y tejado negro a unos metros de la iglesia.

—Sí, eso creo. De no ser así, seguramente yo tampoco lo estaría.

—Entonces, ¿por qué esperar? Será aún peor si todo pasa estando sola...

—En verdad sois malévola —rió.

—¿Quieres tu anillo o prefieres ser la sombra de esa mujer hasta que muera y luego la de su descendencia, por toda la eternidad?

Carlos soltó una carcajada.

—De veras que agradezco no haberos conocido en vida y haberme enemistado con vos.

Ariadna sonrió levemente, sin poder evitar una punzada de pesar al oírle decir lo de no haberla conocido. Sabía que no se refería a eso, pero...

Carlos lo notó.

—Lo lamento, no era lo que pretendía decir —se apresuró a añadir—. Me habría... —buscó las palabras adecuadas— sentido muy afortunado de haberos conocido en vida, siempre y cuando hubiéramos sido amigos.

Amigos.

Tampoco era la palabra que quería usar, pero...

—No creo que nos hubiéramos movido en los mismos círculos, la verdad —replicó ella—. Por lo que deduzco de tu diario, debías de pertenecer a una clase bien acomodada.

—No puedo decir que me faltara de nada, no...

—Así que yo, posiblemente, habría sido como mucho tu chacha.

—¿Chacha?

—Sirvienta, criada... quien te limpia la casa y te lava la ropa. Como quiera que se llamara en tu época.

—Eso habría supuesto, sin duda, mi perdición social... Un completo escándalo público.

—¿Y eso por qué? —lo provocó.

Carlos le respondió con una sonrisa que surgió tanto de sus labios como de su mirada y le dijo mucho más que cualquier palabra que hubiera podido pronunciar. Ariadna miró a otro lado con una leve sonrisa y él sintió que se enamoraba por completo y sin remedio de la forma en la que sus mejillas se enrojecieron.

—De cualquier modo, será mejor que vaya a esa casa antes de que me arrepienta. Espero no causarle un desvanecimiento a esa mujer...

—Si lo haces, llámame y entraré a quitarle el anillo directamente...

Carlos le dedicó una sonrisa acompañada de una mirada reprobatoria que perdió, así, toda fuerza, y se dirigió a la casa de Jake.



Fergie aún no podía creerse que, por fin, Jake se hubiera decidido a dar el paso... Y menos aun así, sin más, sin embarazos no deseados, como parecía ser lo habitual... Cuando la noche anterior se había presentado con aquel anillo había desbaratado su bien calculado plan de asestarle con la sartén por, una vez más, haber decidido pasar la tarde en el pub en lugar de con ella.

Se dejó caer en el sofá, frente a la televisión, mientras, extendiendo el brazo hacia la ventana, se dedicaba a admirar el diamante del anillo: no había visto nada más brillante en toda su vida y era, sin duda, mucho más grande que los de los anillos de compromiso de Amber y Julie. Sonrió al pensar en

su reacción cuando lo vieran. Aquello debía de haberle costado una fortuna a Jake...

Se encogió de hombros. Un diamante era para siempre, o eso decían, ¿no? Pensó que lo habría preferido con un diseño más moderno, parecía algo que pudiera llevar su abuela, pero no iba a protestar.

Volvió la vista hacia el televisor, pero entonces un fuerte golpe procedente de la cocina le hizo dar un brinco sobre el sofá. Dirigió la mirada hacia allí.

—¿Jake? ¿Eres tú? —Sabía que estaba trabajando y no solía terminar tan temprano, tampoco había oído la puerta, pero tal vez hubiera regresado a por algo... Esperó, pero la única respuesta que obtuvo fue el estrépito de algo de cristal haciéndose añicos contra el suelo—. *Da fuck?!*

Se levantó del sofá de inmediato, agarrando el mando a distancia como si se tratara de un arma. Caminó despacio hacia la cocina y, una vez allí, vio que lo que se había roto era un vaso y que el golpe había sido producido por el palo de la escoba al caer al suelo.

Miró a su alrededor esperando encontrar algún animal que se hubiera colado en la casa: un ratón o puede que Fudge, el gato del vecino. Golpeó la puerta de la nevera con el mando a distancia y movió cosas aquí y allá, esperando que lo que hubiera sido saliera de su escondite, pero no apareció nada. Resopló, frustrada por tener que recoger ahora aquel estropicio de cristal, pero cuando fue a levantar la escoba del suelo, esta se movió con violencia a un lado, golpeándole en la pierna.

—¡Ay! —Saltó mientras soltaba un alarido, mezcla de sorpresa y dolor por el golpe, y se llevaba la mano al corazón—. ¿Qué coño...? ¿Qué...?

Carlos sintió un ramalazo de culpabilidad; no había pretendido golpearla al darle una patada al palo de la escoba, pero aún no controlaba del todo lo que fuera que hiciera para conseguir interactuar con los objetos materiales. Al ver la extrema palidez en el rostro de la mujer, además, temió provocarle un infarto. Dudó si continuar y decidió esperar un poco, por lo menos hasta que el pulso de aquella chica volviera a la normalidad.

Tuvo que apartar la mirada de su rostro y centrarla en el anillo para no sentirse tan miserable. Ella no tenía la culpa de nada, solo se había limitado a



aceptar un regalo que, por lo que ella sabía, Jake había conseguido de forma honesta. Pero ese anillo lo significaba todo para él y, por más que lo sintiera, no podía permitir que se lo quedara. Esperó unos minutos, permitiendo que Fergie recogiera la escoba y los trozos de cristal, pero en cuanto lo hubo hecho, nada más girarse y dar la espalda a la cocina, golpeó otro vaso, haciendo que cayera al suelo y estallara en varios trozos.

Fergie gritó, se giró y retrocedió sin apartar la mirada de la cocina. Ese vaso ni siquiera estaba al borde de la mesa, lo acababa de ver, no había manera de que hubiera caído por sí solo ni de que ningún pequeño animal lo hubiera golpeado accidentalmente al pasar por su lado. Algo lo tenía que haber lanzado al suelo.

—¿Qué coño está pasando...? —murmuró con el corazón latiéndole tan rápido que le daba la sensación de poder oírlo. Permaneció quieta, mirando el interior de la cocina desde el pasillo, y Carlos pensó que era hora de que lo viera por sí misma.

—Lo siento, pero tengo que hacerlo... —susurró para sí.

Segundos después, ante la mirada atónita de Fergie, el jarrón con las flores que Jake le había llevado tras su penúltima discusión se volcó sobre la mesa y rodó hasta caer al suelo.

Fergie abandonó la casa de inmediato en zapatillas y pijama.



Sentada en el tronco caído de un árbol, al otro lado de la calle, Ariadna no pudo evitar una risita al contemplar a aquella chica salir corriendo de esa guisa. Miró hacia la puerta con una sonrisa cuando vio salir a Carlos, pero la borró al advertir su expresión mientras se acercaba. No sonreía, tenía el ceño ligeramente fruncido y, en general, no muy buen aspecto, incluso para un fantasma.

—¿Estás bien? Parece haber funcionado, ¿no? —Carlos se dejó caer sobre la hierba en cuanto estuvo frente a ella—. Hey... ¿qué ocurre? —Se acercó, quedándose en cuclillas frente a él.

—Estaba... Teníais que haber visto su rostro. Parecía aterrorizada.

—Bueno, ese era el plan, ¿no?

—Lo sé... Pero es solo una muchacha. No me siento orgulloso...

Ariadna suspiró.

—Seguro que estará bien.

—Eso espero. —Apartó la mirada fijándola en el lago.

—Carlos... —Él la miró sin responder—. ¿Estás bien?

Asintió.

—Solo necesito algo de tiempo.

—Bueno, si algo tienes es eso... —Sonrió un poco.

—No... Es... Sé que suena extraño, pero... es agotador.

—¿Agotador?

—Sí... No sé cómo explicarlo, ya que en teoría no debería de cansarme al no tener cuerpo, pero cuando... cuando muevo objetos... es como si perdiera energía...

Ariadna pensó en sus palabras.

—Supongo que tiene sentido. Si un espíritu es energía y la usa para conseguir algo, se queda sin ella... —Carlos asintió—. Pero por lo que he leído, se dice que los espíritus también pueden obtenerla.

—¿Cómo? —La miró interesado.

—A través de objetos eléctricos: televisores, ordenadores, cosas así... —Ante su aparente confusión, Ariadna sacó su móvil del bolsillo—. Objetos que requieren energía, como esto.

—Oh... Esa chica estaba mirando algo así, pero mucho más grande. Aparecían imágenes como las que me enseñasteis ahí —señaló el teléfono—, pero se movían...

Ariadna asintió.

—Un ordenador o un televisor, supongo. Pueden copiar y mostrar imágenes en movimiento. Seguramente estaría viendo una película... —Hizo una pausa al advertir la expresión confusa de Carlos—. Es como una representación de teatro, con actores que interpretan un papel, que se puede ver a través de esos objetos.

—Vaya... —Se tomó unos segundos para digerir lo que acababa de contarle y entonces sacudió la cabeza—. De cualquier modo, lo de la energía... Quiere decir que si toco esto... —Acercó una mano hasta atravesar el móvil. Ariadna observó la pantalla. En un primer momento nada pareció

cambiar, pero pasados unos cuantos segundos, la carga de su móvil disminuyó de 82 a 78 por ciento.

—¡Eh! —protestó, apartando el teléfono de él—. Con lo que me cuesta mantener la batería en condiciones normales...

—¿Estoy tomando su energía?

—Eso parece.

—Interesante...

Ariadna se guardó el teléfono y permaneció mirándolo unos minutos en los que él simplemente se limitó a observar el lago en silencio, con la mirada perdida y aspecto agotado.

—Escucha, no tienes que volver a hacer esto si no quieres. Puedo pensar en otra manera de recuperar el anillo... —le sugirió ella.

Carlos negó con la cabeza.

—No. Tenéis razón, creo que esto podría funcionar. Dudo que esa chiquilla quiera volver a pasar por tal situación. Solo debéis encargáros de que sepan que está relacionado con el anillo y no piensen que la casa está embrujada.

Ariadna asintió.

—Hablaré con Jake esta noche. Supongo que para entonces ella ya le habrá contado todo... —Volvió a mirarlo—. Carlos... —susurró, buscando su mirada. Al dar con ella, añadió—: pronto podrás salir de aquí, te lo prometo.



Ariadna llevaba más de una hora en The Clachan, prolongando su cena lo máximo posible para hacer tiempo hasta que Jake apareciera, pero por el momento no había rastro de él y se preguntó si iría por allí aquella noche. Comenzaba a plantearse que Carlos hubiera hecho tan bien su parte que Fergie se hubiera negado a quedarse sola.

Suspiró mientras miraba la pantalla del móvil por décima vez en la última media hora, como si esperara la llegada de un mensaje o llamada a pesar de que allí no había cobertura y que los fantasmas, al parecer, no podían enviar mensajes de texto. Se había despedido de Carlos poco después de que este asustara a Fergie, o, más bien, él se había despedido de ella con la

excusa de que necesitaba descansar. Desde entonces no había vuelto a verlo. Se había paseado por el pueblo un par de horas después, durante un buen rato, esperando que saliera a su encuentro, antes de desistir y regresar a su habitación en el hotel. Allí había recordado las palabras de Carlos de la noche anterior, su petición de que pensara en lo que implicaría que recuperara el anillo para tomar en consecuencia su decisión de ayudarlo o no.

Ella había seguido adelante con el plan para recuperar el anillo, por lo que Carlos debía de haber asumido que esa era la elección tomada. Pero lo cierto era que había estado tan centrada en averiguar cómo recuperar el anillo que no se había parado a pensar en lo que suponía hacerlo. Y hacerlo suponía, ni más ni menos, tener a Carlos cerca todo el tiempo. Es decir, no pegado a ella, por supuesto, ni siquiera en la misma habitación o el mismo edificio, pero sí en la misma manzana y en la misma ciudad, fuera a donde fuera alrededor del mundo. ¿Qué podía sonar más a matrimonio que eso? Ni siquiera un matrimonio sonaba tanto a matrimonio como aquello.

Y, sin embargo, el pensamiento no le parecía, en absoluto, una mala idea. Una locura, sin duda, pero no en el mal sentido. Llevaba sin ver a Carlos varias horas y ya lo echaba de menos...

El sonido de unas sonoras carcajadas la sacó de sus pensamientos y al levantar la mirada reparó en que Jake estaba en la barra. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

—Uuhhhhh, primero el castillo y ahora tu casa: la locura se propaga — comentó un chico entre risas. Jake le dio un codazo y el muchacho carraspeó, poniéndose más serio—. Los fantasmas —se corrigió—, los fantasmas se propagan... Pronto nadie estará a salvo.

—Cierra el pico, idiota —le ordenó Jake—, esto no tiene gracia. Tenías que haber visto a Fergie, estaba muerta de miedo y no se ha separado de mí en toda la tarde, hemos comido juntos en Kyle y me ha costado convencerla para regresar a casa. Llegamos hace una hora y no he podido salir hasta que se ha dormido porque no quería quedarse sola.

—Pero ¿qué pasó? —inquirió el camarero tras la barra—. Craig dice que Fergie vio vasos volando y cosas así. ¿Demasiado...? —Levantó el codo haciendo el gesto de beber, pero paró en cuanto Jake lo fulminó con la mirada

—. Solo preguntaba...

—No está loca, ¿vale? Y tampoco había bebido. Y no vio vasos volando, simplemente cayendo al suelo sin más —explicó. Luego se encogió de hombros—. Igual el viento abrió la ventana y tiró los vasos, o había algún ratón o algo, yo que sé, pero no está loca y como alguien lo vuelva a insinuar, se queda sin dientes. *Dickheads* ...

Ariadna no pudo evitar sentirse un poco culpable. Sabía de primera mano lo que era que la gente pensara que estabas loca. En su caso por lo menos ella sabía que no era así, por lo que no le afectaba tanto, pero en el de aquella chica... Comprendió los reparos de Carlos a continuar con el plan. Si bien Jake había robado el anillo, por lo que a él concernía solo era una joya que alguien había perdido y él había tenido la suerte de encontrar. Y no la había vendido para sacar dinero, pese a su propia insistencia y ofrecimiento, sino que había decidido usarla para proponer matrimonio a su pareja, algo que la había hecho, posiblemente, feliz. Ni Jake ni su prometida conocían la importancia de ese anillo y no había habido ninguna maldad en sus actos.

Suspiró. Si hubiera sido solo una reliquia familiar que Carlos quisiera recuperar para mantener como un recuerdo, seguramente lo habría dejado todo ahí, pero no era el caso. Aun así, tuvo que repetírselo en voz alta un par de veces antes de recuperar el valor para salir tras Jake cuando, pocos minutos después, este decidió mandar a todos a la mierda y largarse del local.

—¡Jake!

El chico se giró, extrañado al no reconocer la voz, pero su rostro cambió en cuanto la vio.

—¿Otra vez tú? Pero ¿qué coño te pasa? Déjame en paz o llamaré a la policía.

—Genial. Hazlo. Así les podrás contar lo del anillo. —Jake se acercó a ella tan rápido que por un momento Ariadna pensó que iba a golpearla—. ¡Sé lo que ha visto Fergie! —se apresuró a decir ella mientras retrocedía un paso.

—¿Qué? ¿Cómo...? Has estado haciendo preguntas por ahí, ¿no?

—No. Pero sé que encontraste el anillo en el pozo, que pasaron cosas raras cuando te lo llevaste y que se han vuelto a repetir esta mañana. Sé quién es el responsable de todo ello y qué puedes hacer para que termine.

—¿De qué coño hablas? —preguntó, fingiendo no entender. Pero su expresión mostraba ahora curiosidad.

Ariadna le habló entonces de Carlos, identificándolo como el fantasma del castillo que había dado problemas días atrás. Le hizo un breve resumen de quien era, decorando todo con algunos datos macabros de cosecha propia sobre asesinatos, extraños accidentes y desapariciones de personas. Y describió cada una de las cosas ocurridas en casa de Jake que Fergie le había descrito a él y que ella sabía a través de Carlos.

—Sé cómo hacer que todo termine... —le repitió.

—Deja que lo adivine: todo terminará si te doy el puto anillo, ¿no? —Ariadna no respondió inmediatamente, temiendo su reacción, por lo que Jake continuó—. ¿Sabes lo que creo yo? Creo que te piensas que porque vivimos en un pueblo semi-aislado y no en una gran ciudad, y no vestimos ropa cara (acompañó la frase de un repaso del vestuario de Ariadna) somos todos unos paletos gilipollas que creemos en hadas. Creo que todo esto te lo has inventado y que lo que ha pasado lo has hecho tú, de alguna forma, para meternos miedo y que te dé lo que quieres.

—Yo no he hecho nada.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Entraste en nuestra casa? ¿Lanzaste algo por la ventana? —insistió Jake.

—Te repito que yo no he hecho nada.

—¡Y una mierda! Apareces tú, te interesas por el anillo y entonces empiezan a pasar cosas raras. —Jake se acercó más a ella, demasiado para su gusto, tanto que pudo oler su aliento a alcohol. Ariadna apartó la cara con una mueca y retrocedió.

—No te acerques más... —le pidió levantando las manos a la altura de su pecho.

—No. Eres tú la que debería dejar de acercarse a mí y a mi chica...

Ariadna elevó las manos en señal de paz.

—Está bien, está bien... Solo quería advertirte...

—¿¿Eso es una amenaza?? —Se acercó y la agarró del abrigo con fuerza.

Ariadna levantó los brazos en un gesto instintivo de defensa, pero antes

de que pudiera intentar explicarse o gritar para pedir ayuda, un repentino golpe sordo por detrás de Jake llamó la atención de ambos. Este se apartó de inmediato, temiendo que alguien se acercara, pero al girar la cabeza solo vio un contenedor individual de plástico tumbado en el suelo con parte de su contenido desparramado. No hacía viento y, de todas maneras, el contenedor era demasiado pesado como para haberse tumbado solo.

—¿Quién está ahí?! —gritó Jake. Aunque no parecía haber nadie alrededor, ya había anochecido y la oscuridad no ayudaba.

Mientras tanto, una voz susurró algo a la espalda de Ariadna.

—¿Estáis bien? —Se giró de inmediato y asintió aliviada al ver a Carlos. Entonces, este dirigió una mirada amenazadora hacia Jake—. Marchaos... —le pidió a Ariadna.

Ella lo miró extrañada, ¿por qué le pedía que se fuera? ¿Y él? Abrió la boca para preguntarle, pero antes de que pudiera hacerlo, Carlos se dirigió con paso decidido hacia el contenedor tumbado y le dio una patada, provocando un sonido sordo y haciendo que se desplazara sobre el suelo hacia Jake, quien retrocedió de inmediato.

—¿Qué coño...? —Miró a Ariadna—. ¿Es otro de tus putos trucos? ¿Te ayuda alguien?

—Ya te he dicho quién es el responsable... —le respondió con tranquilidad.

—Sí, un puto fantasma. Y yo soy Rob Roy.

Carlos dejó escapar una carcajada.

—No. No lo eres. —Volvió a golpear el contenedor y Jake saltó hacia atrás, nervioso.

—¡Estate quieta!

—No me he movido...

Jake la miró, consciente de que decía la verdad pero negándose a aceptar el hecho de que lo que le hubiera dicho fuera cierto: los fantasmas no existían, no iba a asustarle con cuentos para niños. Dejándose llevar por el miedo a lo que no podía entender, la rabia y la vergüenza que suponía mostrar su vulnerabilidad, volvió a agarrarla del abrigo y la zarandó.

—¡HAZ QUE PARE! —le ordenó.

La cabeza de Jake se movió repentinamente hacia un lado al recibir un impacto y este emitió un gemido quedo mientras algo rebotaba por el suelo. El chico advirtió la mirada sorprendida de Ariadna, que se dirigía hacia un punto de su cabeza, y se llevó la mano hacia ella. Al mirársela comprobó que en ella había un líquido oscuro.

Soltó a Ariadna de inmediato y miró a su alrededor, asustado, intentando en vano localizar a su atacante mientras retrocedía. Al constatar, una vez más, que no había nadie, decidió salir corriendo hacia casa.

—¿Sabéis?, cuando alguien os pide que os marchéis en una situación así, lo sensato es obedecer —comentó Carlos, acercándose.

Ariadna miró al suelo y localizó allí una lata de *Irn Bru*<sup>3</sup> plegada.

—¿Le has lanzado un *Irn Bru* a la cabeza?

—¿Un qué?

—Me podías haber dado a mí...

—Pero no lo hice, tengo buena puntería. Ahora, ¿os importaría regresar a vuestra posada?

—Hotel...

—Lo que sea.

Ariadna comenzó a caminar hacia allí, todavía tratando de digerir todo lo que acababa de suceder.

—¿Dónde has estado...?

—¿Perdonad?

—No te he visto desde esta mañana...

—Jake y su prometida pasaron el día fuera, en Kyle, regresaron no hace mucho.

—Ah, sí... —Recordó que Jake lo había comentado en el pub.

—Iba a continuar con lo de esta mañana, pero... Esa pobre chica está aterrorizada, no fui capaz... —se excusó.

—Ya... creo que por eso Jake estaba tan agresivo.

—Lo comprendo, pero no es excusa para tratar así a una dama. No quiero que os volváis a acercar a él, Ariadna... —Vio en su rostro que se preparaba para discutir, así que se apresuró a añadir—: temo que pueda llegar a haceros daño.



Ariadna no lo contradijo, ella también creía que era capaz de hacerle algo.

—Lo sé... Aunque después de lo que acaba de pasarle, creo que se lo pensará dos veces antes de acercárseme.

—Creo que podría hacerlo si continuó lo de esta mañana... —comentó, pensativo, casi como si hablara para sí.

Ariadna se detuvo a la entrada del hotel y buscó su mirada, consciente de lo que pasaba por su cabeza.

—No estarás pensando en rendirte...

Carlos la miró.

—Si por mi culpa os sucediera algo, no me lo podría perdonar, Ariadna. Si darme por vencido os mantiene a salvo, lo haré.

—Creo que también es decisión mía, ¿no? Si estoy dispuesta a correr el riesgo...

—Pero yo no lo estoy —afirmó con seriedad—. Y no podéis obligarme a hacerlo.

—¿Entonces ya está? ¿Se acabó todo?

Carlos apartó la mirada. No quería rendirse sin más, pero no pensaba arriesgar la vida o el bienestar de Ariadna.

—Deberíais entrar.

Ella resopló.

—¿Entonces qué? ¿Me voy de Dornie? Si sigo aquí es por ayudarte. Si no quieres mi ayuda y vas a conformarte con vivir anclado a esa mujer durante el resto de sus días... ¿qué hago yo aquí?

—Si esa es la única razón de que sigáis aquí, supongo que no tiene sentido que permanezcáis en Dornie por más tiempo, no...

—Sabes perfectamente que esa es la única razón, sí. —Buscó su mirada una vez más—. Carlos...

—Debería marcharme.

—Carlos —insistió. Él volvió a mirarla y Ariadna pudo leer en sus ojos que se sentía atrapado, que no quería que se fuera, ni tampoco rendirse, pero que no deseaba que le pasara nada—. No puedes rendirte ahora que estamos tan cerca de conseguirlo. Por favor... —le pidió—. Tendré más cuidado. No

volveré a acercarme a Jake y me aseguraré de no caminar sola por el pueblo, pero tú tienes que continuar. Deberías haber visto su mirada cuando le lanzaste la lata a la cabeza, estaba aterrorizado. Estoy segura de que si vuelves a hacer algo en su casa, ante sus ojos, querrá deshacerse del anillo aunque solo sea para ver si de verdad todo termina entonces. —Reconoció la duda en la mirada de Carlos, por lo que decidió continuar—. Hazlo solo una vez más, solo esta noche... Si no funciona, nos olvidaremos de ello, ¿de acuerdo?

Carlos hizo un gesto similar al de respirar profundamente, y entonces asintió.

—Está bien. Una última vez...

—Una última vez...

---

3 &#9;Irn Bru: nombre de un refresco carbonatado típico de Escocia, más popular que la Coca-Cola allí.

# 25

## Libre

Ariadna se despertó sobresaltada.

Miró el reloj y comprobó que apenas eran las nueve de la mañana. Se acercó a la ventana y, tras apartar las cortinas, advirtió que el sol, que arrancaba infinidad de colores a los escasos jirones de nubes que ocupaban el cielo, no parecía llevar en él mucho tiempo. Al fijar la vista en el lago, una silueta conocida llamó su atención. Carlos se encontraba sentado en una roca junto a la orilla, frente a su hotel, con la mirada perdida en el horizonte. Se preguntó si la estaría esperando con buenas noticias y no quiso perder tiempo para averiguarlo. Se aseó y vistió rápidamente y fue a encontrarse con él.

Carlos seguía en el mismo lugar cuando salió del hotel. Ariadna cruzó la carretera y al acercarse comprobó que estaba empapado de agua, o, por lo menos, tenía la apariencia de estarlo.

—¿Carlos...? —preguntó, extrañada. Él se giró para mirarla y entonces advirtió que tenía los ojos enrojecidos, como si no hubiera parado de llorar, y varios mechones de pelo mojado se pegaban en su cara—. ¿Qué ha pasado...?

—Está perdido para siempre —susurró.

—¿Qué? ¿El qué?

—El anillo.

—¿Qué...? —Caminó hacia él y se agachó, quedándose en cuclillas a su lado. Levantó la vista para mirarlo a los ojos. Le partía el corazón verlo tan abatido, tan... vulnerable. Fue a cogerle las manos, pero en el último momento se dio cuenta de la estupidez de aquella idea y se detuvo—. ¿Qué ha ocurrido?

—Hice lo que decidimos anoche —le explicó—. Fui a casa de Jake y comencé a repetir lo del día anterior. Su prometida entró en pánico y él finalmente se convenció de que no podía explicar lo que ocurría, ni tampoco detenerlo. Pensé en parar, solo por cómo parecía encontrarse ella, estaba tan

aterrorizada... pero decidí seguir hasta el final, hasta que Jake se rindiera o yo me quedara sin fuerzas... —continuó—. Logré tirar al suelo el anillo, que su prometida se había quitado para dormir, y entonces Jake pareció darse por vencido. Lo cogió y salió afuera. Yo lo seguí, convencido de que iba a venir a entregároslo, pero entonces... —Ariadna esperó, expectante. Carlos miró hacia el lago—. Supongo que decidió que si no podía tenerlo él, tampoco lo tendríais vos, ni ninguna otra persona... Cruzó la carretera, hacia la orilla del lago... y lo lanzó lejos, sin más.

Ariadna lo miró, impactada por lo que acababa de decirle. Por fin habían conseguido que Jake se separara del anillo y ahora... ¿ahora lo habían perdido para siempre? Negó con la cabeza, rehusando rendirse sin más. No después de tanto, no cuando estaban tan cerca de conseguirlo.

—He pasado toda la noche en el agua, intentando dar con él —prosiguió—, y lo encontré hace apenas unos minutos... Pero es inútil, ni siquiera puedo tocarlo. Yo...

Ariadna se levantó en ese momento. El anillo no estaba perdido.

—¿Dónde está? ¿Podrías volver a localizarlo?

—¿Qué...? —La miró, confuso—. Sí, eso creo. Se encuentra a unos metros de la orilla, frente a la casa de Jake...

—Indícame dónde. —Ariadna se dio la vuelta y caminó en dirección a la casa de aquel chico.

Carlos corrió tras ella.

—¿Por qué? ¿Qué cambia eso? No puedo recuperarlo... ¿no me habéis oído?

—Perfectamente. —Continuó caminando con decisión.

—¿Entonces?

Ariadna siguió andando hasta que llegó frente a la casa de ladrillos blancos y tejado negro. Entonces se acercó a la orilla del lago.

—¿Dónde está?

—Por esa zona... —Señaló Carlos—. Pero no sé qué cambia eso, ¿qué...? —No pudo terminar la frase, falto de palabras al ver cómo Ariadna empezaba a quitarse sus botas y calcetines—. ¿Qué diablos pensáis que estáis haciendo?

—Voy a buscar el maldito anillo —respondió con decisión. Si se paraba a pensar en lo que iba a hacer, no lo haría.

—¿HABÉIS PERDIDO LA CABEZA?! No puedo permitir que hagáis algo así.

—Lamentablemente, tampoco puedes impedirlo —añadió mientras se quitaba el abrigo—. ¿Me indicas dónde está?

—Me niego. —Negó con la cabeza cruzándose de brazos.

—Bueno, entonces espero poder encontrarlo antes de congelarme, el agua debe de estar bastante fría...

—No lo hagáis...

Ariadna ahogó un gemido cuando sus pies entraron en contacto con el agua y sintió como si centenares de pequeños trocitos de hielo se clavaran en su piel. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para vencer el instinto de salir inmediatamente de allí.

—Carlos, ¿dónde está? —inquirió de nuevo.

—Me niego, no voy a...

Ariadna se sumergió por completo en el agua y nadó hacia el centro del lago.

—¡Maldita sea!

Carlos se arrojó tras ella. Seguía sin gustarle el agua, pero tras aquella noche había acabado controlando aquel miedo absolutamente irracional. Ahora, sin embargo, el miedo se había transformado en terror, terror a que a ella le sucediera algo.

Nadó hasta llegar a su lado. Ariadna se agitaba con violencia, presa del frío, pero Carlos supo que no se iría de allí hasta que encontrara el anillo o su cuerpo se negara a seguir obedeciéndole, por lo que no había tiempo que perder. Por fortuna, el sol iluminaba directamente el agua, lo que contrarrestaría la habitual oscuridad del lago y facilitaría, o eso esperaba, dar con el anillo.

—¡Seguidme!

Se sumergió bajo el agua y buceó, seguido de ella, hasta el lugar en el que había localizado el anillo. El lago no era demasiado profundo en aquella zona, pero el frío era tan intenso que Ariadna no tardó en sentir cómo

empezaban a entumecerse todas las articulaciones. Vio a Carlos detenerse y señalar algo en el fondo, unos metros por delante, pero necesitó volver a la superficie unos segundos para coger aire. Fuera, gritó de dolor y el pánico se apoderó de ella; no sabía si podría regresar a la orilla. Cogió aire y se obligó a bajar de nuevo hasta el fondo, donde Carlos la esperaba con expresión de completa preocupación. Al verla, le señaló el anillo con insistencia. Ariadna apenas podía enfocarlo, le dolían los ojos, pero se impulsó hacia allí y localizó los destellos del diamante. Lo agarró y tuvo que abrir la mano para asegurarse de que estaba dentro, pues había dejado de sentir los dedos. Cerró el puño y subió a la superficie tan rápido como pudo.

—¡EH! ¡¿NECESITA AYUDA?!

Entre jadeos y gemidos de dolor, Ariadna buscó la procedencia de aquella voz; allí, en la orilla, un par de hombres le hacían señas con una mano.

—Sí... —jadeó. Al comprender que era imposible que la hubieran oído, movió la cabeza en afirmativo repetidas veces.

Vio como uno de los hombres decía algo al otro y este se alejaba corriendo. Cuando advirtió cómo el primer hombre se quitaba los zapatos y se lanzaba al agua, hacia ella, dejó de intentar alcanzar la orilla y se limitó a cerrar el puño del anillo tan fuerte como pudo y mantener la cabeza fuera del agua, esperando que aquel hombre llegara a tiempo.



Ariadna miró a su alrededor confusa, sin terminar de comprender dónde estaba o qué había pasado. Yacía tumbada en algún sitio y varias personas permanecían a su alrededor con expresiones confundidas o preocupadas. Por encima de ellos se extendía el cielo, por lo que supo, por lo menos, que estaba en la calle.

—¿Se encuentra bien?

—Traigo otra manta.

—Pónsela encima.

—Pero a quién se le ocurre. Meterse en el lago en esta época, ¡y vestida!

—¿Aviso a la ambulancia? —preguntó alguien.

Ariadna negó con la cabeza.

—Estoy bien... —susurró. Aunque tampoco lo tenía claro—. ¿Carlos?

—Estoy aquí.

Giró la cabeza y lo encontró justo detrás de ella. Parecía la personificación de la preocupación.

—¿Qué ha dicho? —inquirió algún otro.

—Carlos, creo.

—¿Había alguien más en el lago? —preguntó la persona anterior.

—No lo sé. Yo no vi a nadie más.

El hombre la miró y Ariadna negó con la cabeza.

—Solo yo...

—Dadle esto, le sentará bien.

El corro se abrió y una mujer se acercó a ella con un termo.

—Ten, cielo, bebe un poco. Te hará entrar en calor.

La ayudó a incorporarse y le sujetó el termo, inclinándose para que pudiera beber; Ariadna dio un pequeño trago, insegura, pero al ver que se trataba de algún tipo de caldo caliente bebió con más confianza. Ni siquiera había desayunado aún, así que estaba hambrienta.

—¿Seguro que no quieres que avisemos a una ambulancia?

Ariadna negó suavemente.

—Estoy bien... de verdad. Gracias...

—¿Te alojas en el hotel?

—Sí.

—Voy a por mi coche y te acerco.

La mujer del termo se alejó antes de que pudiera negarse, por lo que tuvo que aceptar el ofrecimiento. Al poco estaba de vuelta en el hotel, sentada en un sofá bajo una manta y delante de una chimenea. Sentía su ropa mojada pegada al cuerpo, pero había comenzado a entrar en calor y no quería desprenderse de las mantas aún.

Solo cuando Carlos se sentó en un taburete a su derecha, con el pelo aún mojado como si él también tuviera cuerpo y acabara de salir del agua, recordó el anillo, y solo entonces reparó en el hecho de que todavía tenía el puño totalmente cerrado. Sacó la mano de debajo de la manta y se la miró, insegura, aún no había recuperado la sensibilidad del todo y la presión no



ayudaba. Separó los dedos lentamente, temiendo que, después de todo, aquello hubiera sido en vano, pero ahí estaba, un precioso anillo de platino con un diamante que había dejado una señal en su mano debido a la fuerza con la que lo agarraba.

Ariadna respiró aliviada al verlo, al mirar a Carlos le pareció que el sentimiento era mutuo.

—Aún no puedo creer lo que habéis hecho... Estoy tan enojado con vos que... que...

—Que...

—Os besaría si pudiera.

Ariadna se sacudió en un repentino arranque de tos, era lo último que esperaba oír y aún no estaba segura de haberle entendido bien.

—¿Estás tan enfadado que me besarías? —susurró.

—Eran dos frases distintas.

Ariadna fijó la vista en el anillo, consciente de que se habría ruborizado si la sangre le hubiera circulado ya con normalidad.

—Yo tampoco puedo creerlo... —admitió.

—Ha sido una completa locura.

—Creo que perdí la cordura hace tiempo. Probablemente el primer día que vi un fantasma...

Carlos sonrió. No le gustaba que se hubiera puesto en peligro de esa manera, que hubiera ignorado su petición de que no lo hiciera; le habría destrozado que le pasara algo. Pero a la vez no podía reprimir la inmensa alegría que sentía en ese momento, consciente de que, por fin, era libre de ir donde quisiera, o donde Ariadna lo llevara... en esos momentos le parecía lo mismo.

—Podéis ponéroslo si así lo deseáis... —sugirió.

Ariadna miró el anillo y lo primero que pensó fue que no creía que fuera de su talla, tenía los dedos demasiado delgados. Pero tampoco se sentía cómoda llevando un anillo de pedida que no le pertenecía y que prácticamente había arrebatado, en cierto modo, a otra mujer.

—No me sentiría bien llevándolo en la mano sin ser mío... Además — se adelantó al ver que Carlos iba a replicar—, no quiero ni pensar en cómo

reaccionaría Jake o su prometida si me vieran con él. Será mejor que no permanezca a la vista.

Carlos asintió.

—Como queráis...

Tras guardarse el anillo en el bolsillo del pantalón permanecieron en silencio durante unos largos minutos, perdidos en sus pensamientos mientras Ariadna recuperaba el color de sus mejillas y la sensibilidad y movilidad de todo su cuerpo. Una de las camareras, informada de lo sucedido, le trajo algo para desayunar, y ella comió en silencio con la mirada fija en la chimenea.

—Gracias —susurró Carlos, de repente. Ariadna lo miró, dedicándole una sonrisa divertida—. Acabo de darme cuenta de que no os lo había dicho —explicó él.

—Ya me había tomado lo del beso como un agradecimiento. —Sonrió.

—Bien.

—Bien.

Continuó comiendo, algo incómoda por el repentino silencio.

—Creo que sería prudente que os marcharais de aquí —comentó Carlos—. No me fio de lo que pueda hacer Jake ahora... Supongo que no tardará en enterarse de lo del lago y atará cabos. No quisiera que buscara venganza.

—¿Tener que ir al fondo del lago a por el anillo y casi morir congelada no podría considerarse venganza?

—No lo sé... Su prometida... Se marcharon en mitad de la noche. Ella... Me sentí como un completo miserable por llevarla al borde de la locura. Espero, sinceramente, no haberle causado ningún mal irreparable.

—Seguro que estará bien.

Carlos asintió, algo inseguro.

—De cualquier modo, me sentiría más tranquilo si os alejarais de aquí.

—Quieres decir *alejáramos*, supongo...

—Sí. Claro...

—¿Estás seguro? Llevas mucho tiempo aquí.

—Creo que va siendo hora de dejar el pasado donde debe estar.



Aunque no lo hubiera dicho, Ariadna también temía encontrarse con

Jake, sobre todo tras lo que, según Carlos, había ocurrido en su casa la noche anterior. Por ello no le costó mucho decidirse a hacer las maletas y coger el primer autobús a Inverness ese mismo día.

Mientras esperaban en la parada, a solo unos metros del castillo, Carlos había permanecido callado, con la mirada fija en él, despidiéndose mentalmente. Había sido su hogar durante siglos, en especial durante los días previos a su muerte, y nunca podría olvidar esos últimos amaneceres y atardeceres en los que aún mantenía la esperanza de una nueva vida, de un nuevo comienzo. Ahora esa nueva vida, aunque nunca hubiera imaginado que le aconteciera tras su muerte, empezaba después de cientos de años de espera, y ni podía ni quería permanecer anclado a ese lugar por más tiempo. Ni a ese lugar ni a su pasado, a una familia que nunca más vería y a una mujer que, pese a haber amado, ya solo tenía sentido en las hojas de un diario de cientos de años de antigüedad. Ahora, ya sentados en el autobús, observaba a Ariadna mientras esta dormitaba con la cabeza apoyada contra el cristal. Había amado a Amaia, sí, pero esta nunca le había dado nada que pudiera siquiera compararse a lo que Ariadna había hecho por él. Hacía tiempo que él le había asegurado que no le debía nada, que era libre de dejarlo atrás y, sin embargo, ella se había negado a hacerlo. Y la muestra de amor definitiva había ocurrido aquel día, hacía unas horas, justo cuando pensaba que todo había acabado, que la perdería y que estaría destinado a permanecer en aquel lugar hasta el fin de los días. Ariadna había arriesgado su vida por él, sin demandárselo (es más, habiendo tratado de impedirselo), y lo había hecho sin vacilar, sin detenerse a pensar en que pudiera ser una locura...

Y lo había sido, sin duda alguna.

No recordaba haber sentido nunca tanto amor por nadie como el que en aquel instante había sentido por ella. Y no bromeaba ni exageraba al reconocer que habría dado lo que fuera por besar sus labios y abrazarla, por ayudarla a recuperar la vida que casi había perdido por devolverle su libertad.

## 26

### Confesiones y atardeceres en Edimburgo

Viajaron en autobús hasta Inverness y una vez allí cogieron el tren a Edimburgo. Ariadna tenía la sensación de estar viajando con un niño que nunca hubiera salido de su pueblo. Carlos no dejaba de hacer preguntas sobre las cosas más normales y se emocionaba con prácticamente todo. Observaba sorprendido la velocidad a la que viajaban en el tren, mirando a través de la ventanilla el suelo y los árboles cercanos que pasaban a su lado demasiado rápido como para poder identificar su silueta.

—¿Cómo se siente ser capaz de alejarse del castillo, salir de Dornie y ver otros lugares de Escocia? —le preguntó Ariadna.

—Es tremendamente liberador. —Carlos la miró, sonriendo. Sus ojos se fijaron en el anillo que ahora colgaba de su cuello. Había decidido que ese lugar sería más seguro que un bolsillo y se había hecho con una cadena en Inverness.

—Ya imagino...

—¿Qué hay de vos? ¿Qué pensáis hacer ahora que no tenéis que permanecer en Dornie?

—Pues... supongo que tendré que buscar un trabajo.

—Aún me cuesta concebir que alguien como vos tenga que trabajar.

—¿Alguien como yo?

—Sí. Es decir, en mi época estaríais viviendo con vuestros padres o un tutor hasta encontrar marido, y luego viviríais en su casa.

—Creía que habíamos quedado en que en tu época formaría parte del servicio doméstico.

Carlos sonrió.

—Eso lo dijisteis vos. Tenéis estudios, hubierais podido ser maestra de escuela, por ejemplo.

—Uf, no lo creo, no tengo mucha paciencia.

Un pasajero que acababa de subir al tren en ese momento la miró,

extrañado, al oírla hablar con un asiento vacío. Pareció pensárselo, pero al final decidió seguir caminando en busca de otro sitio libre.

Ariadna suspiró apartando la mirada, le resultaba fácil olvidar que era la única que podía ver a Carlos. En Dornie se había acostumbrado ya, pero ahora que estaba rodeada de más gente, y de gente de ciudad, empezaban a incomodarle las miradas que juzgaban su salud mental o nivel de alcohol en sangre.

—¿Os encontráis bien?

—Sí...

—¿Está libre? —Ariadna miró hacia la señora que acababa de subirse al tren y señalaba el asiento frente a ella, donde se sentaba Carlos. Dudó un instante que hizo que la mujer se impacientara—. Que si está libre... —repitió, más despacio y elevando la voz, como si creyera que fuera extranjera... y sorda y con algún problema mental.

—No. Está ocupado —respondió.

La mujer murmuró algo ininteligible pero, sin duda, nada agradable y, para su disgusto, se sentó en el asiento de al lado de Carlos.

—Puedo ir de pie si es necesario —se ofreció él—. Así no tendréis que justificar que el asiento esté... aparentemente vacío.

Ariadna negó con la cabeza y fijó la mirada al otro lado de la ventana. Podía haber sacado su móvil y hablar con Carlos así, fingiendo estar al teléfono, pero no dejaba de sentirse algo estúpida cada vez que tenía que hacerlo y prefirió dejar la conversación para más tarde. Carlos pareció notarlo y tampoco dijo nada más, limitándose a observar el paisaje hasta que llegaron a Edimburgo.

En la ciudad les recibió un típico día de la capital en aquella época del año: nublado y con una ligera niebla, pero Ariadna agradeció que por lo menos no estuviera lloviendo. Miró la hora en su móvil.

—He quedado con Beathan dentro de un rato, cuando salga de trabajar.

—¿Beathan?

—La pareja de mi hermana. Lo viste en el castillo.

—Ah, sí. El joven con el que os fuisteis a Skye...

—Ese mismo.

—¿Os alojaréis con él?

—*Nos* alojaremos con él —especificó—, a menos que tengas otros planes... —Sonrió ante la mirada de Carlos.

—¿Vais a vivir con él mucho tiempo? —Le resultaba extraño incluirse a sí mismo en tal afirmación.

—Hasta que encuentre un alojamiento más permanente.

—¿Lo conocéis bien?

—Bueno, no exactamente, solo pasé unos días con él cuando viajamos al norte, pero es un buen chico. Además, era la pareja de mi hermana —repitió, intentando tranquilizarlo.

—Los matrimonios entre cuñados no son algo fuera de lo común...

Ariadna rio.

—Descuida, no tengo ningún interés en contraer matrimonio, y menos aún con Beathan. No es mi tipo, pero aunque lo fuera, tampoco haría algo así por respeto a mi hermana.

Carlos asintió. No le gustaba la idea, pero era consciente de que Ariadna no tenía dónde alojarse y prefería que, por lo menos, estuviera con alguien conocido.

Decidieron hacer tiempo hasta que Beathan saliera de trabajar y se dirigieron al casco antiguo de la ciudad, por la zona de la Royal Mile.

—Es extraño...

—¿El qué? —Ariadna lo miró un segundo, se había puesto los auriculares de su reproductor *mp4* y los había enchufado al móvil, que llevaba en el bolsillo. Así, por lo menos, cualquiera que la viera hablar consigo misma pensaría que, en realidad, mantenía una conversación telefónica.

—Pasear por una ciudad en la que nunca había estado en vida. Algunos edificios me recuerdan a mi época, pero la indumentaria de la gente es tan distinta...

—Como ves, no soy la única que no lleva falda.

—Así parece, sí. —Sonrió—. Pero sin duda vestís mejor esa indumentaria que muchas otras...

Ariadna sonrió, manteniendo la mirada al frente mientras sentía la de Carlos sobre ella. No se acostumbraba a recibir halagos de un soldado del siglo XVIII que caminaba a su lado en la ropa de su época criticando el vestuario de los turistas. Se trataba de una situación algo estrambótica.

Levantó la mirada al reparar en que se acercaban a la catedral de St. Giles y que justo después se encontraba el cruce en el que su hermana había perdido la vida. De repente, una idea cruzó por su cabeza, un pensamiento que ya había tenido antes pero que ahora, con Carlos cerca, adquiriría una mayor importancia. ¿Seguiría Iveth, de algún modo, por allí? Y, en ese caso, ¿podría él verla?

Siguió caminando hasta que se encontraron a unos pocos metros del cruce.

—Aquí... Aquí es donde murió mi hermana —susurró.

—¿Dónde?

—Al cruzar esa calle, o eso es lo que me dijo Beathan...

—¿Por uno de esos transportes?

Ariadna asintió mientras miraba alrededor, poniendo atención en los rostros de la gente que cruzaba y caminaba cerca. Carlos comprendió.

—¿Tenéis una de esas pinturas de ella que lleváis en ese artefacto? —dijo mirando el bolsillo del pantalón de Ariadna.

Ella asintió, cogió el móvil y buscó en el álbum de fotos, agradeciéndole mentalmente que hubiera entendido lo que pasaba por su cabeza sin necesidad de que ella le dijera nada. Localizó una foto de cuerpo entero de Iveth y un primer plano de su cara y se las enseñó. Carlos las examinó con atención durante unos segundos e inmediatamente después miró a su alrededor, buscándola entre los transeúntes. Quería encontrarla, en especial por Ariadna, porque sabía lo mucho que significaría para ella poder, por lo menos, despedirse de ella, pero también quería dar con ella por él mismo, para poder interactuar con otro... espectro, alguien que se encontrara en su misma situación.

Sin embargo, pasados unos eternos minutos, ambos comprendieron que Iveth no estaba allí, o que, si lo estaba, no era visible para ninguno de ellos.

Carlos sacudió la cabeza con suavidad en un gesto de negación.

—Lo lamento...

Ariadna se encogió de hombros.

—No contaba con que pudiéramos dar con ella, solo era una posibilidad. Pensé que tal vez...

—Lo sé. Yo también. —Suspiró—. Pero al mismo tiempo, pensad que puede ser algo bueno... Casi con total certeza significará que está en un lugar mejor, y eso es preferible a encontrarse anclada a esta calle, ¿no?

—Sí. Supongo que sí. —Sintió un hormigueo en su mano y al bajar la mirada vio que Carlos había enlazado la suya con la de ella, o por lo menos lo había intentado. Sintió un cosquilleo en el estómago y se estremeció a pesar de que el contacto no era realmente físico. Él, o bien lo había hecho de forma inconsciente, como un gesto instintivo de consolación, o bien tomó su estremecimiento de la manera incorrecta, pues enseguida volvió a apartar la mano y retrocedió un paso mientras se disculpaba.

—Lo lamento. Yo no...

—¿También lo notas?

—¿Perdonad?

—Ese hormigueo... en la mano... al tocarme...

—Siempre —respondió, como si no le sorprendiera—. Quiero decir... también cuando nos conocimos, en las almenas del castillo... cuando aún no sabía lo que era y erróneamente pensé que vos erais el fantasma.

—Sí. —Ariadna recordó aquel momento y el hormigueo que había recorrido su piel. No podía notar lo que sentiría al tocar la mano de cualquier persona viva, pero definitivamente podía sentirle de algún modo, y la sensación llegaba más allá del simple hormigueo en la mano, como demostraba el cosquilleo en la boca del estómago y la aceleración de su pulso.

Aquello le dio algo de miedo. Miedo porque no le era extraño, porque había estado enamorada con anterioridad y sabía reconocer la reacción de su cuerpo al inicio de esa fase. Y si bien de enamorarse de alguien de carne y hueso se habría puesto a la defensiva igualmente, siendo cautelosa por lo menos hasta confirmar que el sentimiento era mutuo, en el caso de Carlos directamente no podía permitírselo. ¿De qué servía que se enamorara de



alguien que había fallecido años atrás? ¿Qué sentido tenía encariñarse de un hombre con el que no tenía ningún futuro, o por lo menos no uno como el que podría tener junto a cualquier otro? Nunca podría cogerlo de la mano, besarlo o abrazarlo y, aunque no era algo que hubiera ocupado nunca una posición importante en sus perspectivas de futuro, tampoco formar una familia con él.

Sin embargo, la atracción estaba ahí; eso era un hecho. Las típicas «mariposas en el estómago», también. No había duda de que se estaba enamorando, y lo cierto era que el futuro extraño que se abriría ante ella en el caso de seguir adelante con aquella relación no le preocupaba demasiado. Vale que podía descartar el sexo por completo, pero, al fin y al cabo, eso no lo era todo; había más, mucho más aparte de lo físico en una relación de pareja. Sí, era importante en los inicios, pero pasado el tiempo, de todas formas, siempre acababa pasando a un segundo plano. Lo importante era la conexión con la otra persona y eso estaba allí, de su parte y también (eso creía) de la de Carlos.

Pero ¿y si no funcionaba? ¿Y si las limitaciones acababan imponiéndose? ¿Qué pasaría con Carlos? Estaba ligado a aquel anillo que ella llevaba al cuello; dondequiera que lo dejara, allí estaría él. Podría retornarlo al castillo, claro, pero al final del día ella sería la responsable de que siguiera allí por el fin de los tiempos. ¿Podría vivir con ello?

Suspiró. Era algo que, si aquello continuaba por ese camino, tendrían que hablar. Le parecía que Carlos se sentía como ella, pero tampoco quería precipitarse, al fin y al cabo, no tenía ni idea de cómo se comportaban los hombres hacía trescientos años. Había muchas palabras, muchos gestos que la hacían pensar que estaban en el mismo punto, pero ya había malinterpretado a los hombres con anterioridad y no quería volver a caer en el mismo error, menos aún en un caso como aquel, cuando él dependía tanto de lo que ella hiciera.

—¿Estáis bien?

Lo miró de inmediato.

—¿Qué?

—Os habéis quedado ahí, quieta, con la mirada perdida.

—No... Es decir, sí... Bueno... pensaba en mi hermana.

Carlos se sintió tan decepcionado como miserable al oír su respuesta. Había esperado que los pensamientos de Ariadna fueran cercanos a los suyos, más relacionados con ellos dos. Pero a la vez sabía que era muy egoísta por su parte pretender que Ariadna se olvidara de su hermana para pensar en ellos.

Ariadna decidió dejar a un lado sus elucubraciones amorosas y volver a centrarse en el hecho de que Iveth no estuviera allí. Carlos tenía razón. Si tomaba como cierta la idea de que los espíritus se quedaban en la tierra solo cuando tenían asuntos pendientes (o cuando, como en el caso de Carlos, quedaban ligados a un objeto o un lugar), eso podía significar que Iveth se había marchado en paz, que nada la retenía a la tierra y había terminado en un lugar mejor, en el Cielo o algún sitio equivalente, junto a su padre y abuelos, y eso era algo positivo.

—Si pudieras dejar este mundo atrás y reunirte con tu familia, ¿lo harías?

Carlos abrió la boca para responder que sí, pero justo antes de hacerlo dudó. ¿Lo haría realmente? Hace un par de semanas la respuesta habría sido esa, incluso al poco de conocer a Ariadna es posible que hubiera aceptado. Pero ¿y ahora? Si ahora mismo se abriera ante él una puerta que lo condujera directo al Paraíso o donde quiera que su familia y amigos estuvieran, con la condición de tener que dejar atrás a Ariadna, ¿la cruzaría?

Sabía que, con toda probabilidad, no lo haría.

—No lo sé... —respondió. Un rotundo «no» habría supuesto dar demasiadas explicaciones y aún no sabía si era el momento adecuado para ello.

—¿Por qué?

Fijó la mirada en el suelo al notar la de Ariadna fija en él. Era justo la pregunta que no quería escuchar.

—Porque... porque no estoy seguro de... —Intentó dar con las palabras adecuadas para no mentir, ni ofenderla, ni tampoco darle a entender algo que pudiera implicar demasiado—. No sé si quiero dejar este lugar aún y temo lo que pueda esperarme al hacerlo —terminó. Era la verdad y no daba demasiados detalles.

—¿Qué es lo que temes encontrar?

—No lo sé. Algo como el Infierno, supongo, ya sabéis...

—¿Crees en eso?

—¿Vos no?

—No lo sé —admitió—. De pequeña sí, me eduqué en un colegio religioso, así que... Pero ahora...

Carlos rio.

—¿En un colegio religioso? ¿Vos? Me tomáis el pelo...

—¡Oye! ¿Qué insinúas?

—Nada. Es solo que... Bueno... —La miró de arriba abajo.

—Como vuelvas a decir lo de la falda, busco a un exorcista. —Él rio de nuevo—. ¿No encontrarías más *indecoroso* que vistiera así? —Ariadna señaló con la cabeza a una adolescente que bajaba por la calle con una falda que le cubría un palmo por debajo de la cintura.

Carlos miró a la adolescente, sorprendido, pero apartó la vista de inmediato.

—¿Cómo pueden permitir sus padres que salga así de casa... y sola? —preguntó, claramente escandalizado.

Ariadna se encogió de hombros.

—Es lo normal.

—Yo nunca permitiría a mi hija salir así...

—Bueno, por suerte no tendrás que hacerlo. —Lo miró nada más terminar la frase, consciente de lo que acababa de decir, y se arrepintió antes incluso de ver la expresión de Carlos—. Lo siento. Lo he dicho sin pensar...

Él volvió a fijar la mirada en el suelo.

—No importa. Es la verdad, de todas formas...

—Ya, pero...

—Es igual —insistió—. No os preocupéis. Soy consciente de que hay muchas cosas que no podré vivir ya; ser padre es solo una de ellas.

No pudo evitar pensar en Amaia. Había desarrollado en su imaginación varias veces el futuro que esperaba tener algún día junto a ella y ese incluía, por supuesto, formar una familia. En su mente y en algún sueño la había visto muchas veces como la madre perfecta para sus hijos; con su pelo castaño

claro y sus ojos verdes parecía un ángel y le habría encantado que sus hijos se parecieran a ella. Se preguntó si Amaia habría tenido descendencia con el hombre que conquistó su corazón.

Continuó caminando en silencio, fingiendo un especial interés por los edificios que les rodeaban para evitar tener que prolongar aquella conversación. Sabía que Ariadna no había realizado el comentario con intención de herirlo, pero sin quererlo había abierto algunas heridas.

*Carlos miraba los ojos inundados de lágrimas de Amaia mientras luchaba por asimilar lo que acababa de ocurrir. Apretaba en su puño derecho el anillo de compromiso que el que creía el amor de su vida acababa de rechazar.*

*—Por favor, os lo ruego, no me odiéis... —Amaia lo tomó de la mano izquierda y, aunque su corazón terminó de destrozarse ante ese gesto, él no tuvo fuerzas para apartarse, consciente de que podría ser la última vez que se produjera aquel contacto—. Haceros daño es lo último que querría, Carlos, siempre habéis sido un buen amigo para mí... —susurró—. Por favor, decidme algo...*

*—¿Cuál es el nombre de vuestro capitán...? —preguntó con voz ronca. Tuvo que carraspear para aclarársela, y reunir todas sus fuerzas para no desmoronarse.*

*—¿Por qué? Por favor, no os enfrentéis a él —le suplicó—. Es un buen hombre, os lo aseguro, él no sabe nada de vos.*

*—¿Cuál es su nombre, señorita Suárez?*

*—No hagáis eso, por favor, no os dirigáis a mí como si no nos conociéramos desde hace años, os lo ruego... —Carlos le mantuvo la mirada, indicándole que no pensaba marcharse hasta que supiera el nombre. Ante su silencio, Amaia accedió—. González-Velasco —respondió. Carlos asintió—. Pero por favor, os lo suplico, no os enfrentéis a él, no me lo perdonaría si a vos os pasara algo y a él le a...*

*—Lo sé —la interrumpió. No quería volver a oír esas palabras de sus labios; con una vez había sido más que suficiente. Él la amaba a ella y ella amaba a otro hombre. ¿Cómo había podido pasarlo por alto? Ella nunca lo*

*había mencionado, pero debía de haber advertido que no le correspondía—. ¿Desde cuándo...?*

*—Hace tan solo un año —susurró, como si así pudiera disminuir la magnitud de lo que implicaban sus palabras—. Es hijo de unos amigos de mis padres, vino con los suyos de visita hace un par de años y desde entonces hemos mantenido correspondencia.*

*Por eso no la había visto frecuentando la compañía de ningún otro hombre; no vivía cerca.*

*—Y él... Vuestros sentimientos hacia ese... caballero... —Tuvo que obligarse a descartar los apelativos que se le ocurrían—. ¿Son recíprocos?*

*Amaia asintió con decisión.*

*—Me pedirá en matrimonio tan pronto como regrese de Escocia.*

*—Entiendo...*

*No había nada que pudiera hacer por recuperarla. Amaia había tomado la decisión de entregar su corazón a otro hombre y tenía que respetarla por más que le doliera, hacerse a la idea de que el futuro que había visionado para ambos nunca tendría lugar, que la familia que esperaba formar no la incluiría a ella.*

*—Decidme que seguiremos siendo amigos, por favor, Carlos... Me gustaría presentaros, estoy convencida de que os llevaréis muy bien...*

*—Desde luego... Si coincidimos en algún momento será necesaria una presentación.*

*Aunque sintiera cierta curiosidad por la personalidad y aspecto del ganador del corazón de Amaia, no albergaba ningún deseo de entrelazar palabra alguna con él, pero sabía que aquello no tendría lugar de todas formas. Habría podido dejar marchar a ese hombre a tierras británicas mientras él permanecía en España, rezando por que su regreso nunca se produjera (cosa siempre probable en tiempos de guerra). Sin embargo, no quería arrebatarse el corazón de Amaia a nadie, no tenía intención de convertirse en la sombra de otro hombre. No... El capitán González-Velasco nunca pisaría tierras británicas, viviría para pedir en matrimonio a Amaia mucho antes de lo que pensaba; él se aseguraría de ello...*

—Es Beathan. —Ariadna le enseñó el móvil, donde acababa de recibir un mensaje de texto—. Ha salido de trabajar antes, así que he quedado con él para ir a su casa.

Carlos asintió, agradeciendo en parte la interrupción. No quería seguir pensando en el pasado, en lo que había perdido para siempre...

Se reunieron con Beathan y fueron hacia su casa, a solo una media hora a pie de donde se encontraban. Ariadna no le habló de Carlos en ese momento, por lo que Beathan dedujo que no estaba con ellos (tampoco sabía aún que hubiera dejado Dornie). Aquello supuso que la conversación se centrara en Ariadna y lo ocurrido con su madre esencialmente, así como en el mismo Beathan y cómo se encontraba tras todo lo acontecido.

Carlos sintió que sobraba, en especial cuando observó cómo Beathan le cogía la maleta a Ariadna para llevársela, algo que debía haber hecho él mismo (y habría hecho de haber podido). Le molestó y no pudo evitar que algo parecido a los celos se apoderara de él. Decidió mantener las distancias y se rezagó, siguiéndolos desde tan lejos como el enlace al anillo le permitió. ¿Así sería su vida a partir de entonces? ¿Condenado a seguir a Ariadna como una sombra incluso cuando ella no quisiera tenerlo a su lado? Mentiría si afirmara que no le dolió, de algún modo, que no pareciera reparar en él hasta que llegaron a la casa de aquel joven, y decidió no cruzar la puerta, quedándose fuera cuando Beathan cerró tras ellos.

La puerta, sin embargo, no tardó en abrirse de nuevo.

—¿Carlos...?

Cómo adoraba la manera en la que pronunciaba su nombre, y no se refería solo al acento español.

—Estoy aquí.

—¿No vas a entrar? ¿Tengo que darte permiso como a los vampiros?

—¿Perdonad?

Ariadna negó suavemente con la cabeza.

—Pasa... ¿Qué haces ahí?

Carlos se encogió de hombros mientras cruzaba el umbral de la puerta.

—¿Sabe vuestro amigo que estoy aquí?

Ariadna asintió.

—Se lo he contado hace unos minutos, mientras nos hacías de escolta a metros de distancia.

*Se ha dado cuenta...*

—Lo lamento, no deseaba interrumpir...

—Si alguna vez pienso que lo haces, te lo haré saber. Mientras tanto, por favor, no desaparezcas como si... como si fueras invisible también para mí; no lo eres. —Carlos asintió con una educada inclinación de su cabeza—. Ven...

La siguió a la habitación en la que se quedaría hasta que encontrara otro sitio en el que vivir, la que había pertenecido a su hermana.

Ariadna agradeció que Beathan se hubiera encargado de quitar todas las cosas de Iveth y se las hubiera entregado a su madre o guardado en algún sitio, lejos de la vista. Suspiró y abrió su maleta para sacar la ropa. No sabía cuánto tiempo se quedaría allí, aunque esperaba que no mucho; no quería ser una molestia y mucho menos un recuerdo triste para Beathan.

—Es mi... ¿mi diario?

Ariadna siguió la mirada de Carlos, fija en la maleta que acababa de abrir, en el trozo de tela que envolvía su libro.

—Sí. —Lo cogió y apartó la tela con delicadeza para mostrárselo.

—¿Lo habéis leíd...?

—¡Voy a preparar la comida! —Una voz en inglés intervino desde la cocina—. ¡¿Quieres que haga algo para ti también?!

Ariadna no pudo evitar dejar escapar una sonrisa ante el gesto malhumorado de Carlos al verse interrumpido.

—¡Sí, gracias! —le respondió a Beathan antes de volver la vista a Carlos.

—¿Dónde ha aprendido a dirigirse a una dama? ¿En una granja? Se diría que llama a comer a los perros...

Ariadna rio.

—No todos cuentan con vuestra delicadeza y exquisitos modales, capitán Vásquez. —Sonrió con una mueca—. Será mejor que vaya con él... ¿Vienes?

Carlos negó con la cabeza.

—Me quedaré aquí. —Se sentía bastante incómodo en presencia de Beathan, o de cualquier otra persona que no pudiera verlo u oírlo, en realidad.

—Volveré en un rato...

Ariadna se dirigió a la cocina para ayudar con la comida. No quería dejar solo a Carlos, pero tampoco a Beathan después de que le hubiera ofrecido su casa hasta que encontrara alojamiento y trabajo.

—¿Cómo estás? —Beathan se le adelantó con la misma pregunta que estaba a punto de formular. Fuera no habían querido entrar en detalles, no era el lugar apropiado rodeados de desconocidos por la calle, así que ambos sabían que las respuestas obtenidas habían sido superficiales.

—Bien... Ya te lo dije...

—¿Y en realidad? —Sonrió levemente.

—En realidad... con la cabeza llena de demasiadas cosas.

—Eso ya suena más real.

—¿Cómo estás tú? —Beathan se encogió de hombros, pero sus ojos respondieron por él, como llevaban haciendo desde que se encontraran un rato antes—. Ya... —Suspiró, sin saber qué decir.

—Es extraño. Es como si aún no me hiciera a la idea... Sigo creyendo oír la madera crujir ante sus pasos cuando la casa está en silencio. Todavía tengo la sensación de que algún día entrará por la puerta...

—Sí... Yo también espero a veces una llamada o un *WhatsApp* de su parte... Supongo que es normal.

—No lo sé. Nunca había perdido a nadie cercano, no sé qué reacción es la normal.

—Solo puedo decirte que, aunque en un principio parezca que no, con el tiempo cada vez va doliendo menos. —Sabía que costaba y que, posiblemente, nunca dejaba de encogersele el corazón y sentir nostalgia al pensar en las personas que había perdido, pero lo del poder de curación del tiempo era totalmente cierto.

—Ya... —Beathan no podía sonar menos convencido.

—Siento haberte dejado solo con mi madre y Sara —susurró. No habían hablado de ello hasta el momento y sentía que le debía una disculpa.

—Lo comprendo, aunque habría preferido que no lo hicieras...



—¿Te dijo algo mi madre...? —preguntó, temiendo la respuesta. Su madre tenía muchísimo carácter y eso, contrapuesto a la actitud general escocesa, bastante más calmada, debía de producir un efecto aún peor.

—Pues por su cara y el tono de voz, la pregunta sería qué no me dijo... pero creo que tu amiga se encargó de suavizarlo en sus traducciones. No sé. Los españoles sois a veces como los alemanes, no se sabe si estáis enfadados o es vuestro tono normal.

—Bueno, en su caso me atrevería a decir que con quien estaba enfadada principalmente era conmigo...

—Te dije que...

—Ya lo sé —lo interrumpió, cortante—. Sé que me lo dijiste, tú y Sara y Sue y todo el mundo —*Menos Carlos*, pensó. Carlos había entendido su decisión aunque tampoco la compartiera, la había respetado y apoyado.

—Lo siento...

Ariadna se encogió de hombros.

—Yo siento que tuvieras que aguantar su enfado... y siento que Iveth... que se la llevaran.

—Solo es un ataúd con parte de lo que ella fue... —respondió Beathan—. Iveth seguirá donde quiera que estuviera antes de que tu madre viniera, o donde sea que quiera estar si tiene opción de elegir. Igual es como tu fantasma...

—No es «mi fantasma» —replicó, consciente de que Carlos podía estar oyéndoles—. Se llama Carlos y te recuerdo que está por aquí...

Beathan paseó una mirada incómoda a su alrededor mientras metía en el horno unos *steak pie*.

—Está en la habitación de... En el estudio —rectificó para no tener que mencionar a su hermana.

—Aún no entiendo cómo... Creía que no podía salir de Eilean Donan.

Ariadna se sentó y le explicó con más detalle todo lo ocurrido, cómo habían descubierto que no estaba ligado al castillo, sino al anillo y todo lo que habían tenido que hacer para recuperarlo, incluido el baño en el lago Long.

Beathan la miró con una mezcla de asombro y algo parecido a la

incredulidad.

—¿Te metiste en el lago para recuperar el anillo? —Ariadna asintió y tiró de la cadena donde colgaba este para enseñárselo. Beathan abrió los ojos con sorpresa y lo sujetó con una mano—. Vaya... No me extraña que ese tío no quisiera dártelo, debe de costar una fortuna.

—Iba a comprárselo... y por una fortuna, sí. No pretendía que me lo regalara.

—No puedo creer que te lanzaras al lago sin más... —Parecía verdaderamente sorprendido.

—Carlos me indicó dónde estaba. No podía dejarlo ahí en el lago después de llevar tanto tiempo intentando conseguirlo, intentando ayudarlo... —Beathan esbozó una leve sonrisa—. ¿Qué?

—Te importa de verdad.

Ariadna carraspeó mientras miraba hacia la puerta de la cocina, incómoda, ¿estaría escuchando?

—Solo quería ayudarlo. Cualquiera habría hecho lo mismo.

—No lo creo. Para empezar, cualquiera no puede verlo. Y aunque pudieran... o habrían salido corriendo o habrían dado por hecho que habían perdido la cabeza.

—Qué va...

—Te aseguro que ni siquiera yo me habría metido en ese lago.

—Si hubiera sido Iveth quien hubiera necesitado el anillo, lo habrías hecho.

—Exacto. Por ella. Por alguien que me importara de verdad, no por cualquiera...

Ariadna apartó la mirada, repentinamente interesada por el horno, consciente de que Beathan tenía razón, pero negándose a admitirlo delante de él. Definitivamente esperaba que Carlos no estuviera oyendo, que su caballerosidad le hubiera impedido escuchar una conversación ajena.

—Entonces, ¿solo puede ir donde vayas tú? —Beathan decidió cambiar un poco el tema en vista de su reacción.

—Donde esté el anillo, sí.

—O sea, que va a quedarse aquí también.

—Si no quieres, puedo irme a un hotel... Sé cómo suena lo de tener un espíritu en casa...

—No, no. —Se encogió de hombros—. Puede ser divertido. ¿Quiere que le abra el sofá-cama?

Ariadna sonrió levemente.

—No creo que necesite dormir.

—Ya... Imagino que no —suspiró.

—Mira... —Bajó el tono de voz hasta convertirlo en un susurro—. Esto también es extraño para mí, pero...

—¿Te ha dicho algo de Iveth?

—¿Qué...?

—¿La ha visto?

Ariadna lo miró, confusa.

—¿De verdad piensas que si fuera así no serías el primero en saberlo?

—No sé...

—Beathan.

—Supongo que sí...

—Claro que sí —suspiró—. Fuimos al cruce de la Royal Mile, donde me dijiste que ocurrió. No vio nada. Ni él ni yo la vimos... —Beathan respiró hondo apartando la mirada y fue a comprobar el estado de la comida en el horno. Ariadna se acercó y apretó su hombro suavemente, pero él se apartó con brusquedad.

—No entiendo por qué tú puedes ver a ese tío, al que ni conocías, y yo no puedo verla a ella —comentó frustrado. Ariadna lo miró sin ocultar su sorpresa por aquel repentino arrebato. Igual se había apresurado al dar por hecho que Beathan lo llevaba bien solo porque la última vez que se vieron durante unos minutos no había roto en lágrimas.

—Beathan...

—A menos que te lo estés inventando todo, claro.

—¿Perdona? Creía que ya habíamos pasado por eso. Me dijiste que sí me creías.

—Sí... No... —Se pasó una mano por el pelo—. No sé lo que creo, ¿vale? Quieres que crea en fantasmas y lo hago, siempre lo he hecho, más

que tú, y sin embargo tú eres la única que puede verlos... o verlo. Solo a uno, claro —bajó el tono—; al que te interesa a ti...

—Eso no es justo, Beathan. ¿Crees que no querría verla a ella también? ¿En serio? Era mi hermana, pasé con ella muchísimos más años que tú.

Él suspiró, era cierto, pero no podía pensar con claridad. Ni siquiera sabía por qué había reaccionado así. Quizá porque llevaba pensando en la posibilidad de comunicarse con Iveth e intentando conseguirlo sin éxito desde que Ariadna le hablara de Carlos por primera vez.

—Es igual...

—No. No es igual. ¿Quieres pruebas? ¿Es eso? Porque te las puedo dar. Bastante tengo yo con todo como para tener que preocuparme también de convertir creyentes... ¡Carlos!

—Estoy aquí —susurró tras ella. Se había acercado al oírla elevar la voz y permanecía expectante bajo el dintel de la puerta de la cocina, listo para intervenir de ser necesario.

Ariadna lo miró.

—Beathan no cree que... —comenzó.

—Lo sé. Le he oído...

—¿Puedes demostrarle que estás aquí y terminar con esto? Por favor...

Carlos asintió mientras entraba en la cocina y dedicaba a Beathan una mirada de reproche. Entendía que estuviera afectado por la muerte de la mujer a la que amaba, pero no iba a consentir que lo pagara con Ariadna. Beathan, ajeno a la reacción de Carlos, la miró con cierta culpabilidad.

—Ari... no es necesario...

—Aparentemente sí que lo es.

Hizo un gesto con la cabeza hacia la mesa a la que se dirigía Carlos para que Beathan mirara hacia allí. Él lo hizo justo a tiempo para ver cómo uno de los vasos de cristal que había puesto para él y Ariadna se volcaba y rodaba hasta el borde. Se apresuró a cogerlo antes de que cayera, pero entonces el otro hizo lo mismo, rodando con mucha más rapidez, y cayó al suelo estallando en mil pedazos.

Beathan miró los restos de cristal del suelo sin saber qué decir. Había querido creerla desde el primer momento en que le habló de Carlos, y creía

haberlo hecho, pero tras dejarla en Dornie había tenido demasiado tiempo para pensar en ello, demasiadas noches hablando al vacío, esperando en vano recibir alguna respuesta de Iveth. Su frustración había terminado por tomar el control.

—¿Me crees ahora o quieres que rompa algo más?

—No. No. Te creo.

La creía, ¿cómo no hacerlo? Pero ahora que tenía la confirmación de que los espíritus existían se sentía aún más desgraciado al ser incapaz de comunicarse con Iveth.

Ariadna iba a responderle sarcásticamente, con su propia dosis de frustración, pero entonces reparó en las lágrimas que se habían acumulado en los ojos de Beathan, y no fue capaz.

Suspiró.

—Te dije que nunca bromearía ni te mentiría sobre algo así.

Beathan asintió.

—Lo sé. Lo siento. Es que... —No pudo aguantar más y las lágrimas se precipitaron por sus mejillas. Ariadna se apresuró a abrazarlo y Carlos retrocedió de nuevo hacia la puerta mientras apartaba la mirada—. Le hablo cada día... —murmuró Beathan con voz entrecortada, sin dejar de abrazar a Ariadna—. Desde que me dijiste que... desde que me hablaste de ese soldado he estado intentando hablar con ella... Pero no... no...

—Beathan, hey... —Buscó su mirada—. Beathan... —El chico se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y fijó sus ojos en los de ella—. ¿Ya has olvidado lo que hablamos? —Él le dedicó una mirada interrogante—. Antes de llegar a Dornie, al inicio de nuestro viaje, aquella noche en el B&B...

Carlos dudó sin saber si debía irse de nuevo; se sentía un intruso, pero a la vez sentía curiosidad, sobre todo tras la mención de aquella supuesta noche que habían pasado juntos.

—Me dijiste que no podías sentirla —continuó Ariadna—. Y me preguntaste dónde creía que estaría.

—Sí... Pero eso fue cuando aún no sabías que los fantasmas existían...

—Exacto. Fue cuando aún no tenía pruebas de ello y, sin embargo, te

dije que creía que aunque Iveth estuviera con nosotros no podríamos verla ni sentirla.

—Pero tú puedes ver a ese hombre...

Ariadna suspiró.

—Lo sé, pero eso no significa nada. Es decir, significa que, por la razón que sea, soy consciente de la existencia de Carlos, de una persona en particular, pero de nadie más. No me creo que él sea el único espíritu en el mundo entero, ni siquiera en Edimburgo. —Sonrió sin ganas—. *Especialmente* en Edimburgo, con todas sus leyendas sobre fantasmas. Lo que significa que hay muchísimos otros espíritus a los que no puedo ver ni sentir, al igual que tú. Iveth puede ser uno de ellos... —Beathan asintió levemente—. O puede que esté en otro lugar. Puede que no se haya quedado atrapada aquí como Carlos, lo que sería aún mejor, ¿no?

—Supongo que sí...

El pitido del horno los interrumpió, pero Ariadna se limitó a ponerlo a 0 y entreabrir la puerta antes de continuar.

—Beathan, sé que crees que te encantaría que Iveth fuera un fantasma... pero te aseguro que no es algo que envidiar, ni de Carlos ni de mí. ¿Te gustaría que Iveth estuviera atada a un lugar o a ti, sin posibilidad de ir a ningún sitio al que no fueras tú, sin poder tocarte ni interactuar con ninguna otra persona aparte de ti? Sí, la tendrías a tu lado, pero ¿cómo sería eso justo para ninguno de los dos? Tenerla al alcance de la mano, pero sin poder abrazarla o besarla... y siendo considerado un loco por cualquier persona que te oiga hablar con ella. ¿Es eso lo que querrías para ambos?

—No...

—Claro que no. —Suspiró, ni siquiera era algo que quisiera para ella, y aun así...

Miró hacia la puerta, recordando de repente que Carlos estaba allí, y confirmando a través de la mirada que le devolvían sus ojos que debía de haber medido sus palabras o, por lo menos, haberlas pronunciado cuando él no estuviera presente. Abrió la boca para intentar arreglarlo, pero Carlos se despidió con una leve inclinación de cabeza y desapareció hacia el pasillo.

Ariadna maldijo para sí, ¿por qué tenía que ser tan bocazas y hablar sin

pararse a pensar?

—Será mejor que saque la comida del horno... —sugirió Beathan.

Ella asintió y se separó para dejarlo hacer. Luego se sentaron a comer en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos.



Nada más terminar de comer, aprovechando que Beathan veía una película, Ariadna regresó a la habitación. No le sorprendió encontrar a Carlos sentado junto a la ventana, con la mirada perdida en el exterior. Sabía que le había afectado lo que dijera sobre ellos para contentar a Beathan, pero tampoco podía mentirle ahora asegurando que había malinterpretado sus palabras.

—Hey... —saludó, insegura de su reacción.

Carlos se giró y se puso en pie.

—Señorita Álvarez.

—¿Señorita Álvarez...? —Ariadna sonrió—. ¿Qué ha pasado con Ariadna?

—Hasta ahora desconocía el nombre de vuestra familia... —Dirigió la mirada hacia su maleta. Ariadna la siguió y reparó en la etiqueta con sus datos que colgaba de ella.

—Ah, ya. Prefiero que me sigas llamando Ariadna, así no me sentiré como si estuviera pidiendo un préstamo en el banco...

—Yo preferiría mantener las formas, si no os importa.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora? Llevas dirigiéndote a mí por mi nombre desde que nos conocimos...

—Algo extremadamente descortés por mi parte; no debería haberlo hecho.

—¿Y por qué cambiar ahora?

Carlos suspiró apartando la mirada, no tenía una buena respuesta aparte del hecho de que cambiar la forma de dirigirse a ella le facilitaría mantener las distancias, y eso le ayudaría, con suerte, a deshacerse poco a poco de aquel sentimiento de apego que se había empezado a adueñar de él desde hacía días.

—¿Es por lo que le he dicho a Beathan? —insistió ella. Carlos la miró

—. Y antes de contestar recuerda que mentir también es *extremadamente descortés* ...

—Lo que le habéis dicho es del todo cierto, vos lo pensáis y yo también, solo que hasta ahora habíamos tratado de pasarlo por alto. Creo que es momento de que... de... de exponer en palabras lo que hemos estado evitando.

—¿Y qué es eso que hemos evitado, según tú?

Carlos tomó aire, o por lo menos hizo un gesto que se le asemejaba.

—Sentaos, por favor.

Ariadna tomó asiento en la cama, delante de él. Algo hizo que el corazón se le encogiera, tal vez la expresión seria de Carlos, tal vez el conocimiento de que aquella conversación podía seguir cualquier trayectoria, absolutamente cualquiera. Sintió miedo y excitación a partes iguales.

—Os ruego que me perdonéis si mis palabras resultan demasiado francas u osadas, pero... os aprecio demasiado como para continuar con rodeos. En otras circunstancias no habría dudado en tomar el tiempo que fuera necesario, y entiendo que os resulte irónico que yo, precisamente, parezca preocupado por el tiempo, pero no se trata de mí, sino de vos, señorita Álvarez. Es mi respeto y aprecio el que me obliga a apresurar mis palabras.

—Gracias, supongo... pero no sé si te termino de entender...

—No me apresuraré a sacar conclusiones con respecto a vuestros sentimientos, porque no quisiera resultar presuntuoso y porque ya he malinterpretado emociones con anterioridad, pero... —Ahora sí, Ariadna sintió que su corazón superaba con creces la frecuencia de latidos por segundo recomendable—. Por mi parte... hacía tiempo que no sentía algo así por una mujer.

El corazón se le desbocó por completo, nunca había recibido una declaración de amor así por parte de ningún hombre. Ni así, ni de ningún tipo. La única vez que había estado con uno había sido ella quien la había realizado. Cerró la boca rápidamente al reparar en que la había tenido abierta como una tonta desde Dios sabía cuándo.

Carlos continuó.



—Sois... sois la mujer más increíble que he conocido nunca. Tremendamente fuerte y valiente y leal y... —Se agachó frente a ella. Ariadna temió que hubiera perdido por completo la cabeza y fuera a hacer algo extremo y precipitado, pero solo se acuclilló para quedar más cerca de ella y buscó su mirada—. Y hermosa, sin duda. Podría pasarme horas perdido en vuestros ojos... —susurró. Ariadna ahogó una risita y apartó la mirada, incómoda—. Hablo totalmente en serio, señorita Álvarez. Sois todo eso y muchísimo más...

—¿Pero...? —se aventuró. Sonaba a que había uno.

Carlos asintió y su mirada se nubló, tornándose su expresión más triste.

—Ignoro cuál es vuestra opinión sobre mí, pero lo cierto es que yo no puedo ofrecer nada... Siempre lo he sabido, pero hace un rato, al oír vuestras palabras hacia Beathan... ¿Quién querría algo como esto? Solo soy una imagen de lo que un día fui, un espejismo...

—No es cierto —lo interrumpió—. Eres real. Puede que no tengas una presencia física, pero eres tan real como cualquiera, Carlos...

—Pero no es suficiente.

—¿Para ti o para mí?

—Para ninguno.

—Te agradecería que hablaras solo por ti mismo, como has hecho hasta ahora —replicó, molesta.

—¿Significa eso que no compartís mis sentimientos?

—En esto último, no.

—¿Y en lo demás...? —se aventuró, inseguro.

—Bueno... coincido en casi todo.

—¿Casi?

—Yo no creo que seáis hermosa... ni la mujer más increíble que he conocido. Pero por lo demás... —Sonrió a la vez que él.

—Olvidé añadir al conjunto vuestro sentido del humor.

—Ese varía entre mis pros y contras...

—¿Entonces...?

—Entonces... —suspiró—. Sé que tenemos muchas cosas en contra, pero... pero es algo que sé desde hace tiempo y... y sigo aquí y... Joder, me

lancé a un lago helado a por un anillo de compromiso, ¿no es respuesta suficiente? —dijo mientras cogía la cadena donde lo llevaba colgado. Carlos dejó escapar una carcajada—. Sé que no soy el prototipo de una dama... Digo palabrotas y... llevo pantalones más a menudo que falda. —Sonrió—. Pero estoy aquí y... quiero estar contigo —susurró—. Así que si tú también...

Carlos asintió.

—Más que nada.

—Entonces ¿qué importa lo demás? Sí, no va a ser una relación muy normal, pero si no fuera por lo que eres, nunca nos habríamos conocido, y lo hemos hecho, y soy la única que puede verte. Es decir, ¿qué posibilidades había de que nos encontráramos? Y lo hicimos... Si alguien tiene motivos para creer en el destino, esos somos nosotros.

Apenas se reconocía hablando de destino, de amor..., pero era lo que sentía en ese momento y, simplemente, se dejó llevar. Todo era excepcional y extraño, podía permitirse serlo ella también.

—Como ya había dicho, sois increíble.

—Dijo el fantasma del siglo XVIII.

Ambos sonrieron.

—Me gustaría salir a pasear por la ciudad con vos, si os parece bien.

—¿Cómo pareja?

—Desde luego no como simples amigos. —Sonrió.

—Iré a cambiarme. —Ariadna se levantó para ir hacia la puerta, pero entonces reparó en que ya estaba en su habitación y sus cosas se encontraban allí—. Ehm...

Carlos la miró y siguió su mirada hacia su maleta.

—Oh, disculpad. Os esperaré fuera.

Ariadna esperó a que Carlos dejara la habitación y entonces buscó qué ponerse, no tenía demasiada ropa, pues no había planeado quedarse en Escocia tanto tiempo, y entre lo poco que había traído no había nada elegante. Tenía el traje oscuro que había llevado al entierro de Iveth, pero no era algo que quisiera volver a usar, mucho menos para esa ocasión. Decidió que iría de compras al día siguiente (definitivamente para hacerse con una falda) y de

momento se tuvo que conformar con unos pantalones negros, botas y una camisa blanca bajo su cazadora de cuero. Soltó y cepilló su pelo, que dejó caer sobre sus hombros, y salió de allí tan nerviosa como si fuera a su primera cita.

Carlos la esperaba junto a la puerta principal con la misma ropa que de costumbre, pero en su caso tenía aún menos opciones que ella. Sonrió al verla, pero Ariadna se le adelantó antes de que pudiera decir nada.

—Sí, pantalones, de nuevo. Lo siento —se disculpó con una media sonrisa.

—Empiezo a acostumbrarme. —Sonrió.

Pasaron la tarde caminando por Edimburgo, empezando por la transitada Princes Street y sus tiendas, por donde Ariadna tuvo que responder a mil y una preguntas sobre cosas corrientes que a Carlos le parecían absolutamente extraordinarias, continuando por los jardines de la zona, donde los colores del otoño cubrían el suelo, y terminando en Calton Hill, una de las colinas más céntricas desde la que disfrutaron de un increíble atardecer sobre la ciudad de Edimburgo.

Sentados en un banco en la parte más alta, Carlos y Ariadna compartían el silencio, absortos en la puesta de sol. Carlos la miró de reojo y sonrió al ver su rostro iluminado por los últimos rayos. Su pelo resplandecía ahora con destellos rojizos y no pudo evitar pensar que el rubio angelical de su otrora querida Amaia habría palidecido al lado de Ariadna.

Ella notó su mirada.

—¿Qué?

—Nada.

Carlos sonrió y Ariadna fijó la mirada en sus labios sin poder evitarlo, ¿por qué tenía que parecer tan real sin serlo? Estaba allí sin estarlo, como un holograma perfecto. No era justo. Se moría por besarlo, llevaba días haciéndolo, por tocarlo siquiera, y no podía, y aquello era frustrante. Las palabras se habían agotado, los silencios eran interminables. Lo deseaba y se sentía estúpida por hacerlo, era como desear un sueño pero peor, porque no lo era, porque en esencia seguía allí mismo, a unos centímetros de ella. Ansiaba acariciar su pelo, recorrer su mandíbula y sentir la rudeza de su barba corta

contra sus mejillas, enlazar sus manos con las de él, abrazarlo...

Demostrarle, en definitiva, lo mucho que lo necesitaba.

Carlos sentía algo parecido. Suponía que se trataba tan solo del recuerdo de unos sentimientos tenidos en vida, pues las sensaciones no llegaban hasta él de manera tan física, pero era lo suficiente como para hacerle partícipe de parte de la desesperación que la inundaba a ella. Deseaba disfrutar del tacto de su piel, saber si era tan suave como parecía a simple vista, si su pelo era tan sedoso como aparentaba y olería tan bien como para cerrar los ojos y hundir el rostro en él. Quería rodearla entre sus brazos y sentir su calor, y besar esos labios que prometían el cielo y más.

Se acercó un poco más a ella, inclinó la cabeza hacia un lado y observó cómo cerraba los ojos y entreabría los labios levemente. Volvió a enamorarse por completo con ese simple gesto y, sin hacer caso a las barreras que los separaban, levantó una mano hasta acariciar su mejilla y la besó con dulzura.

Les envolvió un exquisito hormigueo, mucho más intenso que los sentidos a cada roce de sus manos, tan intenso que encontró eco en un gemido común, ahogado. Sus labios no estaban ahí pero a la vez lo estaban, el beso era inmaterial y a la vez lo más real que ninguno había experimentado nunca, tanto que hizo que los ojos de Ariadna se inundaran de lágrimas.

—Os amo, Ariadna... Os amo como nunca he amado a nadie en vida, y definitivamente tras mi muerte.

Levantó la mirada hacia él, dejando que un par de lágrimas rodaran libres por sus mejillas. Carlos pasó un pulgar por una de ellas en un intento en balde por secárselas, produciéndole un cosquilleo que la hizo sonreír con tristeza mientras se secaba la mejilla con su propia mano.

—Yo también... —susurró, sin importarle lo estúpidas que pudieran sonar esas palabras dadas las circunstancias. Para ella aquello era real, para él también. Puede que no pudieran tocarse, pero los sentimientos eran tan auténticos como los de cualquier otra pareja que se amara en el mundo.

—Entonces soy el hombre más afortunado sobre la faz de la tierra... —aseguró Carlos. *O lo sería*, pensó con pesar, *si pudiera sentirlos como cualquier otro*.

Bajó la mirada hacia el anillo, que colgaba de la cadena sobre su pecho y

era visible a través de un hueco abierto de su camisa. Ariadna siguió su mirada, pero Carlos la apartó en cuanto reparó en ello. Era demasiado pronto para eso. Si bien en esta ocasión estaba seguro tanto de sus sentimientos como de los de la otra persona, no quería precipitarse; aquel anillo implicaba mucho más, un compromiso eterno, y la eternidad, en su caso, suponía un sacrificio mucho mayor para ella, quien a más tendría que renunciar.



Regresaron a casa de Beathan a la hora de la cena, pero él no estaba allí. Había dejado una nota donde avisaba de que tenía que cubrir un turno en el pub y no regresaría hasta la madrugada.

Ariadna fue a cambiarse de ropa para estar en casa. Se decantó por unos leggins y una camiseta al reparar en que en esa ocasión no solo Beathan estaría allí, sino también Carlos. Lo que le recordó otra cuestión.

—¿Dónde vas a dormir...?

—¿Dormir?

—Bueno... o lo que quiera que hagas cuando el resto de mortales dormimos.

—Oh, no os preocupéis por mí, estaré en otra habitación, por descontado.

—¿Con Beathan? —inquirió con una sonrisilla.

—No. No con Beathan, como es obvio, señorita Álvarez. —Sonrieron —. Solo, como estoy acostumbrado.

—Porque quedarte aquí sería descortés...

—Tremendamente descortés, sin duda.

—Y vos sois todo un caballero...

Carlos rio.

—¿Os burláis de mí o solo intentáis provocarme?

—¿Qué opción sería más impropia de una dama?

—La provocación.

—Entonces tendremos que asumir que tan solo me burlo, capitán Vásquez.

Carlos sonrió y se acercó a ella, devorándola con la mirada.

—No os imagináis lo que daría por poder besaros de verdad —susurró.

—Creo que me hago una idea.

Carlos acarició sus labios con el pulgar haciéndola sonreír ante el hormigueo que le provocó. Esta vez fue Ariadna la que acercó su rostro al de él y lo besó dulcemente. Aunque no podía sentir sus labios de manera física, era capaz de notar con relativa facilidad dónde se encontraban. No habría podido explicarlo, era como si la energía que conformaba a Carlos lo dotara de una especie de tejido invisible. Y, sin duda, debía de ser capaz de extraer energía de otros objetos o personas, pues cuanto más prolongó el beso, más real lo sintió, y cuando se separó notó su propio cuerpo algo más debilitado.

—Ojalá pudiera ofrecerlos más...

—Cuidado, capitán, estáis cerca de sobrepasar la frontera del recato...

—No me refería a eso, Ariadna —la reprendió—. Quería decir en general. Ojalá pudiera daros cuanto cualquier hombre de vuestro tiempo podría ofrecerlos.

—Eso no me importa...

—Acabará importándoos cuando aparezca otro hombre que sí que pueda...

—Carlos... —Él la miró a los ojos—. Tú también podrías regresar al castillo y seguir viviendo en tu época si quisieras...

—No quiero vivir en una mentira. En especial si vos no estáis en ella.

—Te olvidarías de mí.

—No es lo que deseo.

—Pues lo que yo quiero tampoco es estar con otro hombre... Tienes otras opciones, igual que yo, pero eliges esta, y yo también...

—¿Y si cambiáis de opinión?

—¿Y si lo haces tú?

Carlos negó con la cabeza.

—Eso no va a pasar... Pero aunque lo hiciera, no podría ir a ningún sitio mientras vos tengáis el anillo.

—¿Crees que si supiera que no quieres estar conmigo iba a mantenerte junto a mí en contra de tu voluntad? Regresaría a Eilean Donan y arrojaría el anillo de vuelta al lago.

—Ya... —Apartó la mirada y esta fue a parar al diario, que seguía

dentro de la maleta abierta de Ariadna—. Simplemente no quisiera interponerme si lo que os hiciera feliz fuera otra cosa...

Ariadna siguió su mirada y suspiró, preguntándose si aquello tendría algo que ver con esa Amaia a la que el anillo había estado destinado en un primer momento. Pensó en hacerle una pregunta, pero Carlos se le adelantó:

—¿Lo habéis leído entero?

Ariadna negó con la cabeza.

—No.

—¿Exceptuando las partes más personales?

—Exceptuando eso, casi todo, sí.

—¿Y bien?

Ariadna pensó en preguntarle entonces, pero no estaba segura de querer oírle hablar de Amaia. Al fin y al cabo, para él, en su memoria, había transcurrido mucho menos tiempo. Por un lado le intrigaba conocer la razón por la que la había dejado atrás, los detalles, pero por otro...

Decidió preguntarle por algo menos delicado.

—¿Qué pasó después? Tras dejar el diario en el *broch* ... Obviamente, lo que ocurrió entonces no está escrito ahí...

—Es una larga historia.

—Bueno, tú no tienes que dormir y yo no tengo sueño, así que...

Cogió la almohada y la apoyó contra la pared para luego poner su espalda sobre ella. Dio unas palmaditas a su izquierda invitando a Carlos a sentarse a su lado sobre la cama. Él sonrió y obedeció, y empezó a contarle todo lo ocurrido desde que llevara el diario a su escondite en el *broch*.

Lo había trasladado allí al descubrir que las tres fragatas británicas se acercaban. Tras eso había permanecido en el castillo con sus hombres, a la espera, hasta que los barcos llegaron.

—Es lo que hacías cuando te vi por primera vez... ¿no? —inquirió Ariadna.

Carlos asintió. El ataque al castillo había sido una de las distintas repeticiones de acontecimientos que había estado condenado a revivir durante esa especie de cautiverio en Eilean Donan.

—Como creo que os dije, tengo la sospecha de que contábamos con un

traidor en nuestro grupo, aquel que provocó el ataque al castillo. Por lo que me comentó el señor Mackinnon, parece que los soldados que permanecieron allí tras el bombardeo fueron apresados y enviados al castillo de Edimburgo, por lo que nunca descubrí la identidad del traidor. Ahora sé que yo conseguí huir por muy poco y logré avisar al resto de soldados que lo había abandonado días antes. Luego...

—¿Entonces no... no perdiste la vida en el bombardeo del castillo? —le interrumpió, extrañada.

Carlos negó con la cabeza.

—Regresé con el resto y tomé parte en la batalla de Glenshiel, unas semanas después, pero me alcanzaron en combate y fui trasladado junto al resto de heridos de vuelta a Dornie. Permanecí allí hasta que los casacas rojas enviaron algunos hombres a registrar todo el pueblo, supongo que en busca de highlanders o españoles que hubieran participado en la batalla y huido tras la derrota. Si hubieran descubierto que algunos habitantes de Dornie me proporcionaban refugio, estos habrían tenido problemas, por lo que decidí salir del pueblo para no ponerlos en peligro e intenté encontrar un lugar en el que ocultarme hasta recibir confirmación de la situación general. Regresé al castillo, o lo que quedaba de él, aprovechando la oscuridad de la noche, pero una patrulla que vigilaba el lugar me vio y, bueno, esa fue mi última noche con vida.

—¿Ya recuerdas cómo...?

—En realidad lo recordé el día que esos trabajadores encontraron el anillo, justo cuando intentaba abandonar el castillo a través del agua. Sí. —Asintió al notar su expresión de sorpresa—. Al final lo intenté, y averigüé el motivo de mi... miedo.

—¿Fue donde perdiste la vida?

Carlos asintió de nuevo.

—Y eso es, básicamente, lo que ocurrió desde que dejé el diario en el *broch* ...

Ariadna meditó la respuesta unos segundos y entonces se estiró para sacar el cuaderno de su maleta. Lo cogió y pasó una mano por la portada de piel con la misma delicadeza de siempre.



—Los nombres que aparecen aquí, de los jefes de los clanes que habían aceptado colaborar con vosotros, ¿es eso lo que querías proteger al esconder el diario?

—En parte —admitió—. También quería proteger el diario en sí, había dejado mucho sobre mí en él, cosas personales que no querría que cualquiera leyera. Pero si solo hubiera sido eso no creo que me hubiera esforzado tanto en buscar un buen escondite. Supongo que también podría haberlo quemado o arrojado al lago, pero albergaba la esperanza de poder recuperarlo cuando todo acabara...

—Y así fue, aunque fuera siglos después.

—Sí. —Sonrió con pesar. Ariadna volvió la mirada al diario, pensativa—. Sabéis que podéis preguntarme lo que queráis, ¿verdad?

—¿Qué? —Lo miró.

—Vuestra expresión, parece que haya algo que queráis saber, pero no os atreváis a preguntar. ¿Algo personal, tal vez?

—No... —Negó levemente—. Es solo que... —suspiró—. ¿Tan transparente resultado?

Carlos sonrió.

—No más que cualquier otra mujer que haya conocido. Vuestros ojos, por lo general, dicen más que vuestros labios. Y eso, en vuestro caso, es una cantidad muy considerable.

Ariadna rio.

—Gracias...

—No es un defecto. O por lo menos no para mí, bien sabe Dios cómo aborrecía la compañía de mujeres que se limitaban a responder preguntas, sin mostrar interés en mantener una conversación —respondió con sinceridad. Luego miró el diario y la miró a ella—. ¿Qué queréis saber, Ariadna? No existe nada que desee ocultaros.

—Esa mujer, Amaia... ¿Ella no...? —Intentó encontrar las palabras adecuadas para no herirlo—. ¿No te correspondía? ¿Por eso fuiste a Escocia? El anillo era para ella, ¿no?

—Sí. —Sonrió un poco al comprobar que, tal y como había supuesto, era lo relativo a Amaia lo que interesaba a Ariadna—. Yo... le pedí en

matrimonio, pero su corazón ya pertenecía a otro hombre. Imagino que fue mi culpa, en realidad, por no haberlo advertido antes, debí de haberme dado cuenta, pero ella nunca hablaba de otros hombres conmigo... Ni, al parecer, tampoco con él. No es que me la arrebataran, ella no tenía ningún compromiso conmigo cuando aquel otro hombre le declaró sus sentimientos. Pero voluntaria o inconscientemente me había guiado a pensar que entre nosotros había más que amistad, y tan seguro estaba de ello que ni siquiera me detuve a contemplar otras opciones, a plantearme que su corazón ya tuviera dueño.

—Bueno, no fue culpa tuya. Si ella no te había dicho nada...

—Lo sé. Pero tampoco la puedo culpar a ella. Al fin y al cabo, nada me hizo pensar que la movieran intereses más allá del simple amor. Se trataba de otro capitán, igual que yo, con menos bienes materiales, de hecho, según tengo entendido. Parece que, simplemente, se enamoró de él.

—¿Y a él no lo enviaron a Escocia? Siendo un soldado también...

Carlos sonrió sin ganas.

—Era él junto a sus hombres quien debía de haber partido a Escocia, no yo. Pensaréis que soy un completo idiota, pero me ofrecí voluntario para venir en su lugar. Sabía que era posible que le ocurriera algo y nunca regresara, y había dado su palabra a Amaia de que se casaría con ella a su vuelta... Por el contrario, yo ya no tenía motivos para permanecer en España, así pues...

—¿Te ofreciste voluntario para ir a una guerra en lugar del hombre al que quería la mujer de la que estabas enamorado?

—Ridículo, lo sé...

Ariadna negó con la cabeza, incapaz de comprender. Parecía convencido de que había hecho una estupidez en lugar de un gran sacrificio por puro amor. Podía haberse cruzado de brazos dejando que aquel capitán, directo competidor por el amor de esa mujer, partiera a un destino incierto, y haber aprovechado para conquistarla o, simplemente, limitarse a observar cómo una especie de karma vengaba su orgullo cuando ese hombre no regresara. Conocía a muchas personas que habrían pensado de esa manera. Sin embargo, Carlos había decidido hacerse a un lado y facilitar voluntariamente

el desarrollo de otra relación en perjuicio de la suya.

Si no estuviera ya enamorada de él, aquello lo habría terminado de conseguir.

—No es ridículo, al contrario, creo que es algo que te honra. Nada ni nadie te obligaba a hacerlo. Podrías haber dejado que se fuera él y haberte quedado tú, pero decidiste irte por ella...

—No sé si lo hice por ella o por mí, no me gustaba la idea de permanecer cerca sabiendo que nunca habría nada entre nosotros.

—Podrías haberte marchado de tu ciudad a cualquier otro sitio de España, no tenías por qué ir a Escocia en lugar de aquel hombre. Es algo que dice mucho de ti.

Sonrió un poco.

—Sois vos quien me veis con buenos ojos.

—Olvidas que he leído tu diario. Sé lo que te importaba esa mujer, no me lo estoy inventando ni lo estoy suponiendo, son tus propias palabras. No las he leído todas, pero... la mencionas bastante a menudo a lo largo de esas páginas...

—Lo sé. Pero debéis entender que nuestra separación estaba muy reciente, partí un par de semanas después de proponerle matrimonio y...

—No te estoy culpando de nada, Carlos.

—Y no obstante, sonáis disgustada. Y lo entiendo —añadió antes de que Ariadna pudiera replicar—. Entiendo que podáis sentir alguna duda, o celos, pero os aseguro que no tenéis motivo. No solo por lo obvio; Amaia hace tiempo que desapareció..., sino porque el amor que una vez sentí por ella también se ha desvanecido. —Acarició su pelo haciendo que sintiera un agradable cosquilleo por la cabeza—. Ya no podría mirar a otra mujer como os miro a vos, ni siquiera a ella... —Sonrió y Ariadna no pudo evitar imitarlo—. Lo que sí me pregunto, y espero no resultar indiscreto, es por qué alguien como vos no llevaba el anillo de otro hombre desde hace ya tiempo.

Ariadna se encogió de hombros.

—Supongo que no había conocido a la persona adecuada.

—Pero habréis tenido pretendientes, seguro...

—Pues la verdad es que no.

Carlos abrió los ojos, sorprendido.

—¿Vivíais en un convento en España?

—No. Pero allí tampoco llevo falda a menudo, igual por eso... —  
Sonrió.

—O eso o vivís en una ciudad de ciegos.

—En realidad, vivía demasiado centrada en mi trabajo; no tenía tiempo de conocer a gente nueva, interesante o no...

—Aun así... ¿ningún hombre?

—Eso sí que empieza a sonar indiscreto.

—Mis disculpas, no tenéis que contestar, es solo que... me sorprende, nada más. Sois una mujer hermosa, divertida, inteligente... cualquier hombre de mi época os habría tenido muy en cuenta.

—Creo que más bien cualquier hombre de tu época se habría sentido intimidado por mí.

—También es probable. —Sonrió.

—En eso no habéis cambiado tanto, la mayoría sigue prefiriendo ser quien dé el primer paso, si lo da ella...

—¿Lo habéis dado alguna vez?

—En realidad, sí.

—¿De veras?

—En dos ocasiones.

—¿Y en ninguna...? No me digáis que os rechazaron.

—En la primera. Fue bastante... Por eso puedo entender lo que supuso para ti, aunque yo, afortunadamente, no le pedí en matrimonio.

—¿Y en la segunda?

—La segunda salió mejor, me dijo que sí, al menos. Estuvimos juntos durante varios meses. Hasta que un día decidió que prefería estar con otra persona y rompió la relación.

—Menudo cretino.

Ariadna se encogió de hombros.

—Prefiero que me lo dijera a que me hubiera sido infiel con otra.

—Supongo que sí.&#9;

Ariadna reprimió un bostezo.

—Estáis cansada, perdonadme. Me iré para que podáis dormir... —Se levantó de la cama.

—Puedes quedarte si quieres... —sugirió mientras colocaba la almohada de nuevo en la cabecera.

Carlos la miró inseguro, no quería malinterpretar sus palabras. Al ver su expresión confusa, fue ella la que se sintió incómoda, ¿le parecería demasiado atrevido por su parte? Recordó lo que habían hablado de los hombres de su época; lo último que quería era asustarlo o que se llevara una idea de ella que lo decepcionara.

—Quiero decir —aclaró—, que puedes quedarte a hablar un rato más si quieres... Hasta que me quede dormida... —Sonrió un poco.

—¿Y no saber si os dormís de cansancio o aburrimiento? —Sonrió también. Ariadna le dedicó una mirada de reproche—. Mejor descansad y continuamos nuestra charla mañana.

—Está bien...

Carlos se inclinó sobre la cama para depositar un casto beso en su frente, pero Ariadna elevó el rostro hacia él y besó su boca. Él cerró los ojos devolviéndole el beso, lamentando no poder saborear esos labios que ya así, sin una presencia física, le hacían desear no tener que separarse nunca de ella.

## Una primera y última cita

A Ariadna le costó conciliar el sueño pensando en todo lo ocurrido. Llevaba algunos días anticipando que los sentimientos de Carlos hacia ella eran parecidos a los suyos por él, pero no habría sido la primera vez que malinterpretara las reacciones de un hombre, por lo que recibir la confirmación la había llenado de vida (algo irónico sabiendo quien había sido el emisor).

Carlos, sin embargo, tuvo toda la noche para pensar en lo acontecido, y cuando se hizo de día aún no podía terminar de creérselo. No recordaba haber sido nunca tan feliz. Había atisbado vestigios de felicidad al convencerse de que Amaia le correspondía, aunque luego resultara no ser así, pero nunca había conocido realmente aquella embriaguez que acompañaba al saberse, sin lugar a dudas, amado por la persona amada. Lo único que enturbiaba ese sentimiento era la incapacidad de disfrutarlo como una persona cualquiera, como alguien de carne y hueso, y el conocimiento de que tampoco podía darle a Ariadna todo lo que cualquier otro hombre de su tiempo podría. No obstante, no dudaba de la veracidad de sus palabras al admitir que le correspondía, y si él era lo que ella quería, ¿cómo podía privarle de ello? Mientras pudiera hacerle feliz y pensara que su presencia no le hacía ningún mal, no la abandonaría.

¿Cómo podría?

Sentado en una silla de escritorio, Carlos observaba a Ariadna con una sonrisa mientras esta dormía plácidamente. Así parecía aún más hermosa, su rostro reflejaba tal paz que Carlos pensó que el cielo no debía de ser muy distinto a aquello. Solo lamentó no poder despertarla con un beso, pero disfrutar de su sueño era casi igual de satisfactorio.

Sonrió al notar cómo comenzaba a despertarse: su entrecejo se arrugó levemente y pestañeó soñolienta un par de veces antes de frotarse los ojos.

—Buenos días, señorita Álvarez —susurró él.

Ariadna sonrió al oír aquella voz grave que tanto había echado de menos pese a no haberla dejado de oír durante sus sueños. Lamentó que, al igual que en estos, tampoco fuera a poder sentir un abrazo o un beso de buenos días, pero por lo menos eso era real. Carlos estaba ahí con ella, y la quería.

—Buenos días, capitán. —Ambos sonrieron—. ¿Has pasado la noche ahí?

—No. —Negó con la cabeza—. Vine hace apenas unos minutos. Llamé, por supuesto, pero no recibí respuesta, por lo que me tomé la libertad de entrar.

—Os tomáis muchas libertades últimamente, capitán Vásquez.

Carlos sonrió y se acercó a besarla. Ariadna gimió con suavidad, saboreando aquel delicioso cosquilleo de energía en sus labios.

—No hagáis eso... —se quejó Carlos—. Me martiriza aún más al no poder besaros como corresponde...

—El sentimiento es mutuo.

Tras arreglarse, Ariadna desayunó ante la atenta mirada de Carlos.

—Me gustaría llevaros a un lugar especial esta noche.

—¿Te refieres a... una cita? —No sabía si lo llamarían así en su época—. ¿Una cena a solas?

Carlos asintió.

—Como es obvio solo cenaríais vos, pero... me gustaría fingir que somos una pareja normal, desearía daros eso... si vos queréis.

—Claro. —Sonrió.

Ariadna pensó que si iba a tener una cita, quería vestirse acorde con la ocasión. Le pidió a Carlos que la esperara en casa de Beathan mientras ella salía a hacer unas compras y dejó el anillo en la habitación para que pudiera hacerlo. Regresó pasadas unas horas con un par de bolsas que se negó a descubrir ante él; tendría que esperar hasta la noche. Sobre las siete se vistió, peinó y salió al comedor, donde Carlos la esperaba.

Nada más verla aparecer, este se incorporó de inmediato, dedicándole una mirada que reflejaba una mezcla perfecta de asombro y fascinación.

—Ariadna, estáis... Estáis absolutamente preciosa —susurró.

—Y llevo falda...

—Y casi desearía ahora que no fuera así; los ojos de todos los hombres de la ciudad no se separarán de vos.

Sonrió, ruborizada. Se había comprado un vestido color vino bastante clásico para que él también se sintiera cómodo, hasta las rodillas, con escote de barca y mangas ceñidas hasta la mitad del brazo, encima llevaba una chaqueta negra que la cubría hasta la mitad del torso, dándole un aspecto un poco más informal y urbano al conjunto. Colgando sobre su pecho volvía a descansar el anillo de Carlos.

—Gracias. Tú también estás muy atractivo.

Y no mentía. Carlos, últimamente, había estado prescindiendo de su casaca, el pañuelo del cuello, el sable a la cintura... en general de cualquier accesorio, limitándose a llevar solo el calzado, los pantalones y la camisa. Pero en esta ocasión vestía su uniforme completo, con el pañuelo, la casaca blanca, el tricornio... Había descartado la peluca blanca, lo que Ariadna agradeció, pero llevaba encima incluso el sable, que colgaba del lado izquierdo de su cintura.

Carlos le hizo una leve reverencia inclinándose hacia ella.

—¿Marchamos, pues? —preguntó.

Salieron de casa y se encaminaron hacia el centro. Ariadna había sugerido ir a algún sitio que no fuera demasiado elegante ni tampoco el típico pub, pues en ninguno de esos extremos se habría sentido cómoda comiendo vestida así y por su cuenta a vista de todos, por lo que se decantaron por una taberna tradicional en un punto intermedio.

La primera mitad de la cena transcurrió con normalidad (o con toda la posible dada la situación): Ariadna se sentó en una mesa para dos, aunque dijo que era solo para ella, y se aseguró de ponerse los auriculares y enchufarlos al móvil, como había ido haciendo hasta entonces, para dar la impresión de que hablaba por teléfono, y no sola.

Hablaron de todo un poco, pero, hacia el final de la cena, un camarero se acercó con una bebida que, según dijo, había pedido para ella un hombre sentado en la barra.

—Ehm... —Ariadna pasó la mirada de Carlos a la barra, donde un tipo de unos treinta y cinco años le dedicó una sonrisa, y de vuelta a Carlos, cuyo



rostro había cambiado por completo, volviéndose más serio mientras esperaba su respuesta. Ariadna cogió la copa y, con una sonrisa, se la devolvió al camarero—. Dígale que se lo agradezco, pero que estoy esperando a alguien. Gracias.

—Oh. De acuerdo —respondió este, extrañado. Se encontraba ya en los postres, así que a quienquiera que esperara no debía de ser para cenar con ella. Supuso que era una excusa.

Ariadna, algo incómoda, volvió a fijar su atención en Carlos, quien seguía al camarero con la mirada mientras se acercaba y dejaba la copa delante del hombre que se la había pedido. Este, claramente contrariado, intentó captar la mirada de Ariadna, pero al mirarla Carlos comprobó que tenía los ojos fijos en él.

—Lo siento —se disculpó ella, aunque sin saber muy bien por qué.

—Nunca había visto algo tan tremendamente descortés como lo que acaba de hacer ese hombre; se necesita tener mucho atrevimiento. Si pudiera verme, yo...

—Si pudiera verte, seguramente no lo habría hecho, Carlos. Ha pensado que estaba sola. Técnicamente, a ojos del resto del mundo, así es...

—¿Le defendéis?

—No. Solo digo que no ha hecho nada malo porque, por lo que a él respecta, estoy sola. No ha intentado ofenderte adrede...

—Aunque estuvierais sola. Estáis sentada en una mesa, ocupándoos de vuestros propios asuntos. Es demasiado atrevido por su parte presuponer que buscáis la atención de un hombre como si fuerais una vulgar...

—Carlos —lo regañó—. Dudo mucho que piense que sea ese tipo de mujer, en ese caso estaría en la barra y sería yo la que se le acercaría. Por favor, no le des tanta importancia, no he aceptado la bebida...

—Lo que os agradezco —admitió mientras parecía intentar tranquilizarse.

—Estoy contigo. Me da igual lo que parezca a ojos de otros... —Le sonrió dulcemente y Carlos le devolvió la sonrisa estirando un brazo sobre la mesa hasta acariciar su mano—. ¿Quieres que nos marchemos? —le preguntó.

Él miró su plato, donde aún tenía más de la mitad de un *lemon meringue pie*, y negó con la cabeza.

—No. Terminad tranquila, lo estábamos pasando bien...

Continuaron charlando mientras terminaba su postre, pero una media hora después, nada más recibir la cuenta, el desconocido de la barra que la había invitado antes se acercó a su mesa. Ariadna observó cómo Carlos se tensaba y separaba la silla para levantarse, y se apresuró a dedicarle una mirada tranquilizadora.

—Perdona, pero... —empezó el hombre.

—¿Sí? —Ariadna lo miró sin levantarse.

—El camarero me dijo que esperabas a alguien...

—Sí. Eso le dije.

—Pero no es cierto... ¿no?

—No —admitió—. Pero me pareció más educado que decirle que no quería aceptar la bebida.

—Ya veo. Bueno, siento si te molestó, no era lo que pretendía. Simplemente te vi ahí sola y pensé que podríamos hacernos compañía mutuamente.

—Desde luego lo que le falta de vergüenza le sobra de atrevimiento —comentó Carlos.

Ariadna le dedicó una sonrisa fugaz.

—Ya. El caso es que no busco compañía, lo siento.

—Una pena..., no se ven muchas chicas como tú por aquí. ¿De dónde eres? ¿Alemania?

Ariadna rio. Al igual que Carlos.

—Sí. Porque tenéis todo el aspecto de una alemana. Inepto... —murmuró.

—Nop.

—¿Italia?

—Bueno, al menos se va acercando. ¿Qué será lo siguiente? —añadió Carlos.

—Soy de España.

—¡Española! ¡Claro!

—Claro, ahora que os lo han dicho, salta a la vista, ¿no? —comentó el soldado.

—Sí.

—¿De qué parte?

—Oh, no, no pretenderá adivinarlo también, ¿no? —se lamentó Carlos poniendo los ojos en blanco—. Pasaremos aquí la noche...

Ariadna no pudo evitar reír.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó el desconocido, extrañado.

—No, no. Pero tengo un poco de prisa... —aclaró ella mientras buscaba en su bolso el dinero para pagar la cuenta.

—Permíteme...

—De ninguna manera —respondieron a la vez Ariadna y Carlos. Rieron mientras Ariadna cogía la cuenta—. Lo siento. Es solo que prefiero pagar mis cosas yo misma, no hemos cenado juntos.

—Eso se puede arreglar. ¿Qué tal mañana?

—Tú no eres de por aquí tampoco, ¿no?

—¿Lo dices por mi acento americano? Pocos lo notan...

—No. Lo digo por tu insistencia y... descaro. Aquí, por lo que he visto, no suelen ser tan lanzados.

—Hasta que se toman unas cervezas —explicó él—, entonces te aseguro que me hacen sombra. Tengo muchos amigos escoceses.

—Por lo que parece, no tantas amigas... —comentó Carlos.

—Ya, bueno. Lo siento, pero tengo planes con otra persona y prefiero salir con él.

—Ah...

—Por fin lo entiende... ¡Alabado sea Dios! —Ariadna mandó callar a Carlos con un gesto imperceptible y una sonrisa.

—Tienes pareja...

—Sí.

—Con quien hablabas durante toda la cena...

Ariadna asintió.

—Trabaja fuera.

—¿Y no preferirías estar con alguien en persona?

Ariadna no necesitó mirar a Carlos para advertir su reacción ante esas palabras.

—Prefiero estar con alguien con quien quiera estar. Y eso es todo.

Finalizó la conversación mientras se ponía su abrigo y se acercaba a la barra a pagar. Quería quitarse a aquel hombre de encima cuanto antes.

—Hey... —El hombre fue tras ella, lo que hizo que Carlos fuera, a su vez, tras él—. Espera...

Ariadna pagó la cuenta y se giró, plantándole cara.

—¿Qué? —Miró detrás del desconocido. Carlos lo fulminaba con la mirada y parecía al límite de su paciencia.

—No pretendía molestarte —se disculpó—. Solo intentaba romper el hielo. Lo siento. ¿Por qué no dejas que te invite a una copa ahora? Solo una... En compensación. No quiero que te vayas pensando que soy un idiota.

—Demasiado tarde —murmuró Carlos.

—Venga, solo una —insistió el americano—. ¿Qué dices?

—Lo siento, pero no me apetece. He tenido un día largo y prefiero irme a casa...

—¿Puedo acompañarte?

—Por todos los santos. No se rinde —musitó Carlos.

—Mira... ehm...

—Bradley.

—Mira, Bradley, de verdad que aprecio el interés y el esfuerzo que le estás poniendo, pero... estás consiguiendo lo contrario a lo que pretendes, así que, por favor...

—Está bien, está bien. Joder... —Levantó las manos—. Ya lo pillo. Adiós.

—Adiós, Bradley, buenas noches.

Conforme se dirigía a la salida, Ariadna le oyó murmurar algo.

—*Fucking spaniards...*

Lo siguiente que escuchó fue el sonido de un vaso al romperse en mil pedazos, al girarse vio a Bradley intentando secarse la camisa y el pantalón mientras repartía toda clase de maldiciones.

Carlos se acercó con una sonrisa triunfante.

—Y luego dices que *yo* soy perversa...

—Es una de las ventajas de ser invisible, demasiado tentadora como para no aprovecharla. Especialmente con tipos como ese. —Sonrió.



El invierno parecía haberse adelantado y, cuando salieron del restaurante, Ariadna caminó en silencio, con la bufanda cubriendo parte de su cara y las manos en los bolsillos. Carlos, escoltándola a su izquierda, caminaba también sin mediar palabra. Ariadna le dirigió un par de miradas de reojo y comprobó que parecía perdido en sus pensamientos. Suponía que la intervención de Bradley en la cena le había afectado, tal vez más incluso que a ella.

En otras circunstancias se lo habría tomado como un halago; nunca había sido el tipo de chica a la que se le solieran acercar los hombres (aunque tampoco se le pudiera acercar mucha gente encerrada en su trabajo o en casa), e incluso esa misma noche, en un principio, le había resultado agradable. Pero se ponía en el lugar de Carlos y comprendía que para él, ignorado y totalmente incapaz (o casi) de hacer nada al respecto, debía de ser mucho más incómodo y frustrante.

Ariadna temía que volviera a su idea de que no podía ofrecerle lo mismo que cualquier otro hombre y eso acabara afectando a su relación.

—Estás muy callado... —se aventuró cuando les quedaba poco para llegar a casa de Beathan. Allí, si él ya había llegado, no tendrían tanta libertad para hablar.

—Vos también.

Ariadna suspiró.

—Siento que la noche no haya acabado como esperabas.

—Si os soy sincero, no sabía qué esperar. Pero definitivamente no lo que ha ocurrido. ¿Es algo habitual para vos?

—¿El qué?

—Que los hombres os inviten a bebidas, intenten pagar vuestra cuenta o acompañaros a casa...

Ariadna rio.

—Claro que no. Lo habitual para mí es observar mientras Sara provoca

que eso le ocurra a ella.

—¿Sara...?

—Una amiga. Mi mejor amiga, de hecho.

—¿A ella le sucede a menudo?

—Prácticamente siempre que salimos. Ella hace que pase. —Rio.

—¿Y qué hacéis vos entonces?

Se encogió de hombros.

—Me entretengo con mi móvil hasta que me aburro y me voy a casa. —  
Lo miró a los ojos—. Créeme, lo de hoy me ha sorprendido tanto como a ti  
—reconoció.

—Os agradezco que no hayáis aceptado, pese a las circunstancias.

—¿Pese a las circunstancias?

—Sí... en el fondo habría entendido que aceptarais beber con él, por lo  
menos podríais estar con alguien real... Soy consciente de lo duro que debe  
de ser para vos convertirlos en el centro de las miradas cuando habláis con  
alguien a quien nadie más puede ver. Os lo agradezco enormemente.

—Carlos... —Se detuvo sin dejar de mirarlo. No llevaba los auriculares  
ya porque las calles no estaban concurridas, pero le habría dado igual que  
hubiera gente y la oyeran hablar al vacío—. Ya te lo dije, si quisiera estar con  
otra persona, o no estar contigo, no lo estaría. ¿Me habrías dejado tú por otra  
mujer de estar en mi lugar?

—En absoluto.

—Entonces no veo por qué tendría que hacerlo yo. —Carlos asintió en  
silencio—. ¿Por qué tengo la sensación de que vas a desaparecer? —susurró.  
Él la observó, confuso—. No literalmente, como espíritu. Me refiero a  
marcharte...

—No voy a marcharme a ningún sitio.

—Eso espero... —Sonrió un poco y continuó caminando, intentando  
olvidar la última media hora y centrarse en el resto del día, que había  
transcurrido mucho mejor.

Carlos, pese a no retomar el tema, no pudo evitar seguir dándole vueltas  
en su cabeza. Aunque hubiera fingido no saber a qué se refería, lo sabía  
perfectamente, porque Ariadna parecía conocerlo cada vez más; sabía leer su

rostro de tal forma que, en ocasiones como aquella, dificultaba mantener sus pensamientos en privado.

A él le pasaba algo similar, también podía notar que, en el fondo, algo la preocupaba, y no sabía si era el hecho de perderle o, más bien, el de no poder llevar ese tipo de vida con él a su lado.

Beathan estaba en casa cuando llegaron, sentado en el sofá viendo una película.

—Vaya... Estás preciosa. —Sonrió mirando a Ariadna cuando entró.

—Gracias. Hemos salido a cenar.

—A cenar. ¿Con... él?

—Con Carlos, sí.

—Ah...

Carlos puso los ojos en blanco y rezongó algo mientras se quitaba el sombrero, lo dejaba sobre la mesa y se aflojaba el pañuelo que llevaba al cuello. Ella prefirió ignorar la reacción.

—¿Y todo bien? —añadió Beathan.

Ariadna miró a Carlos al ver que este se despedía con una breve inclinación de cabeza y salía del comedor. No lo detuvo. Sabía lo incómodo que le resultaba estar presente como una estatua mientras mantenía una conversación con alguien. Volvió la vista a Beathan.

—Sí, perfectamente... —Sonrió y, tras quitarse el abrigo y la bufanda, se sentó a su lado en el sofá—. ¿Qué ves?

Beathan se encogió de hombros.

—Una película, pero no es muy buena. ¿Está aquí?

—No en esta habitación, no.

—Vale. Por cierto, me dijiste que querías encontrar trabajo, ¿no? De lo que sea, para empezar.

—Sí. Espero poder encontrar algo en algún periódico o revista que me permita trabajar desde aquí, pero hasta entonces cualquier cosa servirá.

—¿Pubs incluidos?

—Claro.

—Ahora y hasta Navidades necesitaremos personal extra en mi trabajo, camareros y eso, si te interesa. —Ariadna asintió—. Pagan el salario mínimo,

pero las propinas suelen ser buenas.

—Me vale. No quiero estar aquí viviendo gratis.

—No te preocupes. No pensaba realquilar la habitación en un futuro próximo de todas formas. Quería dejar pasar algún tiempo...

—Gracias.

Volvieron la vista a la televisión. Ariadna no quería irse a su habitación de inmediato y dejarlo solo, como si estuviera viviendo en un hotel, pero tampoco estaba segura de que él quisiera su compañía.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —inquirió Beathan de repente.

—Supongo.

—¿Lo quieres?

—¿Qué?

—A Carlos.

—Sí —susurró. Era la primera vez que admitía sus sentimientos con alguien que no fuera él y estaba insegura de la reacción que obtendría.

—Eso temía...

—¿Qué quieres decir?

Beathan respiró hondo mientras intentaba buscar las palabras adecuadas para no hacerla enfadar ni herirla.

—¿Te has parado a pensar en todo con detenimiento? Es decir, está muerto... desde hace cientos de años, Ari.

—Eso ya lo sé, créeme.

—Lo que quiero decir es que, bueno, nunca vais a poder llevar una vida normal.

Ariadna miró hacia la puerta brevemente, temiendo que Carlos estuviera escuchando, pero allí no había nadie. Aun así, bajó el tono de voz.

—Ya he pensado en todo eso, Beathan. Te aseguro que he pensado muchísimo en todo eso, pero... lo quiero, y no puedo hacer nada contra eso. Si con el tiempo deja de ser suficiente para alguno de los dos, tendremos que asumir que no puede ser, pero de momento no puedo rendirme sin intentarlo. Sería incapaz de apartarme y dejarlo sabiendo que él siente lo mismo y que está vivo, a su manera, en algún lugar...

—Pero para él es distinto, Ari, él no tiene nada que perder, no le queda



nada por vivir, a ti sí...

—Mi vida no va a ser muy diferente estando con él. Hacía años que no salía con nadie, no es que por salir con Carlos vaya a cerrar una lista de pretendientes. Si no estuviera con él, estaría sola.

—Quizá la persona adecuada aún no ha aparecido.

—O quizá es él.

—Eso no es...

—Piénsalo, Beathan. Tú crees en el Más Allá, ¿no? Piensas que algún día te reencontrarás con la gente que has perdido, con tu familia y... y con Iveth, ¿no?

—Sí...

—¿Y no es lo que piensan tantos otros? Por más que se diga lo de «hasta que la muerte nos separe», lo cierto es que todos los que creen en una vida después esperan seguir con la persona a la que quieren incluso tras morir. — Se encogió de hombros—. En mi caso, la única diferencia es que él ya ha pasado por eso.

—¿Y si te equivocas?

—¿Y si te equivocaste tú con Iveth?

—¿Qué...?

—¿Crees en las almas gemelas? ¿En que hay una sola persona para cada uno de nosotros?

Beathan asintió.

—¿Y pensabas que esa persona era Iveth?

—Sí... —susurró con los ojos llorosos.

—Yo siento lo mismo con Carlos... Es posible que nos equivoquemos los dos, uno de nosotros, o que ambos estemos en lo cierto.

Beathan pensó en ello y vio que lo que decía tenía sentido. Si pensaba que Iveth era la indicada para él, la única, y tenía razón... eso suponía que nunca volvería a encontrar a nadie como ella durante el resto de su vida. En ese caso, por lo menos ella tenía a Carlos...

Tuvo que secarse las lágrimas con el dorso de la mano y apartar la mirada, fijándola de nuevo en la televisión.

—Lo siento —se disculpó Ariadna—. No pretendía... —Se sintió fatal

al ver su reacción.

—No importa. Supongo que tienes razón... Y a quién quiero engañar, en el fondo desearía estar en tu lugar... —admitió—. Obviamente, pese a lo que dijiste ayer, tú también...

—¿Ayer?

—Cuando dijiste que no querría lo que tú tienes, que Iveth fuera un espíritu y estuviera conmigo y estar con ella sin poder abrazarla...

—No... Esa parte... —Volvió a mirar a la puerta, pero Carlos seguía sin estar allí—. Eso es cierto. Es... duro... es horrible querer besarlo, abrazarlo y no poder hacerlo... Y en tu caso creo que sería peor porque tú llegaste a saber lo que se sentía. Por lo menos yo nunca tuve la oportunidad, no tengo recuerdos de nada mejor que lo que tengo ahora...

Beathan suspiró.

—Siento si he sido un poco idiota, o un bocazas. Solo es que... es extraño para mí y... me acuerdo tanto de ella... No quería pagarlo contigo.

—Lo sé... —Beathan la miró durante unos segundos—. ¿Qué...?

—Sé que Iveth estaría contenta por ti, por que hayas encontrado a alguien que te quiera, sea quien sea...

—Sí, yo también lo creo. —Sonrió un poco.

—¿Lo sabe alguien más?

—¿Lo de Carlos?

—Lo de que sales con un soldado español que perdió la vida hace tres siglos.

Sonrió.

—No, y la verdad, creo que es mejor así...

—¿Ni siquiera Sara?

—Me gustaría decírselo, es mi mejor amiga, pero no estoy segura de que se lo tomara bien. Creo que me recomendaría ver a un psicólogo...

—Bueno, Carlos podría demostrarle que existe, como hizo conmigo. A ser posible con vasos de plástico...

Ariadna rio suavemente.

—Sí, supongo que sí. En realidad, puede que sí que se lo tomara bien, es de las que piensan que debes aferrarte a lo que sea que te haga feliz y

disfrutar el momento.

—Pues ahí lo tienes.

—Debería llamarla de todas formas, después de todo lo que ha hecho por mí...

—Pues sí. Desde luego supo manejar a tu madre. Yo por lo menos agradezco que viniera. —Suspiró—. En fin, creo que será mejor que me vaya a la cama, mañana tengo turno de día. Les diré que cuenten contigo para empezar en cuanto te necesiten —dijo mientras se levantaba.

Ariadna asintió.

—Gracias.

—Te cedo el mando. —Ariadna lo cogió con una sonrisa.

—Buenas noches.

Lo observó marcharse y esperó a que Carlos apareciera, pero al ver que no lo hacía fijó la atención en la televisión mientras se recostaba en el sofá. Empezó a hacer zapping y sonrió al reconocer una de las películas que se emitían.

—*Kate & Leopold*, por supuesto...

—¿Quiénes son?

Levantó la mirada y vio a Carlos de pie contra el marco de la puerta. Se había quitado la casaca y el pañuelo del cuello y presentaba un aspecto mucho más informal. Y terriblemente sexy a ojos de Ariadna. Sonrió.

—Los protagonistas de una historia que creo que te gustaría.

—¿Ah, sí? —Se acercó, mirando al televisor. Había tenido ya algún tiempo para familiarizarse con esos aparatos—. ¿De qué trata? —Tomó asiento junto a ella.

—Trata de un hombre del siglo... XIX, creo, que viaja en el tiempo y aparece en el futuro, hoy en día... —Sonrió—. Algo así como tú, pero sin estar muerto...

—Hmmm... —Miró a la pantalla con genuino interés—. ¿Deduzco que es el de la ropa más normal? —Sonrió.

—Normal para ti, sí. —Rio.

—Ya veo.

Guardaron silencio pendientes de la televisión, tan solo apartando la

mirada de vez en cuando para mirarse o compartir algún comentario. Ariadna no recordaba haberlo visto reír tanto y no podía evitar quedarse embobada mirándolo cada vez que lo hacía. Aún le resultaba tan difícil creer que no estuviera allí, parecía tan... vivo como ella, como Beathan.

Cuando terminó la película, Carlos la miró y comprobó que sus ojos estaban fijos en él.

—¿Cuánto hace que me miráis?

—No lo suficiente...

Carlos sonrió y se inclinó hacia ella para besarla con dulzura.

—Sé a lo que os referís...

Ariadna sonrió también y extendió una mano para acariciar su mejilla, o intentarlo, luego repitió el gesto pasándola por su pelo. Solo pudo sentir el mismo característico hormigueo de siempre, pero era mejor que nada.

Carlos cerró los ojos centrándose en aquella sensación, imaginando que el cosquilleo se debía a que apenas le rozaba con la punta de los dedos, pero que de verdad lo tocaba. Al poco sintió el hormigueo en sus labios y le devolvió el beso, prolongándolo durante unos instantes. Cuanto más lo hacía más real lo sentía; el hormigueo pasó a convertirse en una ligera corriente de energía conforme se empapaba de la de Ariadna y, también, aunque no fuera consciente, de la del televisor cercano. Ella se recostó mientras Carlos se inclinaba más sobre ella. Sin dejar de besarla bajó una mano y acarició su cintura; pese a no poder sentirla físicamente, podía notar la energía recorriendo su mano al entrar en contacto con el cuerpo de Ariadna.

—Esto es... totalmente indecoroso por mi parte —susurró contra sus labios—. No quiero que os llevéis una impresión errónea de mí...

—¿Piensas tú mal de mí por esto...? —preguntó, también en un susurro, mientras lo miraba a los ojos.

—Nada que hagáis podría darme una mala imagen de vos... —respondió, y la admiración y devoción con la que la miraba le aseguró que hablaba en serio.

—El sentimiento es mutuo... —Sonrió—. Y no creo que haya nada que puedas hacer que haga que me escandalice, especialmente viniendo de la época que vienes —añadió.

Carlos asintió y acarició sus labios con una de sus manos.

—Daría lo que fuera por poder saborearlos durante solo un minuto... —susurró—. ¿Qué sentís vos...?

—Es como una leve corriente de energía, un cosquilleo pero más intenso, una especie de vibración... —No sabía cómo definirlo, pero lo que quiera que fuera le gustaba y, en cierto modo, excitaba también.

Carlos no compartía ninguna excitación como tal al no tener cuerpo, pero definitivamente sentía algo, aunque no pudiera especificar el qué; algún tipo de energía y, sobre todo, un sentimiento de plenitud, de estar en el lugar que debía, de formar parte de un todo.

Y saber que podía hacer sentir algo a Ariadna, además, era más que suficiente para que aquella interacción le resultara satisfactoria.

—¿Qué sientes tú?

—Siento que tengo que estar con vos... —Volvió a besarla—. Y siento no poder daros más...

—Es suficiente...

Carlos no estaba seguro, pero no quiso pensar en eso en aquel instante. Esa noche tendría que ser suficiente y haría que lo fuera, no iba a estropearla con preguntas. Se limitó a dejarse llevar y disfrutar de aquel momento de intimidad de la mejor forma posible. Él no necesitaba más que estar junto a ella.

## 28

### Hasta siempre, mi amor

—Y dices que es un fantasma...

—Sí.

—¿De los de sábana y bola con cadena?

—No, de los invisibles; un espíritu.

Ariadna le había pedido prestado el ordenador a Beathan para poder hablar con Sara a través de Skype esa mañana, y hacía unos minutos que se había decidido a contarle acerca de Carlos. Encerrada en su habitación, aprovechando que era temprano y que Carlos aún no había ido a verla, pensó que iba siendo hora de sincerarse con su amiga. Necesitaba hablar con alguien con quien tuviera confianza (y hacerlo en su propio idioma) y no se le ocurría nadie mejor pese a saber que, con toda probabilidad, le insinuaría que había perdido la cabeza.

—Estás de broma, ¿no?

—No...

Sara permaneció mirándola en silencio, con el ceño fruncido, durante unos segundos. De repente, abrió mucho los ojos.

—¡Oh! No bromeas —afirmó.

—Ya te he dicho que hablo totalmente en serio. Entiendo que no me creas, pero es real; Beathan tampoco lo creía y se lo demostré, puedo demostrártelo a ti también, le diré que venga y mueva algo y...

—Ari, Ari, cielo, para. No quiero que haga nada, no. Si haces que venga y mueva algo, no sé si podré dormir...

—Entonces, ¿me crees?

—Creo... creo que tú sí que lo crees... y que para ti es real...

Ariadna suspiró, tendría que conformarse con eso, aunque técnicamente significara que pensaba que tenía algún problema mental.

—Entonces... —continuó Sara— ¿dices que estás con él desde que llegaste?

—Lo conocí un par de días después de llegar, en el castillo. Pero estar, estar... *juntos* ... lo estamos desde hace unos días.

—Con *juntos* te refieres a... —Hizo un gesto explícito con los dedos—. ¿En plan necrófilo?

—Sara —la reprendió.

—No sé, chica, es que no tengo mucha experiencia. No sé cómo se «está» con un espíritu.

—Es invisible a ojos de todos menos a los míos. No tiene cuerpo físico, así que no... no tenemos sexo ni nada así. Puedo sentirlo, pero es más como una corriente de energía.

—Ajá...

—Es... Tengo bastante información sobre él. —Se acercó a coger su diario y se lo enseñó a través de la cámara—. Este diario es suyo, lo escribió en el siglo XVIII, y habla de todo lo que hizo cuando estuvo en el castillo hasta unos días antes de que muriera... —Lo abrió para mostrarle el interior—. Es su letra, ¿ves? Y su nombre, aquí...

—Carlos Vásquez.

—Sí. Y sé lo que estás pensando, que me lo he inventado todo a partir de esto, pero no es así, supe su nombre por él mismo antes de leerlo en el diario, y otra persona que vivía en el pueblo lo conoce también; no puede verlo, pero sí oírlo. Fue quien me dio el diario...

—Vaya. Yo... La verdad es que no sé qué decir, Ari. Solo que supongo que esto explica por qué no has vuelto...

—Sí.

Sara apartó la mirada un segundo, pensativa.

—Está bien, digamos que te creo. ¿Qué es lo que piensas hacer? Es decir, estás enamorada de, básicamente, una especie de holograma.

—No es un holograma, está aquí, existe.

—Pero no tiene cuerpo y nadie más lo ve salvo tú... ¿Cómo vas a tener una relación con el hombre invisible? Peor, de hecho, porque por lo menos al hombre invisible se le podría tocar...

Ariadna se encogió de hombros.

—No me importa, Sara.

—Acabará importándote cuando lleves años sin sexo.

—Ya llevo años sin sexo.

—No tantos como vas a llevar si sigues adelante con esto; tantos como te queden de vida, porque él no va a ir a ninguna parte...

—Si no funciona, lo dejaremos, pero quiero intentarlo.

—Ari... —suspiró, visiblemente afectada—. Te conozco, harás que funcione, nunca has dejado a nadie tirado: pareja, amigos, animales de compañía... Estarás con él hasta el final, aunque seas la mujer más desgraciada del mundo.

—Eso no es cierto. Y baja la voz —le pidió mientras miraba hacia la puerta—, está en casa.

—Mejor, así también puedo decirle a él que esto es una locura.

—Sara...

—No, cariño, no me vas a convencer con esa mirada; sabes que tengo razón. Y no es solo el hecho de que no puedas echar un polvo con él o que nunca puedas presentárselo a tu familia, ¿has pensado qué va a pasar cuando tú envejecas y él no? ¿Qué edad tiene? ¿Veinte y pico o treinta y tantos? Siempre tendrá la misma edad, mientras que tú crecerás. ¿Va a seguir queriéndote tanto cuando empieces a llenarte de arrugas?, ¿cuando seas una abuelita de setenta u ochenta que apenas salga de casa, y él continúe siendo un joven sin ningún achaque?

—Pues... —Respiró hondo—. No lo había pensado. Pero supongo que aunque no envejezca, sí que seguirá madurando y...

—¿Y te querrá por tu intelecto? —Sonrió levemente—. Eso queda muy bien en las películas, pero esto es la vida real, cielo.

—Siempre estás echándome en cara que no aproveche el momento, que viva anclada a mi trabajo y que no quiera probar cosas nuevas, y ahora que lo...

—Con lo de «probar cosas nuevas» no me refería a salir con muertos, Ari. Hasta yo tengo un límite.

Ariadna suspiró.

—No tenía que haberte dicho nada...

—¿Y por qué lo has hecho? —Ante el silencio de Ariadna, se respondió



ella misma—: Porque tienes dudas...

—¡No! —Ari miró hacia la puerta de nuevo, recordando que Carlos podía estar cerca, y se obligó a bajar el tono—. Lo he hecho porque... porque soy feliz y quería compartirlo con mi mejor amiga.

—Ya... ¿solo eso?

Ariadna guardó silencio antes de añadir:

—Y porque esperaba que me apoyaras, que me dijeras que si es esto lo que quiero, si lo quiero, está bien, y que los contras de esta relación no son tan importantes.

Sara respiró hondo mientras le dedicaba una mirada de compasión. Nunca había visto a Ariadna tan ilusionada por nadie, ni siquiera por su última pareja, la única que Sara había conocido. Nunca había visto a Ariadna tan... enamorada. Y aunque ella pensara, y seguramente lo hacía, que se estaba comportando como una mala amiga por no apoyarla, lo cierto era que no quería que lo pasara mal, y toda la lógica y la prudencia a la que solía ignorar le prevenía con desesperación en contra de lo que Ariadna planeaba.

—Quizá deberías, solo por probar, hablar con mi psicóloga. Puedo pasarte su...

Ariadna bufó.

—Lo sabía, ya me estaba empezando a extrañar que aún no la hubieras mencionado. No necesito un psicólogo, Sara, no es producto de mi imaginación y puedo demostrártelo, ya te lo he dicho.

—No, es decir... No le digas que Carlos es un fantasma si no quieres, dudo mucho que Abigail crea en espíritus, pero dile que es un hombre que... que... no sé, que tiene una enfermedad de la piel altamente contagiosa y que no puedes tocarlo, y a ver lo que piensa... O solo háblale de lo de Iveth y lo ocurrido con tu madre y... Vale, vale, no me mires así, cielo, me vas a echar mal de ojo...

—No voy a hablar con ningún psicólogo —repitió.

—¿Y una médium?

—¿Y en qué va a ayudarme hablar con una médium? Suponiendo que pudiera encontrar una que de verdad se comuniqué con fantasmas y no viva del cuento.

—No sé... ¿Igual alguna tiene experiencia con otras parejas mortal-fantasma? Ari, en serio, deja de mirarme así...

—Pues deja de decir tonterías.

—Perdona, me centraré en asuntos que no suenan absurdos para nada, como salir con fantasmas.

—¿Sabes? Será mejor que me vaya, está claro que no...

—Está bien, está bien. —Tomó aire y lo soltó lentamente—. Solo necesito asimilarlo, dame un minuto.

Ariadna asintió de mala gana y guardó silencio mientras descansaba la cabeza en la pared contra la que estaba sentada y fijaba la vista en la lámpara con forma de luna que colgaba del techo. Era una de las pocas cosas pertenecientes a su hermana que su madre no se había llevado. Suspiró con pesar, estaba segura de que Iveth habría apoyado su relación con Carlos de manera incondicional, de que la apoyaba si estaba en algún sitio desde donde pudiera estar al corriente de todo. Pero no era suficiente, necesitaba que alguien cercano también lo hiciera, necesitaba poder compartir aquello con alguien que le asegurara que no era una locura.

Volvió la vista a Sara, pero no le gustó nada la mirada compasiva que aún cubría su rostro. Ya había tenido suficiente.

—Mira, está claro que no lo vas a entender, así que mejor me voy.

—Ari, espera...

—Tengo cosas que hacer, ya hablamos en otro momento. Hasta luego.

Pulsó la tecla de colgar antes de que Sara pudiera decir nada más y cerró el portátil, frustrada. Lo dejó a un lado y permitió que las lágrimas se acumularan en sus ojos hasta caer libres. Solo necesitaba una persona, una sola persona que le dijera que todo iría bien, que aquello no era una locura, que lo principal era que Carlos la quería y que ella lo quería a él, que el poder tocarlo o no, no era vital, que podían hablar, visitar lugares juntos, compartir experiencias, que eso era lo que de verdad importaba y eso podrían hacerlo para siempre... o por lo menos mientras ella pudiera.

Una nueva oleada de lágrimas inundó sus mejillas al recordar otra de las cosas que había dicho Sara y en lo que ella no se había detenido a pensar aún: el hecho de que Carlos nunca envejecería y ella sí. ¿Habría contemplado él

eso? Probablemente no...

Miró el reloj y se preguntó por qué no habría ido a su habitación aquella mañana. ¿Dónde estaría? No es que pudiera irse muy lejos...

Se acercó al pequeño espejo que había tras la puerta y observó sus ojos: los tenía algo enrojecidos, pero con suerte no notaría que había estado llorando. Se los secó lo mejor que pudo y salió para ir al comedor.

Carlos estaba allí, de pie, apoyado contra la ventana con la mirada perdida en algún punto del exterior. Lo saludó y él la miró con una expresión que no le gustó; aunque sonreía, sus ojos encerraban una mirada triste.

—Buenos días, Ariadna...

Se acercó más a ella, como si fuera a besarla, y Ari se preparó para devolverle el beso, pero cuando estaba a unos centímetros de su rostro, fijó los ojos en los de ella y se detuvo.

—Habéis llorado.

Ariadna apartó la mirada.

—No. Qué va. Es... Solo me picaban los ojos... —Carlos le dedicó una mirada de reprobación que le confirmó que no la creía en absoluto—. ¿Qué hacías? —inquirió antes de que pudiera contraatacar con alguna pregunta.

—Nada, observaba el cielo. Creo que lloverá...

—Es posible.

—Me pareció oíros hablar, en vuestra habitación.

—Sí, hablaba con Sara...

—Ah... ¿Todo bien?

—Sí, sí. Voy a desayunar.

Salió de allí antes de que Carlos pudiera preguntarle sobre la conversación, aunque no estaba segura de que no hubiera oído parte. Esperaba que no, pero el hecho de que no la acompañara durante el desayuno la llevó a pensar lo contrario. Estaba a punto de ir hasta el comedor y preguntarle directamente, cuando se giró y vio que la observaba desde la puerta de la cocina.

—¿Queréis ir a algún sitio hoy? —preguntó con un tono amable que no mostraba ni rastro de segundas intenciones o sentimientos ocultos y le hizo bajar la guardia.

Intentó no darle importancia (quizá, después de todo, no hubiera oído nada) y sugirió dar una vuelta por el mercadillo dominical de Stockbridge.



El mercado de Stockbridge era pequeño, consistente en unos cuantos puestos de comida o artesanía que no les llevó mucho tiempo recorrer, pero a solo unos metros de él se encontraba la entrada a un paseo que seguía la orilla del Water of Leith, el río de Edimburgo. Viendo que la lluvia parecía no decidirse a caer, optaron por ir a recorrerlo.

Pasearon durante un buen rato a lo largo de un camino entre árboles que hacía pensar que se encontrarán a kilómetros de la civilización en vez de a pocos minutos del centro de la capital escocesa. Durante el recorrido no se cruzaron con más de un par de personas, por lo que Ariadna pudo hablar con tranquilidad sin temer que nadie la tomara por loca. Carlos continuaba manteniendo una actitud normal, riendo y bromeando de vez en cuando, además de mostrarse extremadamente interesado tanto por el pasado de Ariadna como, sobre todo, por sus sueños de futuro.

—Sí, claro que había pensado alguna vez en formar una familia, pero...  
—Se encogió de hombros—. Tampoco es algo que esté muy arriba en mi lista de prioridades. En cuanto a casarme... no sé, nunca fui una de esas niñas que sueña con el día de su boda.

Carlos la observaba con atención mientras escuchaba sus palabras, intentando averiguar si eran sinceras o si, simplemente, lo decía por ser consciente de sus limitaciones estando con él.

—¿Y tú? —contraatacó ella.

—¿Yo?

—Sí. Tú... Supongo que en tu época lo normal sí era tener como meta casarse y formar una familia.

—Sí... Es decir, no es que fuera una obligación, pero era lo habitual. Y sí, era lo que yo esperaba hacer.

Ariadna asintió mientras seguía caminando en silencio. Al poco tomó asiento en un banco frente al río. Carlos la imitó y durante unos instantes se limitaron a compartir el sonido del agua y de las hojas de los árboles. Ariadna cerró los ojos y a Carlos aquello lo arrastró de vuelta al castillo, a otro

momento de silencio compartido cuando todavía no eran más que amigos, tal vez ni siquiera eso. Había pasado tanto desde entonces, y en tan poco tiempo... Toda su vida (si podía llamarla así) había cambiado por completo. Recordó las palabras de advertencia de su tía la primera vez que le habló de Amaia, «Los arranques rápidos suelen acabar en paradas bruscas», pero quién podía saber si, de no haberle hecho caso y haberse dado más prisa en declarar sus sentimientos, habría aceptado ofrecerle su mano a él y no a otro...

Quizá en esta ocasión sí estuviera en lo cierto, quizá se hubieran precipitado..., sabía que no en sus sentimientos, pues no albergaba duda alguna sobre su amor por Ariadna, pero se había dejado llevar por eso y por las palabras ilusionadas de una mujer que, tal vez, no se hubiera parado a pensar con detenimiento en todo aquello a lo que tendría que renunciar por estar con él. Sara, su amiga, lo había visto con claridad y se lo había expuesto de la manera más sencilla y directa. Brusca tal vez, demasiado visceral, pero le había planteado la realidad tal cual era.

Si bien no había oído toda la conversación, sí que había escuchado lo suficiente como para reaccionar y volver a ver las cosas con la lógica innegable que requerían. Puede que se profesaran un amor épico, pero ni la vida era un cuento de hadas ni él un príncipe encantado cuyo sortilegio fuera a romperse con un simple beso.

Sin embargo, no quería que su historia terminara así, Ariadna no se merecía un final brusco, precipitado y totalmente amargo. Podía darle, por lo menos, uno agridulce...

Acercó su mano a la de ella y recorrió el dorso con sus dedos. Ariadna sonrió al sentir el cosquilleo y bajó la vista, observando cómo Carlos acercaba los dedos a su mano lo justo para que, de haber tenido un cuerpo físico, estos solo la rozaran. Giró la mano y la cerró sobre la de Carlos, atravesándola e incrementando así el hormigueo.

Él fijó entonces la mirada en el anillo, que caía sobre el jersey de Ariadna a la altura de su pecho.

—Me gustaría que lo llevarais —susurró.

—¿Qué...?

Ariadna siguió su mirada hasta el anillo, pasándola luego de vuelta a

Carlos. Él la miró a los ojos y volvió a repetirlo.

—Quiero que llevéis el anillo de mi madre. En vuestra mano, donde debe de estar.

—¿Qué? —volvió a repetir, arrancándole una sonrisa—. Quiero decir... ¿estás seguro? —se apresuró a añadir, sintiéndose algo estúpida al no encontrar las palabras apropiadas.

Pero ¿a qué se refería exactamente? Era un anillo de compromiso... ¿se trataba solo de una muestra de su amor por ella?, ¿o era algo más? No se había arrodillado ni nada de eso que hacían en las películas, algo que, supuso, en su época se estilaría aún más, así que tal vez no...

Prefirió no hacerse ilusiones... Ni siquiera estaba convencida de que eso fuera lo que quisiera: ¿prometerse a un espíritu?, ¿casarse con un fantasma?, ¿era, acaso, posible? Se habría reído con la sola idea si no fuera porque sabía con certeza que estaba enamorada de aquel hombre.

—Nunca he estado más seguro de algo, y nunca nada me ha parecido más correcto. Ese anillo... Ese anillo está ligado a mí, a mi alma, y yo soy vuestro —dijo con resolución. Al ver la expresión asombrada de Ariadna, añadió—: Podéis reiros de mis palabras, no me importa, es la pura verdad.

—No... Yo... —Puso la mano sobre el anillo, inconscientemente, y al tenerlo en su mano bajó la mirada hacia este.

—Podéis rechazarlo, por supuesto... —De repente, la posibilidad de que eso ocurriera lo golpeó con fuerza y el miedo se apoderó de él. Ni siquiera se había planteado que eso pudiera ocurrir.

Tampoco había barajado esa posibilidad con Amaia y...

—No...

—¿No?

Si hubiera tenido un corazón, se le habría parado en ese momento.

—No voy a rechazarlo...

La besó, sin más. El corazón que no tenía resucitó con latidos inexistentes y él se sintió más vivo que nunca, más de lo que recordaba haberse sentido estando con vida.

Y mientras le embargaba esa euforia, sin embargo, creyó ser el hombre más miserable y desdichado del mundo al pensar en que aquello, aunque ella

aún no lo supiera, era en realidad un adiós, el adiós más difícil de la Historia.

Se separó para ver cómo Ariadna, con manos algo temblorosas, se quitaba la cadena, sacaba de ella el anillo y, tras una rápida mirada a Carlos, se lo ponía en la mano. El anillo entró con facilidad, pero notó que bailaba un poco alrededor de su dedo, quizá demasiado. Temió perderlo, pero no quería estropear aquel momento, así que lo movió tan abajo como pudo sobre el dedo y lo dejó ahí, fingiendo que el tamaño era el correcto. Al abrir la mano y extenderla frente a ella sintió que se estremecía levemente y un placentero cosquilleo recorrió su estómago. Sonrió. La belleza de aquella joya era indudable, pero para ella significaba muchísimo más. Ese anillo era Carlos, su historia, sus sentimientos frustrados...

Y los nuevos, que le pertenecían totalmente a ella.

Carlos sonrió también. Con total seguridad habría llorado de haber podido. Pasó la mirada del anillo al rostro de Ariadna y al ver la felicidad en él tuvo dudas. No quería hacerle daño, pero lo haría tanto si se quedaba con ella como si la dejaba. Tenía que pensar en el mal menor.

—Justo donde debe estar... —murmuró con una leve sonrisa que intentó mejorar cuando Ariadna lo miró. Había algo en sus ojos que le hacía sentirse culpable. Como si supiera que no le estaba siendo del todo sincero. Volvió a besarla—. Os amo, Ariadna, y os amaré hasta el fin de los días... —susurró contra sus labios.

El cielo decidió responder antes de que ella fuera capaz de hacerlo, y en unos segundos las nubes descargaron sobre ellos toda el agua que parecían haber estado reservando para ese preciso momento. Ariadna se incorporó como un resorte mientras toda su ropa empezaba a empaparse rápidamente.

—Creo que deberíamos regresar... —comentó entre risas.

—Sí, desde luego... —accedió él mientras se levantaba y volvían corriendo a la plaza del mercado.

Desde allí cogieron un autobús de vuelta a casa de Beathan.

Al llegar a casa, nada más cruzar la puerta de entrada, Ariadna reparó en una nota en la pared, justo enfrente de la puerta. Beathan la avisaba de que había un puesto vacante de camarera en su pub para empezar de inmediato y

que si le interesaba, podía iniciar el periodo de prueba al día siguiente.

—Genial —susurró con una sonrisa.

—¿Qué ocurre? —Carlos se acercó por detrás y leyó la nota sobre su hombro—. Oh, ¿un trabajo?

—Sí. En el pub donde trabaja Beathan.

—Ah... ¿Debería felicitaros? —preguntó, inseguro. Ariadna le dedicó una mirada de reproche.

—Sé que no es el mejor trabajo del mundo, pero ahora mismo necesito el dinero.

—Entonces os doy la enhorabuena —añadió con sinceridad.

—Gracias.

Le mantuvo la mirada con una sonrisa, anticipando el beso que anunciaban sus ojos, pero este nunca se produjo. Habían permanecido en un tenso silencio durante todo el recorrido en el que ella se había limitado a contemplar el anillo.

Bajó la mirada a su mano, repentinamente consciente de la ligereza de la misma. Mientras, en el exterior la lluvia duplicaba su ferocidad golpeando las ventanas.

—Parece que llegamos justo a tiempo —comentó Carlos. Pero al no recibir respuesta, miró a Ariadna, extrañado. Supo que algo iba mal en cuanto puso sus ojos en ella. Su rostro estaba pálido, tanto que se asustó pensando que le ocurría algo grave—. Ariadna...

—El anillo...

Siguió su mirada hasta su mano izquierda y entonces comprendió.

—¿Dónde...?

—¡No lo sé! —Entró en pánico—. Lo llevaba en el autobús, he pasado todo el viaje desde Stockbridge mirándolo, no sé cómo... Dios... Carlos...

—Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Voy a llamar a la empresa de autobuses... —Cogió su móvil para buscar el número y hacer la llamada.

Mientras la escuchaba hablar atropelladamente por teléfono, Carlos aún intentaba asimilar lo ocurrido. No quería perder el anillo, por descontado; era, junto a su diario, lo único que le quedaba de su vida. Pero lo que había acaparado toda su atención y mantenía ocupados sus pensamientos era el



hecho de que él siguiera ahí cuando su anillo no lo estaba. Podía significar una de dos cosas: que el anillo se encontraba cerca... o que su enlace al mismo se había roto.

—¡Lo han encontrado! —le informó Ariadna casi sin aliento—. Un pasajero lo vio en un asiento del autobús y se lo dio al conductor hace unos minutos. Por lo que parece aún quedan buenas personas... —Sonrió, aliviada—. ¿Estás bien? —preguntó al malinterpretar su expresión—. Lo siento muchísimo. Acababas de dármelo y yo me las arreglo para perderlo en menos de una hora. De verdad que lo siento, Carlos —continuó, identificando su silencio como enfado.

—Ariadna... ¿no os dais cuenta? —le preguntó, sin terminar de salir de su asombro.

—¿De qué?

—El anillo... no lo tenéis con vos, pero yo sigo aquí...

Ariadna lo miró, boquiabierta.

—Es cierto... —Embargada por el pánico de haberlo perdido no se había parado a pensar en nada más. Sonrió entonces—. Eres libre, totalmente libre... —Pero mientras pronunciaba esas palabras, algo a lo que no quiso encontrar explicación en ese instante encogió su estómago, nublando su mirada por un momento.

—Sí, eso parece...

Si Carlos hubiera tenido estómago habría sentido lo mismo que ella, pues aquello lo cambiaba todo. Aquello hacía posible que las ideas que habían ocupado su mente desde esa mañana encontraran una forma de hacerse viables.

—Así ya no tendrás que seguirme a todas partes... —comentó Ariadna con cierto deje de nostalgia.

—Siempre lo he hecho con gusto —le aseguró él con una sonrisa, y sus miradas se enlazaron durante unos segundos: la de él luchando por no flaquear y mostrar sus cartas, la de ella tratando de leer lo que sus ojos escondían. Fue Carlos quien rompió el contacto visual acercándose a besarla—. Me alegro aún más de que no hayáis perdido el anillo.

*Quiero que tengáis algún recuerdo que conservar para el resto de*

*vuestra vida... aunque suene egoísta por mi parte y lo que merezca sea caer en el olvido.*

—Es culpa mía, me quedaba un poco grande, pero quería llevarlo... —reconoció—. Lo mantendré en la cadena hasta que pueda reducirlo un poco y asegurarme de que no lo pierdo.

—¿Vas a buscarlo ahora?

—No. El conductor no ha terminado su turno. Me llamarán cuando lo lleve a la oficina. —Sonrió mientras iba a dejar su abrigo; con todo lo del anillo ni siquiera había tenido tiempo para eso. Luego fue a prepararse algo de comer—. Casi me da un infarto cuando he visto que no lo llevaba —comentó mientras se hacía un sándwich, sin reparar en que Carlos se había acercado a la ventana y permanecía de pie junto a ella, con la mirada perdida en el exterior—. En serio, me habría pegado. ¡Qué tonta! Dios, si lo llego a perder no me lo habría perdonado... Con lo que nos costó recuperarlo y todo lo que significa para ti, y yo...

Miró a su alrededor, extrañada al no oírlo, y entonces reparó en que se encontraba en el comedor. Terminó de hacerse el sándwich, cogió un plato y se dirigió hacia allí. Al ver que Carlos seguía sin prestarle la menor atención, carraspeó.

El soldado la miró de inmediato, como si acabara de despertarse de un trance.

—¿Perdonad?

—¿Estás bien?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Llevas un buen rato sin decir nada y sin escuchar lo que digo...

—Lo lamento, solo pensaba... —se excusó mientras rodeaba la mesa y se sentaba en el sofá, a su lado—. Me preguntaba si Glasgow se encuentra lejos de aquí.

—¿Glasgow?

—Sí. Es ahí a donde el señor Mackinnon dijo que se mudaba, ¿no?

Ariadna asintió, dudando de la intención de la pregunta.

—¿Quieres ir a verlo?

—Me gustaría, sí. Quisiera saber cómo le está yendo y creo que él

también agradecería saber cómo nos encontramos. ¿Habéis hablado con él recientemente?

—Lo cierto es que no... —admitió, sintiéndose algo culpable por el hecho de que ni siquiera hubiera vuelto a pensar en él. Se había marchado de su casa como una fugitiva y no había contactado con él para darle explicaciones al regresar a Dornie.

—Creo que iré mañana.

—¿Mañana? Pero mañana es mi primer día de trabajo y no... —Reparó entonces en que Carlos había usado la primera persona del singular—. Oh, quieres decir tú solo...

—Bueno, ahora que sé que me es posible hacerlo por mi cuenta... No es que no quiera que me acompañéis —se apresuró a aclarar al ver su expresión contrariada—, pero, bueno, también quisiera hablarle de nosotros, ya sabéis...

—Cosas de hombres.

—Sí... —Sonrió levemente—. Cosas de hombres...

Ariadna sonrió también, pero apartó la mirada y Carlos no pudo evitar sentirse culpable. No estaba seguro de si se imaginaba lo que pasaba por su cabeza o si se trataba solo de un sentimiento de despecho al pensar que no quería que fuera con él, pero de cualquiera de las maneras estaba haciéndole daño y no le gustaba.

—Está bien...

—¿No os importa?

—No... Estaré trabajando de todas formas, no sé durante cuánto tiempo. Por lo menos así no estarás solo...

Ariadna se terminó el sándwich en silencio, bajo la atenta mirada de Carlos, quien no podía dejar de sentirse un absolutamente miserable traidor pese a repetirse una y otra vez que aquello era lo mejor para ella. Cuando Ari encendió la televisión supo que era un intento por romper el incómodo silencio que se había establecido entre ambos. Decidió darle su espacio y limitarse a disfrutar de los últimos instantes a su lado.

No fue hasta la noche que Ariadna recibió la llamada de la estación de autobuses avisando de que el conductor había dejado allí su anillo. Carlos la

acompañó hasta allí y, a través de Ariadna, aprovechó para informarse del autobús que debería de coger al día siguiente para llegar a Glasgow, así como de sus horarios. Habría preferido poder aparecer en aquella ciudad sin más, pero no había estado allí nunca y no sabía cómo hacerlo.

En cuanto Ariadna recuperó el anillo se apresuró a volver a ponerlo en la cadena y se la colgó al cuello de nuevo.

—Te prometo que tendré más cuidado la próxima vez... —le aseguró con una mirada culpable. Carlos sonrió.

—Lo sé, no os preocupéis. Lo importante es que lo habéis recuperado. Además, es vuestro ahora, podéis hacer con él lo que queráis, incluso perderlo... —Sonrió.

—Ya. Supongo que puesto que ya no estás ligado a él, no te importa tanto...

—¿Perdonad?

—Es lo que parece... Antes sí que te hubiera preocupado que lo perdiera, que cualquiera lo encontrara y se lo quedara y no pudieras volver a dar conmigo... O igual no... —añadió suavemente.

—No me gusta lo que estáis insinuando, Ariadna.

—¿Es mentira?

—Por supuesto que lo es. Ese anillo tiene una gran importancia para mí, incluso ahora que no estoy ligado a él. Más aún ahora, de hecho, tras habérselo entregado —explicó a la defensiva. Luego respiró hondo—. Lo que quería decir es que, al fin y al cabo, es solo un anillo que, si bien representa mis sentimientos hacia vos, no los contiene. Estos seguirían ahí incluso si el anillo no existiera.

Ariadna dejó escapar un profundo suspiro.

—Volvamos a casa, tengo frío... —comentó mientras se encaminaba de vuelta. Carlos la siguió.

—Ariadna...

Ella continuó caminando.

Abrió la boca para intentarlo de nuevo, pero cambió de opinión antes de hacerlo. Si de verdad pensaba que el anillo solo le había importado por su enlace a él, tal vez era lo mejor, después de todo...



Al regresar a casa, Ariadna se sentó a cenar, de nuevo frente al televisor. Carlos evitó hablar por miedo a decir algo inapropiado, pero no quería marcharse dejándola enfadada con él, no quería que ese fuera el último recuerdo que ella conservara... ni el que él guardara de ella.

Cuando se levantó al cabo de un rato y le dijo que iba a acostarse, no pudo aguantar más.

—Esperad... —Ariadna se detuvo junto a la puerta del comedor y lo miró. Parecía aliviada, como si en el fondo hubiera estado esperando que se dirigiera a ella. Carlos se levantó y se acercó hasta encontrarse frente a frente —. Mi autobús sale por la mañana. Quizá no nos volvamos a ver antes de que me vaya a Glasgow...

—Oh, claro. —Ella no empezaba su turno hasta las doce.

—Ariadna... —Acercó sus manos a las de ella, entrelazándolas lo mejor que pudo teniendo en cuenta que solo lograba atravesarlas—. Siento si mis palabras os han disgustado, pero temo que me habéis malinterpretado. Creedme cuando os digo que os estoy totalmente agradecido por cuanto hicisteis para ayudarme a recuperar el anillo, que es muy importante para mí y si quiero que lo tengáis es debido a lo que representa y lo que significáis vos.

—Lo sé... —Asintió.

—Eso decís, pero vuestros ojos desconfían —susurró mientras acariciaba su mejilla.

Ariadna se llevó una mano hacia esta, inconscientemente, tras sentir el característico cosquilleo, y fijó sus ojos en los de él. La miraba con tantísimo amor que le costaba creer que estuviera mintiéndole; quizá fuera del todo sincero. Tal vez su mente estuviera llevándola a ver cosas que no estaban ahí, enturbiada por fantasmas (esta vez metafóricos) pasados.

—Te quiero... —susurró.

Aquello conmovió profundamente al soldado y estuvo a punto de hacer que echara por la borda todos sus planes. Lo quería, lo amaba, de eso no le cabía ni la menor duda. Tampoco dudaba de que esas palabras y su mirada constituirían su nuevo purgatorio durante el resto de sus días.

Sonrió, haciendo un titánico esfuerzo para resistir la tentación de responderle que él también, de volverle a repetir hasta que no le quedara la menor duda que la amaba como nunca había amado a nadie. Pasó la mano por su pelo y sonrió ante el estremecimiento de Ariadna.

—Podría pasarme el resto de mis días contemplándoos...

—Dejarías de hacerlo cuando empezara a arrugarme y convertirme en una abuela... —Sonrió. Carlos negó con la cabeza.

—Lo dudo...

Ariadna sonrió levemente mientras apartaba la mirada, no le gustaba pensar en eso. Sara había sacado el tema y desde entonces trataba de olvidarlo, de limitarse a «vivir el momento» como ella misma siempre le había dicho que debía de hacer, pero no podía evitar recordarlo.

—Me voy a la cama.

—¿Puedo acompañaros?

Ariadna lo miró, sorprendida, ¿lo había entendido bien?

—¿Quieres decir dormir en mi cama?

—En circunstancias normales, estando vivo, no se me ocurriría haceros tal proposición, pero teniendo en cuenta todo... Por supuesto —se apresuró a añadir—, lo entenderé si la respuesta es negativa.

Ariadna pareció pensárselo durante unos segundos, pero solo quiso dar esa impresión, había respondido un gran «sí» en su cabeza en cuanto le había hecho la pregunta.

—Sí, claro. Si estás seguro...

—Totalmente.

Pasaron la noche entre besos, caricias y susurros hasta que Ariadna no pudo retener los ojos abiertos por más tiempo y cayó dormida. Carlos, tumbado a su lado, se quedó mirándola durante toda la noche, tratando de grabar su rostro en su mente. No quería olvidarla. Si existía alguna posibilidad de poder conservar su recuerdo, quería aferrarse a ella aunque supusiera tener que sufrir el tormento de no volver a estar a su lado hasta el día del Juicio. No quería dejarla, no quería alejarse por segunda vez de alguien a quien había amado tanto y que, esta vez sí, además le correspondía, pero ella merecía mucho más, muchísimo, merecía todo cuanto pudiera

desear, y él no podía darle más que un anillo, un diario y su corazón.

—Os amo, Ariadna... —susurró a su oído—. Y os voy a amar siempre... Pasaré el resto de mis días aferrado a la esperanza de poder reencontrarme con vos en un futuro lejano, cuando también dejéis vuestro mundo... —La besó en los labios con dulzura y Ariadna esbozó una leve sonrisa—. Hasta siempre, mi amor, espero que seáis muy, muy feliz...

## 29

### Una carta desde el otro lado

Entreabrió los ojos cuando los primeros rayos de sol empezaron a iluminar su habitación y lo primero que hizo, aún adormilada, fue buscarlo a su lado, pero ese rincón de la cama estaba vacío. Giró la cabeza e inspeccionó la habitación, pero allí tampoco había rastro de él. Comprobó la hora en su móvil y vio que eran las diez. Carlos debía de estar subiendo al autobús en esos momentos, pero, por si acaso, probó suerte. Igual había cambiado de opinión...

—¿Carlos...? —susurró, insegura, pero solo obtuvo silencio como respuesta.

Se estiró y, tras envolverse en una chaqueta, salió de la habitación. Todo estaba en completo silencio, por lo que supuso que Beathan aún no se habría levantado. Sin hacer ruido se dirigió al comedor y, tras comprobar que Carlos no estaba allí, fue a hacerse el desayuno.

Sentada, con la mirada perdida en su vaso de leche, se preguntó si Carlos también estaría pensando en ella y cómo le iría solo. Le había dado la dirección de Duncan en Glasgow y se la había mostrado en un mapa que había memorizado, por lo que no debería de tener problemas para dar con él, pero no podía evitar sentir un nudo en el estómago al contemplar la posibilidad de que se perdiera o necesitara ayuda. Sacudió la cabeza y se reprendió mentalmente: no era ningún niño, solo estaba muerto, y justo por esto último no había nada que temer; estaría bien. Se preguntó cuándo regresaría, si volvería a verlo aquella misma noche, si estaría esperándola en casa al regresar del trabajo o, en cambio, pasaría la noche en Glasgow. No le había preguntado.

Empezó el trabajo a mediodía y, afortunadamente, estuvo demasiado ocupada como para pensar en Carlos, pero cuando terminó y se dirigió a casa, volvió a sentir aquel conocido cosquilleo en el estómago de los primeros días, cuando apenas empezaban a conocerse. Se preguntaba si Carlos estaría ya allí



y cómo le habría ido. También tenía ganas de decirle que le habían dado el trabajo.

Sin embargo, cuando llegó a casa se encontró con que Carlos aún no había regresado.

—Hey, ¿qué tal ha ido? —Beathan salió a recibirla con una sonrisa—. ¿Lo conseguiste?

—Sí...

—¡Genial! Sabía que lo harías. ¿Alguna propina? —Sonrió.

—Diez libras.

—¡Vaya!, y en tu primer día; debe de ser el exotismo español.

—O que soy una gran trabajadora.

—Hmmm... nah, exotismo... —Ariadna le hizo una mueca y desvió la vista hacia el comedor instintivamente—. ¿Y qué opina tu soldado español de tu nuevo trabajo de «tabernera»? ¿Lo aprueba? —preguntó, interpretando que su mirada iba dirigida a Carlos.

—Mi soldado español está de turismo en Glasgow.

—¿Glasgow?

—Sí... ehm... Ayer descubrimos que su enlace al anillo se ha roto, no preguntes por qué, y decidió ir a visitar a Duncan Mackinnon...

—Mackinnon... ¿Ese hombre de Dornie que puede oírlo, pero no verlo?

—Sí. No le pregunté si volvería hoy... Supuse que sí, pero no está, así que... —Se encogió de hombros—. Volverá mañana, supongo...

—Entonces, ¿todo bien entre vosotros?

—Sí. Eso creo...

—No pareces segura de nada.

Ariadna suspiró.

—Ayer estuvo algo raro. Desde antes de averiguar lo del anillo, incluso. Desde... desde que hablé con Sara por Skype, de hecho —suspiró con pesar—. Le hablé de Carlos y me dijo lo que pensaba de nuestra relación. Te lo puedes imaginar...

—¿Y Carlos lo escuchó?

—Puede... Es decir, yo estaba en la habitación con la puerta cerrada, pero creo que es posible que, aun así, oyera algo.

—¿Qué dijo exactamente? Si puede saberse...

Ariadna volvió a encogerse de hombros.

—Ya sabes... lo absurdo que es que tenga una relación con un fantasma, el poco futuro que tiene lo nuestro, etc., etc., etc. Carlos ya había comentado en alguna ocasión que todo esto no era justo para mí, así que si tenía dudas, seguro que aumentaron tras oír a Sara...

—¿Crees que no volverá?

Sintió un nudo en el estómago al oír la pregunta, aunque la posibilidad había cruzado su mente.

—No lo sé... Ayer pareció bastante aliviado al descubrir que no está ligado al anillo y, como ves, no ha tardado en aprovechar la situación...

—Quizá solo necesita un tiempo a solas; hasta ahora ha tenido que estar encerrado en un castillo o a tu lado en todo momento. No es que eso último sea malo —se apresuró a aclarar al ver su expresión—, pero si eres la única con la que puede hablar aquí y necesita pensar en vuestra relación, es normal que haya querido ir a visitar a otra persona con la que pueda comunicarse.

—No sé en qué puede tener que pensar... Es decir, si es cierto que me quiere, como ha dicho, y que quiere estar conmigo... ¿qué más tiene que pensar? La que tiene más que perder soy yo, y yo quiero seguir adelante a pesar de todo...

Esta vez fue Beathan quien dejó escapar un suspiro. Si fuera él quien hubiera muerto en lugar de Iveth y tuvieran la oportunidad de estar juntos siendo él un fantasma, seguramente también habría tenido dudas. Por más que la amara, le dolería ver cómo pasa toda su vida enganchada a un espectro, presa de todas las limitaciones que aquello conllevaría. Sin embargo, viéndolo desde el punto de vista de Ariadna... él también daría lo que fuera por poder volver a estar con Iveth, incluso siendo esta un fantasma. También estaría dispuesto a pasar el resto de sus días junto a ella pese a la tortura de no poder tocarla ni besarla. Eso no le importaba, para él merecería la pena, por lo que comprendía que Ariadna creyera que su relación con Carlos la merecía también.

—Bueno, de todas formas, ¿lo crees capaz de desaparecer sin más?, ¿sin despedirse?

—No... Según diría él: sería tremendamente descortés.

Beathan sonrió.

—Entonces no le des más vueltas, volverá tarde o temprano. ¿Quieres ir a algún sitio?

—Creía que trabajabas...

Beathan negó con la cabeza.

—Día libre. Venga, te invito a cenar.



Ariadna no tenía muchas ganas de salir. Si por ella hubiera sido, se habría quedado en casa. Pero sabía que de haberlo hecho no habría podido dejar de pensar en Carlos y habría acabado haciendo una montaña de un grano de arena, por lo que decidió aceptar la invitación. Beathan la llevó a un pub cercano de unos conocidos suyos y consiguió que, por lo menos durante unas horas, no pensara en Carlos. Pero al regresar a casa y quedarse sola en su habitación no pudo evitar volver a preguntarse dónde se encontraría y qué estaría haciendo. Miró su móvil y tuvo la tentación de llamar por teléfono a Duncan y preguntarle por él, si seguía allí y qué habían hablado, pero al final decidió no hacerlo. Esperaría. Después de todo, seguramente volvería al día siguiente.

El día siguiente llegó y cuando se despertó, Carlos seguía sin estar allí. Desayunó y se arregló para ir a trabajar, y Carlos siguió sin dar señales.

Las horas en el trabajo pasaron más lentas que el día anterior, apenas recibieron muchos clientes y eso no ayudó a mantener ocupada la mente de Ariadna. En cuanto terminó, cogió su abrigo y, sin perder un minuto, regresó a casa con la esperanza de que Carlos ya estuviera allí. Sin embargo, el hombre que aguardaba en el rellano era alguien muy distinto y más inesperado.

—Duncan... —Miró alrededor con la esperanza de que Carlos lo acompañara, pero parecía estar solo.

Él se incorporó con algo de dificultad, llevaba un rato esperándola sentado en las frías escaleras, cerca de su puerta, pero esbozó una amable sonrisa al verla.

—Ariadna... Me alegro de volver a verte.

—¿Qué...? ¿Cuánto tiempo lleva esperando?

—Oh, no mucho, no te preocupes. Te llamé al móvil pero no recibí respuesta, así que...

—Lo siento mucho, le quité el sonido para trabajar y... perdone. —Se acercó a la puerta rápidamente y la abrió—. Pase, hace frío aquí afuera. —Lo dejó pasar y entró tras él—. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Té?

—Sí, un té estaría muy bien, gracias. —Ariadna lo invitó a acompañarla a la cocina mientras se lo preparaba—. Siento haberme presentado así, sin avisar.

—No. No se preocupe... Solo me ha sorprendido verlo, pensaba que estaba en Glasgow, con Carlos... —añadió extrañada. ¿Dónde estaba él si Duncan se encontraba allí?

—Sí, lo estaba.

*Bien, por lo menos no se ha perdido...*

—¿Entonces...?

Duncan guardó silencio y Ariadna empezó a temerse que traía malas noticias. Terminó el té y fueron al comedor, donde se lo dejó encima de la mesa.

—Gracias.

—¿Qué ocurre, Duncan? —preguntó directamente, no estaba de humor para los habituales rodeos de aquel hombre.

—Carlos... —Intentó dar con la manera más adecuada de decir aquello, pero era más difícil de lo que había anticipado. Buscó bajo su chaqueta y sacó algo de su bolsillo interior—. Esto es para ti. —Le tendió un sobre cerrado—. Carlos me pidió que te lo diera... —añadió.

—¿Carlos?

—Sí. —La observó mientras abría el sobre y cuando sacó la carta que portaba dentro, aclaró—: Son sus palabras, yo me limité a pasarlas al ordenador.

Ariadna leyó el encabezamiento y sintió que se le encogía el estómago:

*Mi amada Ariadna:*

Volvió la mirada a Duncan, temiendo que sus sospechas estaban a punto

de confirmarse.

—¿Qué...? ¿Dónde está? ¿Se ha marchado? —preguntó.

Duncan suspiró.

—En la carta lo explica todo —susurró—. Me pidió que te la enviara, pero pensé que lo adecuado era traértela en persona.

Ariadna volvió la mirada a la carta y respiró hondo antes de empezar a leer, con el corazón latiéndole apresuradamente.

*Mi amada Ariadna:*

*Cuando leáis estas palabras ya estaré lejos, pero no quería marcharme sin despedirme, aunque sea de esta manera. Habría querido hacerlo cara a cara, pero sé que, en tal caso, es posible que no hubierais aceptado mi decisión y hubierais tratado de convencerme, de hacerme cambiar de parecer. Y, con toda seguridad, lo habríais conseguido, porque sería incapaz de negarme a nada de lo que me pidierais.*

*Ante todo quiero que os quede totalmente claro que os amo. No alberguéis duda alguna. Os amo más que a nada y a nadie en el mundo, más de lo que nunca he amado (sí, por descontado, incluida Amaia). Y es porque os amo y deseo lo mejor para vos que debo apartarme, pues yo no puedo proporcionároslo.*

*Supongo que ya lo dedujisteis, nunca he sido bueno ocultando mis emociones, pero no pude evitar escuchar parte de la conversación que mantuvisteis con vuestra amiga (totalmente inintencionado, os doy mi palabra) y no pude sino coincidir con la mayoría de las cosas que os dijo. Sé que si os hubiera planteado mis dudas habríais hecho lo posible por tranquilizarme y asegurarme que ya habíais pensado en todo eso, que no os importaba, pero no podéis evitar que a mí sí me importe. No enumeraré todas las cosas que imposibilitan el mantener una relación como la que podríais disfrutar con un hombre de carne y hueso, porque ya las conocéis, así que me limitaré a decir que quiero que seáis feliz y que yo, lamentablemente y muy a mi pesar, no tengo los medios para otorgaros esa felicidad. Nunca me perdonaría ser el responsable de arrebatáros la oportunidad de alcanzarla junto a otra persona.*

*Pese a todo, insisto en que podéis estar absolutamente segura de que os amo, y de que esta despedida me duele muchísimo. Espero que entendáis lo que me ha llevado a encontrar esta forma de decir os adiós, y que algún día podáis perdonarme por ello. Os aseguro que no lo había planeado, que el hecho de que mi enlace al anillo se rompiera no fue un alivio y mi oportunidad para llevar a cabo una huida programada, sino la ocasión para libraros de mí de la única forma que pensé podía funcionar.*

*Sé que estaréis enfadada y tenéis todos los motivos para odiarme, pero pienso que hago lo mejor para vos y eso es cuanto me importa.*

*Por favor, no os enojéis con el señor Mackinnon, os aseguro que hizo cuanto estuvo en su mano para convencerme de que volviera a vuestro lado, pero yo ya había tomado mi decisión y no había marcha atrás.*

*Ahora regresaré a Eilean Donan, de donde nunca debí salir, pero siempre estaré agradecido de haberos conocido. Ahora sé que, con total probabilidad, fuiste vos quien me liberasteis de mis ataduras al pasado. Creo que nunca estuve realmente unido al anillo, sino al pesar de no haber encontrado nunca a la persona adecuada a la que entregárselo. Hoy sé que esa persona sois vos, y no podría ser más dichoso. Si desaparezco a mi regreso al castillo solo espero que algún día, dentro de mucho, mucho tiempo, podamos reencontrarnos en otro mundo o en otra vida.*

*Siempre vuestro. Ahora y hasta que la muerte nos una para siempre.*

*Carlos*

Ariadna permaneció unos segundos en silencio tras terminar de leer la carta, tratando de digerir el hecho de que, al final, lo que tanto temía se había cumplido. Carlos se había ido y no iba a regresar. Vale, Beathan tenía razón en lo de que no se iría sin despedirse, por lo menos había dejado una carta, pero se había marchado sin más, sin darle la opción a réplica, sin dejar que ella expusiera su opinión porque ya la conocía...

—¿Cuándo se fue? —susurró sin apartar la mirada de la hoja de papel, algo incómoda al pensar que Duncan conocía el contenido de la carta.

—Esta mañana.

Suspiró sin saber qué decir, dobló la carta y la metió de vuelta en el sobre.

—O sea, que ha vuelto a Eilean Donan, después de tantos deseos y esfuerzos por abandonarlo...

—Estoy tan sorprendido como tú, querida.

—¿Qué le dijo?

—Básicamente lo que dice en la carta. Te quiere, muchísimo, de eso no tengas la menor duda, pero cree que no serás feliz a su lado, o no todo lo feliz que podrías ser...

—¿No debería de ser yo quien decidiera eso?

—Eso mismo le dije, pero insistió en que... en algo que, al parecer, dijo tu amiga, algo como que tú nunca te...

—Nunca me rendiría por más infeliz que fuera a su lado. —Suspiró negando con la cabeza—. Esa es solo la opinión de una persona.

—Lo sé. Pero por lo que a Carlos respecta, es la opinión de alguien que te conoce más que él mismo.

—Bueno, si se larga no va a poder conocerme mejor, ¿no?

—Ciertamente no.

—¿Qué puedo hacer? —Lo miró, implorante—. Es decir, ¿debería dejarlo marchar sin más y aceptarlo? ¿Debería ir a buscarlo?

—Lamento no poder ayudarte en eso. Carlos parecía seguro de su decisión, pero entendería que quisieras escucharlo de sus propios labios.

—¿Dijo algo más?

Duncan sonrió.

—Deberías preguntar más bien qué no dijo; pasó horas hablando de ti.

Ariadna intentó sonreír, pero le resultó imposible, ¿debía consolarle que hablara tanto de ella aunque no quisiera estar a su lado?

—Pensaba que estábamos bien... es decir, incluso me regaló su anillo. —Se lo enseñó sujetando la cadena.

—Oh, el famoso anillo. —Se inclinó para observarlo de cerca—. Toda una odisea la que sufristeis para conseguirlo, en especial tú. Deberías haber oído a Carlos hablar del momento en el que te arrojaste al lago para recuperarlo. Nunca he visto tanto orgullo y admiración en nadie al hablar de otra persona.

—Para lo que ha servido bien podía haberlo dejado en el lago —murmuró, ofuscada.

Duncan respiró hondo y tomó asiento a su lado.

—Ariadna... —Buscó su mirada—. No soy el más indicado para hablar de temas amorosos, pero creo que, decidas lo que decidas, deberías plantearte lo que tu decisión implicará. Ya... —Le hizo un leve gesto con la mano al ver que iba a protestar—. Ya sé que crees estar segura, pero si Carlos ha regresado a Eilean Donan, tal y como me dijo y como asegura en la carta, será cuestión de días que vuelva a desconectar por completo del mundo real. Eso significa que, pasado ese tiempo, no te recordará y continuará con su... «vida», en su... especie de plano paralelo. Lo que quiero decir es que tienes tiempo para pensarlo con detenimiento, plantearte los pros y los contras y tomar una decisión. Si decides seguir con tu vida, él seguirá con la suya, si por el contrario decides que quieres recuperarlo, puedes ir hasta allí e intentarlo. Pero debes estar completamente segura; no sería justo para ninguno de los dos de otra manera.

—Lo sé. —Apartó la mirada—. ¿Cree que estoy loca por haberme enamorado de un espectro? ¿Por querer pasar el resto de mi vida con un hombre que perdió la suya hace siglos?

—No... Lo que creo es que sobre el corazón no se manda, como se suele decir, y que si él está lo suficientemente vivo para enamorarse, aún más lo estás tú como para corresponderle. Y, al fin y al cabo, todos moriremos algún día. Él tan solo ha llegado ahí antes que tú.

Sonrió sin ganas. Recordando sus propias palabras a Beathan.

—¿Le dijo eso a él también?

—Si me lo hubiera preguntado, lo habría hecho. —Sonrió.

Ariadna deseó que hubiera sido así. Puede que no hubiera cambiado nada, pero siempre le quedaría la duda.



De vuelta en su habitación, en la parte más alta del castillo de Eilean Donan, a cientos de kilómetros de distancia del amor de su vida y sin ninguna esperanza de volver a recuperarlo jamás, Carlos habría roto a llorar de haber tenido lágrimas. En vez de eso, se limitaba a pedirle a Dios que acabara con aquella tortura y que, o bien le dejara abandonar aquel lugar de una vez por todas, o borrara de sus recuerdos todo rastro de Ariadna. No podía soportar pensar que en aquellos momentos, o muy pronto, estaría recibiendo su carta



de despedida, la noticia de que nunca regresaría, y saberse causante de tal dolor le hacía sentirse miserable, haciendo más insoportable tener que lidiar con esos recuerdos. Esperaba que pudiera perdonarle algún día, pero no contaba con ello, y no podía dejar de preguntarse si con su comportamiento habría acabado de firmar su sentencia para una eternidad en aquel purgatorio en forma de castillo. Sin duda lo merecería.

No pudo evitar recordar la expresión contrariada del señor Mackinnon cuando, tras hablarle de Ariadna, de todo por lo que habían pasado juntos durante esos últimos días, de lo mucho que la amaba, le había comunicado su intención de abandonarla.

«Entiendo que lo hicirais la primera vez», había comentado Duncan, «el corazón de esa tal Amaia no os correspondía. Pero Ariadna, por lo que me habéis dicho, está enamorada de vos».

«Y yo de ella», le había asegurado él, «por eso tengo que dejarla marchar...».

Sin duda, Ariadna pensaría que había sido un completo cobarde y todo lo opuesto a un caballero por irse así, dejando tan solo una carta, y tendría motivos para ello, pero sabía que de habérselo dicho en persona, de haberle comunicado sus deseos de regresar a Eilean Donan para dejarla libre y con una oportunidad mejor de ser feliz, Ariadna se habría negado a aceptarlo. Habría tratado de persuadirlo de la misma manera que había hecho en las ocasiones anteriores en las que había mencionado el tema de su relación.

No podía, se negaba a condenar a Ariadna a una vida en la que tuviera que estar escondiéndose para hablar con él o soportar las miradas de reprobación y comentarios de quienesquiera que la vieran hablar, aparentemente, sola. También se negaba por completo a privarla de la oportunidad de formar una familia, de ser madre. Que él nunca pudiera disfrutar de eso no era excusa para permitir que ella tampoco lo hiciera. Ni hablar.

Y luego estaba el hecho de no poder ofrecerle su propio cuerpo, de no poder entregarse a ella y hacerla disfrutar como se merecía. No podía convertirla en una novicia eterna entregada a un ente sobrenatural.

¿Por qué, si la había salvado de tantos infortunios, se sentía entonces tan

absolutamente mezquino?

*Porque voy a hacerle daño y es la última persona a la que querría lastimar en el mundo entero...*

Pero ya era tarde para dar marcha atrás y tampoco quería hacerlo. Había tomado una decisión y, como tantas otras veces en su vida, iba a seguir adelante y cargar con las consecuencias; en aquel momento concreto, con la tortura de vivir separado de lo único que daba sentido a aquella existencia.



—Se ha ido...

—¿Qué? ¿Quién? ¿Carlos?

Con los ojos hinchados por las lágrimas, Ariadna permanecía sentada bajo una manta en uno de los extremos del sofá. Hacía un rato que Duncan se había marchado de vuelta a Glasgow y Beathan acababa de llegar a casa. Dejó su abrigo sobre una silla y se sentó a su lado.

—Ha regresado a Eilean Donan —le explicó.

—Pero ¿por qué? ¿Os habéis peleado?

Ariadna negó con la cabeza y le pasó la nota sin mirarlo a los ojos.

—Se la dictó a Duncan —aclaró.

Beathan la leyó con rapidez y su expresión cambió de la sorpresa al pesar. Suspiró y la miró a los ojos:

—Lo siento mucho, Ari. —Apretó uno de sus hombros afectuosamente—. ¿Quieres que te lleve hasta allí?

—¿A Eilean Donan? ¿Para qué? Es obvio que ya ha tomado una decisión...

—Quizá cambie de idea.

—Es posible, pero por eso se fue y me mandó la carta: no quiere cambiar de idea. Piensa que soy, no sé, demasiado joven o estúpida como para poder tomar decisiones por mi cuenta.

—No creo que piense eso.

—Voy a matar a Sara...

—¿Ves? Eso sí que sería una estupidez. Sobre todo ahora que no habría forma de que Carlos se enterara para ir a visitarte a prisión...

Ariadna sonrió levemente, sin ganas.

—No sé qué hacer. Carlos es la única razón por la que sigo en Escocia.

—¿Por qué? ¿Los fantasmas no pueden subir en los aviones?

Iba a replicar, pero se dio cuenta de que tenía razón: no seguía en Escocia por Carlos. Desde el momento en el que recuperó el anillo podían haberse ido a cualquier sitio, de vuelta a España, incluso, pero no lo habían hecho y ella ni siquiera se lo había planteado.

—No tengo nada ni nadie por quien volver a España...

—¿Tu familia? ¿Amigos?

—Sara era mi mejor amiga, y paso de aguantar los reproches de toda mi familia ahora que mi madre les habrá informado de lo ocurrido con Iveth. No tengo nada ni nadie por quien volver a España —repitió.

—Bueno, entonces quédate aquí. Tienes un trabajo y puedes seguir viviendo conmigo si quieres, me ayudará compartir gastos.

—¿Estás seguro?

—Totalmente.

# 30

## Hasta que la muerte...

Al igual que Beathan con Iveth, Ariadna intentó seguir adelante, pero a diferencia de él, ella sabía que la persona de la que estaba enamorada seguía existiendo a unos cuantos cientos de kilómetros, y eso no era fácil de pasar por alto. Aunque trató de centrarse en el trabajo y acabó convirtiéndose en una experta en ocultar sus sentimientos, cuando accidentalmente tropezaba con alguna de las miles de postales de Eilean Donan que inundaban las tiendas de suvenires de la ciudad o, en la soledad de su cuarto por la noche, no conciliaba el sueño de inmediato, no podía evitar volver a pensar en Carlos.

Habían pasado casi dos meses desde que se marchara y la llegada de la Navidad y los planes de reuniones familiares a su alrededor no ayudaban a aliviar ese vacío que la acompañaba desde hacía tiempo. Beathan se había pedido el día de Navidad para pasarlo con su familia, pero ella no tenía ningún plan mejor y había aceptado trabajar.

Era la primera Navidad que Ariadna no celebraría junto a su familia, por lo que prefería mantener la cabeza ocupada en otros temas. No había vuelto a hablar con su madre desde aquel día en Edimburgo: la había llamado en varias ocasiones, también dejado algún que otro mensaje, pero nunca había recibido respuesta, lo que le confirmaba su decisión de no querer volver a saber de ella. Mentiría si dijera que no le afectaba, que no la echaba de menos ni se sentía culpable; por eso decidió escribirle una carta. Las palabras escritas no podían eludirse cortando una llamada y, una vez recibidas, poca gente se resistía a leerlas.

Mientras escribía su carta no podía evitar enviar miradas fugaces a la de Carlos. Aunque había pasado por varios escondites entre los que se incluía el fondo del cajón de su ropa interior y, durante un par de días, incluso la papelera, había acabado presidiendo una esquina de honor sobre su escritorio.

El teléfono comenzó a sonar por quinta vez esa semana (y ya había

perdido la cuenta de cuantas durante los últimos dos meses). De nuevo, el nombre de Sara apareció en la pantalla. No había vuelto a hablar con ella desde que le diera las gracias en un mensaje por conseguir que Carlos la dejara y, segundos después, se sumergiera en una discusión por Skype de diez minutos que acabó en lágrimas y reproches. Desde entonces se había negado a responder sus mensajes de texto, que últimamente borraba sin mirar, y a coger sus llamadas.

Ese día, sin embargo, quizá por la escritura de la carta a su madre, tal vez por las fechas, su muro parecía haber comenzado a resquebrajarse y, finalmente, se rindió y cogió el teléfono.

—¿Ari? —La voz de Sara era apenas un susurro, como si quisiera evitar asustarla y que colgara.

—Sí. —Suspiró.

—¿Estás en casa?

—Ajá...

—¿Me abres la puerta?

Ariadna frunció el ceño y durante unos segundos no supo qué decir mientras pensaba en la implicación de sus palabras. Luego, sin responder, salió de su habitación y se acercó a la puerta de entrada, que abrió sin soltar el teléfono. Al otro lado se encontraba Sara, con el suyo en una mano, aún junto a la oreja, y una maleta en la otra.

Ariadna colgó el teléfono a la vez que su amiga y antes de que aquella pudiera decir algo más, la abrazó.



—¿Es esta...? —Sara señalaba el sobre que contenía la carta de Carlos. Ariadna asintió.

Habían pasado la última hora en una mezcla de disculpas y resúmenes de todo lo acontecido durante los últimos meses, y Sara había podido notar el cambio que Ariadna había sufrido desde la última vez que hablaran de manera más o menos civilizada. Desde la primera vez que ella le hablara de Carlos.

—Sí. No sé qué hacer con ella... —reconoció.

Leerla solo la hacía recordar, y los recuerdos dolían, pero tampoco

quería tirarla. Ni esconderla. Le gustaba tenerla ahí, a la vista. Puro masoquismo, según parecía.

—¿Puedo...?

Se encogió de hombros mientras tomaba asiento en su cama, con la mirada perdida en la ventana. La nieve cubría los tejados de los edificios sobre los que asomaban pequeñas y esbeltas chimeneas.

Sara se sentó a su lado y leyó la carta en silencio. Aún no estaba segura de creer todo aquello, probablemente no lo haría hasta que, al igual que Beathan, viera una prueba con sus propios ojos, pero había hablado con él por teléfono y el chico parecía estar tan convencido de la existencia de Carlos como Ariadna.

Asumiendo que todo fuera cierto, que esa carta hubiera sido dictada por un soldado fallecido en el siglo XVIII, le resultaba muy sencillo creer en la veracidad de las palabras ahí escritas. Si ese hombre era real, no le quedaba duda de que estaba enamorado de su amiga, y saltaba a la vista que ella también lo estaba de él. Lo decían sus ojos, una mirada que tanto le recordaba a la que ella misma había visto en su espejo cada una de las veces que le habían roto el corazón.

Y ninguna de ellas había recibido una carta como esa, ni el equivalente en palabras.

Dobló la carta con cuidado, la metió en el sobre y lo dejó en el lugar del que lo había cogido.

—¿Aún conservas el diario?

Ariadna asintió nuevamente, se levantó a cogerlo y lo dejó sobre el regazo de Sara.

—Voy a hacer la comida —le dijo, acto seguido.

Sara asintió y, mientras Ariadna desaparecía de la habitación, ella se quedó allí leyendo estas páginas.

Cuando Ariadna la llamó para comer, Sara apareció en la cocina y la observó en silencio mientras aquella, ajena a su presencia, llevaba los platos a la mesa y se sentaba. Se sentía como la bruja del cuento al ser la responsable de haber roto aquella extraña, pero a todas luces sincera, relación.

—¿Has vuelto al castillo?

Ariadna levantó la mirada, extrañada,

—¿A Eilean Donan? No...

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—¿Para qué?

—Si yo estuviera en tu lugar, querría que me dijera a la cara lo que tuviera que decirme...

—No. Si tú estuvieras en mi lugar, probablemente te encogerías de hombros, saldrías de fiesta y al día siguiente ya tendrías a otro hombre a tus pies... O eso o habrías contratado a un exorcista.

Sara rio.

—O una combinación de ambas opciones. —Sonrió. Luego la imitó y se sentó a la mesa—. Pero tú no eres yo. Tú, pese a todo, aún crees en los finales felices, y yo no tengo derecho a arrebatarte eso. Eres mucho más fuerte que yo, si alguien puede hacer que una relación así funcione, creo que esa eres tú.

—¿Y qué pasa con todos los inconvenientes que veías? No poder tocarlo ni que él me toque...

—Siempre puedes tocarte tú misma, ¿no es lo que hacemos todas, incluso teniendo a alguien de carne y hueso?

—¿Y que todos me miren porque crean que hablo sola?

—Me pasa a menudo, y yo sí que hablo sola.

—¿Y lo de envejecer y que él no lo haga?

—¿Bromeas? ¿Tener un amante que se quede eternamente en los treinta, pero que siga madurando interiormente? ¿Dónde hay que firmar?

Ariadna sonrió un poco. Había echado de menos a Sara y su optimismo, y ahora que la apoyaba se sentía revitalizada.

—¿Hablas en serio o solo lo dices para animarme?

—Ambas cosas. Hablo en serio y lo digo para animarte a mover el culo y plantarte en ese castillo, a ser posible conmigo: no quiero perderme nada.



Por el trabajo de Ariadna tuvieron que esperar al día después de Navidad, pero el mismo 26, Sara y ella salieron en tren en dirección a Inverness, y al día siguiente cogieron un autobús hasta el castillo de Eilean

Donan.

Ariadna estaba tan nerviosa que, en realidad, apenas había hablado desde que salieran. Se limitaba a responder a las preguntas y comentarios de Sara y, cuando esta guardaba silencio, se volvía a perder en sus pensamientos. No sabía si Carlos la recordaría tras tanto tiempo si había regresado a su mundo espectral. Todo apuntaba a que sí, pues incluso había recordado a Duncan después de cinco años, pero aunque ese fuera el caso y se acordara de ella, no estaba segura de cómo reaccionaría: ¿se alegraría de verla?, ¿le disgustaría que no se hubiera limitado a aceptar sus palabras?, o, lo que era peor, ¿se habría acostumbrado ya a su ausencia y no tendría interés en intentarlo de nuevo?

—Si sigues retorciendo así los guantes, pronto tendrás mitones.

—¿Qué...? —Ariadna siguió su mirada hasta sus propias manos, con las que parecía estar llevando a cabo algún tipo de tortura sobre sus guantes de piel. Los soltó de inmediato.

—¿Es ese el castillo?

—¡¿Qué?! —Casi saltó de su asiento para mirar por la ventanilla del autobús junto a la que se sentaba ella. Había estado tan absorta en sus pensamientos que ni se había dado cuenta de que Eilean Donan ya se encontraba a la vista—. Sí, sí. —Se apresuró a ponerse la bufanda y su abrigo—. Es la próxima parada, está justo enfrente —explicó.

Sara la imitó y también se colocó su chaqueta y guantes. Aunque no estaba ni de lejos tan exaltada como Ariadna, sí que sentía un ligero cosquilleo en el estómago: no todos los días se encontraba a punto de presenciar actos paranormales...

Bajaron del autobús en la parada de Dornie y, tras coger las únicas dos mochilas que llevaban de equipaje, se dirigieron hacia el castillo. Ariadna cruzó el puente despacio, oyendo pero sin escuchar realmente las palabras de admiración de Sara sobre Eilean Donan. Coincidió con ella en que parecía un castillo de cuento con la nieve cubriendo por completo tanto la construcción como las colinas que se extendían por detrás, pero Ariadna estaba demasiado ocupada rastreando con la mirada cada rincón y cada ventana.

Cuando cruzaron la puerta de entrada al patio y subieron las escaleras



para dirigirse al interior, no pudo evitar detenerse a mitad de camino, obligando a Sara a parar en seco para no chocar con ella.

—Hey, ¿qué haces? —protestó. Ariadna dirigió la mirada hacia su derecha, a la ventana desde la que lo había visto por primera vez, pero allí no había nadie—. Tierra llamando a Ari —insistió Sara—. ¿Lo has visto, cielo?

—No... —Sacudió la cabeza y siguió subiendo.

Recorrieron el castillo despacio, tanto para intentar no alarmar a los otros turistas y a los vigilantes como para que Sara pudiera disfrutarlo. Pero Ariadna no prestaba ninguna atención al mobiliario y las habitaciones, y sintió que la visita se le hacía eterna. Conforme cruzaban las distintas salas y seguía sin ver señales de Carlos se fue impacientando más, y cuando llegaron a la última planta empezó a desanimarse pensando que no lo encontraría. Se le ocurrió entonces que era posible que estuviera en el ático, y con la ayuda de Sara logró escabullirse y subir hasta allí sin ser vista. No tardó en desandar sus pasos y regresar junto a ella.

—¿Nada? —se aventuró Sara al ver la decepción en su rostro. Ariadna volvió a negar con la cabeza—. Lo siento. ¿Es posible que no esté aquí? ¿Que se encuentre en el pueblo, quizá?

—Es posible... —Se encogió de hombros—. Ahora que ya no está ligado al anillo podría estar en cualquier parte...

—Ya —suspiró—. Bueno... ¿qué te parece si buscamos un sitio donde sirvan alcohol y comida caliente y luego lo intentamos otra vez?

Ariadna asintió, resignada; no había mucho más que pudieran hacer y, de todas formas, tenía hambre y frío. Tampoco diría que no a la bebida...

Caminaron hacia Dornie mientras Ariadna se hacía mil y una preguntas.

—¿Y si no está aquí?

—Pero en la carta dijo que lo estaría...

—En la carta no esperaba que yo fuera a venir a buscarlo, no es como si me dejara una dirección para que le escribiera o visitara. Igual pensó que lo haría y decidió mudarse a otro sitio...

—Fantasmas que realizan mudanzas, esto mejora. —Ariadna le dedicó una mirada de reproche que Sara ignoró—. ¿Se intercambian las casas encantadas o algo así? —añadió.

—Igual sí que estaba en el castillo y se ha escondido...

—Es posible, después de todo eres su ex...

—¡No me ayudas, Sara!

—Está bien, está bien, pongámonos serios. Ari, saca la ouija y expliquémosle un par de cositas a... ¡Ay! —Se frotó el brazo que Ariadna acababa de golpearle—. ¡Qué agresividad! No sé si deberías beber esta noche, ¿eh?

—Oh, no... —Ariadna se detuvo de repente, mirando hacia un establecimiento cerrado.

—¿Qué ocurre?

—The Clachan... está cerrado. Este es el otro sitio en el que esperaba poder encontrarlo...

—Bueno, si está cerrado no creo que él esté ahí, sería algo patético de su parte.

—Es un fantasma, puede entrar en contacto con los soldados con los que vino aquí, o por lo menos con los eventos que vivió estando aquí... Para él podría estar abierto. —Suspiró.

Se acercaron al hotel de Dornie y, tras registrarse y dejar sus mochilas, bajaron al restaurante a comer algo. Tampoco allí encontró rastro de Carlos así que, tras la comida, decidió probar de nuevo por su cuenta mientras Sara aprovechaba para dar un paseo por el pueblo.

De vuelta en el castillo tuvo que ignorar los cuchicheos del vigilante y un trabajador cuando volvió a dejar atrás, por segunda vez en un par de horas, la puerta de entrada al puente. Sabía que la recordaban no solo de ese día, sino de su visita meses atrás, pero ya había aprendido a hacer caso omiso de miradas, risitas y cotilleos.

Una brisa gélida procedente de las cumbres nevadas la hizo estremecerse. Conforme el sol empezaba a emprender su camino tras las montañas el frío se acrecentaba, y cuando se escondiera sobre las cuatro de la tarde desearía estar de vuelta en el hotel. Pero estaba decidida a no regresar hasta que lo encontrara.

Continuó caminando por el puente mientras inspeccionaba desde allí las ventanas, en especial las del ático, pero no vio movimiento, por lo que

continuó y cruzó la puerta principal para entrar en el patio. Iba a dirigirse a las escaleras para ir al edificio principal del castillo cuando una figura con un vestuario que no habría podido pasarle desapercibido captó su atención. Ahí estaba, junto al mirador, en el mismo lugar en el que se encontraba la primera vez que habló con él. Sintió su corazón acelerarse cada vez más conforme se acercaba a su lado, temiendo su reacción pero esperando que esta fuera positiva, que la hubiera echado de menos y se alegrara de volver a verla. Vio cómo Carlos levantaba un catalejo y, al igual que había hecho también cuando se encontraron, miraba hacia el lago a través de él. Ariadna se acercó entonces, pero cuando solo estaba a un par de metros, Carlos levantó la mano izquierda y dio al vacío una orden que Ariadna ya había oído antes:

—Mantened vuestras posiciones. Permaneced alerta pero no disparéis. Repito: no abráis fuego hasta que dé la orden.

*Ha vuelto a esa especie de bucle fantasmal...*

No era que no lo esperara, sabía no solo por Duncan, sino por su propia experiencia aquella noche en The Clachan que aquello acabaría pasando. Respiró hondo, cogiendo tanto aire como valor, y se acercó a él.

—¿Capitán Vásquez...? —susurró mientras tocaba ligeramente su hombro, que sus dedos atravesaron. Carlos se encogió en un leve estremecimiento, pero no pareció reparar en qué lo había producido.

—Ahora no, estoy... —Se detuvo a mitad de la frase y Ariadna sonrió, suponiendo que había reconocido su voz. Carlos se giró y le dedicó una mirada perpleja.

—Hola... —lo saludó ella.

Carlos frunció el ceño como respuesta. Eso ya no le gustó tanto.

—¿Qué hacéis aquí, señora? Este es el lugar más peligroso en el que podríais estar ahora mismo —la reprendió. Ariadna se quedó sin habla, incapaz de encontrar las palabras. No la recordaba... Carlos dio un paso hacia ella y ladeó un poco la cabeza mientras entrecerraba los ojos, intrigado—. ¿Nos conocemos?

—Ehm... —Ariadna dudó. Si de verdad no la recordaba, no creía que ayudara que le respondiera que habían salido juntos.

Carlos sacudió la cabeza.

—No importa, no hay tiempo para presentaciones. Tengo que pedirlos que abandonéis el castillo de inmediato.

Ariadna suspiró y asintió, sabía lo que venía después y de nada serviría intentar hacerle entrar en razón en esos momentos, justo antes del ataque al castillo. Se dio la vuelta y entonces reparó en que Carlos no estaba solo: varios hombres vestidos de manera similar a él permanecían en sus posiciones, sujetando sus respectivas armas y con la atención fija en él. Los ignoró igual que ellos la ignoraban a ella y caminó hacia la salida sin decir nada más, sintiendo la mirada de Carlos fija en su espalda.

—¿Quién demonios ha traído a esa mujer? Desde luego escogéis siempre el momento más adecuado... —lo oyó protestar.

Ariadna decidió regresar hasta el puente y permaneció allí, a la espera de que aquel bucle acabara, pero... ¿y si no lo hacía? La primera vez le había costado cierto tiempo «arrastrarlo» de vuelta al mundo real. Había supuesto que esta vez sería más sencillo, que simplemente con verla recordaría, como aquella noche en el pub, pero quizá...

Se encogió de hombros, quizá había pasado demasiado tiempo en su propio mundo, era cierto que con Duncan no le había llevado tanto recordarlo, pero eso había sido cuando ya era consciente de esta realidad.

Se sentó en uno de los lados del puente y suspiró, sin saber qué hacer. Igual era mejor dejarlo así. Carlos no la recordaba, por lo que no podía echarla de menos; no lo estaba pasando mal por ella, no la necesitaba...

Se cubrió la nariz con la bufanda y esperó hasta que el sol desapareció tras las montañas. Cuando el castillo se iluminó con la luz artificial le devolvió recuerdos de sus primeros días allí, cuando la magia aún no se había roto, cuando acababa de empezar... Recordó todo lo que había pasado desde entonces, todo lo que habían pasado juntos Carlos y ella, y se preguntó de qué había servido. Sí, habían compartido muy buenos momentos, pero ¿todo para qué?, ¿para acabar así? Se habían enamorado, iniciado una historia que iba a terminar en un olvido y un corazón roto. Todas las vicisitudes que habían pasado para sacar de allí a Carlos, para otorgarle la libertad, habían sucedido solo para que después acabara regresando por voluntad propia a aquella prisión intemporal. ¿Qué sentido tenía todo?



Cuando Sara regresó a la habitación se encontró a Ariadna tendida en la cama viendo un programa de televisión.

—Por tu expresión deduzco que no has tenido mucha suerte con tu soldado... —Ariadna respondió algo que sonó más a un gruñido—. ¿Aún no hay señales de él?

—Sí, estaba en el castillo.

—¿Y supongo que no se alegró mucho de verte? —Arrugó la nariz temiendo la respuesta.

—No me reconoció.

—Oh.

—Sí... Es decir, no es que no hubiera contado con esa posibilidad, pero mantenía la esperanza de que no pasara.

—Ya, pero hablaste con él y lo hiciste recordar, ¿no?

—No...

—¿No?

—No.

—¿Por qué no?

Ariadna se encogió de hombros.

—No lo sé... ¿Debería? O sea, él ya no me recuerda...

—¿Seguro? ¿Y si finge no hacerlo?

—No, no parecía fingir. Se sorprendió al verme, pero su expresión parecía más de «¿qué coño hace esta tía aquí?», que de «¿qué hace aquí el amor de mi vida?»; fue más la mirada que el príncipe le dedicaría a Cenicienta de presentarse en el baile vestida de campesina, que la que recibiría al ver que ha encontrado a la propietaria del zapatito de cristal.

—Cielo, necesitas volver al periódico, estás desperdiciando tus dotes de escritura en ese pub.

—Si fingiera, lo notaría —continuó Ariadna—. Y entonces sí que no me molestaría en intentar que me «recordara», sería bastante obvio que no quiere hacerlo.

—Vale, pero si ese no es el caso y, simplemente, no te recuerda, ¿por qué no intentas que lo haga?

Ariadna suspiró, girándose para quedarse bocarriba sobre la cama, y fijó la mirada en el techo.

—No sé si es lo correcto. Quiero decir... nuestra relación será difícil para ambos, no solo para mí, y ahora mismo él está bien en su mundo. —Se encogió de hombros—. Ni siquiera me recuerda. Si le hago hacerlo...

—¿Es eso lo que quieres?

—Sabes que no. Quisiera que me recordara, que se hubiera alegrado de verme y quisiera regresar conmigo, pero ahora que sé que no me reconoce... siento que sería egoísta por mi parte intentar hacerle recordar para que luego, quizá, siga sin querer intentarlo y tenga que volver a pasar por todo...

—Ari, cielo, creo que le estás dando demasiadas vueltas. ¿Por qué no dejas de pensar en lo que él podría querer o decir o cómo podría reaccionar y te limitas a pensar en lo que tú quieres? Al fin y al cabo, si alguien ha sido egoísta aquí ese ha sido él, dejándote con una carta y volviendo hasta aquí para olvidarse de todo mientras tú te ves obligada a recordarlo y lidiar con su partida. Es hora de que empieces a pensar en ti.

—Ya...

Sabía que Sara tenía razón en parte, pero también que no era objetiva porque quería lo mejor para ella y a Carlos no lo conocía. Tampoco había tenido mucha suerte en sus propias relaciones y hacía tiempo que se había negado a tener ninguna de larga duración. No era el mejor modelo a seguir en esos temas.

—¿Entonces?

—Necesito pensarlo...

—¿Lo pensamos con una pinta mientras cenamos?

Sonrió.

—¿Sabes? Te adaptarías rápido a la vida de aquí.

Sara se encogió de hombros.

—No hay mucho más que hacer, ¿no? Además, le he echado el ojo a un par de highlanders y, bueno, si no hay suerte con el soldado, quizá puedas encontrar sustituto...

Ariadna rio, definitivamente la había echado de menos.



Intentó no pensar en Carlos durante la cena, aunque no pudo evitar mirar a su alrededor en un par de ocasiones en las que le pareció escuchar su voz. Cuando terminaron no eran más de las 9:30, pero hacía horas que había anochecido y la sensación era de ser mucho más tarde. Ariadna solo quería irse a la cama y consultar con la almohada qué hacer al día siguiente con respecto a Carlos. No podía quitarse de la cabeza que se encontraba a solo cinco minutos a pie de allí, lo echaba tanto de menos..., pero se obligaba a recordar que para él ahora mismo no era más que una completa extraña.

—Me voy a la habitación, Sara.

—¿Tan pronto? Venga ya, quédate a tomar algo en el bar, anda...

—No me apetece.

—Bueno, pues acompáñame mientras me fumo un cigarro fuera.

—¿Para que en lugar de congelarte tú sola lo hagamos juntas?

—Exacto. —Sonrió—. ¿Por favor...?

Ariadna suspiró y accedió.

—Dame un minuto.

Subió a la habitación y bajó al poco con el abrigo, la bufanda y los guantes.

—Exagerada... —Se quejó Sara mientras abría la puerta del hotel.

—¿Exagerada? Espera a saliiiiiiir —El final de la palabra se convirtió en un grito cuando una gélida brisa la golpeó en la cara.

—¡Ostras! Sí que hace frío, sí —protestó Sara entre risas.

—Te lo dije.

—Bueno, uno rapidito —dijo mientras se encendía un cigarro, lo ponía en su boca y se cerraba hasta arriba la única chaqueta que llevaba.

—Te vas a congelar.

—Tranquila, luego voy a abrazarme al moreno ese de dentro.

Ariadna rio sacudiendo levemente la cabeza.

—¿Caminamos un poco para entrar en calor?

Comenzó a andar en dirección al inicio del pueblo seguida de Sara. Respiró hondo y levantó la vista al cielo, repleto de estrellas perfectamente visibles gracias a la poca iluminación del lugar. Caminaron en silencio, pasando por delante de The Clachan, hacia cuyo interior Ariadna no pudo

evitar dirigir una rápida mirada, y por delante de la casa de Duncan, donde todas las luces estaban igual de apagadas. Continuaron caminando hasta la cuesta que marcaba el inicio del camino que llevaba desde el pueblo a la carretera y allí, a lo lejos, pudieron ver Eilean Donan iluminado, como un fantasma dorado flotando sobre el lago.

—Vaya... —se sorprendió Sara, que aún no lo había visto así.

—Sí, es aún más bonito por la noche.

Se quedó embobada observándolo, preguntándose si Carlos estaría en su habitación en lo más alto, cuando una luz ambarina móvil cercana al castillo, como la de un fuego, captó su atención. Se encontraba en la isla, fuera de los muros del castillo, cerca del poste que ondeaba la bandera escocesa.

—¿Volvemos? Me estoy helando —sugirió Sara, quien se había terminado el cigarrillo en un tiempo record.

—¿Ves eso?

—¿El qué?

—Allí, junto al castillo, al lado derecho. —Apuntó con su dedo hacia la hoguera. Sara acercó su cabeza a la de Ariadna y siguió la dirección de su brazo—. Como una hoguera en la isla...

—Hmmm... no, lo siento, cielo, no veo nada. —Ariadna frunció el ceño, confusa, la hoguera era claramente distinguible en la oscuridad que rodeaba el castillo. Se preguntó si...—. Venga... —Sara se giró y empezó a bajar la cuesta de vuelta al pueblo. Al ver que Ari no la seguía, se volvió—. ¿Vienes?

—Adelántate tú, tengo que comprobar algo...

—¡Ari!

—¡Enseguida vuelvo!

Corrió hacia el camino que cruzaba bajo la carretera y lo siguió hacia el castillo. No sabía qué esperar, cabía la posibilidad de que lo que había visto fuera simplemente una fogata de un grupo de excursionistas, o que se tratara en realidad de Carlos... Pero incluso de tratarse de él, ¿qué iba a hacer? ¿Presentarse de nuevo ante él y su grupo de soldados fantasma y sentarse con ellos a contar historias alrededor de un fuego espectral? Lo más probable era que la enviara de vuelta al pueblo, «a salvo».



Aun así, tenía que ir. Quería volver a verlo aunque fuera solo de lejos.

Cuando estuvo en la orilla frente al castillo comprobó que, efectivamente, había una hoguera en la explanada que rodeaba el edificio por el lado derecho. También pudo identificar la presencia de algunas figuras, pero desde allí se le hacía imposible ver quiénes eran. Cruzó el puente con cierto recelo y luego, al llegar al otro lado, caminó intentando no hacer ruido, algo que resultó ser más difícil de lo esperado dada la cantidad de guijarros que cubrían el lugar. Al final lo logró y, al llegar a la parte cubierta de hierba, caminó con más seguridad, consciente de que el sonido de las pequeñas olas que rompían contra la parte de atrás del castillo ahogaría por completo sus pasos en ese terreno. Cuando se encontraba a unos diez metros de la hoguera, oyó unas voces masculinas y sintió ese característico cosquilleo en el estómago al reconocer la de Carlos. Aun así, decidió ocultarse, por lo menos hasta que supiera qué decirle, algo que ni siquiera sabía si sucedería aquella noche.

Se acercó a unos matorrales y se escondió tras ellos; desde ahí podía observarlos sin ser vista, aprovechándose de la oscuridad de esa parte de la isla en contraposición a la del castillo y la hoguera. Se incorporó lo justo para verlos y confirmó que se trataba de Carlos y otros cinco soldados vestidos con uniformes similares. Parecían encontrarse cocinando algo y comiendo alrededor de la hoguera mientras hablaban de sus cosas. No daban la impresión de estar preocupados por la llegada de las fragatas británicas, por lo que Ariadna se preguntó si aquella escena habría tenido lugar antes de que eso ocurriera. No tenía la menor idea de cómo funcionaban aquella especie de «flashbacks» espectrales, pero era lo que tenía más sentido, al parecer no se seguían de manera cronológica.

Centró la atención en Carlos. Recostado sobre un codo, con su sombrero a un lado en el suelo, sostenía sobre la mano derecha una taza de la que bebía de vez en cuando. Attendía en silencio las conversaciones del resto de hombres, sonriendo levemente cada vez que bromeaban sobre algo, pero le pareció que, en general, daba la impresión de tener la mente en otro sitio. En un momento dado dirigió la mirada al cielo y se limitó a contemplar las estrellas hasta que uno de sus hombres le interpeló.

—¿Capitán?

Carlos dirigió la mirada hacia él de inmediato, como saliendo de un trance.

—¿Sí?

—¿Qué opina usted, señor? —le preguntó el soldado de aspecto más joven.

—¿Sobre qué?

Los otros rieron.

—Las *selkies*, focas que se transforman en mujeres y seducen a los hombres.

—¿Perdón?

—Me parece que nuestro capitán está demasiado centrado en su propia *selkie* española como para interesarse en las extranjeras —comentó otro de los hombres, de aspecto mayor.

Ariadna sonrió con cierto pesar. Recordaba haber leído sobre aquella conversación en su diario, se referían a Amaia.

Carlos negó con la cabeza mientras intentaba mantener una sonrisa.

—No hay ninguna *selkie* ni tampoco ninguna mujer; he dejado todo eso atrás... —Suspiró.

—Puede que lo haya dejado atrás, pero en su cabeza sigue bien presente.

—No sé de qué habla.

—¿Entonces nos acompaña al pub a ver si pescamos alguna *selkie*?

—Tal vez en otro momento —respondió forzando una sonrisa.

El teniente rio.

—Lo que yo decía... ¿y qué le pasó a su española?

Carlos dejó escapar otro suspiro mientras apartaba la mirada, se notaba que no quería hablar de ello.

—Simplemente merecía algo mejor que yo... —Se encogió de hombros.

Ariadna lo miró, extrañada, esa no era la historia que contaba en el diario.

—¿Era hermosa? —preguntó el soldado más joven—. ¿Cuál era su nombre?

—Ariadna... —respondió—. La mujer más increíble que he conocido...

—susurró.

Ari casi tuvo que obligarse a respirar. ¿Había escuchado bien? No había dicho Amaia, sino Ariadna.

—Me recuerda... —susurró con un hilillo de voz mientras se giraba para sentarse en el césped, poco le importaba ya que la vieran: Carlos la recordaba.

Se preguntó qué hacer. ¿Debía salir y decirle algo? Volvió a girarse lo justo para mirar por encima de su escondite y comprobó que Carlos había abandonado su lugar junto a la hoguera y se dirigía, en solitario, hacia ella. Se quedó paralizada, pensando que la había visto, pero pasó de largo sin mirarla y caminó hacia la parte trasera del castillo. Ariadna volvió la mirada hacia la hoguera y comprobó que esta había desaparecido, al igual que el resto de soldados, lo que la dejó en una cuasi completa oscuridad solo interrumpida por la iluminación del castillo.

Decidió salir de su escondite entonces y, procurando no hacer ruido, siguió el camino que Carlos había tomado hacia la parte trasera del edificio. Lo encontró sentado sobre unas rocas, a unos metros del agua, con la mirada fija en las estrellas de nuevo. Ariadna se acercó y, sin pensarlo para no darse la oportunidad de arrepentirse y marcharse, se dirigió a él.

—Hola de nuevo —susurró.

Carlos se giró de pronto, claramente sorprendido.

—¿Qué hacéis aquí? Creía haberos dicho que este sitio no era seguro.

—Sí, eso fue esta mañana, cuando atacaban el castillo, pero el castillo está bien, como ves, y no hay rastro de las fragatas... —comentó, señalando a su alrededor.

Carlos siguió la dirección que apuntaba su brazo y volvió a mirarla, frunciendo el ceño, extrañado.

—No comprendo... —murmuró mientras volvía a pasar la mirada del castillo al lago. Recordaba haberla visto esa mañana y lo que había ocurrido después, el ataque y bombardeo del castillo, pero... Miró hacia el lugar donde, hasta hacía unos minutos, había compartido la cena junto a sus hombres; allí tampoco había rastro de la hoguera que, estaba seguro, acababa de dejar atrás. Retornó a Ariadna una mirada acusatoria—. ¿Quién sois y qué

estáis haciendo para confundirme? ¿Me habéis drogado?

—¿Perdón?

Carlos se incorporó y se acercó con cierto recelo.

—Es eso, ¿no? ¿Habéis echado algo en mi bebida y la de mis hombres? ¿Os envían los casacas rojas? ¡Hablad!

Ariadna rompió en una carcajada, sin poder evitarlo, al igual que habría hecho meses atrás si Carlos se le hubiera acercado para acusarla de algo así cuando aún pensaba que era un figurante. Ahora, sin embargo, estaba simplemente contenta de que, de algún modo, la recordara. No tenía problema en seguirle el juego un rato mientras decidía si debía intentar hacerle recordar del todo.

—¿De qué os reís? No creo haber dicho nada divertido. —Desenfundó el sable que portaba a la cadera y acercó la hoja a su cuello. Pese a saber que no podía hacerle daño, Ariadna se sobresaltó ante el inesperado movimiento y dio un paso atrás—. No creáis que no os dañaré solo por ser mujer. ¿Quién os envía?

—No me envía nadie... Solo paseaba por aquí y te vi...

—¿Por qué ibais a pasear sola por este lugar?

Ariadna se encogió de hombros.

—Me gusta contemplar las estrellas... —Se hizo a un lado, esquivando la hoja inmaterial del sable, y se sentó donde Carlos había estado hasta hacía unos instantes. Elevó la mirada al cielo sin decir nada.

Carlos la miró confuso. Enfundó el arma, algo inseguro, y, tras una nueva mirada a su alrededor para asegurarse de que aquello no era una trampa, que estaban solos, se acercó a ella.

—¿Cómo os llamáis?

—Ariadna.

—¿Qué...? ¿De dónde sois?

—España.

—¿Os burláis de mí? —Volvió a mirar a su alrededor, esperando ahora encontrar a sus hombres, pero no parecía haber nadie—. Si esto es una broma, no tiene la menor gracia...

—No es una broma, Carlos.

—¿Cómo sabéis mi nombre?

—Tú mismo me lo dijiste.

—Eso no es cierto, no os lo he dicho.

Ariadna suspiró, empezando a impacientarse. Tenía demasiadas ganas de volver a disfrutarlo como antes y hacía cada vez más frío.

—Me lo dijiste hace meses.

—Hace meses no estaba aquí.

—Llevas siglos aquí...

—Pero ¿de qué diablos estáis hablando? —Resopló—. ¿Sabéis qué? No importa... Me voy a dormir, no estoy para juegos.

Se dio la vuelta para irse, pero Ariadna se incorporó de inmediato y se situó frente a él, cortándole el camino. Lo hizo tan de repente que Carlos no tuvo tiempo de parar y la atravesó.

—¿Qué demonios...? —La miró y retrocedió asustado, volviendo a desenvainar el sable en su dirección—. ¿Sois una bruja? ¿Una de esas criaturas de las que hablan las leyendas de aquí?

—No soy ninguna bruja...

—Me atravesasteis.

—No. Tú me atravesaste... —Dio un paso hacia él dejando que la hoja del sable cruzara su pecho y se estremeció al sentir aquel cosquilleo característico atravesándole el tórax.

Carlos se apresuró a retirar el arma.

—Brujería... —susurró—. ¿Quién sois, señora? ¿Qué queréis de mí?

—Solo quiero que me recuerdes... —Carlos fijó los ojos en los de ella, intentando hacerlo. Su rostro le resultaba familiar, pero era una familiaridad extraña, como si la hubiera visto en sueños o en alguna otra vida—. Soy yo, Ariadna.

—No, no sois...

—Háblame de ella.

—¿Qué?

—De Ariadna.

—No... —Negó con la cabeza—. Dejad de jugar conmigo, ¿qué queréis?

—Solo quiero que me recuerdes. Soy yo.

—No os había visto nunca antes de esta mañana...

—Sí que lo habías hecho. Piensa, Carlos. Me conociste hace meses aquí mismo, fuimos a Edimburgo y...

—Nunca he estado en Edimburgo.

Ariadna resopló.

—¿Y qué hay del señor Mackinnon? ¿Tampoco lo recuerdas a él?

—¿Mackinnon?

—Duncan Mackinnon.

—No conozco a nadie con tal nombre...

—Claro que sí.

—Os digo que no. ¡Dejad de confundirme con vuestra palabrería!

—Carlos...

—¡No!

Ariadna se acercó a él y lo besó. Carlos se quedó paralizado durante un instante, pero enseguida volvió a apartarse y retrocedió hacia el camino, con los ojos muy abiertos, mientras se llevaba una mano a los labios.

—Sois un espectro, una de esas almas en pena que salen del lago para seducir a los mortales...

Ariadna bufó, empezaba a perder la paciencia y la frustración amenazaba con apoderarse de ella de un momento a otro. Había contado con que le costara un poco recordar, pero empezaba a cuestionarse si sería capaz de hacerlo. Apartó la mirada mientras se secaba los ojos, las lágrimas no ayudaban a menguar la sensación de frío. Luego lo miró, desesperanzada, sin saber qué más podía hacer.

—Tú eres el espectro, Carlos... —Él rio, escéptico, y Ariadna se acercó a una de las paredes exteriores del castillo, recordando la forma en la que se lo había demostrado la primera vez. Puso una mano contra las piedras y las golpeó suavemente.

—Intenta empujar la pared.

—¿Qué?

—¡Tú hazlo!

Carlos la fulminó con la mirada, pero obedeció y, al intentar tocar la

pared del castillo, su mano la atravesó.

—¿Qué diantres...?

—Inténtalo con el sable.

Carlos obedeció y, de nuevo, el sable atravesó la pared.

—¿Habéis hechizado el castillo?

Ariadna respiró hondo.

—El castillo no está hechizado, ni yo soy una bruja ni ninguna otra criatura paranormal, Carlos. Eres tú.

—Escucho vuestras palabras, pero no consigo comprender qué...

Ariadna buscó su mirada. Parecía igual de confundido que la primera vez que se encontraron.

—Soy yo, Carlos... —Él la miró con atención—. Soy Ariadna. Nos conocimos en el castillo. Llevabas siglos atrapado aquí, desde 1719, como un espectro, estamos en el año 2017... Perdiste la vida a manos de los casacas rojas en el lago, en la parte de atrás de este castillo. Tenías un diario que me entregaste y aún conservo. Logré sacarte de aquí recuperando un anillo que te dio tu madre —dijo mientras bajaba la mirada y buscaba la cadena bajo su ropa— y fuimos a Edimburgo y... —Agarró el anillo mientras volvía a levantar la mirada solo para encontrarse con la expresión desconcertada de Carlos, sin rastro de reconocimiento, como si estuviera escuchando a alguien recién salido del manicomio.

Ariadna se mordió el labio mientras hacía serios esfuerzos por retener nuevas lágrimas de frustración. Abrió la mano y bajó la mirada para contemplar por última vez aquel anillo que tanto le había dado y quitado. Se dijo que era momento de que regresara al lugar del que nunca debía haber salido.

—No importa... —susurró cerrando la mano y tirando de la cadena, rompiéndola. Mientras dejaba que las lágrimas corrieran libres, se giró hacia el lago y tomó impulso con el brazo para devolver el anillo al fondo.

—¡No!

Ariadna se detuvo, pero no lo miró. No quería volver a contemplar su rostro y encontrar en él aquella expresión vacía de todo el amor que alguna vez sintió por ella. Bajó la mirada a la vez que su mano, aún cerrada

alrededor del anillo. No quería desprenderse de él realmente, pero...

—¿Tanto que os costó rescatarlo y vais a enviarlo al lago de nuevo?

—¿Qué...?

Ariadna levantó la mirada y fijó sus ojos en los de Carlos.

—Primero lo perdéis y ahora esto... Voy a empezar a pensar que, en realidad, no os gusta en absoluto. No tenéis que llevarlo si es así, ¿sabéis?

Ahí le parecía que estaba ese brillo en los ojos, esa sonrisa de complicidad.

—¿Me recuerdas?

Carlos sonrió.

—Os recuerdo, señorita Álvarez. Pero reconozco que no creí volver a veros nunca, aunque en el fondo lo deseara con todas mis fuerzas.

—¿Desde cuándo...?

—El anillo. Yo... ¿Por qué habéis vuelto?

—¿Por qué? ¿Lo preguntas en serio? —El soldado volvió a sonreír, ahora con cierto pesar—. ¿Por qué te marchaste?

—¿No leísteis la carta?

—Sí. Claro que sí. Y me parece, como tú dirías, totalmente inaceptable que pensaras que esa era toda la despedida que merecía después de... después de todo lo que pasamos juntos.

Carlos apartó la mirada con expresión culpable.

—Sabía que si no lo hacía así no dejaríais que me fuera. Sabía que...

—Pareces saber muchas cosas y, sin embargo, aquí estoy. Tal vez no deberías asumir que me conoces tan bien...

Carlos le devolvió la mirada con decisión mientras asentía.

—Puede que tengáis razón. No debí asumir nada y no fue la forma más educada de decirnos adiós, pero debéis comprender...

—No me gusta que tomen decisiones por mí, Carlos —lo interrumpió con firmeza. Había tal dolor y rencor en sus ojos que Carlos no pudo mantenerle la mirada más de unos segundos—. Creo que tengo derecho a decidir por mí misma, a tomar decisiones erróneas o acertadas y lidiar con las consecuencias.

—Por supuesto, pero...



—Entiendo —lo interrumpió de nuevo— que tuviste que tomar decisiones duras en el pasado por el bienestar de otra persona, pero la situación es distinta. ¿O también te habrías marchado de saber que Amaia estaba en realidad enamorada de ti?

—Sí, si hubiera creído que sin mí sería más feliz...

—Pero eso no lo puedes saber. Te basaste en la opinión de otra persona e ignoraste la mía.

—Me basé en la opinión de alguien que os conoce desde mucho antes que yo, así como en el sentido común. Por Dios, Ariadna, miradme... —Abrió los brazos—. No tengo nada que ofreceros, absolutamente nada, ni siquiera mi cuerpo...

—¿Me quieres?

—Más que a nada en el mundo, ya os lo dije.

—Pues eso a mí ya me vale, Carlos.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Durante el tiempo que sea, ¿qué más da? Podría morir en sesenta años y seguir queriéndote o podría morir mañana atropellada por un coche, Carlos. Podríamos aborrecernos en un mes. ¿Qué importa? —Suspiró—. Nadie puede saber qué pasará, y quiero aprovechar el tiempo que tengamos. ¿Tú no? —Carlos pareció meditar sus palabras—. No debería llevarte tanto tiempo encontrar la respuesta...

—Lo sé, no es eso, sé la respuesta, por supuesto que quiero pasar con vos tanto tiempo como pueda, pero... Si me quedo aquí seréis libre para encontrar a otra persona...

—Pero es que no quiero encontrar a otra persona. Tú eres «esa persona» para mí... —Suspiró—. Mira, antes no creía en estas cosas. Todo el tema de las almas gemelas, el amor verdadero... Pero lo que siento por ti, lo que siento al estar a tu lado... no lo había sentido nunca antes por nadie, y bueno, en otros casos podrías llamarlo atracción física, pero es bastante obvio que no es eso, así que... —Resopló—. Lo que quiero decir, aunque suene ridículo y... y horriblemente cursi, es que... creo que quizá todo esto tenía que pasar, que tenía que conocerte, que tú tenías que conocerme. Es decir, Carlos, llevas casi trescientos años anclado aquí, a un anillo de compromiso... Quizá... tal

vez yo sea tu «asunto pendiente».

—¿Mi asunto pendiente?

—Ese hecho sin resolver que te ata a este mundo como fantasma: conocerme... —Apartó la mirada—. Sé que suena absurdo, pero no sé qué más decir para convencerte... De hecho, no tendría que convencerte de nada —añadió mientras retrocedía.

—Y no tenéis que hacerlo. Os amo. Y si decís que queréis estar conmigo, si creéis que soy lo que vuestro corazón ha buscado durante todo este tiempo... —Extendió los brazos—. Aquí estoy. Soy vuestro. Nada me haría más feliz que pasar el resto de vuestros días a vuestro lado, Ariadna.

Ella sonrió, dando un paso inseguro de nuevo en su dirección. Carlos dio un paso hacia ella.

—Eso sí —añadió—, con una condición. —Ariadna lo miró con expresión confusa y Carlos terminó de recorrer el espacio que los separaba hasta quedar frente a ella—. Tenéis que prometerme que llevaréis mi anillo y no trataréis de deshaceros de él de nuevo. —Sonrió—. ¿Trato hecho?

Ariadna fingió pensarlo, pero al final asintió con una sonrisa.

—Haré cuanto esté en mi mano, capitán Vásquez...



—¿Ha habido suerte?

Ariadna miró hacia la barra del bar al entrar de nuevo en el hotel. Allí se encontraba Sara, sentada junto al chico moreno que había mencionado anteriormente.

—Sí... —Sonrió.

—¿Está aquí? —Ariadna miró hacia su derecha y al poco, las luces del bar parpadearon durante unos instantes, amenazando con apagarse. Ariadna miró las luces y volvió a mirar a Sara con una sonrisa pícaro. Ella abrió los ojos, sorprendida—. Me tomas el pelo...

Ariadna miró su vaso casi vacío sobre la barra.

—¿Te apetece otra copa? —Retrocedió unos pasos justo a tiempo de evitar la salpicadura del vaso cuando cayó al suelo con un estrépito.

Sara se apartó con un gritito.

—¡La virgen! —exclamó—. No bromeas...

Ariadna y Carlos se intercambiaron una sonrisa cómplice. Sara miró a su alrededor, confusa.

—¿Dónde...?

—Está aquí, a mi lado. —Miró a su derecha.

—Bueno, pues... hola, Carlos —dijo mirando al vacío frente a ella.

—Encantado de conoceros, señora.

—Dice que encantado de conoceros... y lo siguiente no lo repito porque lo exorcizas.

—¿Por qué? —preguntaron a la vez Carlos y Sara.

—No le gusta que la llamen «señora».

—¿Me ha llamado «señora»? Empiezas con mal pie, soldadito.

—¿Qué hay de malo en...?

Carlos parecía claramente confuso. Ariadna se encogió de hombros.

—No sé, uno diría que ya se habría acostumbrado, llevan llamándola «señora» desde los veinte años, pero...

—Oye, que a él no, pero a ti sí que te puedo dar una patada en el culo.

Ari rio.

—Nos vamos arriba. Voy a ver si tienen otra habitación para que Carlos pueda quedarse conmigo...

—Oh, no, no te preocupes, pasaré la noche con mi *Jamie Fraser* particular. —Movió la cabeza apuntando en dirección al joven moreno que se sentaba con ella—. ¿Verdad que sí, Jamie?

—¿*Pardon?* —El chico la miró, extrañado.

—No parece tenerlo muy claro... —comentó Ariadna.

—Es que aún no lo sabe, pero pronto lo averiguará, tú tranquila. —Sonrió mientras le guiñaba un ojo al desconocido. Este sonrió y le pidió otra copa, y Ari aprovechó para desaparecer junto a Carlos rumbo a la habitación.

—No sabría si preocuparme por vuestra amiga o por ese hombre... —comentó él mientras la seguía.

—Yo diría que ambos estarán muy bien, tranquilo. —Entró en la habitación y Carlos pasó tras ella, y nada más darse la vuelta la besó—. Hmmm... —Ariadna volvió a sentir aquella sensación de hormigueo en los labios—. Lo había echado de menos...

Carlos sonrió.

—Os prometo que no volveréis a hacerlo. Pienso besaros a diario hasta el fin de vuestros días... —Volvió a besarla.

—¿Y después?

—Después os seguiré besando donde quiera que vayamos.

—¿Hasta que la muerte nos una para siempre?

—Hasta que la muerte nos una para siempre.

# Epílogo

—¿Por qué no va a descansar un poco? —le sugirió la enfermera.

—No, estoy bien. El médico ha dicho que no cree que pase de esta noche; no quiero dejarla... —Suspiró—. Pobre mujer, debe de ser horrible morir sola, y sin embargo no quiere que nadie se quede con ella, insiste en que ya tiene suficiente compañía.

—¿No tiene familia?

—No... por lo menos eso dice, pero con su estado mental no estaría muy segura.

—¿Qué le pasa?

—Oye voces y tiene visiones, al parecer... pero le han hecho pruebas y la han visto psicólogos y todos coinciden en que está perfectamente, o tanto como lo puede estar una anciana de ochenta y nueve años... —Miró a través del cristal de la habitación donde la mujer yacía tendida en una cama, con una mascarilla de oxígeno. Tenía los ojos abiertos y la mirada fija en un punto al lado derecho de la cama, unos centímetros por encima de una silla—. Ha insistido en que pongamos esa silla ahí para que Carlos se pueda sentar.

—¿Quién es Carlos?

Se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe con certeza. Yo creo que era su marido, pero en la residencia no tenemos noticias de que haya estado casada y durante los años que lleva allí nadie ha ido a verla. Yo pienso que es su difunto esposo o un amor que perdió.

La enfermera sonrió.

—Suena romántico.

—Mejor pensar eso a que, simplemente, tenga algún problema mental.

—Ya...

Miró también al interior de la habitación. La anciana había estirado la mano hacia su derecha y esta reposaba ahora en la cama, con la palma hacia arriba. Al poco cerró los dedos con suavidad, como alrededor de una mano

invisible.

—¿Va a quedarse aquí con ella? —añadió la enfermera.

—Sí. Es mi día libre en la residencia y me da pena dejarla sola. He estado cuidando de ella durante los últimos meses.

—Bueno, si necesita algo, llámeme.

La enfermera se despidió antes de alejarse por el pasillo y ella se quedó sentada en un rincón junto a la puerta, con un café y un libro, con la sensación de que, pese a ser la única persona en la habitación junto a la señora Álvarez, su presencia estaba de más... Después de todo, si esa mujer estaba en lo cierto: tres eran multitud.

Antes de poder terminar un par de capítulos más de su libro, la máquina que controlaba los signos vitales de Ariadna la interrumpió con esos insistentes y temibles pitidos. Mientras se apartaba para dejar paso al doctor, comprobó que la mano de la anciana estaba ahora cerrada con fuerza. Cuando la máquina calló dejando sobre la pantalla la fatídica línea recta, sobre el rostro de Ariadna yacía una inerte sonrisa.



Cuando Ariadna volvió a abrir los ojos no había rastro de la sala de hospital. Los muros que habían sido testigos de su muerte habían desaparecido para dejar paso a colinas redondeadas cubiertas por mantos de morado brezo. Miró a su alrededor, confusa, sin saber cómo había regresado a aquel sitio que tan bien había llegado a conocer y a amar con el paso de los años, pero que no había podido volver a visitar en mucho tiempo.

—¿Carlos? ¿Dónde estás? —preguntó, sorprendiéndose a sí misma al oír su voz suave, tan alejada de aquel sonido quejumbroso que la había acompañado durante sus últimos años de ancianidad.

Sonaba como hacía mucho que no se había oído: joven y llena de vida.

Se observó las manos, de las que había desaparecido todo rastro de manchas y arrugas, y se las llevó a la cara, que también encontró más tersa y suave que nunca. Extrañada, se acercó a la orilla del lago, cuya agua nunca había visto más clara, y al inclinarse se encontró con un rostro que no veía en el espejo desde hacía unos sesenta años.

Se llevó las manos a la cara una vez más y el reflejo la imitó.

—¿Qué...?

Entonces todo encajó, la realidad la golpeó y todo cobró sentido...

—¡¡¡ARI!!!

Levantó la mirada de inmediato, esa voz... hacía muchísimo que no la oía, tanto que la había olvidado, por lo menos hasta ese mismo momento. ¿Podría ser...? Se incorporó y apenas tuvo tiempo de abrir los brazos antes de que su hermana se aferrara a ella con fuerza. Ariadna bajó la vista, reconociendo aquel pelo azabache.

—Iveth... —susurró.

Ella levantó la mirada y Ariadna sonrió al ver un rostro de mejillas levemente sonrojadas, lleno de vida, como una Blancanieves recién despertada.

—Te he echado tanto de menos... —comentó Iveth.

—No tanto como yo... —Besó su pelo y la abrazó con fuerza mientras sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas. Respiró hondo notando que aquel vacío que había sentido desde que su hermana muriera volvía a llenarse, que el puzzle volvía a estar completo.

O casi...

Se separó para mirarla de arriba abajo con una sonrisa, pero esta se le congeló al fijar la mirada en un punto a su espalda. Allí, a un par de cientos de metros de ellas, se encontraba aquel castillo que conocía tan bien: Eilean Donan. Pero lo que llamó su atención fue la figura situada entre este y ella: casaca blanca, pañuelo al cuello, sombrero negro... una figura que reconocería en cualquier parte y que había estado junto a ella, día tras día, durante toda su vida... y también durante su muerte.

Iveth siguió su mirada y sonrió al ver a Carlos, que se acercaba lentamente hasta ellas. Cuando llegó a su lado se apartó para dejarle vía libre hasta Ariadna. Carlos le dedicó una dulce sonrisa, dándole las gracias con una leve inclinación de cabeza, y fijó la mirada en Ariadna. Esta abrió la boca para decir algo, pero antes de poder hacerlo, Carlos se arrojó sobre sus labios besándola con toda la pasión y dulzura que había sido incapaz de expresar durante aquellos largos años. La abrazó contra él con fuerza, como si temiera que acabara desvaneciéndose en un espejismo.

Cuando se separaron, ambos tenían los ojos llenos de lágrimas de pura felicidad. Acercó la mano a una de las mejillas de Ariadna y le secó una de ellas.

—No sabéis cuántas veces he deseado poder hacer esto.

—¿Secarme las lágrimas o besarme?

—Ambas cosas...

Ariadna sonrió y bajó la mirada, sintiendo que, aun tras todos esos años, volvía a ruborizarse. Carlos frunció el ceño al ver que sus manos estaban completamente desnudas.

—¿Otra vez perdiendo anillos?

—¿Qué...? —se miró la mano, agobiada—. Yo... no...

—¿Qué tal si nos aseguramos de que no vuelva a pasar? —Ariadna levantó la mirada, confusa, pero sonrió al ver que Carlos sostenía el anillo en una de sus manos. Antes de que ella pudiera responder, puso una de sus rodillas sobre el suelo—. Ariadna Álvarez... ¿me concedéis el honor de ser, por fin, mi esposa? Ahora y siempre, hasta que la muerte... —Se detuvo y sonrió. Ariadna le devolvió la sonrisa.

—Ahora y siempre.

# Fin



# Agradecimientos

En primer lugar me gustaría dar las gracias a mi familia, por apoyarme en mi deseo de pasar un tiempo en otro país para desarrollar esta novela. Han tenido que prescindir de mi presencia constante y supongo que, al igual que para mí, para ellos tampoco fue ni es fácil en ocasiones. Pienso en vosotros a diario aunque estemos a miles de kilómetros de distancia... Y sabéis que en nada estoy de vuelta.

Gracias a Allan, mi *highlander* personal, que ha tenido que aguantar mis preguntas históricas, mi mal genio cuando algo no quedaba a mi gusto, el tiempo invertido en escritura, reescrituras y decenas de revisiones, y mi estrés y nervios previos y posteriores a la publicación. Gracias por toda la información sobre batallas y armas, sin ti Carlos habría acabado llevando algún arma de fuego que todavía no existía en su época, ¡y en menudo lío se habría metido para explicar de dónde la había sacado! ;)

Gracias, por descontado, a Alistair Robb, por darme a conocer la existencia y el nombre de Carlos Vásquez tal y como le fuera transmitido a él por cierta médium. Sin él nunca habría sabido de Carlos y, por lo tanto, esta historia no existiría.

También me gustaría dar las gracias a Mary Drummond, por ofrecerme alojamiento y trabajo durante los meses que pasé en Dornie documentándome y escribiendo la novela, y por la confianza y el entusiasmo mostrado en ella.

Gracias también a los trabajadores del castillo de Eilean Donan por aguantar mi presencia casi diaria allí y mis preguntas durante ocho largos meses.

Igualmente quiero agradecer al autor Kendall Maison su paciencia al responder mis dudas relacionadas con el vestuario de los soldados españoles que viajaron a Escocia en 1719.

Gracias, por supuesto, a mis lectores cero: Arantxa, Eva María, Juan, María, Miriam y Montse, que son capaces de cazar todo lo que a mí se me escapa.

No puedo olvidarme de mi editora, Teresa, que tras confiar en mí para la publicación de mi primera novela ha vuelto a hacerlo con esta. Gracias por seguir apostando por historias distintas y autores poco conocidos, sin ti este libro seguramente habría llegado a muchos menos lectores.

Y por último, gracias a la persona más importante, aquella sin la que esta historia no cobraría vida, la que hace que tantas horas de trabajo merezcan la pena:

Gracias a ti, lector, por darme una oportunidad a mí y a esta obra. Espero que la hayas disfrutado.